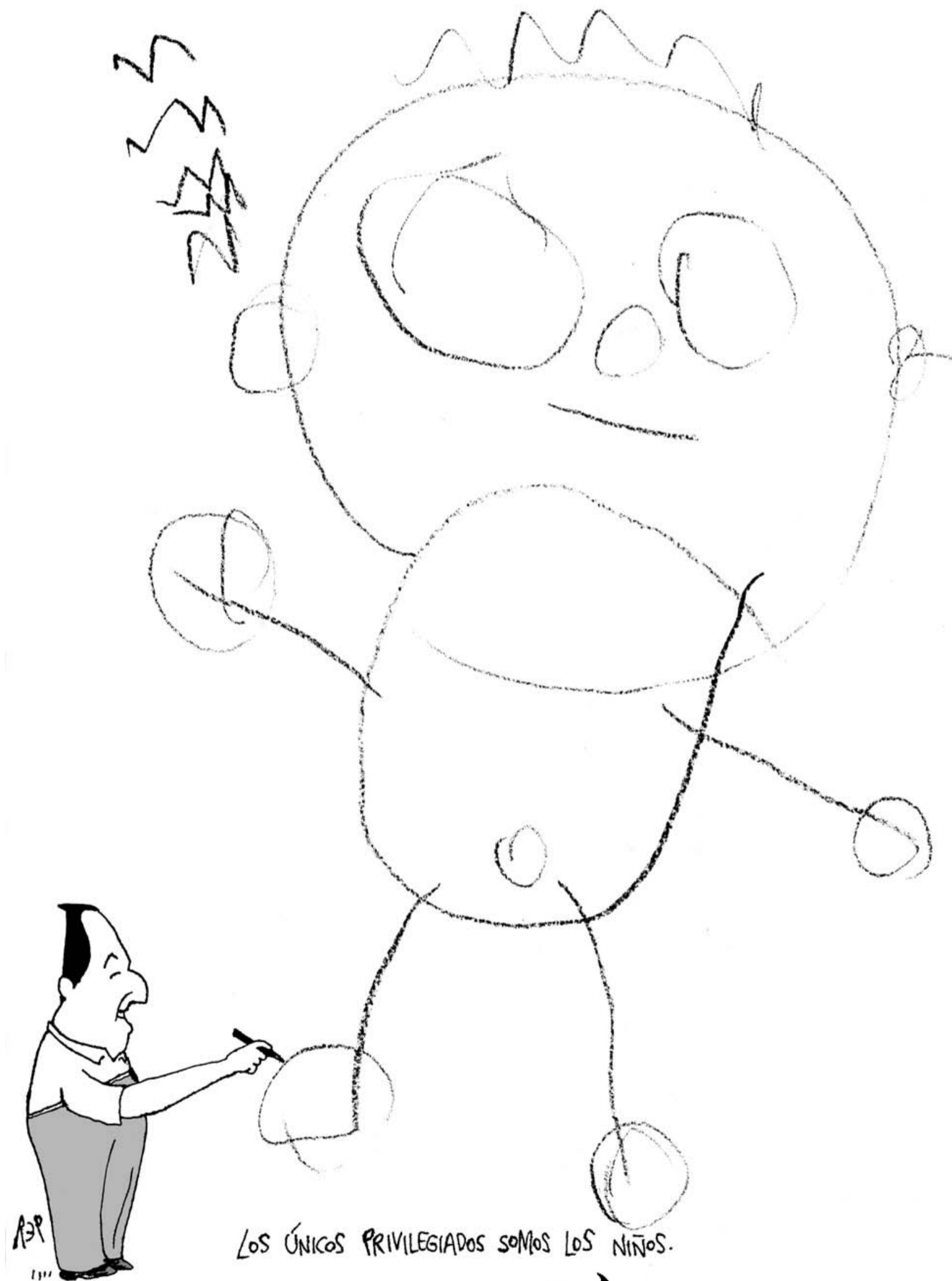


Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

42 El foco y el movimiento de masas



UN PROLETARIADO UNIDO Y CONSCIENTE

El Cordobazo es el mayor hecho de *combatividad de masas* de la historia argentina. Se sabe que las afirmaciones tajantes tienen sus riesgos. Por ejemplo: no digo que el 17 de octubre no haya sido fundamental. Se sabe de sobra. Pero no tuvo la agresividad, el alto nivel de participación obrera y estudiantil del Cordobazo. Además, el 17 de octubre, los estudiantes, los grupos ilustrados, hasta –por ejemplo– el Teatro Independiente (que provenía del PC y tenía a la URSS como referente), no se unieron a la protesta popular. Que no era exactamente obrera. No eran obreros encuadrados en sindicatos clasistas, eran los obreros jóvenes de escasa experiencia sindical y una clase media que quería cambios en el país. El Cordobazo es otra cosa. Se tiene clara conciencia de lo que se quiere. *Córdoba es una ciudad con industrias de importancia, sobre todo la automotriz, y esto genera un proletariado unido y consciente.* Si se planteara aquí el tema de la conciencia de clase habría que responder afirmativamente: hubo conciencia de clase en el Cordobazo, hubo conciencia de que los reclamos eran obreros, de que los obreros tenían conducciones y pertenecían a sindicatos que los representaban. Es notable, además, cómo a partir de la gesta obrero-estudiantil se afianza la necesidad de seguir adelante con las comisiones internas en las fábricas. Sitrac-Sitram son los sindicatos autónomos de Fiat-Concord y Fiat-MaterFer. Surgen, del seno de la lucha, las grandes figuras sindicales: Agustín Tosco, Gregorio Flores, José Francisco Páez y René Salamanca. Y de esta misma lucha surgen también las organizaciones guerrilleras que –hasta ese momento– sienten que forman parte de una *lucha generalizada*, de un gesto de rebeldía que empieza a cubrir todo el país. En el Cordobazo –a partir de él– toman su decisión de dar la lucha y de darla junto a las masas los Montoneros (los que más plantean una participación *dentro* de las luchas del peronismo) y el ERP y las FAR, que tendrán modalidades distintas. (Sobre todo al no aceptar la conducción de Perón. Algo que luego harán las FAR en su unión con Montoneros.)

El Cordobazo se expresa también en muchas provincias. Una de las más grandes sorpresas fue el Mendozazo, dado que Mendoza había sido una provincia tradicionalmente conservadora. El Rosariazo golpea fuerte. Ya empieza a ser hábito ver a las multitudes ganando las calles, a los obreros y a los estudiantes emprendiendo una lucha común. “Se llegó a una situación que ha sido caracterizada como ‘toma de la ciudad’, en la cual la actuación de la policía fue totalmente superada, habiéndose quedado sin gases y sin nafta. Según el cálculo de Tosco, hubo unas *cincuenta mil personas peleando en la calle*. A las cinco de la tarde intervino el Ejército, que intentó controlar la situación desplazando tropas en la ciudad. A las ocho de la noche, cumpliendo la previsión del sindicato, los encargados de hacer saltar los tapones de la usina central dejaron a Córdoba a oscuras, apagón que duró más de cuatro horas. A la noche fueron tomadas comisarías y sedes de la policía en la periferia” (Carrera, Grau y Martí, *Agustín Tosco, la clase revolucionaria*, ed. cit., p. 117). Nadie, según parece, había previsto la llegada del Ejército. Acaso se pensó que la debilidad del régimen no se arriesgaría a una represión militar. O también se pensó que precisamente por estar acorralado Onganía habría de arrojar zarpazos rencorosos, irresponsables. Como fuere, se siguió luchando. Hubo un desplazamiento a la periferia de la ciudad, la lucha se siguió dando desde los barrios. “Finalmente el Ejército logró desalojar el centro haciendo fuego indiscriminadamente” (Carrera, Grau, Martí, *Ibid.*, p. 117).

En enero de 1971, el llamado “Clan Stivel”, un grupo que formaron David Stivel, Bárbara Mujica, Emilio Alfaro, Norma Aleandro y Carlos Carella (que hicieron en televisión un éxito que se llamó *Cosa juzgada*) presentaron una obra teatral en Mar del Plata. No recuerdo de quién era. No era buena. El esquema central radicaba en demostrar que en el país todo estaba pésimo entre las

personas (sobre todo entre las parejas: se cogía muy mal, era el ejemplo) porque la situación del país era agobiante, porque se vivía bajo una dictadura, no había libertad, etc. Estaba claro: al no haber libertad las mujeres no tenían orgasmos. A los hombres no les importaba porque el autoritarismo militar les impedía hablar francamente con sus mujeres. Y ellas no les decían nada porque –también– no había libertad. Ergo, no podía haber sinceridad. Pero la obra entusiasmaba al público que estaba harto de Onganía. Voy a esto: en una escena entra Stivel a su casa, deja su saco y el televisor está encendido. De pronto, el tipo se transforma. “¡Vení, flaca”, grita. “Vení, mirá esto.” La mujer se pone junto a él y miran la tele. Y él, exultante, feliz, dice: “Mirá cómo los hacen rajar. Mirá cómo se cagan los milicos. Con piedras los hacen rajar.” Vefan, sí, la famosa escena en que jóvenes del Cordobazo arrojan piedras sobre la milicada y la milicada retrocede. En verdad, se les habían terminado los gases lacrimógenos (una versión). Y también es cierto que estaban sorprendidos los milicos. No lo podían creer. La fogosidad de la militancia era fuerte. Y los caballos empezaron a ir para atrás. Era una escena inédita en la Argentina. Una manifestación popular hacía retroceder a los temibles policías antichoque. Y el flaco de clase media que hacía Stivel se ponía loco de contento. Algo iba a cambiar. Los milicos retrocedían. Pronto el país sería otro. Esa llama de esperanza prendió el Cordobazo en tantas almas. La gente que miraba la obra –de vacaciones en Mar del Plata– estallaba en aplausos. También, a esa altura, la clase media empezaba a entusiasmarse con la guerrilla. No sólo cuando el ERP repararía comida en las villas miserias, sino hasta cuando “boleteaban” a alguien. Eran cosas de “los muchachos”. Se habían cansado. Estaban hartos y habían agarrado los caños. “Los muchachos” pasaron a formar parte del imaginario entusiasta de la clase media: se los vio como la cara combativa, juvenil, valiente y justiciera de un país agobiado por militares, empresarios y curas como Caggiano.

LA VANGUARDIA ES LA CLASE OBRERA Y SU ORGANIZACIÓN

Hay algo irreplicable en el Cordobazo. El Cordobazo es el fruto maduro de una sociedad industrializada. No en vano se le dice el Mayo cordobés. Habría que ver con qué grado de precisión, pues en el Mayo cordobés el sector hegemónico de la lucha es la clase obrera. No desvalorizamos el aporte estudiantil, pero el Cordobazo es una rebelión del proletariado. En el Mayo francés fueron los estudiantes el sector más dinámico. Esto se nota en el ingenio, es la calidad literaria de las consignas. Ni Tosco ni los suyos habrían de escribir: “Debajo de los adoquines está la playa”. Creo que se habrían reído de tal exceso poético. Incluso hasta lo de la imaginación al poder les habría resultado extraño. No, la imaginación no. Son los obreros los que están luchando por el poder. Es la clase obrera la que quiere el poder o la que discute el mayor poder que desea para sí. Por decirlo de un modo contundente: *El Cordobazo es hijo de la industria automotriz*. Marx se habría sentido satisfecho con esto. Es el moderno proletariado de la rica provincia que ocupa la centralidad de la República Argentina la que se rebela eligiendo su arma esencial: la paralización de las actividades. Córdoba era un espacio tramado por la industria de fabricar automóviles. Sus obreros *recibían los mejores salarios del país*. Lo que demuestra que la pobreza no lleva a la rebelión. Lleva al embrutecimiento. A la marginación. El obrero industrial con buen salario y asociado a su sindicato es el que puede alcanzar una visión más totalizadora de su lucha. Esto es cierto. No lo es –ya lo hemos visto sobradamente– el uso que ciertos teóricos de “izquierda” le dan a la carencia de estos elementos. No por carecer de buenos sueldos ni sindicatos los obreros están condenados a la heteronomía y a ser manipulados por un proyecto burgués. El Cordobazo es muy distinto del 17 de octubre. Aquí no hay un líder que rescatar. No hay un proletariado virgen de experiencia sindical. No hay migrantes. También los estudiantes son otros. Dan su lucha junto a los obreros. Los que tienen, sin duda, mayor experiencia sindical. Tienen una ya larga experiencia en la fábrica. Saben organizarse entre compañeros. Tratar con



los dirigentes. Que irán a la lucha con ellos o ellos irán a la lucha con sus cabezas. Si digo que el Cordobazo lo hizo la industria automotriz es porque es hijo de la urbanización industrial. Las comisiones internas sacan la gente a la calle. Elpidio Torres, Agustín Tosco y Atilio López lideran la protesta. *Hoy, el Cordobazo es imposible*. Córdoba ya no es una provincia industrial. La industria automotriz se desmanteló y se fue de Córdoba y de la Argentina. El neoliberalismo aniquiló al capitalismo productivo. Al morir la burguesía de la producción mueren los grandes centros industriales. Los obreros se quedan sin fábricas. Se quedan en la calle. Ya no son obreros. Son marginados, excluidos y, por fin, delincuentes.



En la sociedad de la exclusión se ha suprimido la protesta del obrero sindicalizado. Muerta la industria, sólo quedan los peones de campo fieles a la palabra de sus patrones. Los hemos visto “hacerles número” durante los días de confrontación entre el gobierno de Cristina Fernández y “el campo”. La industria genera “centralidad en la fábrica”. La “centralidad en la fábrica” genera delegados, comisiones internas, abogados y afiliación masiva al sindicato. Entre todo esto serpentea la línea ideológica. ¿Fue clasista el Cordobazo? Sí. ¿Fue peronista? Se inscribía, sin duda, dentro del peronismo combativo que jaqueaba al régimen desde la prohibición del movimiento y de su líder. Hubo muchas pintadas en la época:

“El Cordobazo es peronista”. Para otros era de la izquierda. Tosco no era peronista. Pero Atilio López sí. Y sería acribillado por el peronismo del Estado mafioso y criminal de López Rega e Isabel. Ochenta y un balazos, a Atilio López. Fue, si se quiere, del trotskismo. Fue de la izquierda. Fue del clasismo. Pero el Cordobazo se inscribe dentro de la lucha del peronismo por traer a Perón. Dentro de la tradición de lucha que el peronismo venía desarrollando desde la Resistencia. El Cordobazo encuentra sus antecedentes en hechos como la huelga del frigorífico Lisandro de la Torre. Nada tiene que ver con el sindicalismo vanguardista. Pero sí con la lucha de todos los otros. La de Ongaro, la de los cuadros juveniles,

la de la naciente guerrilla que golpeaba aquí y allá *dentro de un esquema popular y masivo de asedio al régimen, no dentro de la soledad de los “elegidos” (por nadie)*. En Córdoba estaba la Fiat, estaba la Renault. La Renault había comprado la mítica Industrias Kaiser Argentina (la IKA) que se había radicado en la ciudad mediterránea desde 1955. *El gran triunfo del liberalismo de mercado fue dismantelar la estructura industrial y, con ella, la posibilidad de la rebelión obrera*. Donde ahora está el hambre, antes había fábricas, obreros, delegados, sindicatos e ideas generadas desde el seno de la clase obrera. *El Cordobazo, por último, fue el movimiento de masas en acción. Fueron las masas, fue el pueblo, fueron los obreros los que asumieron la vanguardia de la lucha*. Es cierto que hubo francotiradores, pero no tuvieron relevancia. Más bien “contaminaron” la gesta. El Cordobazo no necesitaba francotiradores, los cuales, como siempre, dieron argumentos a la derecha. El Cordobazo es la pureza de la rebeldía obrera, en que la vanguardia son los cuadros, la clase social, las ideas generadas en la “centralidad de la fábrica” y los líderes sindicales que se ponen al frente de las columnas, no como iluminados que tienen la verdad, sino como obreros que tienen la responsabilidad que sus compañeros les dieron, la de la conducción, la de estar al frente con todos los otros detrás, apoyándolos y, si es necesario, empujándolos. ¿Vieron las fotos de Agustín Tosco al frente de las columnas obreras del Cordobazo? Esa es la violencia de la clase obrera. Su masividad, su número. Pero su número transformado en fuerza, como decía Cooke. Porque no alcanza con que sean muchos. Tienen que ser muchos, saberlo y organizarse. Así, la cantidad adopta la cualidad de la fuerza. Cualquier otra violencia sólo podrá legitimarse –dentro de un régimen no democrático, dentro de una dictadura como la de Onganía– subordinándose a ésta. *La vanguardia es la masa, es la clase obrera y su organización*. ¿Qué creen que les habrían dicho Tosco o Atilio López el 29 de mayo de 1969 cuando abandonaban las plantas fabriles y marchaban en busca del centro de la ciudad? “No, muchachos. Aquí, al frente, vamos nosotros. Los obreros y sus dirigentes. Esta es la lucha de una clase social. Es una lucha de masas. No tiene nada que ver con el ‘foco’ del compañero Guevara ni necesitamos que nos galvanicen los compañeros de la pequeña burguesía que han agarrado los fierros. Cuando haga falta, si hace, los vamos a llamar. Hasta entonces, en el mazo, muchachos.” No descarto que, en los días previos, algún diálogo de este tipo haya sido posible.

LA MUERTE DE LA ARGENTINA DEL CORDOBAZO

Esa Argentina –trágicamente– murió. La mató, primero, el golpe del '76, que arrasó con todo y que se produjo ante la urgencia de frenar los movimientos obreros de Villa Constitución, denunciados por el radical Ricardo Balbín al hablar de “la guerrilla en las fábricas”. Y la mató después el peronista Carlos Menem, desde el neoliberalismo, con todo el Partido Justicialista respaldándolo, festejando en el Congreso las privatizaciones como si fueran goles de la selección argentina, con el sindicalismo en silencio y con todo el establishment frotándose las manos: ya no tenían que llamar a los militares para tener poder, para frenar a las masas. Ahora, eso se lo daba el peronismo. Nunca un partido político traicionó hasta tal punto sus orígenes. La Argentina que Perón y Evita habían construido la destruyeron los mismos peronistas. Como decía Eva: “Yo no le temo a la oligarquía que derrotamos el 17 de octubre, le temo a la que pueda nacer en el corazón de los dirigentes peronistas”. En suma, fue Carlos Menem, desde el peronismo, el que dio el impacto brutal y final a la Argentina del Cordobazo. Falta para llegar a esa infamia.

Hace tiempo que cualquier escritor sabe que no debe escribir “los acontecimientos se precipitaban”. Menos luego del prestigio que la palabra “acontecimiento” ha cobrado a partir de su uso por Foucault y Deleuze, quienes, basándose en el Heidegger de *Beiträge zur philosophie (von Ereignis)*, cuya traducción en la Argentina apareció como *Acerca del evento*, la hicieron suya y desarro-

llaron algunos puntos valiosos a partir de ella. Ya utilizaremos (y ya trataremos de justificar por qué) la palabra *acontecimiento*. No exactamente como Foucault, menos aún como Deleuze y mucho menos como Heidegger. Pero se nos tornará indispensable para entender el *acontecimiento* acaso más complejo de todo cuanto venimos tratando: *el acontecimiento Aramburu*. Podemos, entonces, si cautelosamente dejamos de lado el concepto de *acontecimiento*, y sin ignorar lo transitado de la frase, decir: “los hechos se precipitaban”. Antes del Cordobazo, el ambiente ya venía caldeado. En abril (1969) un grupo de las FAL ataca un puesto de la guarnición de Campo de Mayo. (Nota: Sigo, a partir de aquí, la rigurosa cronología trabajada por Andrew Graham-Yool en *Tiempo de tragedias y esperanzas*, Cronología histórica, 1955-2005, Buenos Aires, Editorial Lumière, 2006). El cardenal Antonio Caggiano critica a los sacerdotes rebeldes. Dice que la Iglesia se encuentra ante una crisis de fe. Asalto a una armería de Buenos Aires. Por supuesto: se llevan armas. Conferencia de obispos en San Miguel. Se manifiestan de acuerdo con los obispos de la Conferencia de Medellín. Elementos guerrilleros atacan puestos militares en Magdalena, Salta y otros lugares. El 3 de mayo es detenido Raimundo Ongaro. Lo liberan dos días después. Juan José Cabral, de 22 años, que estudiaba medicina en Corrientes, es asesinado por la policía. La muerte se produce a raíz de la participación de Cabral en una manifestación por el aumento de precios en el comedor universitario. En Córdoba los metalúrgicos declaran una huelga de 48 horas. El asesinato de Cabral caldea el ambiente del país. Es una de las causas del Cordobazo. Hay manifestaciones en casi todas las ciudades. En una de ellas, en Rosario, un oficial de policía hiere a Alberto Ramón Bello, de 22 años. Bello muere al día siguiente. Su sepelio se hace en Rosario. Se clausura la Universidad de Córdoba. Al día siguiente, en Córdoba, Elba Canelo queda ciega de un ojo por una granada de gas. El 21: marcha de silencio en Rosario. El pueblo toma la ciudad. Un joven de 15 años muere de un balazo en la espalda, Luis Norberto Blanco. El general Fonseca se adueña del territorio y hace retroceder a quienes habían tomado la ciudad. Onganía ordena la ocupación militar de Rosario. Sepelio del joven Blanco. Se confirma, en Washington, a John Davis Lodge como embajador en la Argentina. Lodge declara que Onganía llegó al gobierno en forma democrática. Día 29: el Cordobazo. Al día siguiente, el Ejército entra al Barrio Clínicas, donde se concentra la población estudiantil. 14 muertos en los dos días del Cordobazo. Se establecen tribunales militares: Elpidio Torres, de Smata, es condenado a cuatro años de prisión. Agustín Tosco (“el hombre del Cordobazo”) a ocho. Y así sigue la cosa: el 26 de junio se queman 15 supermercados Minimax, pertenecientes a la cadena de la familia Rockefeller.

30 de junio de 1969: balean a quemarropa a Augusto Timoteo Vandor, el cruzado del “peronismo sin Perón”, el enemigo de la CGT de los Argentinos, lugar en el que ni se lo nombraba, se le decía “el traidor”. La CGT estaba dividida en la “de los Argentinos” y “la de Azopardo”. Esta, que llevaba su nombre por estar en esa calle, tenía la orientación pactista que le imponía el Lobo Vandor. Para los de Ongaro eran “los traidores”. La muerte de Vandor no entristeció a nadie. Se lo veía como un tipo sinuoso, un maestro de la negociación perenne y un traidor a su clase y a cualquier otro compromiso que pudiera tomar. Sigue la cosa: asume un nuevo ministro de Economía, José María Dagnino Pastore. Refiriéndose a un famoso libro de *geografía* que todos habíamos tenido en el secundario se dice que, de geografía al menos, algo sabrá. Juan García Elorrio, el director de *Cristianismo y revolución*, muere, el 27 de febrero de 1970, embestido por un automóvil. Conmoción entre la militancia. García Elorrio era un hombre muy respetado, había buscado unir el cristianismo y el marxismo con las luchas nacionales. Nadie quería creer que simplemente lo había matado un auto. Pero no hubo forma de demostrar que no fuera así. Una muerte absurda. A lo Barthes: semiólogo que no vio el

semáforo y lo aplastó un camión de lavandería. Las FAP toman el destacamento de la Prefectura de Tigre. Se llevan quince ametralladoras, doce fusiles y pistolas. La guerrilla actúa: el 26 de abril asalta una comisaría en Rosario; el 28, una en Córdoba; el 29, una en Villa Devoto. Onganía pierde la paciencia: nuevos poderes a la policía para combatir a la guerrilla. El 27 se reúne con Lanusse y 52 generales en actividad. Les dice que la “Revolución Argentina” tiene aún por delante quince o veinte años más. Con él a su frente, claro está. Lanusse mira de reojo a uno que otro general y ya está: los días de Onganía están contados. 29 de mayo de 1970: *Es el Día del Ejército, y el primer aniversario del Cordobazo y será el día del secuestro de Aramburu*. Es un día verdaderamente *sobredeterminado*. Pocos años antes, en sus libros *Lire Le Capital* y *Pour Marx*, Louis Althusser, que había criticado la *linealidad* de la concepción hegeliana de la historia, toma, sin embargo, de éste, el concepto de *determinación*. Una *determinación*, en Hegel, es un punto de la historia o un elemento del pensamiento lógico. Althusser creía en el concepto de *sobredeterminación*. Ese punto de la historia presenta tal complejidad, son tantas las líneas que en él confluyen, que estamos ante una *sobredeterminación*. Esas tres poderosas líneas que se cruzan ese 29 de mayo de 1970 hacen de ese día uno de los más *sobredeterminados* de la década que se inicia: Día del Ejército, primer aniversario del Cordobazo y secuestro de Pedro Eugenio Aramburu. Hasta aquí queríamos llegar. Antes de seguir deberemos volcar nuestra atención hacia el comandante Ernesto “Che” Guevara, hoy, en pleno siglo XXI, nada menos que el rostro casi universal de la rebeldía.

“¿TÚ CREES QUE SOMOS IGUALES A ELLOS?”, DIJO EL CHE

En 1997 se publican varias biografías sobre Ernesto Guevara. La de Anderson, la de Paco Taibo, la de Pierre Kalfon y la de Jorge Castañeda. Se cumplían treinta años de la muerte del Che en la Escuelita de La Higuera. Luego del buen suceso que nuestra película sobre Eva Perón había obtenido, unos productores nos convocan a Desanzo y a mí, al director y al guionista del film, para que hiciéramos una sobre Guevara. La primera tarea será viajar a Cuba y ver y preguntar y olfatear. Desanzo estaba afónico por el esfuerzo de la filmación del film sobre Evita, de modo que la tarea de hablar con los entrevistados me correspondía. Durante una semana pregunté, desde Froilán González hasta Roberto Fernández Retamar, si el Che tenía algún defecto. Ninguno. Yo alegaba que no podría escribir un guión de cine sobre un personaje que no tuviera un quiebre, alguna zona oscura, en contradicción con su cara diurna, con la más conocida, la más célebre. De lo contrario saldría un caramelo, no un hombre. Quería la cara del cuadro de Alberto Korda, sí. Pero tenía que existir *otra*. Nada. Cierta tarde (no recuerdo por qué no estaba Desanzo), el coronel del Ejército Revolucionario que nos habían amablemente puesto como chofer me dice: “Venga, lo llevaré a un lugar donde no va nadie”. Me llevó a la fortaleza de La Cabaña, donde se había instalado el Che a comienzos del ’59 y donde se iniciaron los juicios de los tribunales revolucionarios. El coronel me mostró el célebre “paredón”. Era enorme. La fortaleza era una bellísima construcción española del siglo XVI. El paredón estaba lleno de agujeros. “Si se pregunta por qué no hay más —dijo el coronel—, es porque la mayoría de las balas pegaban en el blanco.” Para Guevara las revoluciones se hacían a lo Saint Just. Los que allí fusiló habían cometido atrocidades. Eran soldados batistianos o tipos de la policía secreta. Osvaldo Bayer, sin embargo, vio juzgar a dos jóvenes soldados (dos terribles, brutales asesinos o torturadores sin duda) con una velocidad que le pareció —digamos— demasiado veloz. El Tribunal los condenó a ser fusilados. Bayer se preguntó largo tiempo si, dada la corta, muy corta edad de esos soldados, no podían ser enviados a un campo de rehabilitación, permitirles una segunda oportunidad. (Si Bayer desmiente esto o da otra versión, que

nadie dude: la verdad estará de su parte y yo habré recordado mal y citado imprudentemente.) Pero la justicia revolucionaria es veloz y no da segundas oportunidades. Ni a un anciano ni a un joven de dieciséis años o algo más. Pero aquí no nos proponemos hablar de esto. El esquema de la revolución sangrienta, de la revolución que castiga y limpia el panorama de enemigos dominaba el espíritu de los cubanos. El número de fusilados que se maneja va de 600 a 1500. Posiblemente ninguna de las dos cifras sea verdadera. Posiblemente ninguna de las dos importe. Lo que importa es que se establecieron juicios revolucionarios sumarisimos y el paredón se hizo famoso en el entero mundo. “Al paredón”, fue una frase célebre. O “Paredón, paredón, para todos los traidores, que vendieron la nación” fue una conocida consigna de la JP. Bien, el paredón era ése. Era enorme y estaba lleno de agujeros.

Cuando regresé a Buenos Aires escribí el guión. Guevara no era San Ernesto de La Higuera. Era un personaje contradictorio, en ebullición casi permanente, conté los hechos de la fortaleza de La Cabaña, la aventura desesperada de Bolivia, un martirio crístico, una lucha contra la humedad de la selva (que el asma del Che no resistía) y contra las delaciones de los campesinos. El Instituto de Cine Cubano, al mando de Alfredo Guevara, un personaje que solía andar con un sobretodo sobre los hombros, y que no tenía relación familiar con el Che, rechazó el guión y dijo que si el guionista insistía en participar del proyecto Cuba no facilitarían las locaciones. Me apartaron amable pero culposamente del proyecto y escribí poco después una obra de teatro para darme el gusto. Pero los aspectos oscuros del Che eran intocables. Mi posición era la contraria: sólo el coraje de meterse con esos aspectos posibilitaría una gran película. ¿Qué salió? La peor película de Desanzo. El Billiken de Ernesto Guevara. Un héroe immaculado. Una película en la que se veía todo lo que ya se sabía. El santo de la Escuelita de La Higuera. Incluso Desanzo le dio unos “toques Favio” por los cuales el Che, al ser elevado por un helicóptero su cadáver, parecía ascender a las alturas.

Pierre Kalfon se anima a insinuar o más que insinuar una teoría temible. “Los guerrilleros (escribe) derribaron un régimen más frágil de lo que parecía, desgastado por la corrupción y la ineficacia de su personal” (Pierre Kalfon, *Che, Ernesto Guevara, una leyenda de nuestro siglo*, Plaza y Janés, Barcelona, 1997, p. 268). Lejos de tratarse de una controversia universitaria estamos en presencia de un punto decisivo en la interpretación de la Revolución Cubana. Esta interpretación llevará a la muerte a muchos que en América optarán por la praxis del “foco insurreccional”. “El Che (escribe Pierre Kalfon) basa su teoría revolucionaria en el modelo matricial de una guerrilla de campesinos que prevalece sobre un ejército profesional. Pero si no fueron los guerrilleros los que ganaron sino el régimen carcomido de Batista el que se hundió, *entonces el malentendido es inmenso, y la pasmosa hazaña de trescientos campesinos venciendo a un ejército de cincuenta mil hombres* se reduce a un accidente de la historia” (Kalfon, *Ibid.*, p. 268). En Santa Clara (único aporte totalmente propio del Che a la revolución, lo demás: jefatura de Fidel), Guevara gana una batalla contra un ejército sin disciplina, cuyos soldados no quieren pelear.

Pero hay un episodio que muestra al Che en un gesto notable. Un miliciano que no se quiere identificar con la crueldad, con la inhumanidad del enemigo contra el que se ha alzado en armas precisamente *para no ser como él*. Orestes Colina, un combatiente fiel de la revolución, se encuentra con el Che, quien viene con un teniente del ejército batistiano al que lleva preso. Orestes Colina, en un ataque de furia, le dice: “Lo que tenemos que hacer es matar a éste”. El Che responde la respuesta adecuada, la respuesta que resume todos los valores que el siglo XX pisoteó: “¿Tú crees que somos iguales a ellos?”.

Prometo entregar una extensa bibliografía en el próximo suplemento.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO
DOMINGO

El acontecimiento
Aramburu

IV Domingo 7 de septiembre de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

43 El acontecimiento Aramburu



EL "PAREDÓN"

Nos metemos con Guevara porque queremos pulir la idea de la teoría del foco guerrillero, que fue, más que probablemente, un genuino aporte de Guevara al marxismo y que él mismo habría de practicar. También las guerrillas latinoamericanas. El Che era más partidario de la guerrilla campesina que de la guerrilla urbana. De aquí que el ERP haya elegido el monte tucumano y los Montos se concentraran en las ciudades. La teoría del foco no era parte de la experiencia de la Revolución Cubana. Castro contó siempre con un campesinado que le fue fiel, con soldados batistianos que se pasaron a sus filas. Este segundo aspecto es contingente. Lo central de la Revolución de Castro es el ascendente que éste ya había logrado en los campesinos y en el apoyo que de ellos recibía. En tanto en Bolivia los campesinos de ese país terminaron por ser delatores de la guerrilla guevarista, en Cuba los hombres de la tierra recibieron bien a Castro. Estaban hartos de Batista y sus horrores. Hartos de una dictadura feroz. Estos jóvenes barbudos que venían en incontenible avance les despertaban esperanzas. Ese avance era cada vez más incontenible porque los campesinos se convertían en guerrilleros y aumentaban las fuerzas del Ejército Rebelde. Una vez que la Revolución triunfa, América latina festeja. Pero no festeja el triunfo de una "revolución socialista", sino el de unos barbudos rebeldes que han destituido a una dictadura sangrienta que ya avergonzaba e incomodaba a los mismos norteamericanos. La Revolución Cubana cuenta, en sus primeros pasos, con el apoyo de todos. Fidel se establece en la conducción. Y Guevara es el Saint-Just, el ala jacobina. Aunque a Fidel no le faltaba garra para asumir, siempre que lo quisiera, este papel. Lo primero que incomoda al mundo libre son las ejecuciones masivas de adictos al régimen batistiano. Ahí nace la palabra "paredón", que es una la palabra genuinamente cubana, genuinamente castrista. La idea del "fusilamiento" de los opositores peligrosos (en primera instancia) acompaña casi automáticamente a la de "revolución". No hay revolución sin fusilamientos. Incluso Aramburu, justificándose, tratando de relativizar la importancia del fusilamiento de Valle, les dirá, en su cautiverio, a los Montoneros que ellos —los de la Libertadora— habían hecho una revolución y en una revolución siempre se fusila. No hay por qué sorprenderse si Castro y el Che también lo hicieron. Es el modelo revolucionario de la Revolución Francesa. El modelo que siempre manejaron Marx y Engels. Volveré a citar un texto de Engels que cito desde hace años pero no lo he citado aquí y aquí lo requiero otra vez. Discutiendo con "demócratas antiautoritaristas", Engels se encrespa y dice: "¿No han visto nunca una revolución estos señores? Una revolución es, indudablemente, la cosa más autoritaria que existe: es el acto por medio del cual una parte de la población impone su voluntad a la otra por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay; y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por *el terror* que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿La Comuna de París habría durado acaso un solo día de no haber empleado esta autoridad de pueblo armado frente a los burgueses? ¿No podemos, por el contrario, reprocharle el no haberse servido lo bastante de ella?" (Marx, Engels, *Obras escogidas*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, Tomo I, 1955, p. 671. Cursivas mías). El texto es de una potencia y claridad notables. Uno lo ha citado casi ya a lo largo de los años. Tiene otros para citar. Pero, ¿para qué? Engels lo dijo impecablemente y era, además, Engels. De aquí que, por más que acumulemos lecturas, la condensada sabiduría a la que improbablemente podamos acceder algún día se encierre, se condense apenas en unas pocas lecturas. Observen las bastardillas que puse esta vez: *el terror*. Hasta eso acepta Engels de la Revolución Francesa. Eso que disgustó tanto a Hegel como a Beethoven, Engels lo acepta como parte

esencial de una revolución. ¿Cómo no habría de ser duro el Che en la fortaleza de La Cabaña? Insisto: Aramburu, para justificarse, dice "éramos revolucionarios, teníamos que fusilar". (Nota: ¿No se habrá negado Perón a fusilar a Menéndez por respetar la condición democrática de su gobierno, elegido por el voto popular? Para sorpresa de muchos antiperonistas, esto demostraría que su gobierno fue más democrático que el cacareado gobierno de la libertad de los "libertadores".)

LA REVOLUCIÓN ES PACIENCIA

Pero el Che empieza a sentirse incómodo "dentro" de la Revolución Cubana. Lo sorprendemos ahora hablando con Fidel. Éste, aún, no ha anunciado que la Revolución es comunista, aún no ha transcurrido el tiempo suficiente. Lo dirá, pero prefiere esperar un poco. Guevara lo apura: ¿por qué no decir la verdad? Prestemos oídos a esa conversación:

Fidel: —Esa verdad nos perjudica en este momento. Por ahora sólo somos unos barbudos pintorescos que luchamos contra una dictadura incómoda.

Che: —¿Incómoda? Vamos, Fidel: sanguinaria, cruel, genocida.

Fidel: —Incómoda para el Departamento de Estado.

Che: —¡Pues que se vayan dando cuenta! ¡No venimos a mejorarle la imagen al Departamento de Estado en Latinoamérica! Venimos...

Fidel (Muy firme): —Sí, ya sé a qué venimos. Pero no nos conviene decirlo por ahora. El socialismo los espanta.

Che: —Es que a eso venimos: a espantarlos.

Fidel: —Tenemos que hacer política.

Che: —¿Y qué es hacer política? ¿No decir la verdad?

Fidel: —No decir *siempre* la verdad.

Che: —Esconderse, mostrarse, dar la cara, no dar la cara, decir la verdad, no decirla, sonreír sin ganas, darles la mano a los hijos de puta, abrazarse con los cretinos, hablar, callarse, decir sí sin decir sí, decir no sin decir no... ¿eso es hacer política?

Fidel (Mirándolo muy fijamente. Muy convencido): —Exactamente eso.

Che: —Eso no es para mí. No voy a ser un buen político, Fidel.

Fidel: —Entonces déjame la política a mí. Tú ocúpate de la guerra.

Che: —Es que la guerra está por terminar. Ahora empieza la revolución.

Fidel (Asiente con un gesto. Luego): —Y la revolución es paciencia. Una larga paciencia. Tenemos que gobernar, Che. Y gobernar... no siempre es heroico (JPF, *Dos destinos sudamericanos, cuestiones con Ernesto Che Guevara*, Obra teatral en un acto, *Ob. cit.*, p. 30).

Guevara deja su papel de Saint-Just cuando empieza a ocuparse de la economía cubana. Pero no dura mucho ahí. Su temple está para otras tareas. En Cuba, mientras están Fidel y el Che, uno de los dos sobra. El Che mira con malos ojos los arreglos con la Unión Soviética. Su idea es lanzar el concepto y la realidad de la Revolución Cubana a la conquista de América latina. Lo que luego propondrá: dos, tres, muchos Vietnam. Fidel estrecha relaciones con los soviéticos. Esto le permite soportar todos los problemas que le crean los norteamericanos. Pero Cuba empieza a depender excesivamente de su grandote protector. Se dice de Castro: "Es otro mariscal del Kremlin". Se dice que la economía de la isla se sostiene fácil porque todos los meses llega "el cheque de los rusos". Nada de esto le gusta a Guevara. Quiere mayor independencia para Cuba. No quiere pegarse a los rusos ni apoltronarse en la comodidad del "cheque". Para él, así, la revolución pierde dinamismo, se adormece. Más aún si no realiza su tarea fundamental: llevar a la lucha a los restantes pueblos de América latina. *Pero esto es lo que menos quieren los rusos*. La Guerra Fría los compromete en una política de coexistencia. No pueden financiar a un país que altera las relaciones de poder en el patio trasero de los yanquis. El Che, como primera etapa, quiere ir a África.

Fidel: —No te necesitan en África. Si no eres necesario, no lo eres. Hay revoluciones que pueden hacerse sin ti.

Che: —Hay una revolución que puede hacerse

sin mí: la nuestra. Ya no soy necesario aquí, Fidel. Mi horizonte...

Fidel: —Tu horizonte está siempre demasiado lejos. Se te ha quedado chica nuestra revolución. Ya no encuentras el modo de ser heroico en ella. Te aburres. Y no me lo has dicho, pero me lo dices todo el tiempo: "No quiero ser un burócrata como tú, Fidel. Yo, si no soy un héroe, no puedo estar". (Con gravedad): Una vez más te lo digo: el heroísmo no sólo está en la batalla, también está en la paciencia.

Che: —Te está gustando demasiado la paciencia, Fidel. La serena certidumbre de la ayuda de los rusos. De nuestras cosechas de azúcar. De la renuncia a mis planes de industrias. Seguimos siendo lo que éramos: una isla de monocultivo. Sólo que en lugar de comprarles basura a los yanquis, nos la regalan los rusos. Ayuda económica y coexistencia pacífica. Paciencia, dicen los rusos. Nada de industrias, monocultivo. Paciencia. Nada de revoluciones en América latina, coexistencia pacífica. Y vos aceptás, Fidel. Porque te volviste paciente. Como quieren los rusos: un revolucionario paciente, controlable, sumiso. Un político con una verborragia algo estridente. Pero un político al fin.



Fidel: —Sé lo que quieres. Y es algo más específico que la revolución en América latina. Quieres la revolución en Argentina.

Che: —Por supuesto. Pero no voy a empezar por la Argentina.

Fidel: —Tampoco vayas a Bolivia. No...

Che: —A ver, decilo: "No están dadas las condiciones". ¿Es eso?

Fidel: —Eso. (Lo mira fijamente): No están dadas las condiciones.

Che: —Nunca están dadas las condiciones. Una revolución es eso: crear las condiciones. El foco guerrillero es eso: crear las condiciones. Ningún régimen está esperando a que te lo devores como a una fruta madura. Ningún régimen se cae solo, siempre hay que voltearlo. (Nota: Esta notable frase de John William Cooke me pareció digna de ser dicha por Guevara. De aquí que se la haya adjudicado en este diálogo con Fidel.)

Fidel: —La mayoría de los campesinos bolivianos son dueños de sus parcelas. No te respaldarán.

Che: —¿Quiénes te dijeron eso? ¿Los rusos? ¿La inteligencia soviética en Latinoamérica?

Fidel: —Sin los campesinos no habríamos hecho nuestra revolución. Sin los campesinos, no la harás tú en Bolivia. (Pausa. Casi con calidez): No

vayas aún, Che. Una revolución es saber atacar cuando es sensato. No vayas.

Che: —¡Carajo, no puedo creer que me estás diciendo algo así! ¿Tanto te ablandaron los rusos? Una revolución es lo menos sensato que hay. Siempre hay que estar un poco loco para hacer una revolución. Un hombre sensato lee el diario a la mañana, va a su trabajo, regresa a su casa, come y duerme hasta el día siguiente. Eso es la sensatez, Fidel. No fue sensato asaltar el Moncada. No fue sensato navegar en el *Granma*. Si lo hiciste fue porque eras un insensato. Un loco. Un revolucionario. Ahora corrés el peligro de convertirte en un burócrata.

Fidel: —Y tú en un mesiánico. En un héroe, en un mártir... pero no en un revolucionario.

(Se hace un silencio. Ya se han dicho todo. Fidel saca un cigarro y se lo ofrece al Che, que acepta.)

Che: —Estás engordando. (JPF, *Cuestiones con Ernesto Che Guevara, Ibid.*, pp. 52/53/54).

EL AVENTURERO

Los hechos son conocidos. Guevara hace su experiencia africana y fracasa por completo. Luego regresa a Cuba. Y prepara su viaje a Boli-



via. Ahí hará la experiencia práctica de su teoría del foco insurreccional. Escribe varias cartas, despidiéndose. Todas son cristalinas. En todas expresa la idea que tiene de sí mismo y de su misión revolucionaria. A los padres: “Otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante, vuelvo al camino con mi adarga al brazo”. No teme compararse con el personaje de Cervantes porque no teme que le digan *aventurero*. Si hay, en política, un mote que hiere y desacredita a quien se lo gana es el de “aventurero”. No le preocupa a Guevara. “Creo (dice) en la lucha armada como única solución para los pueblos que luchan por liberarse y soy consecuente con mis creencias.” Esta fidelidad a sus creencias lo lleva a luchar donde sea, donde quiera que haga falta. Si hay que ir, si él lo cree así, agarrará su Rocinante y cargará con su adarga bajo el brazo. “Muchos me dirán *aventurero*, y lo soy, sólo que de un tipo diferente y de los que ponen el pellejo para demostrar sus verdades.” Acaso en este acto hoy, más que infrecuente, insólito, esté la permanencia del Che en el imaginario de los pueblos del mundo. Más de una vez (no demasiadas) le pregunté a un pibe por qué tenía la camiseta del Che. Ninguno me dijo: “Porque sí”. O: “Qué sé

yo”. O: “Porque me la regalaron”. La respuesta, casi siempre, fue: “Porque era un valiente, un rebelde, un tipo que peleaba contra el sistema”. O también: “Porque era un chabón con unos huevos de acero”. O también porque era recopado, porque se jugaba la vida por lo que creía, porque peleaba por un mundo mejor. Nadie podrá, nunca, desmentirle esa frase a Guevara: *puso siempre el pellejo para demostrar sus verdades*. No queda casi nada de lo que *concretamente* hizo porque no pegó ni una. Se metió en la Revolución Cubana, pero bajo la conducción de Fidel. Ganó la batalla de Santa Clara, pero el ejército batistiano era débil, corrupto y ofrecía poca resistencia. Igual, ganó esa batalla en una guerra que él no conducía. Fracaso como ministro de Industrias. Fracaso en su enfrentamiento con la Unión Soviética. Fracaso en África. Y, trágicamente, fracasó en Bolivia. Con ese fracaso fracasa la teoría del foco. Ignoró con ligereza la aristocracia de los obreros del estaño. La advertencia de Castro acerca de la situación de los campesinos: eran dueños de sus parcelas. Se aisló de los políticos bolivianos. Los desdeñó. Solo, con unos pocos incondicionales, penetró en una selva húmeda que fue fatal para sus pulmones. No le importó la guerra que Bolivia había sostenido con Paraguay. El ejército boliviano difundió una mentira que erosionó seriamente su credibilidad ante los campesinos: que esos locos barbudos que andaban por la selva eran paraguayos. Suficiente: los campesinos, primero, empezaron a tratarlo con recelo. Luego, si más, lo delataron. Sólo citaré algunos textos del *Diario en Bolivia*: “Alto Seco es un villorrio de 50 casas situado a 1900 metros de altura que nos recibió con una bien sazónada mezcla de miedo y curiosidad”. Luego: “Por la noche Inti dio una charla en el local de la escuela (1 y 2 grados) a un grupo de 15 *asombrados y callados* campesinos explicándoles el alcance de nuestra revolución” (el subrayado es mío). Son dos textos del 9 de septiembre de 1967. Le quedaba un mes de vida. El 24 del mismo mes dice que un solo campesino quedó en una casa a la que habían llegado (él con un ataque al hígado, vomitando). Sólo quedó Sóstenes Vargas. “El resto huye al verlos.” Y en el Resumen de septiembre anota: “Las características son las mismas del mes pasado, salvo que ahora sí el ejército está demostrando más efectividad en su acción y la masa campesina no nos ayuda en nada y se convierten en delatores”. En la carta a sus hijos había escrito un texto bellísimo: “Sobre todo, sean siempre capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo. Es la cualidad más linda de un revolucionario”. Es cierto. Pero sentir las injusticias que se cometen en diversas partes del mundo no alcanza para ir a esos lugares y luchar con efectividad por los sometidos. En Bolivia, esos sometidos lo denunciaban.

Hay un pequeño texto de Guevara que se llama: “*Cuba, ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha contra el colonialismo?*”. Luego de refutar las tesis de los “excepcionalistas”, el Che concluye que Cuba es la vanguardia en la lucha contra el colonialismo. Quienes creyeron esto creyeron un error. Quienes vieron en la teoría del foco una posibilidad revolucionaria, no meditaron lo suficiente sobre la propia experiencia del Che en Bolivia. Hay muchos textos de Guevara que postulan una participación mayor de la guerrilla en el trabajo de masas, pero siempre defendió el foco. *El poder galvanizador de la guerrilla*. Partir del foco e ir incorporando a las masas. El ERP ensaya esta operatividad en Tucumán. La guerrilla argentina fue preferentemente urbana. Guevara no pensaba así: “Esas son las consideraciones que nos hacen pensar que, aun analizando países en que el predominio urbano es muy grande, el foco central político de la lucha puede desarrollarse en el campo” (*Cuba, ¿excepcionalidad histórica o...?*). Hay textos, sí, en que se desliza, como dije, hacia la fundamental captación de las masas (aunque siempre partiendo desde el foco): “Los guerrilleros no pueden olvidar nunca su función de vanguardia del pueblo, el mandato que encarnan, y por tanto, deben crear las condiciones políticas necesarias para el establecimiento del poder revolucionario basado en el apoyo total de las masas” (*Guerra de guerrillas, un método*). Creía que la

Historia estaba a favor de su causa, como casi todos creían en esos años: “La Alianza para el Progreso es un intento de refrenar lo irrefrenable” (*Ibid.*). Su experiencia boliviana es crística. Son tantos los padecimientos que describe en su *Diario* que uno entiende que sólo un hombre con una voluntad casi sobrehumana puede afrontarlos. También creía que la *voluntad revolucionaria* podía vencer los escollos de la realidad. (No en vano el libro de Anguita y Caparrós sobre la militancia revolucionaria del setenta lleva por título *La voluntad*). En fin, sé que por más que diga que admiro a este hombre y que creo que es justo se haya transformado en el símbolo de la rebeldía, los guevaristas, que son impiadosos, no me perdonarán estas páginas. Han sido sólo un bosquejo para entender los errores de la guerrilla argentina. Que no tuvo ni por asomo un Guevara y que agravó esos errores. Este libro no trata de él. Pero es inevitable tomarlo en cuenta porque fue el mentor de quienes creyeron y aplicaron la teoría del foco. Algo que ocurrió en toda América latina. En sus diálogos con Castro tal vez sea él quien se ubica en el lugar más brillante, más osado, pero es Castro el que le está dando una dura lección de política, el que le exhibe las aristas ásperas de la historia, algo que lo remite a una teoría que el Che interpreta como “paciencia” y Castro como trabajo político, como esa tarea ardua, difícil, de limar los muros que la realidad se empeña en levantar ante la “voluntad revolucionaria”. Es posible que Castro no quede como la bandera del rebelde, pero fue el que toleró el desgaste, las negociaciones, el paso del tiempo. Es posible, también, que ahora quiera morir sin haber retrocedido, algo que lo acercaría definitivamente a la gloria del Che. Es posible que en este hecho se encuentre el secreto del empeño en su perdurabilidad. Un Castro al que la muerte atrapa sin que haya entregado a Cuba es un Castro que llega a las alturas de la rebeldía del Che. De aquí que el empecinamiento que muestra desde hace años en no “democratizar” la isla sea expresión de un deseo: seguir siendo Fidel, no alterar su imagen, seguir siendo el mismo, el que mantuvo y mantendrá a Cuba fuera de las garras del imperialismo. Porque lo sabe bien: detrás de todas las exigencias para que democratice Cuba late el deseo de aniquilarlo a él. Una Cuba sin Castro sería pasto fácil para una penetración gusano-imperialista de elevadas proporciones. Una Cuba con Castro es una Cuba detenida, no democrática, fijada en un pasado de esplendor cuyo presente no logra expresar, pero para él, para Castro, es la garantía de su coherencia, el dibujo perfecto de su figura. Si el Che murió en Bolivia siendo el Che, dejando a la posteridad la imagen perfecta, intocada, de Ernesto Guevara, un Castro que muera “en la Cuba de Castro”, en la isla todavía indemne, cansada pero rebelde, anacrónica pero pura, sería el Castro perfecto, el Castro que muere dejando también a la posteridad la imagen perfecta, la imagen intocada del héroe de la Sierra Maestra, del revolucionario, del hombre que nunca se entregó, del nunca vencido, del obstinado que le dice a la historia, no que lo absolverá, sino que él se ha absuelto a sí mismo, que su voluntad de ser hasta el final lo que fue desde el principio lo iguala al otro empecinado, al de Bolivia, lo torna tan puro como él, lo transforma en el único político que, sin dejar de transitar los caminos del desgaste, de los largos años que erosionan toda posible gloria, ha llegado, sin embargo, al fin con la pureza del mártir, con la voluntad indomable del aventurero, sin quebrarse. Así, Castro va en busca de una gloria aún mayor que la de Guevara: la de haber sido, a la vez, los dos, él y el otro. El que murió puro en Bolivia. Y el que morirá puro en la isla de Cuba, invicta. Como él.

DE LA PENITENCIARÍA NACIONAL A TIMOTE: LA LARGA MANO DE LA HISTORIA

¿Qué habrá pensado Aramburu el 29 de mayo de 1970? Lo dijimos: la fecha está cuidadosamente elegida. Se cumple, ese día, un año del Cordobazo. Se festeja, ese día, el Día del Ejército. De ahí en más, ese día, será el de la muerte de Aramburu. (Dejamos para más adelante, cuando tengamos todos los datos en la mano o todos los que se pueden tener, si ese hecho fue un *asesinato*

o un *ajusticiamiento*. O si fue algo todavía algo más complejo. Algo que probablemente no pueda ser encerrado en una sola palabra.) ¿Qué habrá pensado el hombre de la Libertadora, el fusilador de Valle, cuando le dijeron que lo iban a matar y que el motivo principal era el de la muerte de Valle? “Nunca creí que iba a tener que pagar por eso”, quizá. Pero lo que uno piensa, lo que hoy podemos pensar con la serenidad de los años (no con la *frialdad* de los años, sólo con esa serenidad que nos permite atrapar los hechos en su compleja trama, sin dejar nada afuera, tornando visibles todas las determinaciones que se cruzan en la trama de la historia, en un hecho que las convoca a todas) es que la mano de la historia es larga, que la persistencia de ciertos sucesos se prolonga imprevisiblemente. Aramburu se habrá sorprendido. ¿Quiénes eran estos muchachos? ¿Serían capaces de matarlo por un asunto como el de Valle? ¿No había quedado eso *atrás*? ¿No estábamos ahora preocupados por encontrarle una salida política a la Revolución Argentina? ¿No soy yo precisamente el garante de esa salida, el hombre ideal para encarnar ese proyecto? Digamos una suposición disparatada: ¿y si pensó, súbitamente, “debí haber recibido a la mujer de Valle esa noche”? “Si hubiera tenido esa clemencia tal vez estos muchachos serían ahora más clementes conmigo.” En fin, no importa. Pero algo ha de haber intuido acerca de los complejos caminos de la historia. Que son imprevisibles, que suceden sin causalidad alguna, pero tienen, algunos de ellos, una densidad asombrosa. La muerte de Aramburu condensa toda la tragedia argentina desde el 16 de junio de 1955 en adelante. Esa muerte se la había ganado. No estoy diciendo que fuera justa. Menos un tipo como yo que detesta la violencia y cree que nadie debería morir, pero no es tan ingenuo como para no saber que la historia está escrita con sangre, que el hombre es el lobo del hombre, que el capitalismo es un sistema que sólo puede engendrar injusticias y odios. Que la violencia se cierne sobre este mundo desde sus orígenes y perdura hoy como si nada hubiera pasado, perdura aún con mayores posibilidades destructivas. Ya haremos algo así como una ontología de la violencia. El resultado deberá confrontar el postulado bíblico “No matarás” con el postulado antropológico e histórico “El hombre no puede no matar”. Aramburu, como todo ser humano, no merecía morir, pero la muerte se la había ganado. Había hecho muchas de las cosas necesarias que suelen condenar a los hombres. Había despertado odios. Había ordenado muertes. Había sido impiadoso, vengativo. Había desoído pedidos desesperados de clemencia. Hacerle decir a la mujer del general al que va a fusilar que él, el único que puede impedir esa ejecución, “duerme” es de una crueldad inaudita. Ante todo, la debió haber recibido. Debí haber tenido la dignidad y el coraje de decirle en la cara por qué mataba a su marido. Y si no, no debí ordenar que le dijeran que él dormía. Era decirle: “Yo tengo la conciencia en paz, señora. La muerte de su esposo no me quita el sueño. Su desesperación tampoco. Usted, para mí, no vale nada porque es, precisamente, su mujer. El motivo que cree la autoriza a pedirme clemencia es el mismo por el que yo no la quiero ver. Porque se casó con un peronista, señora. Porque supo que él se alzaría contra nuestro gobierno, que es el que restauró la libertad y la democracia en nuestro país, y siguió a su lado. Denunciarlo habría sido mucho, tal vez. No le pido tanto. Pero haber seguido con él es imperdonable. Y si él no le dijo nada usted debió darse cuenta. En algo raro anda mi marido. Eso debió advertir. De eso debió darse cuenta. Usted es una peronista como él. Por eso, si se dio cuenta, lo dejó seguir. Todo salió mal. Hay que pagar. La que esta noche no va a poder dormir es usted. Yo no. Yo ya estoy durmiendo. Se lo hago saber para que usted, justamente, sepa hasta qué punto mi conciencia está serena”. Además hizo fusilar a Valle en una penitenciaría. Como a un reo. Como a un delincuente común. Feo lugar para morir. A él le habrá de tocar uno todavía peor. La hija de Valle lo acompaña hasta el último momento. Se

llama Susana y habrá de ser importante en los años que vendrán. A ella, Valle le da las cartas que escribió. La de Aramburu (célebremente hoy) empieza utilizando la palabra *asesinato*: “Dentro de unas horas usted tendrá la satisfacción de haberme asesinado”. “Dentro de unos años (podría haber dicho) tendré yo la satisfacción de verlo morir a usted, de saberme vengado. Pero usted no morirá a manos de un pelotón del ejército gorila que hoy comanda, sino a manos de jóvenes idealistas, que lo matan en nombre de la justicia social, de la libertad de los pueblos.” Acaso el profundo sentimiento cristiano que animaba a Valle le habría impedido sentir “satisfacción” por la muerte de nadie, ni alegría por un acto de venganza. Pero se habría deslumbrado por lo mismo que nos atrae a nosotros: por el largo brazo de la historia, por esa línea tendida entre el patio de la Penitenciaría Nacional y el barro de la estancia de Timote. Entre el oficial de la Libertadora que ordena “¡Fuego!” y el joven Fernando Abal Medina que dice: “Voy a proceder, general”.

La bibliografía que detallo a continuación es dispar. Algunos libros son buenos, otros son malos, otros son excelentes. Todos son útiles para el que quiera seguir trabajando estas temáticas. Son cerca de cien libros. Abarcan todas las posiciones ideológicas, o casi todas. Siempre puede haber una que uno no conoce. Si la entrega es porque son muchos los lectores que la han solicitado. También hay materiales valiosos en Internet. Pero siempre que haya un libro sobre un tema específico, primero el libro.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL:

Abel Gilbert-Miguel Vitagliano: *El terror y la gloria: la vida, el fútbol y la política en la Argentina del Mundial 78*.
Alain Rouquié: *Poder militar y sociedad civil en la Argentina*.
Alejandro Horowitz: *Los cuatro peronismos*.
Alfredo Mason: *Sindicalismo y dictadura*.
Alfredo Pucciarelli: *Empresarios, tecnócratas y militares*.
Andrew Graham-Yooll: *Agonía y muerte de Juan Domingo Perón*.
– *Tiempo de tragedias y esperanzas: cronología histórica, 1955-2005, de Perón a Kirchner*.
Beatriz Sarlo: *La batalla de las ideas (1943-1973)*.
– *La pasión y la excepción*.
Carlos Altamirano: *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*.
Carrera, Grau, Martí, Agustín Tosco: *La clase revolucionaria*.
Colección de la revista *Lucha Armada*: números 1 al 8.
Cristina Zuker: *El tren de la victoria: una saga familiar*.
Eliseo Verón - Silvia Sigal: *Perón o muerte*.
Ernesto Guevara: *Cuba, ¿excepción histórica o vanguardia de la lucha revolucionaria en América Latina?*
– *Diario en Bolivia*.
– *Mensaje a la Tricontinental*.
Ernesto Jauretche: *Violencia y política en los setenta*.
Ernesto Salas: *Uturuncos, el origen de la guerrilla peronista*.
– *La Resistencia Peronista: La toma del Frigorífico Lisandro de la Torre*.
Eva Perón: *Mi mensaje*.
Felipe Celesia - Pablo Waisberg: *La ley y las armas - Biografía de Rodolfo Ortega Peña*.
Félix Luna: *El 45, un año decisivo*.
– *Perón y su tiempo*.
Frantz Fanon: *Los condenados de la Tierra*.
Gabriela Saidón: *La montonera: Biografía de Norma Arrostito*.
Gustavo Plis-Sterenber: *Monte Chingolo*.
Horacio Tarcus: *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*.
Hugo del Campo: *Sindicalismo y peronismo: los comienzos de un vínculo perdurable*.
Hugo Gambini: *Historia del peronismo*.
Hugo Vezzetti: *Pasado y presente: guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*.

John William Cooke: *La lucha por la revolución nacional*.
Jorge Camarassa: *La última noche de Juan Duarte*.
José Amorin: *Montoneros, la buena historia*.
José Luis Romero: *Las ideas políticas en la argentina*.
José Natanson: *Kirchner: el presidente inesperado*.
José Pablo Feinmann: *Dos destinos sudamericanos: Eva perón - Ernesto Che Guevara*.
– *Escritos imprudentes I*.
– *Escritos imprudentes II*.
– *Filosofía y Nación*.
– *Ignotos y famosos*.
– *La crítica de las armas*.
– *La sangre derramada*.
– *López Rega: la cara oscura de Perón*.
Joseph Page: *Perón* (Tomos I y II).
Juan Domingo Perón: *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*.
– *Apuntes de historia militar*.
– *Conducción política*.
– *La fuerza es el derecho de las bestias*.
Juan Gasparini: *David Graiver, el banquero de los Montoneros*.
– *Final de cuentas*.
Juan José Hernández Arregui: *La formación de la conciencia nacional*.
– *Imperialismo y cultura*.
Julio González: *Isabel Perón*.
Karl Von Clausewitz: *De la guerra* (Editorial Labor).
León Roitchner: *Perón, entre la sangre y el tiempo*.
Marcelo Larraquy: *Galimberti*.
– *López Rega*.
– *Fuimos soldados*.
Marcos Novaro: *Historia de la Argentina contemporánea*.
María Seoane: *Todo o nada (Santucho)*.
– *El burgués maldito (Gelbard)*.
María Seoane - Vicente Muleiro: *El dictador (Videla)*.
Mariano Plotkin: *Mañana es San Perón*.
Mario Rapoport: *Historia contemporánea, política y social de la Argentina (1880-2003)*.
Maristella Svampa: *La sociedad excluyente*.
Marysa Navarro: *Eva Perón, la biografía*.
Miguel Bonasso: *Diario de un clandestino*.
– *El presidente que no fue*.
– *Recuerdo de la muerte*.
Miguel Mazzeo: *Cooke, de vuelta*.
Miguel Murmis - Carlos Portantiero: *Estudios sobre los orígenes del peronismo*.
Milcíades Peña: *Masas, caudillos y elites*.
Munú Actis / Cristina Aldini / Liliana Gardelia / Miriam Lewin / Elisa Tokar: *Ese infierno: Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*.
Pablo Gerchunoff: *El ciclo de la ilusión y el desencanto*.
Pablo Giussani: *Montoneros: la soberbia armada*.
Paco Ignacio Taibo: *Ernesto Guevara, también conocido como el Che*.
Pilar Calveiro: *Poder y desaparición*.
– *Política y/o violencia*.
Richard Gillespie: *Soldados de Perón, Montoneros*.
Robert Potash: *El Ejército y la política en la Argentina*.
Roberto Baschetti: *Documentos de la Resistencia Peronista: 1955-1970*.
– *Documentos 1970-1973: De la guerrilla peronista al gobierno popular*.
– *Documentos 1973-1976: Volumen I: De Cámpora a la ruptura*.
Rodolfo Walsh: *Carta de un escritor a la Junta Militar*.
– *El violento oficio de escribir*.
– *Operación Masacre*.
– *¿Quién mató a Rosendo?*
Santiago Garaño - Werner Pertot: *La otra Juventud: militancia y represión en el Colegio Nacional de Buenos Aires - 1971/1986*.
Sergio Olguín (compilador): *Perón vuelve*.
Sergio Pujol: *Discepolo*.
Tomás Eloy Martínez: *La novela de Perón*.
– *La pasión según Trelew*.
– *Santa Evita*.
Tulio Halperin Donghi: *Argentina en el callejón*.
– *La larga agonía de la Argentina peronista*.

PRÓXIMO DOMINGO

El acontecimiento Aramburu (II)

IV Domingo 14 de septiembre de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

44 El acontecimiento Aramburu (II)



EL ACONTECIMIENTO ARMA SU PROPIA TELEOLOGÍA

Sería sencillo ceder a una tentación frecuente: que la historia tiene un sentido lineal, que de unos hechos se siguen necesariamente otros, y que, entre todos ellos, van tramando un relato, una narración que los ordena con un sentido finalista, necesario. A esto se le llama *teleología*. Un estudio de los fines de la historia, de su *finalidad*. Nos sería sencillo armar una narración inmanente y necesaria entre el fusilamiento de Valle y la muerte de Aramburu. Sería así: alejado Juan Perón del gobierno por el golpe oligárquico-militar, el pueblo peronista queda a la intemperie, sometido a la represión del poder gorila. Su primera rebelión importante es el golpe del 9 de junio de 1955. El golpe de Valle. Este golpe es necesario resultado del golpe del '55, que expulsa a Perón del poder. Se realiza, también, porque el pueblo está desamparado y sometido a la represión. Porque el líder está exiliado y el cadáver de Eva, desaparecido. Internamente estos hechos van provocando otros, que se desprenden *necesariamente* de ellos. Valle se levanta contra el aramburato. Fracasa y es fusilado. La Libertadora, exhibiendo su rostro asesino, derrama sangre inocente: la de los fusilados en José León Suárez. Esta sangre, desde este lugar, José León Suárez, pedirá no ser nunca negociada. No se bajarán nunca las banderas por las que esa sangre se derramó. Esta determinación se desprende *necesariamente* del crimen clandestino. Valle, en una carta a Aramburu, le dice: *asesino*. Graba esa palabra en la frente de su verdugo, esa palabra lo señala, es una mancha imborrable que lo arroja a los tiempos futuros como un marcado, como alguien que carga sobre sí un crimen infame, un crimen que reclama reparación. La derrota de este primer intento armado peronista produce el endurecimiento de los sectores obreros. El régimen no es proclive al diálogo y se empecina en no legalizar al peronismo. De este hecho se deduce *necesariamente* que el peronismo deberá luchar por conseguir su legitimación, que se expresará en la consigna que pide el regreso del general Perón. La huelga del Frigorífico Lisandro de la Torre es la decisión de los obreros de no integrarse al régimen salvo que se respete su identidad política. Se los reprime fuertemente. Frondizi ha llegado al gobierno con los votos peronistas, pero no puede gobernar para el peronismo y para los gorilas (militares y civiles). Llegó al gobierno porque el Ejército Gorila se lo permitió. El Maquiavelo argentino creyó poder usar y burlar a todos. *Consecuencia necesaria*: lo sacan a patadas los propios militares. Porque Frondizi, por sus compromisos con el peronismo, permite elecciones libres en las provincias. *Consecuencia necesaria*: gana el peronismo. *Consecuencia necesaria*: los militares echan a Frondizi. Ellos lo pusieron ahí para cubrir la fachada democrática del país sin que el peronismo fuera legalizado. El proyecto del Ejército Gorila es: una democracia *sin* peronismo. Este proyecto es *necesariamente* imposible porque la mayoría de los obreros y de los pobres del país son peronistas. La narración sigue su curso lógico, su trama interna. Es una fuerza que va encadenando racionalmente los hechos. Lo que ocurre explica lo que ocurrirá y para entender lo que por fin ocurrió hay que remitirse a lo que antes había ocurrido, pues lo-que-ocurrió es su lógico y necesario resultado. Eliminado Frondizi, el Ejército Gorila intenta seguir cubriendo la fachada civil-democrática. Pero hay un factor que el Ejército Gorila *sustrae* y esta *sustracción* le impide democratizar el país, ya que el Ejército Gorila persigue un imposible: una democracia *sin* peronismo. Quiere *extirparle* el peronismo a la democracia, tarea que pareciera no ser posible. No obstante, insiste. Hay un momento en que el relato pareciera tener la autonomía, el azar, la imprevisión, de ceder a dos posibilidades. Si hay dos posibilidades se elimina el relato único, el devenir *necesario* de la historia. ¿Cuáles eran aquí las dos posibilidades? El 29 de marzo de

1962, Frondizi es arrestado en Olivos y lo tiran en Martín García. (Luego Frondizi hará de esto su *punto de honor*. Sólo tres presidentes —dirá— estuvieron en Martín García: Yrigoyen, Perón y él. Pero a él lo llevaron de mala manera. Como un esbirro que había hecho mal los deberes.) *El país se queda sin presidente*. Es un día que muchos comparan con el de “la anarquía del año '20”. Los diarios de la tarde sacan titulares catástrofe: *¿Quién gobierna?* Lo cierto es que entre las 5 de la mañana y las 5 de la tarde el país está sin presidente. Aquí se dan los dos surcos diferenciados del relato: 1) El comandante del Ejército, general Raúl Poggi (que le había pedido a Frondizi, de modo altisonante y hasta brutal, su renuncia), quiere asumir la Presidencia. Es más: ya se sienta en el sillón de Rivadavia; 2) El Ejército Gorila encuentra a un nuevo civil obediente. Al cabo, si el Presidente *se tiene que ir* y hay un presidente del Senado, lo totalmente constitucional es que sea éste quien asuma la Presidencia. El presidente del Senado es un hombre pequeño (en todo sentido), endeble, con lentes y una enorme capacidad de sumisión. Sin embargo, algunos lo ven como el salvador de la democracia argentina. ¡Ya se estaba por sentar el ambicioso Poggi en el sillón presidencial y gracias a este civil honesto que es Guido seguimos teniendo democracia! Muchos razonaban así. La clase media sobre todo, claro. La oligarquía habría querido colgar a Frondizi y luego bombardear la CGT y los barrios obreros en el mejor estilo junio '55. Pero el Ejército Gorila triunfa: quieren ser democráticos. Hay que tener claro que los norteamericanos acababan de hacer derrocar a las dictaduras del '50, todavía querían que se buscara una solución democrática. *Era la temporalidad-Kennedy*. El relato, entonces, no se bifurca. Sigue su línea recta. Ya veremos hacia dónde. Esa línea insiste en el siguiente esquema: gobierno civil sin representatividad alguna pero con exclusión del peronismo. Empieza a gobernar Guido. Lateralmente hay un hecho cuya enorme proyección futura ignoramos: se acusa al Movimiento Nacionalista Tacuara del secuestro y tortura de la joven judía Graciela Narcisca Sirota, que tiene 19 años. Por otra parte, el 23 de agosto (1962) la Policía de Guido y el Ejército Gorila detienen al dirigente metalúrgico Felipe Vallese. Lo torturan hasta matarlo. Se convierte en un símbolo de la Resistencia Peronista. El 29 de agosto de 1963, otro hecho, por ahora lateral: los muchachos nazis, antisemitas de “Tacuara”, asaltan el Policlínico Bancario y se llevan 14 millones de pesos. Uno de ellos, José Luis Nell. Cooke habrá de defenderlo. Su evolución política requerirá toda nuestra esforzada comprensión, a veces extenuante. El 12 de octubre de 1963 asume Illia. Ya conocemos el esquema: “Te ponemos ahí porque necesitamos la farsa democrática. Vas a conservar ese puesto mientras no hagas nada que pueda llevar al peronismo a meterse en ‘nuestra’ democracia. No te la creas. Te pusimos y te sacamos cuando queremos”. El ministro de Economía de Illia es... ¡Eugenio Blanco! El que fue ministro de Hacienda de Aramburu. El que dijo: “Vuelve la Argentina de nuestros padres y nuestros abuelos”. Con ellos fue a reunirse al año siguiente: muere en 1964. Perón vuelve a la Argentina. El 2 de diciembre de 1964 se frustra su propósito. Responsables: todos. El Ejército Gorila, el canciller de Illia Zavala Ortiz (por consiguiente: Illia, los radicales), los Estados Unidos y la dictadura brasileña. Aquí, el relato pudo haberse alterado seriamente. Supongamos: Perón regresa al país, se instala provisoriamente en la CGT y empieza a reorganizar el partido peronista. Illia (al fin y al cabo, el “viejito bueno”) renuncia y convoca a nuevas elecciones verdaderamente democráticas. La Marina se pone en pie de guerra pero el Ejército la frena y advierte que es posible una pacificación profunda, honesta, con el peronismo. Este relato no sucedió. ¿Era *necesario* que no sucediera o podría haber sucedido? ¿Hay algo *necesario* en la historia? Todo sigue igual. Illia gobierna hasta que unos resultados preocupan

excesivamente a los militares: el 29 de mayo de 1966, a pocos días del golpe, hay elecciones en la Legislatura de Catamarca. Ya se sabe cómo funciona este país: cada resultado, grande o pequeño, prefigura el futuro de modo inapelable. Gana la Unión Justicialista con 27.156 sufragios. Horror. El general Pistarini, jefe del Ejército, ya casi anuncia el golpe. Todos lo saben, pero nadie lo sanciona. Pistarini, tranquilo. No pueden sancionarlo: son hijos, lacayos suyos, han sido puestos ahí para que eviten precisamente lo que ocurrió en Catamarca, el triunfo del justicialismo. Si no pueden, deben irse. El 3 de junio Illia declara que su gobierno puede resistir cualquier golpe de Estado. El del 28 de junio, no. Asume Onganía. Lo hace el día 29. Un mes después, el 29 de julio, interviene las universidades y se produce “la noche de los bastones largos”. La negra noche de la Universidad argentina. Pero, ¡qué importa eso! Al día siguiente se inaugura la 100ª exposición, en Palermo, de la Sociedad Rural Argentina. A ver si está claro: *al día siguiente de la sangrienta intervención a las universidades*. Onganía llega al lugar en *carroza*. Yo, lo juro, todavía lo veo: era la forma más perfecta de la injuria, de la burla. Una carroza real y, dentro de ella, el nuevo Uriburu, paladín del anticomunismo, católico cavernícola, amigo fervoroso de los Estados Unidos, gorila ignorante, bruto y violento. La carroza dio toda una larga vuelta —un círculo perfecto— al predio de la Rural. En las tribunas, la oligarquía había despegado sus multimillonarios culos de las butacas, es decir: se había puesto de pie, y aplaudía apasionadamente al nuevo salvador de la patria y sus negocios. Algunos cagatintas de hoy son acaso demasiado jóvenes para haber vivido estas cosas, de aquí el súbito enamoramiento que han experimentado por ese símbolo patrio que es la Sociedad Rural. Hacén bien: ahí, de ese lado, *no se pierde nunca*. Sabemos cómo sigue el relato: Onganía consagra el país a la Virgen. De la Universidad arrasada surgirá un estudiantado diferente. Un caso único. Onganía no llevó a fondo la limpieza de la Universidad. Curioso: creo que hasta se olvidó de ella. Surgen las Cátedras Nacionales. El *nacionalismo* se une al proletariado peronista. Surge la cuestión nacional. El *nacionalismo* les es arrebatado a los anticomunistas, ultracatólicos, racistas del *tacuarismo* y es asumido por el estudiantado de formación hegeliano-marxista. Por los lectores de Sartre-Fanon. De Giap. Del Che. Surge la *izquierda peronista*. Que surge del estudiantado, de los estudiantes que entendieron la lección del golpe de Onganía: “No somos una isla democrática. Estamos tan desvalidos, tan a la intemperie como los perseguidos obreros peronistas”. Algunos se preguntan (un poco retóricamente, conociendo la respuesta): ¿cuál es el *sujeto* de nuestro pensamiento revolucionario? ¿Cuál es la *materia* de la revolución en la Argentina? ¿Con qué tiene que trabajar la teoría revolucionaria? Con el pueblo peronista. Con los obreros peronistas. Y si lo quieren más claro: con los negros del peronismo. Hacia ahí hay que ir. Ahí hay que trabajar. ¿A quién adhieren ellos? Es hora de saberlo: nuestro *sujeto* revolucionario tiene un líder. Lo espera. Lo ve llegar en un avión negro. Es Perón, ese tipo que odiaban nuestros viejos (se dicen los jóvenes revolucionarios, los nacional-populares, los deslumbrados por la *cuestión nacional*). Hay que trabajar ahí. Si hay una revolución en este país *no puede desconocer su materia prima*. Entre tanto, unos jóvenes católicos, que no saben un pomo de marxismo, que apenas si oyeron el nombre de Hegel, que anduvieron con manoplas y cadenas, ex tacuaristas ahora peronistas, ejecutan el *acontecimiento* desde el que se ordena todo este relato. El *acontecimiento* que da unidad a todos estos hechos. Que actúa como el punto exquisito en que todos se fusionan. En que todos adquieren su máxima transparencia. Matan, en la localidad de Timote, a Pedro Eugenio Aramburu. ¿Asesinato, venganza, crimen, atentado o justicia popular? Todavía falta para ajustar esta conceptualización que —como la

mayoría de las cosas que tratamos aquí— no dejará contento a nadie. Pero este *acontecimiento* traza una línea: de Valle a Aramburu. La línea que traza no es previa al acontecimiento. *Es el acontecimiento el que traza desde sí, hacia atrás, esa línea, inexistente antes de él.*

NO HAY NECESARIEDAD DIALECTICA ENTRE VALLE-ARAMBURU

No hay una dialéctica interna, necesaria, inmanente, de la historia que lleve de Valle a Aramburu. No la hay porque la historia no es dialéctica, lo que ocurre en ella no ocurre *necesariamente*. Cuando sucede un hecho no se desprende, de él, otro que necesariamente lo sigue. La cadena dialéctica que otorgaba unidad al sistema hegeliano entró en crisis. Hoy, en un mundo en que los desarrollos de la historia pululan, en que los polos de historicidad no dejan de surgir, en que el caos es casi nuestra experiencia más cercana, en que el apocalipsis es más que una amenaza bíblica o la pesadilla de San Juan, es arduo sostener la certeza hegeliana de un devenir racional de la historia. Estas tesis —en los ochenta y aun en los noventa— fueron conocidas por medio de la exitosa moda posmoderna. Pero vienen de lejos. Y de fuentes más sólidas, más confiables. Los posmodernos, sin duda, se inspiraron en ellas. Pero nosotros pensábamos estas cosas acerca de la dialéctica mucho antes que ellos, porque habíamos trabajado antes, o porque ellos vinieron después. Por ejemplo: “La dialéctica, desde la perspectiva teórico-política de la periferia, lejos de ser una herramienta revolucionaria, ha sido una herramienta de colonización, en tanto siempre (ya sea en manos de Hegel o Marx) concibió a los territorios periféricos como un momento particular en el proceso de universalización emprendido por las burguesías europeas. Y este proceso, para nosotros: hispanoamericanos, se lo viera como se lo viese, santificado por el monarquismo del viejo Hegel o por el socialismo de Marx, *fue reaccionario*” (JPF, *Filosofía y nación, estudios sobre el pensamiento argentino*, Legasa, Buenos Aires, 1982, p. 100. El texto, en verdad, es de 1975. Dije bien: 1975. Pero no pude publicar el libro. Amorrurtu tenía el propósito de hacerlo en 1976. Mal momento). Sé que este texto ha puesto fuera de sí a ciertos fundamentalistas del marxismo o a destacados socialdemócratas de los ochenta, ligados al alfonsinismo, y luego amigos de las instituciones, la república y durante estos días apasionados militantes de la “nueva” Sociedad Rural, del “nuevo” agrarismo, de los “nuevos” terratenientes, de la oratoria del señor Miguens o del colorido lumpenaje —que recoge el espíritu de Don Segundo, la estirpe güiraldeana— de esos gauchos combativos, puros y fértiles como la tierra, que son los líderes de la Federación Agraria. Pero la dialéctica —al montarse sobre el desarrollo de la racionalidad occidental— exigió el sometimiento de todas las regiones donde ella entrara. Esto no lo voy a discutir otra vez. Ya fue pensado en *Filosofía y nación* y ha sido desarrollado en las dilatadas páginas de *La filosofía y el barro de la historia* que saldrá en octubre. Me refiero a otra cosa. La dialéctica —en Hegel y, por consiguiente en Marx, que lo siguió en este aspecto— introduce una linealidad en la historia, un proceso necesario, un curso ininterrumpido, que expresa su racionalidad. (Nota: No puedo detenerme mucho en esto. Recomiendo leer el Epílogo de Marx a la segunda edición de *El capital*, fechado en Londres en 1873. Está en la edición de Siglo XXI, en la p. 20 del tomo I, volumen I. Marx lo dice con todas las letras: “En su forma mistificada, la dialéctica estuvo en boga en Alemania, porque parecía glorificar lo existente. En su figura racional es escándalo y abominación para la burguesía y sus portavoces doctrinarios, porque en la intelección positiva de lo existente incluye también, al propio tiempo, la inteligencia de su negación, de su necesaria ruina; porque concibe toda forma desarrollada en el fluir de su movimiento, y por tanto sin perder de vista su lado perecedero; porque nada la hace retroceder y es, por esencia, crítica y revolucionaria”.) Esta racionalidad implica que la dialéctica *no retrocede*. Es el concepto de superación de los contradictorios el que la hace avanzar. Las críticas empezaron a surgir por parte del gran enemigo

del historicismo en el llamado siglo de la Historia: Nietzsche. En la *Segunda consideración intempestiva* (que habrá de ser el fundamento de la episteme histórica de Foucault) escribe sobre Hegel: “Tal concepción ha acostumbrado a los alemanes a hablar del ‘proceso del mundo’ y a justificar su propia época como la consecuencia ineludible del mismo (...). De este modo, para Hegel, la cima y el punto final del proceso del mundo hallan su culminación en su propia existencia berlinesa (...); ha implantado, en las generaciones acidificadas por su filosofía, esa admiración por el ‘poder de la Historia’ que transforma prácticamente todo momento en pura admiración del éxito, conduciendo así a la idolatría de los hechos” (Friedrich Nietzsche, *Segunda consideración intempestiva*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2006, pp. 114/115). La idea de “progreso” (*progreso dialéctico*) fue constitutiva de la izquierda. Desde el *Manifiesto* ya Marx había profetizado que la burguesía generaría a su propio enterrador, el proletariado. Esta misión poderosa llevó al genio del British Museum a visualizar en cada avance de la burguesía un avance de la Historia. Vaciló algo en sus años finales, pero levemente. El Epílogo de *El capital* que citamos es bastante tardío y ahí Marx se muestra más dogmático que nunca en relación con el tema. Está bien, así vio la cuestión. Benjamin —en sus *Tesis sobre Filosofía de la Historia*— hablará del Ángel de la Historia (del Angelus Novus) y le hará ver una *cadena de ruinas* ahí donde Hegel y Marx veían un curso racional, necesario, inmanente, dialéctico. Luego dirá: “Nada ha corrompido tanto a los obreros alemanes como la opinión de que están nadando con la corriente”. Nosotros podríamos decir que poco nos favoreció creer —como buenos dialécticos— que el mundo marchaba necesariamente al socialismo. Hay centenares de frases en los más grandes pensadores de la revolución que expresan la certeza de que la Historia es incontenible, que marcha hacia la resolución de sus injusticias, hacia la derrota del colonialismo, del capitalismo. Tomemos la más poderosa por provenir de un poderoso pensador: “La descolonización está en camino; lo único que pueden intentar nuestros mercenarios es retrasar su realización” (Sartre en su *Prólogo* al libro de Fanon *Los condenados de la Tierra*). ¿A qué viene todo esto? Buscamos transparentar lo siguiente: *entre la muerte de Valle y la de Aramburu no hay necesidad alguna, no hay desarrollo dialéctico de la Historia, no hay sentido interno, no hay nada anterior ni interior que lleve forzosamente de una a la otra*. En suma, *no hay teleología*. Creer que la Historia es teleológica es creer que marcha internamente determinada hacia un fin. La palabra griega *telos* significa “fin”. La teleología sería el estudio de la finalidad, el estudio de los fines. Detectamos una concepción teleológica de la Historia siempre que se encuentra en ella *algo* que necesariamente se cumplirá. La Idea en Hegel. La sociedad sin clases en Marx. El triunfo de la Ciencia en el positivismo. El triunfo de la técnica, de la sociedad de mercado, en el capitalismo. En Marx, en el marxismo o en el socialismo, el concepto ha colapsado dramáticamente. El proletariado —supuesto sucesor aniquilante de la burguesía— fue enterrado por ésta. El capitalismo se sucede a sí mismo. No hay dialéctica, sólo un *continuum*, un discurso interminable del capital que, triunfante en la Guerra Fría, se lanza a un esquema de “guerras preventivas” desastrosas y cuasi apocalípticas.

Siguiendo con lo nuestro: no hay una relación de desarrollo dialéctico entre Valle-Aramburu. No hay necesidad. La habría si la muerte de Aramburu estuviera contenida en la de Valle, si todo lo que ocurre a partir del hecho sanginario de la Penitenciaría Nacional ocurriera necesariamente hasta llegar a Timote. Así, la historia tendría un sentido interno, una *teleología*. No hay teleología. La historia es tan incierta como el átomo de hidrógeno para Werner Heisenberg. No bien se establece que el átomo puede existir, por lo menos, en dos formas diferentes, se acabaron las certezas infalibles de la física nuclear. Hay que aceptar el *principio de incertidumbre*. Hay que incorporar a la Historia el *principio de incertidumbre*. ¿Alguien todavía puede negar esto? Pero la incertidumbre no es el caos. En esto es que Foucault, basándose en la *Segunda intempestiva* de

Nietzsche, se va bastante a los caños. Hay que leer, para comprenderlo, *Nietzsche, la genealogía y la historia*, un texto de 1971 que está en *Microfísica del poder*. Dice, ahí, Michel: “La historia será ‘efectiva’ en la medida en que introduzca lo discontinuo en nuestro mismo ser (...) Socavará aquello sobre lo que se la quiere hacer descansar, y se encarnizará contra su *pretendida continuidad* (...) Las fuerzas presentes en la historia no obedecen a un destino ni a una mecánica, sino al azar de la lucha. No se manifiestan como las formas sucesivas de una intención primordial; no adoptan tampoco el aspecto de un resultado. Aparecen siempre en el conjunto aleatorio y singular del *suceso*” (Michel Foucault, *Microfísica del poder*, Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1992, pp. 20/21. Cursivas nuestras). Bravo. No hay *destino* ni hay *mecánica*. Está el *azar de la lucha*. Las fuerzas no son *resultado*. Recordemos a Hegel: “El resultado es el resultado más todo aquello de lo que resulta” (cito de memoria). Y en lugar del *resultado*, el *suceso*. Que es el “acontecimiento”. O el “evento”. Este concepto nace en el Heidegger de *Identidad y diferencia*. Lo retoma Foucault. Lo continúa (como a tantas otras cosas de Michel) Deleuze. Y cae en manos de Badiou, que titula con él su extensísimo *El ser y el acontecimiento*. Entre tanto, Sartre, en la *Crítica de la razón dia-*



lética, no ha tomado este concepto (Sartre, delirada, apasionadamente ignoró al Heidegger posterior a *Ser y tiempo* y nada hay que reprocharle por eso) pero crea algo impensable para Hegel y Marx: una dialéctica de la libertad. No hay necesidad alguna en la dialéctica sartreana. Hay un movimiento dialéctico que va de la totalización a la destotalización y a la retotalización. Aunque neguemos el sentido, finalista, teleológico de la dialéctica, la categoría de *totalidad* no será dejada de lado. Al unirla a la de acontecimiento es que nos diferenciaremos de las discontinuidades foucaultianas, demasiado semejantes a las tempestades dionisíacas de Nietzsche. Ahora, creo, podremos definir qué entendemos por *acontecimiento Aramburu*.

EL ACONTECIMIENTO ARAMBURU, ¿ASELINATO O AJUSTICIAMIENTO?

La muerte de Aramburu fue un acontecimiento en la historia argentina. Un acontecimiento o un suceso *no está fuera* de la historia, pero produce en él una condensación de sentido. Si Foucault, para eludir la Metafísica de lo Uno caía en una Metafísica de lo Múltiple, el acontecimiento produce una *Acumulación de lo Múltiple*. No es previo a nada. Puede ocurrir/ Puede no ocurrir. No es necesario que ocurra. No responde a ninguna necesidad, a ninguna teleología de la Historia. Pero una vez que ocurre funda una teleología, pero *hacia atrás*. Es el “acontecimiento Aramburu” el que nos permite trazar, partiendo de él, la sucesión de hechos que tuvieron que ocurrir para que ese acontecimiento se produjera. *El acontecimiento crea su propia teleología*. Elimina, desde sí, la visión azarosa de la Historia. Todos los hechos que –desde él– ahora se ordenan no se habrían ordenado si el acontecimiento no hubiera estallado. No podemos decir: “La muerte de Aramburu estaba en la lógica de los hechos”. Porque no hay lógica de los hechos. La historia es incertidumbre. Pero una vez producido el acontecimiento podemos leer –hacia atrás– todo lo que contribuyó a producirlo y todo lo que no. Por ejemplo: el estreno de la película *Ben Hur*, en la década del sesenta, poco habrá contribuido a la muerte de Aramburu. El acontecimiento Aramburu la deja de lado. La candidatura de Horacio Thedy en no-recuerdo-qué-elecciones tampoco. El programa *Tropicana Club*, con Marty Cosens, María Concepción César y Chico Novarro, tampoco. La aparición consagratoria de la novela *Sobre héroes y tumbas* de Ernesto Sabato, casi imposible. La serie televisiva del Canal 7 *Patrulla de caminos*, en que el fornido actor Broderick Crawford decía la célebre frase “20.50 llamando a Jefatura”, menos. Pero hay muchos, muchísimos hechos que, leídos desde el *acontecimiento Aramburu*, se ordenan, tienen un sentido teleológico y nos entregan a la tentación de leer “en los hechos” todo lo que llevaba “inexorablemente” a ese hecho. Pero no: es al revés. Es ese hecho el que nos lleva, desde sí, a descifrar, en retroceso (en eso que Sartre llamaría una metodología “regresiva”), todo lo que tuvo que ocurrir para que Aramburu muriera. A su vez, el acontecimiento Aramburu abre una temporalidad de *persistencias*. No se agota, no muere en sí mismo. Se prolonga. En resumen: el *acontecimiento* crea una teleología hacia atrás y una persistencia hacia adelante.

Nuestra cuestión es ahora candente. Sería más sencillo para nosotros pasar esta cuestión por encima, pero hay que ir a fondo. La incómoda pregunta que exigirá una sólida (o lo más sólida posible) respuesta es: *¿La muerte de Aramburu fue un asesinato o un ajusticiamiento?* Que fue una venganza es tan obvio que casi no lo trataremos. Cualquiera advierte que se trata de una venganza: Aramburu por Valle. Pero aquí está en juego el tema de la justicia. Para Aramburu fusilar a Valle fue un acto de justicia. Un acto de un gobierno revolucionario que debía matar a los sediciosos que lo agredieran, que desconocieran su autoridad. Su legitimidad estaba dada por la ilegitimidad democrática del gobierno al que la Libertadora había derrocado. Nosotros, dirían y dijeron los “libertadores”, no

llegamos al gobierno en elecciones democráticas, pero nos vimos forzados a intervenir por la ilegalidad democrática en que había incurrido el gobierno que derrocamos. Somos, así, baluartes de la democracia, sus más puros defensores, pues hemos hecho por ella algo que no habríamos querido hacer: dejar nuestras específicas funciones militares, nuestro profesionalismo, y derrocar a un gobierno legítimamente elegido que se había ilegitimado en el ejercicio del poder. Una feroz dictadura sólo comparable con los fascismos europeos. De modo que si algunos mandos se sublevaron en defensa de ese orden antidemocrático, ilegítimo, repudiado por la ciudadanía católica y culta de este país, por sus estudiantes y sus Fuerzas Armadas, les haremos sentir el peso de la ley. Nosotros somos la Justicia. Somos la Revolución de la Libertad. Les aplicaremos la justicia que merecen sus enemigos. De este modo, para Aramburu, matar a Valle fue justo, fue un acto de justicia revolucionaria. También, si se quiere, un acto de justicia democrática y republicana, pues fue en defensa de esos valores que esas vidas se segaron. La de Valle y sus secuaces. Para los Montoneros, matar a Aramburu fue un acto de justicia popular. Ellos expresaban el sentir del pueblo. El pueblo odiaba a Aramburu porque había derrocado a Perón, escamoteado el cadáver de Eva y fusilado a Valle y sus compañeros. Había, también, impulsado el decreto 4161. Ahí, ya había firmado su sentencia de muerte. La cuestión es: Aramburu dice representar a la democracia. Los Montoneros dicen representar al pueblo. ¿Es así? Si es así, ambos han cometido –eliminando cada uno la vida de su correspondiente condenado– un acto de justicia. Si no es así, han cometido un asesinato. Sin embargo, conjeturo, aunque la cuestión está certeramente planteada, no agota en modo alguno la densidad del problema. Aclaremos, en principio, algo, sólo una punta de la cuestión, una punta, creo, muy sugerente (por ahora): tanto Valle como Aramburu perdieron sus vidas, no bajo gobiernos democráticos, sino bajo durísimas dictaduras. Valle, bajo la dictadura de Aramburu. Aramburu, bajo la dictadura de Onganía. A Valle lo mata el jefe de la dictadura. A Aramburu, no. No lo mata Onganía. Lo mata un grupo civil, un grupo de jóvenes que se oponen a esa dictadura en la que ven una continuación, una heredera de la suya. Lo matan, también, porque creen que Aramburu es la pieza esencial para que la dictadura de Onganía pueda lograr una salida digna, democrática pero controlada por el poder “gorila” de siempre. Una perversa continuidad, en suma. Hay semejanzas. Y hay diferencias. Nada es reflejo de nada. Todo acontecimiento tiene su propia densidad. Está sobredeterminado. Y ni uno solo de sus elementos puede no ser puesto en juego si queremos lograr su total traslucidez. Si queremos *totalizar* sin haber dejado nada de lado, nada en el camino. Una *totalidad* contiene en sí todos los elementos que la constituyen, se relaciona con cada uno de ellos por mediación de las partes y las partes se relacionan con la totalidad y con las partes a la vez, por su mediación. Cada relación que se establece implica también una relación mediada por todos los otros elementos de la totalidad. Como se sabe: la totalidad no se reduce a la suma de sus partes sino que es siempre *más* que la mera suma de ellas. La totalidad es el *acontecimiento*, pero lo es en la forma del *acontecer* y no bien el acontecimiento se *acontece* empieza su destotalización. Esta palabra –*evenementialization*– es de cuño foucaultiano y es Deleuze quien más la desarrolla. Pero si bien yo la utilizo para quebrar, para efectuar la *ruptura* de toda linealidad histórica, de toda necesidad, de toda esa hojarasca que les fija a los hechos un devenir inexorable, de toda constancia, de todo *sentido* que se exprese internamente a los hechos, no acepto *en absoluto* los ataques a la antropología que Foucault-Deleuze –sin poder escapar del posestructuralismo– llevan a cabo. La historia, aun en la modalidad de la *incertidumbre* y precisamente por eso, está hecha por el ente antropológico, por los sujetos, en fin, por los hombres. Y el *acontecimiento*, aconteciendo, se impone a todos. Se

destotaliza no bien acontece, pues de inmediato pasa a ser otra cosa. La que sigue al acontecimiento. La cual vuelve a expresar la incertidumbre habitual de los hechos hasta que otro acontecimiento los convoca. La historia no se fija en el acontecimiento. En él logra una inusitada condensación y traslucidez. Hay que atrapar eso que el *acontecimiento* nos dice. Pero el *acontecimiento* no dice *una cosa*. Los significantes que el acontecimiento arroja son infinitos. ¿Cuál es el significado definitivo del significante *Aramburu*? No hay uno, son infinitos. Entramos en el terreno de la hermenéutica. Ella, en tanto disciplina de la *interpretación*, será el espacio en que se juegue la *verdad* del significante *Aramburu*. Pero la *verdad* es hija del *poder*. En resumen, y acaso instrumentando una terminología que a algunos les sonará sartreana, *hay un en-sí y un para-sí del acontecimiento*. El *en-sí* son todos los hechos que el acontecimiento, desde sí, constituye *hacia atrás* como su propia teleología, que no podría existir previa al acontecimiento. Ya que es él, insistimos, el que la insta a *acontece*. Esos hechos, que recién ahora forman una *cadena de datos*, son el *en-sí*, la *materialidad* del acontecimiento. El *para-sí* es más complejo. El acontecimiento no toma conciencia de sí por sí mismo, a partir de sí o desde sí. ¿Dónde toma conciencia de sí el acontecimiento? *Afuera de sí*. En las infinitas interpretaciones que de él se realizan. Esto es relativamente sencillo. ¿Cuántas interpretaciones del acontecimiento Aramburu hay en juego? Muchas. Tantas, como fuerzas políticas diferenciadas existen. Esas, digamos, lecturas del acontecimiento son su *para-sí*. El acontecimiento trama fuera de él su conciencia de sí. Él no puede elaborarla. El acontecimiento no piensa, es pensado. No interpreta, es interpretado. No hay jamás una interpretación definitiva. Es decir, *el acontecimiento está siempre en estado de interpretación*. Su *en-sí* queda trazado no bien acontece: sabemos, desde él, los hechos que han llevado hasta él. Jamás sabremos dónde habrá de detenerse la tarea hermenéutica. Hay y habrá muchas interpretaciones del “aramburazo”, es decir, del significante Aramburu o de, más exactamente, el acontecimiento Aramburu. Nos vamos a pasar la vida discutiendo si fue un asesinato, un atentado, un crimen, un fusilamiento o una venganza. Esto no se detiene nunca. En esas controversias el acontecimiento es pensado. En ellas adquiere, contradictoriamente, conciencia de sí. Sólo que esta conciencia de sí, como el *para-sí* sartreano, es *diaspórica*. Nunca es una. Nunca un acontecimiento reposa en la mismidad de una sola interpretación. Nunca atraparemos su verdad definitiva. Sería hacer de él una *cosa*. El acontecimiento sigue vivo en la medida en que aún no se ha instalado una *verdad* sobre él. Nietzsche dijo: *no hay hechos, hay interpretaciones*. Más aún del acontecimiento, que lleva en sí múltiples caminos que han confluído hacia él. Lo que puede establecer, por sobre las otras, una interpretación es la fuerza. Es la fuerza que tiene el *poder*. Foucault analizó bien la relación entre *verdad* y *poder*. La vamos a exasperar un poco: *La verdad es una creación del poder. La “verdad” no existe. Lo que existe es la verdad del poder. Tener poder es obligar a los otros a aceptar mi verdad como la verdad de todos*. Si en este país la *verdad* del diario *La Nación* tal como –veremos– la expresa José Claudio Escribano se impusiera por sobre todas las demás tal como los intereses de ese sector se impusieron a partir de 1976, la *verdad* del acontecimiento Aramburu sería: fue un asesinato y sus ejecutores fueron vulgares delincuentes, vulgares asesinos. Entre 1976-1983 ésta fue la *verdad*. La lucha por la *verdad* es la lucha por el *poder*. Aquí es donde llegamos a la importancia de los medios de comunicación. La acumulación de medios es la acumulación de poder para imponer verdades. El que tiene más poder comunicacional tiene más poder para imponer o crear verdades. Tenemos, pues, que ir de a poco. Vamos a dejar –en principio– que sean los mismos Montoneros quienes nos cuenten cómo mataron al fusilador de Valle.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

El acontecimiento
Aramburu (III)

IV Domingo 21 de septiembre de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

45 El secuestro de Aramburu



1.

Hay una primera certeza: el general suele salir de su casa alrededor de las once de la mañana. Pero no siempre. Lo que demuestra que no habrá certezas absolutas. Salvo la decisión de matarlo, pero esa certeza es de ellos. Lo demás, la realidad, no ofrece garantías de ningún tipo. Todo es riesgo, terreno inseguro. El general sale a veces, a veces no. De modo que atraparlo en la calle será azaroso. Y dejar las cosas libradas al azar no es aconsejable. Hay que partir de hechos seguros, que tengan la regularidad del movimiento de los astros. Hoy salió. Mañana, quién sabe. Lo ven desde la vereda de enfrente, desde una sala de lectura, tal vez una biblioteca, del colegio Champagnat. El general camina tranquilo, no tiene apuro. Está en medio de muchas tramas, tiene demasiados planes. Está en el centro —un centro opaco porque es secreto, conspirativo— de la política nacional. Quiere que Onganía se vaya. Es un torpe corporativista, un Franco tardío, alguien que no entiende nada. El general, sí. El general entiende. Hay que negociar en serio con el peronismo. El esquema de excluirlo, de marginarlo del juego político, debe terminar. No va más. El lo intentó al principio, en 1955, cuando lo echó a Lonardi, que los respetaba demasiado a los peronistas, que los quiso integrar desde el vamos. *Ni vencedores ni vencidos*. Un tonto, un flojo, un nacionalista católico con el corazón de un monaguillo ingenuo. Estos nacionalistas apenas si saben hacer bataholas, alzamientos. Después, los liberales tienen que arreglar todo. Gobernar. A Uriburu tuvo que arreglarle el desorden Justo. A Lonardi, él. No, ahí, en el '55 sólo era posible la mano dura. O eso le pareció. Tiene que ser posible desperonizar a este país de mierda, se dijo con rencor, con bronca, con sed de revancha. Si no alcanzó con el bombardeo de junio, con el golpe de septiembre, habrá que insistir. Seguir pegando fuerte, donde les duela. Esconderles a la Perona, que no la vean más. Si no, el desastre. Dondequiera que la pongamos irán en manadas a rendirle culto. Otra que la Difunta Correa. No, la difunta Eva, en el país, nunca. Llévensela. Pónganla en cualquier lugar del mundo. Aquí, no. Nadie podrá negarle al general el empeño que puso en desperonizar el país. Inútil. El país se obstinaba en ser peronista. El, que llevó la desperonización al extremo de la muerte, que hizo fusilar al general Valle en una penitenciaría, que no recibió a su mujer, que le dijo que dormía, él, que ordenó o aceptó sin que un solo pelo se le moviera los asesinatos clandestinos, hoy quiere negociar, hablar con los enemigos. Es lo único que resta y lo que sin duda funcionará. Con cautela: primero con los sindicalistas y los políticos democráticos, conciliadores. Decirles con claridad: habrá, pronto, elecciones y ustedes se podrán presentar. Y si ganan tendrán lo que ganaron. Y si es el Gobierno, será el Gobierno. Y si quieren traerlo a Perón, hablaremos. Todo puede ser. Pero en calma. Todos tirando para el mismo lado, el de la democracia argentina, el de la institucionalización. Al general, ni siquiera le resulta paradójico que sea él quien se haya puesto al frente de eso. La historia —suele confesarse— nos cambia a todos. Algo habrá hecho también con Perón. Eso, lo que hizo con él: cambiarlo. No puede ser el mismo. Si él, que es un vasco cabeza dura, supo apartar los viejos odios de su corazón, ¿por qué no el hombre de Puerta de Hierro? Al cabo, los años no pasan en vano y a Perón le han pasado unos cuantos. Se lo ve viejo, o cansado. Como si sólo el odio o el afán de la revancha lo mantuvieran en pie, lúcido. Si le damos un par de gustos, se va a calmar. Le devolvemos el uniforme. Lo ascendemos a teniente general. No ha de haber dolor más grande para un hombre de armas que la degradación y la ausencia de la patria a cuya defensa dedicó su vida, o juró hacerlo. Le devolvemos el uniforme y se acabó: es nuestro. Ahora, calme el país. Póngase del lado de la gente de honor. El general cree, con orgullo, que la suya es la tarea de un verdadero estadista. O más: la de un patriota. Ese gesto, tenderle

una mano a su viejo enemigo, mirar hacia el horizonte con rencores agonizantes, desleídos, tiene grandeza. ¿La tendrá Perón? Si no la tiene, tendrá otra cosa: el cansancio de los años, el deseo de reposar. La guerra terminó. Venga, otra vez es uno de los nuestros. Un militar de la nación. Ponga a cualquiera de los suyos de candidato y punto. Si ganan, ganan. Usted no, a usted no lo vamos a dejar. Presidente, usted, no. Créame, es un favor que le hacemos. Desgasta mucho el poder. Le damos lo que quiera, lo que pida, pero no la presidencia. No puedo. Puedo mucho, pero no todo. Nadie puede todo. Ni usted pudo. Pero le doy mi palabra: Onganía se va. El escollo es él, la gente como él. Usted los conoce bien. Son esos a los que llama gorilas. No toleran ni escuchar su nombre. No cambiaron. Yo sí. Soy el hombre que este país necesita. Usted es el otro. Rabiosos enemigos de ayer, hoy estamos juntos y le vamos a crear una salida a este laberinto que nos sofoca desde hace ya 15 años. Tiene mi palabra de caballero y de soldado. Pero usted ponga lo suyo, Perón. O si lo prefiere, y sé que lo prefiere, general Perón. Nada de comunidad organizada, republicanismos. El Partido Justicialista, si entra al sistema, entra como partido del sistema, ¿está claro, no? Póngales freno a los sindicalistas duros, a los sacerdotes levantiscos, a los guerrilleros que andan invocando su nombre y a los que no. Estamos a tiempo. Podemos hacerlo sin que corra demasiada sangre. Nada de Movimiento Peronista, general. El país necesita un democrático Partido Justicialista si quiere entrar en la carrera electoral. Yo voy a ir con el mío, con Udelpa. Si gano, gano. Si no, me conformaré con haber sido el artífice del ordenamiento definitivo de la república.

2.

Ahora ha vuelto a su casa. Ni sospecha que lo vigilan. Ahí nomás, desde la sala de lectura del Champagnat. Si lo supiera, acaso pensaría que somos arcilla blanda, fácil, en manos de una historia que creemos hacer y nos hace entre sorpresas, pasmos. Que uno cree ser el creador de sucesos nuevos, impensados. El patriota que lleva la historia del país a un lado, luego a otro. El hombre providencial. El que ayer echó al peronismo, el que hoy lo traerá para beneficio de todos. Pero no lo sabe. No sabe nada. Se deja llevar por sus pensamientos, tiene cientos de ideas, de imágenes, de proyectos. Imagina un país de unidad, de paz ciudadana, de progreso. Un país hecho posible por su sincero, honesto patriotismo. Tiene, cree, todo bajo control, el plan perfecto, el que no puede fallar, el que le tallará esa estatua que no duda merecer. Pero sólo hay algo que ignora. Ignora que, desde la vereda de enfrente, lo vigilan. Ignora que, en poco tiempo, lo matarán. Ignorar eso es ignorarlo todo. La vida es así, tan imprevisible que mete miedo.

Los jóvenes lo ven entrar en el edificio. Ahí, donde vive. Todavía no saben dónde secuestrarlo ni cómo. Saben que lo van a hacer, sea como sea. Toman notas. A eso le dicen “fichaje externo”. Nadie los molesta. La sala de lectura o biblioteca es un páramo o un lugar en que aparece, raramente, algún distraído, busca un libro y se va. Fichan, también, desde la avenida Santa Fe. Ahí hay un cabo con sobrepeso, de pelo rubio. Esto debió haberles llamado la atención. El pelo rubio. Pero el tipo tendría cara de poca cosa, un simple cabo de consigna; nada grave. Todo parece fácil. ¿Por qué no aprovechar esa caminata matinal y levantarlo en la calle? Bastaba con tapar la luneta del auto con una cortina y las dos ventanillas colgando dos trajes: uno en una; otro en otra. Desechan la idea. La calle es siempre un riesgo. Hay que aprovechar la debilidad que ofrece la víctima. Esa debilidad es que carece de custodia. Suena raro, pero es así. El tipo que fusiló a Valle, que escamoteó al pueblo el cadáver de Eva, que mató a los compañeros de José León Suárez, no tiene custodia. Nadie lo cuida ni él pide que lo hagan. ¿Se considera invulnerable o inocente? La ausencia de custodia decide la modalidad del operativo. Ellos le darán la custodia. Ellos serán su custodia. Lo custodiarán hasta su muerte. Pero, ahora, tienen que custodiarlo en tanto lo sacan de su casa.

Hay problemas. El general vive en el octavo piso. Hay que llegar hasta allí sin despertar sospechas. En la Argentina de 1970 nadie despertaba menos sospechas que un militar. Al contrario, despertaba temor, reverencia. Gobernaban y eran duros gobernando. Los jóvenes toman una decisión brillante: habrán de subir hasta el octavo piso disfrazados de oficiales del Ejército Argentino. Ignoran (porque ellos también lo ignoran todo o casi todo) que habrán de terminar su carrera usando también uniformes militares. Pero falta para esto. Falta demasiado. Esta historia recién empieza.

Uno de ellos, al que le dicen el Gordo Maza, sabe cómo caminan, cómo miran, cómo hablan los militares: fue liceísta. Todo tipo que pasó por un Liceo Militar algo se llevó de ahí. Algo de milico se le pegó para toda la vida. Algunos, por ejemplo, caminan erguidos y levantan el culo. Otra cosa: les cuesta dejar el hábito de levantarse temprano. Todo civil conoce esa frase con que se ironiza sobre esa invariable habitualidad militar: *Al pedo, pero temprano*. El Gordo Maza le enseña al compañero que entrará a buscar a Aramburu cómo, si no ser, al menos parecer un militar. El compañero aprende rápido. Tiene esa tendencia: la rapidez; odia lo lento, lo mediato, incluso lo complejo. Esto lo define como lo que es: un hombre de acción. Se llama Fernando Abal Medina, tiene 23 años y un pasado tumultuoso. Tenemos que hablar de él, ya. Será el que cargará sobre sí el peso de la ejecución. Porque ese día, ese viernes de mayo, el general habrá de morir y él habrá de matarlo.

Fernando nace en 1947. Importa señalar que ocho de sus primeros años los pasó bajo el primer gobierno de Perón. Ese gobierno —esto se sabe— decía estar en contra de todos los privilegios, menos uno: el de los niños. *En la nueva Argentina los únicos privilegiados son los niños*. Fernando vivió ocho años como un niño peronista feliz y privilegiado. Tenía otro privilegio: formaba parte de una familia próspera y católica. Entra en el Nacional de Buenos Aires. Es alto, flaco, tiene una cara como tallada, con pómulos rocallosos. Tiene, también, una inteligencia notable. Pero hay en él más fuego, más ardor que reflexión. O piensa de tal modo que las ideas se le vuelven tormentas, atrapan los acontecimientos con celeridad y esa celeridad busca la acción, esa acción, que proviene de un temple fragoroso, se dará, casi siempre, en la modalidad de la violencia. No es azaroso que a los 14 años lo encontremos en el Movimiento Nacionalista Tacuara. Ahí coincide con sus compañeros del Buenos Aires: Mario Firmenich y Carlos Ramus. Los conoció repartiendo cadenas y puteando a todo el que les pareciera desagradable. Si era judío, peor. Habrán de cambiar. Todavía no. Ahora están en Tacuara. Les gusta ser malos. Se ponen de moda. No ellos, Tacuara. Se peinan a la gomina, bien tirante, hacia atrás. Conocen a Rodolfo Galimberti, de breve paso por la organización, más joven que ellos, pero un tacuarista que jamás habrá de abandonar el pelo a la gomina. Que usará sacones de cuero, a lo Rommel. Son los primeros años de la década del sesenta. Por la televisión, un comercial se dirige a ellos. Un comercial de *Brancato*, la gomina de la época. El comercial es así: aparece un tipo joven y se pasa, feliz, la mano por su pelo tirante, bien Tacuara. En *off* una voz dice: “*Brancato*, como te gusta a vos, Juan Manuel”. Juan Manuel es por Juan Manuel de Rosas, el caudillo federal al que los Tacuara admiran. Aquí, uno podría pensar: están perdidos. Sólo van a ser otra pandillita de pibes fascistas, violentos, con cadenas y manoplas. Fajadores de judíos y de homosexuales, sólo eso. No, nada —en esta historia— es lineal. Presumiblemente habrán concurrido a charlas secretas y cavernícolas de un cura cavernícola: Julio Menvielle. Tal vez otro cura, Sánchez Abelenda, no les haya sido desconocido. Podemos, con coherencia, inferir que una educación política basada en lecturas de Maurras, de Alfred Rosenberg y de Adolf Hitler no será la base adecuada para la militancia de izquierda que luego iniciarán. La escasa o nula frecuentación de libros como las *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, *El Capital*, *El Estado y la revolución* o los *Cuadernos* de Antonio Gramsci tiene que haber pesado en errores que habrán de cometer. Entre tanto, los apasiona más el *vivere pericolosa-*

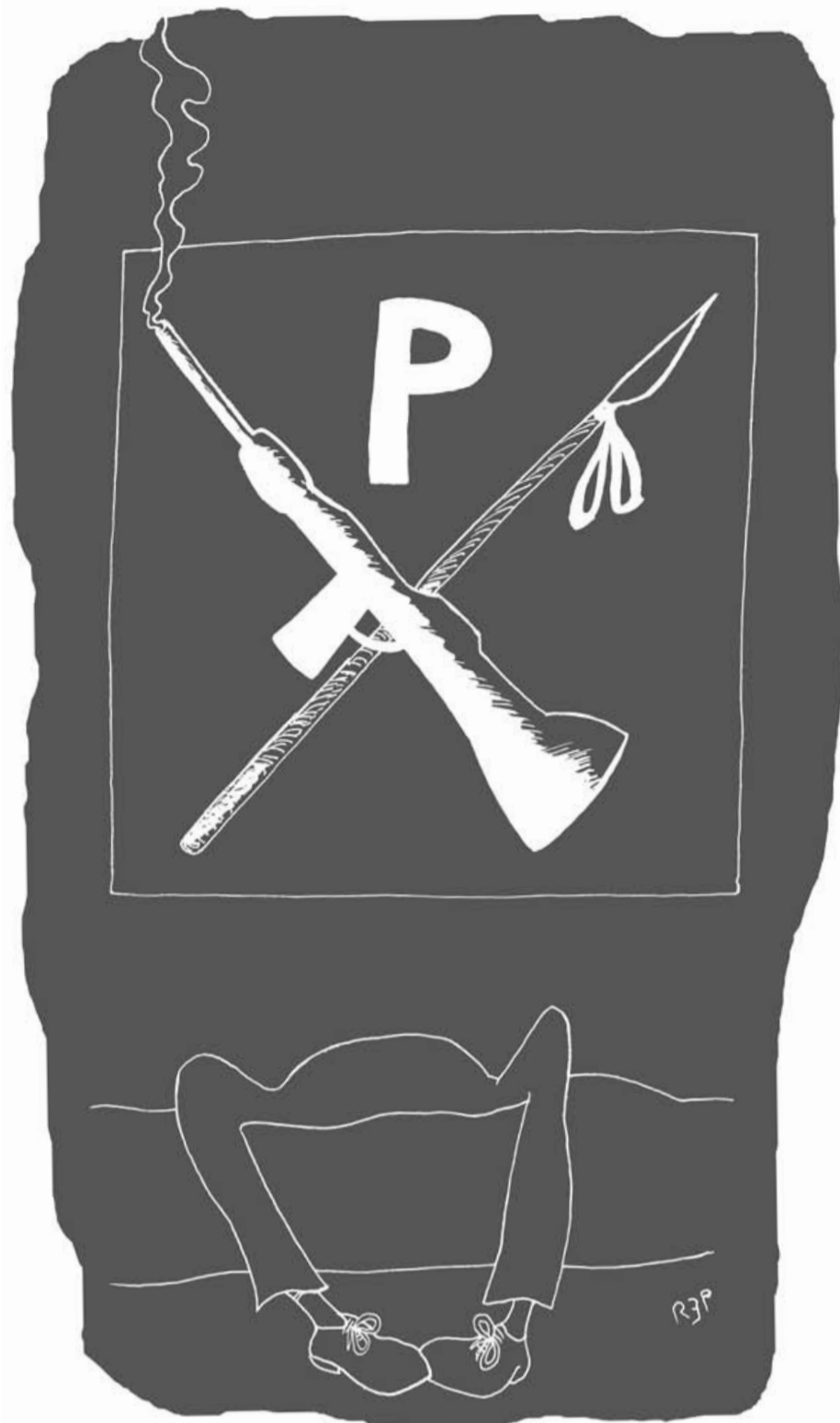
mente mussoliniano que la dialéctica del Amo y el Esclavo de Hegel, que ignoran y casi todos ignorarán siempre. Se acercarán a Hegel leyendo a Clausewitz. Pero falta. Será cuando se hagan peronistas. Todavía están en Tacuara. Les atrae el revisionismo histórico nacionalista: los hermanos Irazusta, Ernesto Palacio, José María Rosa, Carlos Ibarguren, Ricardo Font Ezcurra. También Jauretche, pero Jauretche es otra cosa. Probablemente en él, en esa prosa juguetona, hiriente, siempre polémica, hayan olfateado el olor del peronismo.

3. Fernando, al poco tiempo, habrá de conocer al sacerdote Carlos Mugica. Todo, ahora sí, empieza a cambiar. El Movimiento Nacionalista Tacuara se escinde en el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara. El demoníaco cura Menvielle enfurece y crea la Guardia Restauradora Nacionalista, que son como Tacuara o peor. Su sigla, hay que reconocer estas cosas, es ingeniosa y cruel: GRN. Es un rugido. Menvielle y su Guardia son felinos rabiosos dispuestos a cazar comunistas, judíos y masones. Fernando no. Nadie conocía a Carlos Mugica y seguía siendo el mismo. Mugica ha hermanado a Jesús con la justicia social. Era un hombre de ojos claros, rubión, estatura mediana, no alto, inteligente, sensible. La revolución no era para él un atajo para dejar los hábitos. Creía que Jesús había venido a traer la espada, no sólo la cruz. No sólo el amor, sino el amor que se expresa a través de la lucha. El único amor: el que nos lleva a amar a los desposeídos. Imaginaba a un Cristo como el que Evita imaginara en un texto que él no llegará a conocer, *Mi mensaje*. Le habría gustado leer esta frase: “Tenemos que convencernos para siempre: el mundo será de los pueblos si los pueblos decidimos enardecernos en el fuego sagrado del fanatismo. Quemarnos para poder quemar, sin escuchar la sirena de los mediocres y de los imbéciles que nos hablan de prudencia. Ellos se olvidan que Cristo dijo: ‘Fuego he venido a traer sobre la tierra y qué más quiero sino que arda’”. Estas palabras habrían sido un vértigo para Fernando. Mugica las encarnaba menos. No le era ajena la decisión esencial del católico revolucionario. La que, mejor que nadie, dice Eva: *quemarse para poder quemar*. Pero Fernando la encarnaba hasta los confines. Su vida era eso. Se destinó para que eso fuera, y eso fue. Fernando Abal Medina se quemó para poder quemar. Lo que no buscó en los grandes teóricos del socialismo se lo entrega Mugica. Porque no alcanza con la decisión de quemarse para poder quemar. Hay que saber cómo quemarse. Y, sobre todo, qué quemar. Mugica le habla del cura guerrillero Camilo Torres, el colombiano. Le habla de la lucha armada. Le hace conocer a los Sacerdotes del Tercer Mundo. Le habla del peronismo. De la Revolución Cubana. Hasta de John William Cooke le habla. Lo arranca del nacionalismo violento de Tacuara. Y hasta de la escisión, el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara, que enfureció a Menvielle. Carlos Mugica le habla del pueblo y del amor a los desesperados. Le dice que un revolucionario no es un hombre que odia, sino un hombre que ama. Y lo que un revolucionario ama es el pueblo. Ser revolucionario es amar a los pobres, optar por los pobres. Le dice también algo definitivo: los pobres, en nuestro país, son peronistas. Fernando es ahora parte del rebaño de Mugica. Años más tarde, Mugica será asesinado. Los servicios de información buscarán acusar a la organización que fundó, junto a sus amigos (los que están por secuestrar a Aramburu), Fernando: Montoneros. Pegarán afiches en el microcentro. En ellos se ve a Mugica rodeado de corderos. Entre ellos, hay lobos. Se lee una frase en el afiche. La frase dice: “Había lobos en tu rebaño”. Fernando jamás habría podido ser el lobo de Mugica. Ni él ni ninguno de sus amigos. A Mugica lo matarán los que habrán de pegotear esos afiches por Buenos Aires. Pero falta para eso. Y mucho. Anotemos esto: la influencia de Mugica es decisiva. El amor antes que el odio. Amar al pueblo, luchar por él y hasta matar por él. Pero no matar por odio, matar por exceso de amor y porque no les han dejado otro camino. Porque un país ilegal, antidemocrático, que se desliza de

una dictadura a un gobierno civil obediente e ilegítimo y luego a otra dictadura, sofoca a los jóvenes de corazón puro y los arroja a la violencia. No es de ellos la culpa. No es ése, el de la violencia, el camino que habrían elegido en un país libre, democrático, sin proscritos ni proscripciones. Son víctimas, pensará Mugica, los jóvenes cristianos han sido arrojados a la violencia por la ceguera de los gobernantes, por la oligarquía, por los militares, por los malos curas, por la insensibilidad de esa Iglesia contra la que él, infructuosamente, luchará siempre. Debemos ver, ahora, qué ha priorizado Fernando del mensaje de Mugica. Porque amar al pueblo es odiar a quienes lo explotan. Y cuanto más se ame al pueblo más se odiará a sus explotadores. Y cuanto más se los odie más necesario se tornará matarlos. Por eso Fernando, ese viernes de otoño, está decidido a matar al general Aramburu, ese asesino de patriotas, ese militar transformado en político, ese político que busca una salida para el régimen, ese régimen que explota a los pobres, ese régimen que hay que voltear, aniquilar de raíz. Aramburu quiere abrirle una salida, salvar, con mejores modales, con inteligencia política, la estructura del país capitalista explotador. Y meter a Perón en esa aventura infame. Duro con él. Fernando no duda: hay que librarse de Aramburu. Sólo así el país se salva, la patria se torna posible.

4. Es decisivo que Emilio Angel Maza tenga conocimientos militares. Pero además de tener esos conocimientos hay que ser visto como un militar. Fernando es muy joven. Sin embargo, ha practicado con eficacia. No le resultó demasiado arduo meterse en la piel de un milico. Fernando, esto debe ser dicho aquí, es la pareja de la única mujer de la operación. Le dicen Gaby y es Norma Arrostito, la montonera. Mujer al fin, arregla el uniforme de Fernando, que le cuelga por todas partes, aguja e hilo. Para algo fue niña, jugó con muñecas, las vistió, les hizo vestiditos o arregló los suyos. Es improbable que haya estudiado corte y confección como las mujeres de la época. Difícil imaginarla en eso. Pero vistiendo y desvistiendo a sus muñecas, lejos, en sus primeros años, sí. Mírela ahora: cosiendo la ropa de Fernando, que es su pareja, que están juntos desde hace dos años. Gaby es mayor que él. Eso le gusta. Admira el coraje y el ardor de Fernando, su niño belicoso. Hoy se escriben libros sobre ella, se hacen películas. ¿Qué fascinación ejercen estos jóvenes? Lo veremos, pero no son destinos rutinarios. Hoy, siglo XXI, todo se ha vuelto demasiado previsible. No hay aventuras. No hay osados. Probablemente esto explique la bronca que muchos –escritores jóvenes, periodistas retro-posmodernos, políticos de derecha, defensores de los criminales de Estado– tienen hoy por Fernando y sus compañeros. Y más aún: por la amplia, la numerosa izquierda peronista en general. Se niega a toda una generación. Es posible que no nos preocupemos por ese tema. Que se preocupen ellos. Si quieren vivir envenenados eligieron un buen camino. De la generación del ‘70 no habrá de librarse nunca este país.

Hay inconvenientes, pero los superan. Una cuadrilla de luz o de gas empieza a arreglar la calle Montevideo. Se encrespan: ¿justo ahora? Pero no demoran en encontrar un sitio en que el pavimento no está roto. Todo se soluciona. El camino hacia Aramburu se despeja. Casi no temen, no vacilan: todo saldrá bien. Tienen, en Villa Urquiza, una casa operativa. De ella han partido ese día, desde ella fueron en busca de su objetivo. Está en Bucarelli y Ballibién. Hay lindos cines por ahí. Cines de barrio que luego serán barrios por los cines de los shoppings. Al cine de barrio uno entraba. Al cine del shopping, no. Entra al shopping. Una vez adentro busca el cine. Villa Urquiza es un barrio de clase media baja. De gente laboriosa, que abre temprano las persianas de sus negocios, que se alimenta de los créditos accesibles de las cooperativas. Está cerca de Saavedra, ese barrio marechaliano. Tienen, los Montoneros, un laboratorio fotográfico. Salen en busca de su presa. Que esa presa sea Aramburu transforma la aventura en un acto desbordante de historicidad. Pasemos algunos detalles por alto. Importa lo siguiente: en un Peugeot 404, en



el asiento trasero, van el Gordo Maza, con uniforme de capitán, y Fernando, que se sabe de memoria cómo habla, cómo se mueve y hasta cómo piensa un milico, con uniforme de teniente primero. No lo dudan: no los para nadie. Tampoco lo dudan: si algo sale mal, si todo se pudre, si tienen que morir, morirán. Detengámonos en esto. Saben que pueden morir. Que cualquier error y los matan. ¿Qué los lleva a aceptar, a asumir, un riesgo tan extremo, el más extremo? ¿Qué saben de Valle y los fusilados de José León Suárez? Poco. Sólo han leído *Operación Masacre* de Walsh y *Mártires y verdugos* de Salvador Ferla. ¿Basta tan poca bibliografía para jugarse la vida? Aclaremos: nadie podría reprocharles haber consultado poca bibliografía. No hay otra. Si la hay, está en algún sótano, oculta. Lo de Valle y la masacre de José León Suárez, al ser el punto más negro de la Libertadora, ha sido sistemáticamente silenciado por el país gorila. Sólo dos patriotas, dos tipos honestos, un peronista como Ferla y un escritor que empieza a dibujar su poderoso destino como Walsh, se le han atrevido al gran crimen soterrado, ese crimen que la complicidad de todos, *de todos*, condenó a la inexistencia. Pero estos jóvenes no se alimentan sólo de bibliografía. Estos jóvenes están tramados, construidos prolijamente por 15 años de dictaduras, de farsas militares y de farsas civiles. Onganía es un ser abominable, intolerable. Que ese troglodita se halle al frente del país es una afrenta al pueblo argentino. Para colmo, cuando, después de proclamar la pena de muerte, caiga, a su sucesor, un oscuro general que viene de Estados Unidos, un milico al que nadie conoce, lo anunciarán por televisión a eso de las 6 de la tarde. O antes. O después. Le dicen al país que hay un nuevo presidente y el país se entera, atónito, por televisión. Esto es un agravio. Una torpeza. Una risotada cuartelera, autoritaria. El país no sólo no votaba, no elegía a sus candidatos. A

este tipo ni la cara le conocía. Lo habían elegido los comandantes. Era el colmo del país bananero. Entre tanto, el líder que convocaba a millones de votantes seguía prohibido. Los jóvenes que suben en busca de Aramburu podrían preguntarse y preguntar: ¿eso no es violencia? Privarnos de nuestros más elementales derechos políticos, ¿no es violencia? ¿Quién creó la violencia, nosotros o el odio de ustedes, el país cerrado que hicieron desde el maldito '55? Estamos a punto de secuestrar a Aramburu. Y lo vamos a someter a un juicio revolucionario. Algo que ustedes no le concedieron a Valle ni a los que faenaron en José León Suárez. Si lo declaramos culpable, lo vamos a matar. Pero no vengan a decirnos que nosotros iniciamos la violencia. El lo hizo. El y todo el Ejército gorila que bombardeó una ciudad abierta, indefensa, en junio del '55. Ahí, para nosotros, empieza la violencia. Ese cargo lo vamos a hacer. Dirá que fue la aviación de la Marina, que él no sabía nada. Sabremos refutarle esa patraña. Si espera salvarse con ella, se equivoca. De las bombas de junio surgió el golpe de septiembre. De ese golpe, la tiranía. Con distintas máscaras ha seguido hasta hoy y, con distintas formas, usted piensa continuarla. ¿No tiene el pueblo el derecho de sublevarse contra la tiranía?

Aquí surge un problema complejísimo. Alguien tiene que hacer la pregunta. Alguien tiene que preguntarles a estos pibes de 23, 22 y 21 años: ¿quién les dijo a ustedes que son “el pueblo”? En el Cordobazo se expresó el pueblo. Pero ustedes, ¿quiénes son? ¿Quién delegó en ustedes la representación del pueblo? ¿Por qué artilugio asumen algo tan complejo como “la justicia popular”? ¿Cómo pueden encarnar al pueblo si el pueblo se va a enterar por los diarios de la muerte de Aramburu? ¿Hubo una asamblea al menos? ¿El pueblo delegó su representatividad en ustedes? Insistamos, esto no tiene que resultar fácil: que ustedes maten a Aramburu, ¿por qué milagro de la historia habría de convertirse en un acto de “justicia popular”? Nadie osaría negar que el pueblo peronista odia a Aramburu. Pero también a Rojas. ¿Por qué no castigarlo a él? Ciertamente el pueblo peronista *no sabe* que es Aramburu la figura de recambio del régimen. ¿Se lo dijeron? No, lo saben ustedes. Ustedes son la vanguardia. La vanguardia siempre sabe *más* que el pueblo. Por eso es la vanguardia. Pero ese *saber* condena a la vanguardia a actuar al margen del pueblo. A alejarse de él. Este alejamiento es peligroso. Produce un resultado paradójico y a menudo trágico: el pueblo no sabe lo que sabe la vanguardia; la vanguardia no sabe lo que sabe el pueblo. Al no saberlo, tampoco sabe lo que quiere. ¿Quería el pueblo peronista la muerte de Aramburu? ¿Quería, incluso, la de Rojas, al que odiaba más? ¿Conocen ustedes al pueblo peronista, a ese pueblo al que tanto invocan? Ustedes, jóvenes de clase media alta, que vienen del Nacional de Buenos Aires, del ultracatolicismo, del nacionalismo reaccionario, que son, aunque lo vean como una virtud y acaso en algún punto lo sea, *demasiado* jóvenes, ¿qué saben del pueblo peronista? Sin duda, algo saben. Pero, ¿tanto como para hacer justicia en su nombre, matando? Son preguntas incómodas, y lo son porque son las que hay que hacer. En ellas es demasiado lo que se juega. Adelante: algo: estos jóvenes probablemente no representen al pueblo ni ejerzan ningún tipo de justicia popular. Pero el acto que están por cometer había sido trabajado por la compleja trama de la historia. No es un acto cualquiera, más allá de cómo terminemos por referirnos a él. Tal vez no exista un concepto que pueda contenerlo, agotarlo. El acontecimiento Aramburu es una creación impecable de toda una trama histórica, de todo un desarrollo de hechos que convergen hacia ese 29 de mayo de 1970, y cuyos principales creadores han sido los que abominarán de él. Estaba en el espíritu de los tiempos. Expresaba el elemento en que la historia transcurría. El asesinato de Rucci es un asesinato sin otra lectura posible. La palabra “asesinato” lo expresa por completo, lo contiene. Ocurre en un país cuyo mayor líder político ha sido consagrado por el *pueblo* (y aquí sí: el

pueblo) con más del 60% de los votos. Aramburu muere víctima de la necedad, del odio, de la violencia de su propia clase. Muere en medio de un pueblo hastiado. En medio de una dictadura cavernícola, fruto de la política gorila que él inauguró. Aquí nos detenemos. No dejaremos de volver sobre estas complejidades, sobre esta historia espesa, oscura. No impenetrable, pero esa *penetrabilidad*, de por sí ardua, tiene con frecuencia un resultado desalentador: cuanto más penetramos en ella más compleja se vuelve, escamoteándonos la posibilidad de una certeza, de una totalización que cierre una des- totalización incesante. Sigamos.

5.

Hay algunos leves sucesos que añaden tensión al relato. Los dejamos de lado. Nos concentramos en lo esencial. Aquello que no puede sino ser narrado. De pronto, para los que están afuera, sucede lo increíble, pero lo deseado: sale Aramburu por la puerta de Montevideo. El Gordo Maza lo lleva, campechano, con un brazo sobre el hombro. Parece, incluso, que lo palmeara como a un viejo amigo. Fernando lo tiene del otro brazo, fuertemente. Caminan sin apuro. Es un día cálido, luminoso. ¿Por qué no salir a dar una vuelta? Pero, un momento: ¿cómo se llegó a esto? ¿Cómo se logró sacar a Pedro Eugenio Aramburu de su casa?

Fernando y el Gordo Maza llegan al octavo piso. El Gordo tiene una pinta de milico que voltea. Fernando, menos. Pero lleva una metralleta bajo el pilotín. Nadie podría decir que no está preparado para cualquier cosa. El pilotín es verde oliva. Tocan el timbre. Abre la mujer de Aramburu.

—¿Sí?

—Somos oficiales del Ejército, señora. Venimos a hablar con el general.

La señora es. ¿Qué es la señora? O muy ingenua o muy confiada o está tan lejos de la verdad, tan lejos de lo que su marido significa y de los riesgos que puede correr, que se entrega a una amabilidad de dama británica, calma, dádiosa. Además, en 1970, una puerta se abría con más serenidad que ahora. Entre otras cosas, porque no había muerto Aramburu.

—Mi marido está bañándose. ¿Querrían tomar un café?

Los “oficiales del Ejército” aceptan. Aparece Aramburu. Se lo ve de buen humor. Acompaña con un café a estos jóvenes hombres de armas. Les pregunta algo elemental. Se los tiene que haber preguntado.

—¿A qué han venido?

—Usted está sin custodia, general. A nuestros superiores les pareció una situación inadecuada y nos enviaron a solucionarla. A partir de ahora puede considerarnos sus custodios.

Aramburu agradece. La última frase la ha dicho el Gordo Maza. Aramburu lo mira y tratando de ser suelto y agradable, dice:

—Usted es cordobés, ¿no?

—Sí, general —responde el Gordo Maza.

De pronto, la mujer dice:

—Tengo que retirarme.

—¿Dónde vas? —dice Aramburu, extrañado.

—Tengo que hacer un par de diligencias. No voy a demorar mucho. Te dejo bien acompañado. Entre ustedes, los militares se sienten más cómodos.

La mujer se va. Ni Fernando ni el Gordo Maza se ponen de pie. Algo que debió alertar a Aramburu. Sin embargo, parece más preocupado por el alejamiento súbito de su mujer. Quedan en silencio. Nadie sabe qué decir o nadie quiere decir nada. Se miran, como descifrándose.

La cara de Fernando se ha endurecido. El general lo advierte, preocupado. Es tarde. Fernando se pone de pie. Se abre el pilotín y saca la metralleta.

—General —dice—, usted viene con nosotros.

El café de Aramburu quedó sobre la mesa.

Está, ahora, frío.

(Continuará.)

NOTA: Tuvimos una larga conversación con Juan Manuel Abal Medina. Negó que su herma-

no hubiese estado en Tacuara. Hay muchos libros que contradicen esta afirmación. Como sea, lo digo para que se tenga en cuenta. Juan Manuel es un testigo privilegiado de toda esta historia y un hombre de una inteligencia privilegiada. Si Fernando no hubiese estado en Tacuara habría militado en grupos católicos no violentos. Y luego habría encontrado su camino al peronismo y a Montoneros por medio de Carlos Mugica. Yo, pese al respeto y la estima que tengo por Juan Manuel, creo que la imagen del personaje queda desdibujada si le extraemos el pasaje por el Movimiento Nacionalista Tacuara y luego su paso al Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara. Hay versiones muy encontradas en todo esto. Daniel Gutman arroja sobre Juan Manuel una militancia en la Guardia Restauradora Nacionalista, “instrumento de los delirios antisemitas de Menvielle” (Daniel Gutman, *Tacuara, historia de la primera guerrilla urbana argentina*, Vergara, Buenos Aires, 2003, p. 108). Difícil. Muy joven aún, Juan Manuel acompañó a Marcelo Sánchez Sorondo en el periódico nacionalista *Azul y Blanco*. No creo que la cosa haya pasado de ahí. Para haber militado en la GRN tendría que haber estado antes en Tacuara y nadie ha detectado su presencia en esa organización. La de su hermano, sin duda. Y, según vimos, la de Ramus, Y la de un temprano Galimberti. Volveremos sobre Tacuara, José Luis Nell, Joe Baxter y el asalto al Policlínico Bancario. Descartamos por ridícula la versión que pretende fundar una relación entre el nacionalista Onganía y los nacionalistas Montoneros a partir de la temprana adhesión de Fernando a Tacuara. Supone, ella, que esto habría determinado una unión entre el gobierno de la Morsa leporina y los montos para sacar del medio a Aramburu, el hombre que quería negociar con Perón. A esta interpretación pareciera venirle bien que Fernando Abal haya estado en Tacuara. Absurdo. Onganía tenía de ministro de Economía al ultraliberal Adalberto Krieger Vasena. Jamás los Montoneros se habrían aliado con él. Además, la muerte de Aramburu liquidó a Onganía. ¿Qué quiso hacer, suicidarse? Lo dicho: ridículo.

Lo decimos una vez más: esto es sólo el comienzo. Habrá, siempre, hechos contradictorios. Nuestra tarea, de todos modos, es más hermenéutica que heurística. La heurística se preocupa por la acumulación de los hechos. Cree, a menudo, que los hechos hablan, que deciden, que son contundentes. La hermenéutica es el arte complejo de la interpretación de los hechos. Aquí es donde trato de ubicar a la *filosofía política*. A veces, ante versiones contradictorias, es la reflexión la que debe decidir. La interpretación. Puedo tener mil informaciones diferentes acerca de Fernando Abal Medina: sobre si estuvo o no en Tacuara. Por fin, será el ensayista el que deberá dar su interpretación. Por ejemplo: creemos que la *totalización* que cubre al personaje y que lo explica y dentro de la cual él encuentra su explicación *totaliza* con mayor coherencia si Fernando estuvo, en efecto, en Tacuara: todo nuestro análisis, nuestro esfuerzo hermenéutico acerca del personaje nos lleva a esa conclusión. La filosofía política no es una ciencia. Es el modo de interpretar el mundo desde la praxis de sus sujetos. Si la política es praxis, la filosofía es reflexión sobre la praxis y los sujetos que la encarnan. Los sujetos actúan por convicciones —sean ellas simples, espontáneas, poco trabajadas o elaboradas *weltanschauung*, concepciones del mundo—, la filosofía nos debe entregar los fundamentos de esas concepciones, no las debe tornar traslúcidas. La política, cómo el sujeto que las porta las ha vehiculizado en la praxis. Esto no es una ciencia porque nada es verificable. No hay experimentación. No hay posibilidad de repetición del sistema experimental porque la praxis político-histórica no es un sistema experimental, es una trama siempre abierta, que no cierra nunca. Seguiremos con estos temas. También se verá su instrumentación en el modo de tratar los hechos que encaramos.

Colaboración especial:

Virginia Feinmann — Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

El secuestro
de Aramburu (II)

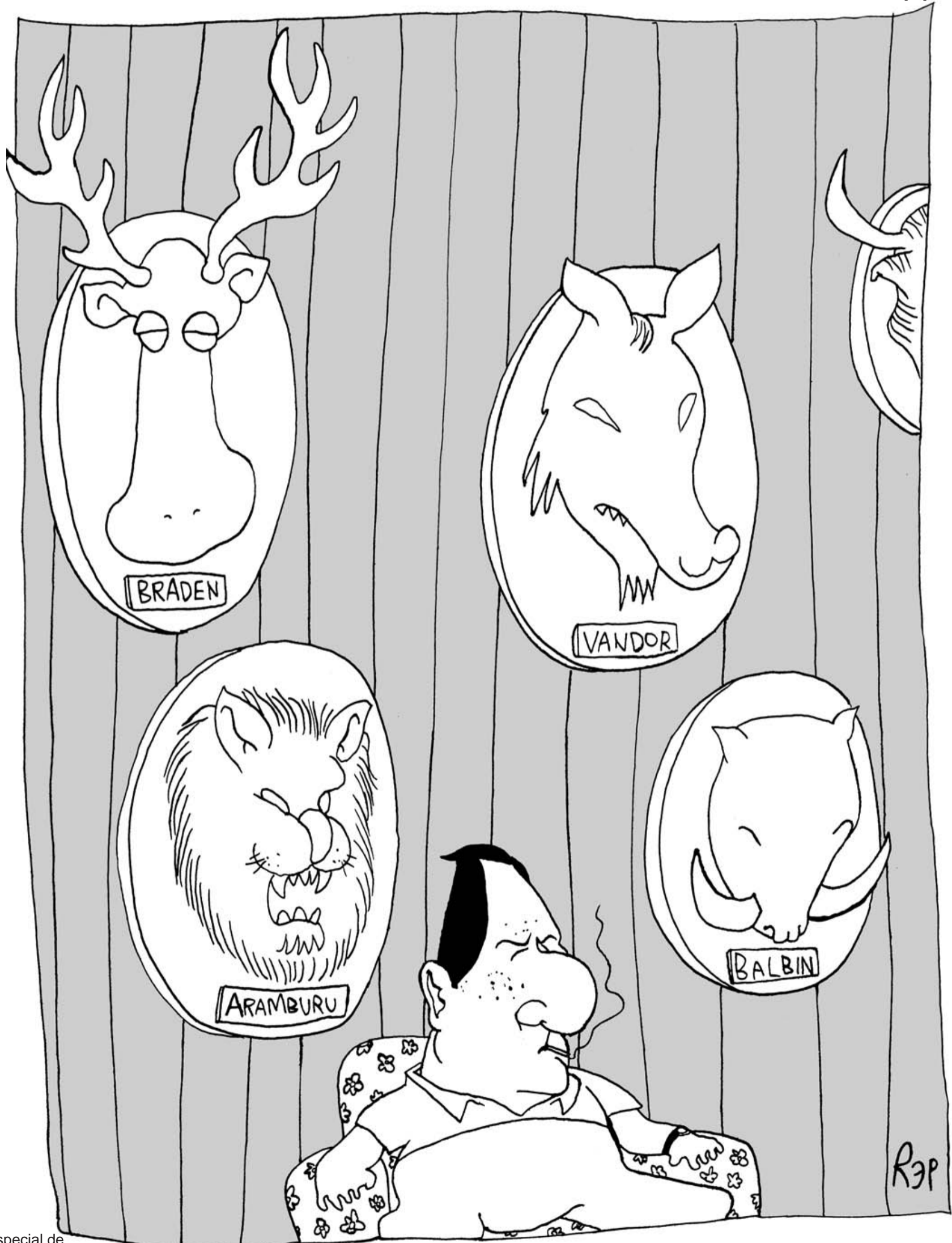
IV Domingo 28 de septiembre de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

46 El secuestro de Aramburu (II)



1.

Todo le parece extraño a Aramburu. ¿Lo están secuestrando? ¿Tan fácil es secuestrarlo a él? ¿No se dan cuenta estos jóvenes de la gravedad de lo que hacen? El es él, es Pedro Eugenio Aramburu. No es un político, no es un civil. No es un militar de poco rango y poca importancia. El país va a estallar si algo le pasa. Mucha gente le debe mucho. El país le debe mucho. El país, también, es mucho lo que espera de él. El lo tiró a Perón. Todo se complicó desde ahí. Pero ahora el que puede poner las cosas otra vez en orden es él. Soy el militar que mejor entiende la salida que necesita este país. Soy el más preparado. El que consiguió apartar de sí el odio que tantos mantienen vivo. El único grande que puede hablar mano a mano con Perón. Yo lo tiré, yo lo rescato para la patria. Les guste o no. Necesitamos a ese viejo autoritario, fascista. Cambió. Yo cambié. El también. Es más: yo puedo alejarlo de las tentaciones de la izquierda. Si no lo sumamos otra vez al Ejército de la patria, los marxistas lo van a seducir. A Perón sólo le importa el poder. Para atraparlo apelará a cualquier cosa. Si tiene que ser el marxismo, al que odia porque en el fondo, como yo, es un militar argentino, será el marxismo, que está cada vez más fuerte en América latina. Podría hacer de la Argentina otra Cuba. Tiene a todos los obreros con él. No sólo eso: se le está acercando gente desde los lugares más impensados: curas, jóvenes católicos, estudiantes, guerrilleros, más todos los suyos, los que siempre tuvo. Los sindicalistas, por ejemplo. Ni siquiera a ellos, que viven hundidos y felices en la corrupción, los pudimos comprar. Son peronistas. O lo agarramos nosotros o se lo lleva el marxismo internacional. ¿Quién si no yo puede impedir semejante atrocidad? ¿Será por eso que estoy aquí? ¿Serán estos jóvenes sicarios de Onganía, de Imaz? Porque para que yo pueda conseguir que Occidente retenga a Perón, hay que sacarlo a Onganía, que habrá pasado por la Escuela de las Américas, pero como soldado de Occidente da risa. ¿Tendrá coraje para hacerme secuestrar? Bruto es, pero no tanto. ¿Y si son castristas estos muchachos? Es la otra cara del asunto. Usted nos lo quiere robar a Perón. Nosotros lo queremos para el marxismo, usted para Occidente. Y es el único que puede lograrlo. Olvídense de seguir vivo, general. Luchamos por una causa. Y nuestra causa requiere su muerte.

Aquí, Aramburu se estremece. Por primera vez le ha encontrado un motivo a su muerte. La palabra *causa* lo estremece. Sabe que los hombres hacen cualquier cosa por eso. Que mueren y que matan por eso. Sabe que no hay nada más peligroso que un hombre con una causa. Mira a sus secuestradores. Le preocupa que no oculten sus rostros. El, luego, podrá reconocerlos. Algo, sin embargo, le preocupa más: en esos rostros se dibuja la obstinación de una causa. Esos jóvenes tienen una causa. Si esa causa requiere su muerte, está perdido. Sólo le resta esperar que no la requiera. O convencerlos de ello.

Sigue arguyendo que son militares. Hay cierto desdén en esta creencia. En el fondo, cree, como casi todos los militares, que los civiles son cagones. La violencia los espanta. Sin embargo, ¿qué clase de militares? ¿Cómo ignoró él o nadie de los suyos le dijo que había surgido un grupo nuevo, nacionalista o peronista o ligado a los planes de Onganía? Un grupo de acción. Capaz de semejante cosa. Pero toda acción exige el factor sorpresa. Si los hubiéramos detectado esto no estaría ocurriendo. Esto, su secuestro. ¿Quiénes son? Ni lo sospecha. No es el momento de decirlo. De describir su militancia y (sobre todo) los motivos de esa militancia. Pero, general, lo hemos dicho. Acaso usted no prestó atención. O estaba en otra cosa, en otro lugar. Algo así. Los que afrontaron el Operativo fueron: *Mario Eduardo Firmenich como cabo de la policía, Carlos Capuano Martínez como chofer, Carlos Maguid como cura, Ignacio Vélez y Carlos Gustavo Ramus como los civiles en el Peugeot, Fernando Luis Abal Medina como teniente primero, Emilio Maza como capitán. Y una mujer, la única del grupo, la montonera Esther Norma Arrostito. Gaby para los amigos.*

2.

A diferencia de los demás se inició en el marxismo. Nada de iglesias, ni sermones desde el púlpito ni hostias ni reverencias al torturado de la Cruz. Leyó a Marx, a Lenin. No a Hegel, pero algo leyó. O encontró cosas suyas en otros autores. Con lo que llegó a esa conclusión a los que todos, alguna vez, llegamos: Hegel está en todas partes. O como dijo alguien: cada época se define por el modo en que lee a Hegel. Leyó otras cosas y vio películas decisivas. Leyó a Fanon y a Sartre. Esta mujer valiente, que habrá de soportar los más terribles dolores sin soltarles una palabra a sus verdugos, sabe de memoria frases de Sartre, de ese Prólogo incendiario que escribió para el libro de Fanon: "En los primeros momentos de la rebelión". ¿Y qué son éstos, los nuestros, sino eso: los primeros momentos de la rebelión? ¿Qué dice Sartre, Gaby? ¿Qué hay que hacer en estos momentos? "Hay que matar: matar a un europeo es matar dos pájaros de un tiro, suprimir a la vez a un opresor y a un oprimido: quedan un hombre muerto y un hombre libre." ¿Qué hermanos ve los destinos de Argelia y Argentina! Si hasta en los nombres se da la unidad, si hasta los nombres señalan que la lucha es la misma: Argelia/Argenliana. Argentina sufre un colonialismo interno. También externo. Está sometida por el imperialismo y por sus aliados locales. De aquí que la liberación tenga que ser nacional y social. Y tienen que darse juntas. No son dos etapas. Es una sola. En la misma lucha hay que liberarse del imperialismo y de las clases dominantes nacionales que lo representan. Somos parte del Tercer Mundo. Nuestro sometimiento no es colonial como el de Argelia. En esto nos diferenciamos. Nuestro sometimiento es neocolonial. El colonizador no está adentro. Tiene a sus socios adentro, sí. A las clases cipayas que han unido sus intereses al imperialismo. Y al Ejército que defiende el proyecto entreguista, neocolonial. Pero el verdadero colonizador, el que sostiene el sistema de la colonización es el colonizador externo, los yanquis. No hay retroceso, sabe Gaby. Se lo dice Sartre: "La descolonización está en camino; lo único que pueden intentar nuestros mercenarios es retrasarla". Como los soldados del Ejército Gorila. Matarán a diez, matarán a cien. No pueden matar a la Historia. La Historia camina hacia el socialismo y en él se ordenará el mundo, se vengarán las injurias, se vengará el pasado infame, se arreglarán las cuentas pendientes, se fusilará a los mercenarios. Ya no habrá mercenarios. Ya nadie intentará frenar la Historia. Sólo estarán ellos para impulsarla hacia el futuro. Leyó, Gaby, a Fanon. Le pareció devastadora su furia. Para colmo, negro. Para colmo, culto. ¿Cómo no habría de odiar con la vastedad de sus entrañas al colonizador blanco? Habla de la *violencia absoluta*. ¿Es, se pregunta, matar a Aramburu la violencia absoluta? "El colonizado está dispuesto en todo momento a la violencia." Pero Fanon avanza hasta confines temibles. Hasta ella, que no teme a nada, a veces vacila. La palabra *locura* le produce vértigo. No es un vértigo humanista. Algo que le haga decirse: ¿cómo voy a matar a un semejante, a otro ser humano? Eso es mierda humanitaria. Chatarra gandhiana. Si alguien mata a otro es porque ese otro no es, para él, un semejante. Ni otro ser humano. El fusilador Aramburu no es mi semejante ni "otro" ser humano. Es sólo un asesino. Un asesino al servicio de un régimen explotador. Eso lo despoja de su humanidad. La humanidad se gana. Se gana poniéndose del lado de la causa del hombre. La causa del hombre es la libertad. La muerte de la opresión. La liberación de la patria. La creación de una nueva humanidad. De un nuevo hombre. El que está en contra de eso, no tiene humanidad. ¿Qué nos impedirá matarlo? Fanon, ante el colonizador, rechaza todo método que no sea violento. A los oprimidos, *sólo esa locura*, la violencia, puede arrancarlos de la opresión colonial. ¿Estamos, entonces, locos? Sí, locos de justicia. Locos porque no somos cuerdos. Los cuerdos no se juegan la vida. Nosotros sí. Nos la jugamos por la liberación de los demás, de todos los oprimidos de esta tierra. Estamos, entonces, locos de amor. Y no me vengan con que ésta es la frase de una mujer. Tiene que ser la frase de todo revolucionario. Nosotros matamos por amor.

Gaby no sigue junto a los demás. Tiene otras



tareas. Ninguna de ellas menos importante que las de sus compañeros. Llegan a Figueroa Alcorta y Pampa. Gaby, le dicen *La Flaca*, Maza y otro más se bajan de la camioneta. Cargan los bolsos con los uniformes. Cargan los fierros. Y se van a la casa de un compañero. Tienen una misión decisiva: escribir algo que estallará en las redacciones de todos los diarios. Que los locutores leerán una y otra vez, miles de veces, con voz alarmada, dolorida y también con un miedo oscuro, indefinible: el de saber que algo muy grave acaba de suceder en el país.

3.

En la pickup, Ramus y Capuano quedan adelante. Aramburu, Fernando y Firmenich, atrás. Empiezan, los jóvenes centuriones, a sentir que las cosas están saliendo bien. Hasta demasiado bien. ¿Será así de fácil? ¿O el destino se prepara para sorprenderlos? No piensan mucho. No hay tiempo. Poco después, otro cambio. Suben a una Gladiator. Nada de esto importa mucho. Tienen una meta: *Timote*. Saben cómo llegar. Durante un largo mes estudiaron la ruta. Una ruta directa. ¿Qué significa *directa*? Que eluda todo puesto policial. No es por excesivo temor. Policía que aparezca, policía que muere. Pero si se puede evitar, mejor. También quieren eludir toda ciudad importante. Lo consiguen. Fernando, íntimamente, siente ya el sabor del triunfo. Todo ha sido fácil. Todo sigue siendo



fácil. Para qué negarlo: es fácil matar a alguien en la Argentina. Si lo es con Aramburu, lo es con cualquiera. La pregunta lo sorprende: ¿lo será con ellos? Ellos son el viento. Son inapresables. No están en ninguna parte, y están listos para estar en todas. Son la guerrilla urbana, y la guerrilla urbana es invencible. No se puede contra ella. Es como arena. Se escurre entre las manos del poder. Y es como roca: cuando golpea, destruye.

Con razón o no —se verá—, la narración no ha requerido la presencia del joven que hizo de cabo de policía durante el operativo. Tiene 22 años y de todos los que en esta jornada se juegan la vida para terminar con la de Aramburu será el único que conservará la suya. Es Mario Eduardo Firmenich. Católico, nacionalista, egresa con medalla de oro del Nacional de Buenos Aires. No será el héroe de la jornada, aunque en el interrogatorio de Aramburu tendrá mucho que decir. Las buenas novelas evitan describir el aspecto físico de los personajes. Firmenich lo necesita menos que muchos. Se lo conoce. Se lo quiere poco. O se lo odia. O se lo cuestiona. O aún conserva adictos que se alteran sinceramente cuando no se lo pone en el altar que ellos le desean. Personaje enigmático, se podrá decir de él tanto que fue un auténtico revolucionario como un agente de la CIA. Falta mucho aún. Pero este hombre —que, antes, se adueñará de la conducción política de Montoneros— ordenará, en un acto brutalmente equivo-

cado, el asesinato de un sindicalista por el que pocos se morían de amor, pero al que menos todavía querían ver muerto. Perón, el primero. Ahora mira el paisaje y se siente orgulloso. “Esto es un paseo”, se dice. Y lo es: en toda su existencia operativa —que ya es extensa— no recuerda un escape más fácil, más simple, con menos escollos que éste. ¡Y se lo cargaron a Aramburu! Le preocupa un poco la llegada a la Gral. Paz. Se sabe: circulan autos y camiones por ahí. A veces, muchos. Suele haber problemas de tránsito. Suele haber policías para evitarlos. Hoy, ni una cosa ni la otra. Salen por Gaona y se meten en caminos de tierra que conocen, que estudiaron con anterioridad. No habrá problemas. Si las cosas se preparan bien, los operativos no fallan. No fallará éste. Al que han llamado *Operativo Pindapoy*, por el nombre de un jugo de naranja. Difícil saber si por algo más.

Hay que cruzar el río Luján. Saben cómo hacerlo. Hay un puente viejo y sólido, hecho con materiales nobles. Lo probaron. Es de madera, pero aguantará. Se toman ocho horas para hacer un trayecto que llevaría cuatro. Pero eluden todo sitio que pueda esconder un riesgo. Porque es así: los riesgos no están a la vista. Se esconden y nos sorprenden. Hoy, uno, lo sorprendió a Aramburu, de aquí que ahora esté con ellos, no en su casa, con su mujer, tomando ese café que seguramente tomaría después del almuerzo, antes de

conspirar para darle vida al régimen, para hacer un peronismo “de saco y corbata”. No, general. Hoy tuvo un problema. Pero no inesperado. Tal vez usted lo considere inesperado. Pero este problema le nació a usted hace muchos años. Cuando firmó el decreto 4161. O el día de la fusilación de Valle. O el de la desaparición de Eva. Hizo todo lo posible para estar donde ahora está. Su destino, que nosotros someteremos a juicio, fue usted el que lo diseñó. Desde este punto de vista, *somos su creación*. O no sólo la suya. Somos la creación perfecta, impecable, de la Argentina gorila. ¿Qué otra cosa esperaban engendrar? ¿Jóvenes obedientes, que aceptaran sumisos sus arbitrariedades, sus desdenes? No hay jóvenes así. Un hombre es joven cuando sabe ponerse del lado de la injusticia. Y ustedes, a la natural injusticia de todo pueblo sometido a la expropiación capitalista, le añadieron al nuestro la orfandad política, le quitaron a su líder, le impidieron decir el nombre de ese conductor de pueblos al que aman, del que sólo recuerdan días felices, soleados, en que se sintieron parte esencial de la patria y no sus desechos, su mano de obra mal paga, sus laboriosos ofendidos, vilipendiados. Y le quitaron a su abanderada. A Eva, la mujer que los amó hasta quemarse en el fuego de ese amor, tan ardiente era. Ahora, ellos, en nosotros, buscan su venganza. Si los humillados no se rebelan, habrá siempre jóvenes de corazón puro que lo harán por ellos, indicando el camino, asumiendo la vanguardia. A joderse, general. Llegó la hora de pagar la cuenta.

Prestemos atención a Aramburu. ¿Podremos presumir lo que piensa, será posible? Se lo ve silencioso. ¿En qué piensa un hombre silencioso que se sabe entre enemigos, que viaja entre sus secuestradores, que tampoco le hablan? A veces, el silencio ha de haberse tornado un grito en esa pickup *Gladiator*. ¿Temerá que lo maten? ¿Aceptará dentro de lo posible que esos jóvenes se atrevan a ultimarlos? No, dialogarán con él. Le harán saber qué quieren. Secuestrarlo a él es secuestrar a un hombre que dialoga con lo más alto del poder de la República. Que probablemente —incluso— sea él mismo quien pronto lo encarne. Secuestrarlo a él es hacerse oír por alguien que, si los escucha, puede hacer reales algunas o muchas de sus peticiones. Hoy les concederá unas cuantas. Está dispuesto a decir que sí. A prometer. Después verá. Pero si se trata de decirles que hará lo que le pidan, lo hará. Son muy jóvenes. Todo joven es un idealista. Se sabe: incendiario a los veinte, bombero a los cuarenta. Será amplio, generoso, hasta bonachón. Sí, va a zafar de ésta. Creemos que algo así habrá pensado Aramburu en ese viaje largo, por caminos poceados, terrosos, húmedos.

A las cinco y media, seis de la tarde llegan a *La Celma*. Es un casco de estancia. No es ajeno. No entran en un lugar que no les pertenezca. Es de la familia de Gustavo Ramus. Aramburu se da cuenta. Esto lo tranquiliza aún más. Son jóvenes de buenas familias, de familias ligadas a la tierra, a la patria. Baján. Caminan hacia la casa. De pronto, un inconveniente. En toda estancia hay un capataz fiel. Ese tipo de hombre que dedica su vida a una familia, a cuidarle los bienes, a vivir cerca de los patrones sin jamás, pero jamás, confundirse con ellos. El capataz tiene que ser un hombre sin ambiciones, un alma simple, un alma obediente, alguien que encuentre su felicidad en la felicidad de sus patrones. El hombre es un vasco y se llama Acébal. Ramus se le adelanta. No quiere que el sirviente fiel se acerque al grupo revolucionario. Ramus sabe cómo hablarle. Todo patrón sabe hablar con su capataz. Sabe compartir su mate. Comer sus bizcochos. Preguntarle por su mujer, cuyo nombre conocerá. Y por sus hijos, cuyos nombres también conocerá. Después, como siempre, le deslizará unos buenos pesos en sus manos ásperas, castigadas por el trabajo de décadas. Y le dirá “don”. Y le dirá: “¿Qué me dice, che?” Este “che” es importante. Es un lazo. Un gesto íntimo. El patrón desciende al mundo del capataz. Todo patrón sabe hacer esto. También sabe despedirse. Sabe dejarlo solo al capataz, en su mundo. Y él unirse al suyo. Que no se tocan ni se tocarán. Pero esto no niega lo que se construye en ese momento que les pertenece, que es de ambos. “¿Cómo anda, don Acébal?” “Bien, patrón. Todo en orden.” Luego,

Ramus le dice que se vaya a dar una vuelta. Acaso que se vaya al pueblo esa noche. Por eso le da unos buenos pesos, más que de costumbre. No demasiados: no quiere que Acébal sospeche nada. Pero lo justo: "Vaya y pase un buen rato, don Acébal. Mañana será otro día". Se les une Firmenich. Después, Ramus, entra en la casa. Ahora, él, no Acébal, es el pueblo.

Cualquiera comprende y acepta que Ramus no puede decirle una palabra de lo que sucede a su capataz. O al capataz de la estancia de su familia. Que, por lo visto, por el trato amistoso que tiene con él, es tan suyo como de cualquier otro, y tal vez más porque Ramus sabe tratarlo, sabe hablarle, como Fabio Cáceres a Don Segundo. Reclama, sin embargo, nuestra atención un hecho innegable: el único personaje del pueblo que aparece en toda la historia es apartado por completo, es al que más se lo aleja del centro de la escena. Lo dicho: se comprende. Pero hay cierta paradoja que late en ese complejo socavón.

4.

Fernando Abal y otro compañero meten a Aramburu en la casa. Este compañero baja algo distraído, "algo boleado", dirá Firmenich, del auto: lleva la metralleta en la mano. Don Acébal no lo advierte. Firmenich, ya sin el traje de policía, se une a Ramus y al capataz y participa un poco de la conversación. Esto nos revela que lo conoce a don Acébal, que no es la primera vez que va a la estancia *La Celma*. Ahora, también ellos entran en la casa. Ahí, a puertas cerradas, sucederá lo que resta. Todo, hasta el final.

Aramburu está en mangas de camisa. Tampoco tiene corbata. Sigue sin tener nada claro. Esto no va a durar mucho: pronto tendrá todo quizá demasiado claro. Lo meten en un dormitorio. Lo sientan en una cama. Los jóvenes se pasean en silencio. Es posible que fumen. Se fumaba mucho en esa época. No sabemos si Aramburu pide un cigarrillo. No sabemos si le ofrecen algo. Un café, al menos. Le deben esa atención. El, o su mujer, les ofreció un café. Pero los jóvenes parecen concentrados en lo que están por iniciar. Nada menos que el juicio. Estos jóvenes de 23 y 22 años van a juzgar a un veterano general de 67. Un hombre ya casi viejo. Tengamos en cuenta la fecha: 1970. Han pasado muchos años. En 1970 —y más aún para pibes de 23 y 22 años—, un hombre de 67 era un viejo, o un hombre decididamente mayor. Pero Fernando y Firmenich no lo ven así. Lo ven como un mojón de la historia del país, un testigo, un protagonista desalmado. Aunque esto, todavía, espera el juicio correspondiente para ser establecido.

Hay otra cama frente a la de Aramburu. Fernando se sienta en ella. Apoya los codos en sus muslos y entrelaza sus manos. Mira con fijeza al general. Le dice:

—General, nosotros somos una organización revolucionaria peronista. Si lo detuvimos es porque vamos a someterlo a juicio revolucionario.

Aramburu, ahora, entiende todo. Lo entiende y lo acepta con naturalidad. Aquí, hagamos una pregunta: ¿esperaba esto? Sabía que andaban por ahí grupos guerrilleros peronistas. Hacían una cosa y otra, nada grave. ¿Nunca pensó que podían incomodarlos? Si lo pensó, nada indica que lo haya hecho. Lo sabemos: ni custodia tenía.

Cuando la tuvo, fue esa custodia la que lo secuestró y la que ahora lo está juzgando. Dice:

—Bueno.

Los jóvenes lo ven sereno. Si disimula, lo hace muy bien. Fernando intenta sacarle unas fotografías, pero la cámara se estropea. Para el juicio apelan a un grabador. Deseando que no tenga la misma suerte. El grabador cumple su función: graba todo el juicio. Deben haber gastado unas cuantas cintas porque el juicio se dilata, se alarga más de lo esperado. Los jóvenes no quieren presionarlo, no lo quieren —dirán años después— intimidar. No parece hombre como para intimidarse el vasco Aramburu. Advierte que los jóvenes demoran sus preguntas. Hay algunas dilaciones que buscan darle tiempo para responder con precisión. El las aprovecha. No sabe por qué, pero cree que toda demora juega a su favor. O sí: lo sabe. Somos nosotros los que no lo hemos advertido. El viejo zorro va más allá que

el narrador. Cuesta atraparlo a veces. Aramburu demora sus respuestas, busca tiempo, busca que ese interrogatorio se extienda inmoderadamente. Sabe algo: medio país ya debe estar buscándolo. Cuanto más tiempo gane, más tiempo hay para que lo encuentren. Responde con vaguedades.

—No sé —dice.

O también:

—No me acuerdo.

Supone que la desmemoria puede salvarlo. Si no se acuerda de nada, ¿de qué se lo puede acusar? ¿Qué pueden saber estos chicos? Lo que leyeron. Lo que les contaron. Pero, ¿qué pruebas tienen? Al no tener pruebas dependen de su confesión. Supongamos que él se las niega. ¿Qué harán? No le gusta este camino. Otra vez los mira a los ojos. Otra vez descubre lo que ya sabe: en esos ojos brilla la determinación, la fiereza que sólo la lucha por una *causa* puede dar. Son, además, peronistas. Deben odiarlo.

Fernando se pasea otra vez por la habitación. Por fin, dice:

—Voy a formularle el primer cargo de peso.

Usted, general, en junio de 1956, ordenó el fusilamiento del general Valle y de otros patriotas que se alzaron con él.

Aramburu responde de inmediato. Se ve que esa respuesta la ha elaborado a través de los años. Que no es la primera vez que le mencionan ese incómodo asunto y no es la primera vez que él ofrece una respuesta que lo satisface. Que, cree, lo cubre, lo protege. Lo torna inocente.

—No es así —dice—. No estaba en Buenos Aires cuando ocurrieron esos lamentables sucesos.

—¿Lamentables?

—Lamentables. Todo fue lamentable. La ridícula asonada y los fusilamientos. Yo estaba en Rosario. No pude impedirlos.

—No es así, general —dice Fernando—. Tenemos pruebas.

5.

Las pruebas son implacables. Somos lo que hacemos. Nadie escapa de su pasado. El de Aramburu lo está atrapando precisamente cuando él quería ser otro. Ya no soy el que fui, cambié. Ya no odio a los peronistas, quiero integrarlos a la democracia. Ya no fusilaré a nadie. Creo que eso quedó atrás o es ahí donde debe quedar. Con odio no se construye un país. ¿Por qué estos jóvenes me recuerdan lo de Valle? Ya no soy el que hizo fusilar a Valle. Los años no me pasaron en vano. Tengo 67. No viví en vano. Viví para cambiar. Para enmendar mis errores. Mis jueces son muy jóvenes para entenderlo. Creen que uno no cambia. Creen que uno es siempre lo que es cuando es joven. Creen eso porque están orgullosos de lo que son y no les gustaría cambiar. Pero se puede cambiar para ser mejor de lo que uno fue. Nunca lo entenderían. Hoy, ellos sienten que jamás serán mejores. Que jamás serán más puros ni tan idealistas. Será inútil convencerlos de otra cosa. Aramburu, con desaliento, lo sabe: esos jóvenes lo han congelado en junio de 1956. A *ese* Aramburu están juzgando. Al hacerlo, creen que este de hoy es también aquél. Para el vengador, su víctima tiene que ser *siempre* la que cometió el acto que exige su venganza.

—Sobre todo el decreto N 10.364, general —dice Fernando—. Ese es el que ordena, por decisión directa del Poder Ejecutivo, o sea: *Usted*, que se fusile a los sublevados. ¿Cómo le hizo decir a la mujer de Valle que dormía? Nadie que firme un decreto así puede dormir.

—Tenía la conciencia en paz —dice Aramburu—. Estaba seguro de mis actos. Escuchen, nosotros hicimos una revolución. La hicimos contra un gobierno antidemocrático, tiránico, que alimentaba el odio de clases. Un gobierno personalista y corrupto. Una revolución exige dureza para sostenerse. Los peronistas eran muchos y conspiraban incesantemente. Por fin, Valle nos hace una contrarrevolución. La aplastamos. Y pusimos a los sediciosos frente a un pelotón de fusilamiento. Supongo que no necesito instruirlos sobre este punto: toda revolución fusila a los contrarrevolucionarios.

¿Advierte Aramburu lo que acaba de decir?

¿Acaba de firmar su condena de muerte? ¿Qué

piensa que creen de sí mismos los jóvenes que lo están juzgando? Se lo dijeron: "Somos una organización revolucionaria". ¿Qué cree que es él para esos revolucionarios? Un contrarrevolucionario. Si toda revolución tiene el derecho de fusilar a los contrarrevolucionarios, ¿qué espera que hagan con él sus enjuiciadores? Nadie, en medio de este clima tenso, recuerda una frase que todos conocen. Aramburu, porque la leyó como admirador de Lavalle. Sus jóvenes raptos porque la leyeron como fanáticos de Dorrego, a quien, de algún modo, también están vendiendo hoy. Es la frase de Salvador María del Carril, ese frío unitario que busca convencer a Lavalle para que mate a Dorrego. Era, más o menos, así: "Una revolución es un juego de azar en el que se gana hasta la vida de los vencidos".

—Queremos leerle unas declaraciones del almirante Rojas —dice Firmenich.

—¿Por qué yo y no él? —dice bruscamente Aramburu—. Si hay un gorila en este país es Rojas. El también decidió los fusilamientos. Y muchas otras cosas. Si por él hubiera sido... —Se detiene. Piensa mejor. Dice—: De los dos, el moderado soy yo. El...

—El es un payaso —lo interrumpe Fernando—. Es un bruto. Siempre fue usted el inteligente. El que tomó las decisiones. Y es usted el que ahora está en algo que es posiblemente el motivo central de este juicio.

—¿Cuál?

—Ya lo va a saber. Vuelvo a las declaraciones de Rojas. Acusó a Valle y a sus compañeros de marxistas y amorales.

—¿Lo ven? Yo jamás habría dicho eso. ¿Cómo voy a decir eso? ¿Cómo voy a decir eso de Valle? Un católico, un hombre de familia.

—Necesitamos que firme una declaración. Que diga lo que acaba de decirnos. Que Valle no era un marxista ni un amoral. Que Rojas mintió.

Aramburu, como sorprendido, se arquea hacia atrás y abre las manos.

—¿Eso quieren?

—Eso.

—Pero eso... Eso podríamos haberlo hecho en mi casa.

Fernando Abal sonríe apenas. Es la primera vez que lo hace.

—Usted no entiende, general. Queremos eso y queremos otras cosas también. Queremos que nos hable del golpe contra Onganía. Usted está al frente y el propósito es integrar el peronismo al sistema. Ponerle saco y corbata. Amansarlo. Entregarlo al régimen liberal democrático de las clases dominantes.

—No lo interpreto así. Pero comprendo que ustedes lo hagan. —Aramburu se detiene. ¿No quiere seguir hablando? Frunce el entrecejo. Aprieta los labios, como si buscara impedir que le brotaran palabras. Al cabo, dice—: Si quieren hablar de eso apaguen el grabador. Es demasiado grave.

—Pero no es lo *más* grave —dice Fernando.

—Queremos hablar de algo más grave, general —dice Firmenich—. Mucho más grave.

Aramburu entra en uno de sus largos silencios. No se queda en blanco. Es notorio que piensa. Que no se evade. Pero, ¿por qué tanto tiempo? ¿Es cuidadoso, sensato, le gusta elegir sus palabras, buscar la expresión justa? ¿O es, sin más, lento? Nuestra suposición es otra, la dijimos: necesita tiempo. Necesita ganar tiempo para quienes lo estarán buscando.

Todo lo que dice es:

—Qué.

Fernando está de pie. Algo alejado. Lo mira desde arriba. Secamente, dice:

—Queremos hablar del cadáver de Eva Perón.

Aramburu lo esperaba. Lo temía. Al demorar-se tanto el tema creyó que no estaba en juego, que se libraría de él. Pero aquí está: Eva Perón. No hay peronista que no enfurezca cuando sale el tema de esa mujer que ellos, malamente, le han escamoteado. No hay venganza que Eva Perón no justifique, no reclame. No hay modo de reparar esa injuria.

Aramburu, ahora sí, siente que está en peligro.

Colaboración:

Virginia Feinmann — Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

El secuestro
de Aramburu (III)

IV Domingo 5 de octubre de 2008

1
Supongamos que Aramburu dice:
—No es mucho lo que puedo decirles sobre el cadáver de Eva Perón.
Supongamos que Firmenich dice:
—No es el momento de hablar de eso.

Fernando se le acerca. Le gusta mirarlo fijo a Aramburu. Sobre todo cuando le dice frases de importancia. Como ahora.

—Usted está planeando un golpe de Estado. Si lo niega, no se lo vamos a creer. Tenemos buenas fuentes.

—Cuáles.

Fernando nombra un par de generales.

—Usted confunde amigos con conspiradores —dice Aramburu.

Con un gesto veloz, Fernando apaga el grabador. Es un Geloso que carga unos buenos años encima, pero ofrece esa seguridad de las cosas bien hechas. Dice:

—Ahora puede hablar tranquilo.

Aramburu no habla. Sólo dice:

—Tengo hambre.

Organizan una comida leve, ligera. Nada de vino. Sólo gaseosas. O agua. Cuando pone una Coca Cola sobre la mesa, Firmenich —que suele sonreír más que Fernando— comenta:

—El mejor invento del imperialismo.

Supongamos que Ramus —que va y viene, que oficia de contacto con la realidad exterior— ironiza:

—Para el general, el mejor invento del imperialismo es el imperialismo.

—Se equivocan conmigo —dice Aramburu—. No soy un agente del imperialismo. Oganía, sí. Yo soy un demócrata.

—No nos tome por tontos —dice Fernando—. Un demócrata no fusila a un compañero de armas en la Penitenciaría Nacional. Como a un delincuente. Como a un perro.

—También se equivoca. Eso fue en 1956. Yo no era un demócrata. Presidía un gobierno revolucionario. Habíamos derrocado a un dictador y teníamos que ser duros con quienes quisieran reponerlo.

—Aramburu hace una pausa. Uno por uno, los mira a todos—. Ahora soy un demócrata. Soy un general que quiere un gobierno democrático y amplio para su patria. Amplio, no sé si soy claro. Con el peronismo incluido. Para eso tengo que voltearlo al bruto de Oganía. Para eso, no lo niego, conspiro junto a los generales que nombraron, todos hombres de bien, demócratas como yo.

—Gorilas como usted —dice Ramus, algo imprudentemente.

—No soy un gorila. Los gorilas me odian. Soy el menos gorila de los militares. Escuchen, Oganía se cae. No da más. Lo de Córdoba lo hundió. Sólo es cuestión de darle un empujón.

—¿Quién se lo va a dar? —pregunta Fernando, que lo sabe—. ¿Usted?

Aramburu come un poco de jamón crudo. También hay un buen queso de campo en su plato. Bebe Coca Cola.

—Muy bueno el jamón crudo —comenta—. Bien de campo. Estas cosas llegan degradadas a las ciudades. Son los intermediarios. Una de las desgracias de este país. Arruinan la pureza de los alimentos. O para venderlos más fácilmente o para aumentar las ganancias.

—O para las dos cosas —dice Firmenich.

—O para las dos cosas —acepta Aramburu.

—Pero no son los intermediarios —dice Fernando—. Es el capitalismo. El capitalismo no tiene moral.

—Vuelvo a lo de Oganía —dice Aramburu, ignorando el comentario de Fernando. Con el que, desde luego, no concuerda—. Caído Oganía, lo que hay que hacer es muy fácil. Un gobierno de transición.

—¿Otro más? —dice Fernando. Y ahora, burlón, se ríe.

—Otro más, no —dice Aramburu—. El último. Si lo presido yo es el último. Les doy mi palabra. Apenas si durará un par de meses. Sólo lo necesario para convocar a elecciones. Con la inclusión del peronismo. ¿Se dan cuenta? Con el peronismo adentro. Lo que piden desde 1955.

—¿Adentro de qué, general? —dice Fernando.

Aramburu suelta los cubiertos. Sorprendido, clava sus ojos en los de Fernando.

—¿Cómo de qué? —dice—. De la democracia.

Supongamos que Fernando dice:

—Del sistema de partidos. De la partidocracia. Del régimen.

—Yo hablo de la democracia, no del régimen —dice Aramburu, firme.

—Ya conocemos la democracia de ustedes, general. Cuando es mansa, la respetan. Cuando no, la tiran. Como a Perón.

—Perón no era la democracia —dice Aramburu—. Al menos, no como yo la imagino.

—¿Cómo la imagina usted? —pregunta otro compañero. Está sentado a la mesa, come. Habla poco. Su nombre no trascenderá. Nadie sabrá quién es, quién fue. No importa: sabemos que estuvo ahí. Podríamos, si quisiéramos, elegirle un nombre. No hay relato confiable sobre lo que narramos. Ni lo habrá. Sólo hay narradores privilegiados. Firmenich, sobre todo. El estuvo y él ofreció una narración de la historia. Pero se contradice burdamente a veces. Dice que Aramburu bajó amordazado al sótano en que Abal habrá de matarlo. Luego omite decir que le quitaron la mordaza. O no se la quitaron o no hubo mordaza. Porque, ¿cómo podría decir *Proceda* un hombre amordazado? Así que a este personaje al que se le dice *compañero* le diremos Julio. Total, habla poco. Y de aquí en más probablemente hable menos que poco. Una palabra o dos. Probablemente no hable. Ha dicho, sin embargo, algo importante.

—¿Cómo la imagina usted? —dice. Con ironía, tal vez. Porque todos saben que la democracia que Aramburu imagina no es la de ellos. Ellos, más bien, se cagan en la democracia. No les faltan motivos: nunca la conocieron, sólo fue una palabra en boca del régimen para justificar sus atropellos, para negarle al pueblo sus derechos. También los yanquis se llenan la boca con esa palabra. Y son los yanquis. Son eso que el Ché dijo que eran: los enemigos del género humano.

—Hablo de una democracia que nadie conoce —dice Aramburu—. Que es nueva en este país. Que ni yo ni ustedes vivimos nunca.

2

La Gaby se ha sentado ante una máquina de escribir. ¿Cuál podría ser? ¿Una Olivetti, una Remington? Supongamos: una Lettera 32. ¿Escribe ella los comunicados o ya estaban escritos? Raro que ya estuviesen escritos. Nadie puede escribir el futuro. O prefigurarlo en *comunicados*. Probablemente Ramus —es una posibilidad— que ha ido de La Celma a la casa en que está Norma y luego ha regresado. Que se mueve sin que sepamos muy bien por dónde. Probablemente él sea quien le ha informado el desarrollo de los acontecimientos. Gaby redacta el primer *Comunicado* o le da forma definitiva al boceto que ya había escrito Fernando. El resultado es lo que sigue:

“Perón Vuelve
Comunicado N° 1

“Al pueblo de la Nación:

Hoy a las 9.30 hs. nuestro Comando procedió a la detención de Pedro Eugenio Aramburu, cumpliendo una orden emanada de nuestra conducción a los fines de someterlo a Juicio Revolucionario.

Sobre Pedro Eugenio Aramburu pesan los cargos de traidor a la patria y al pueblo y asesinato en la persona de veintisiete argentinos.

Actualmente Aramburu significa una carta del régimen que pretende reponerlo en el poder para tratar de burlar una vez más al pueblo con una falsa democracia y legalizar la entrega de nuestra patria. Oportunamente se darán a conocer las alternativas del juicio y la sentencia dictada. En momentos tan tristes para nuestra Argentina que ve a sus gobernantes rematarla al mejor postor y enriquecerse inhumildemente a costa de la miseria de nuestro pueblo, los Montoneros convocamos a la resistencia armada contra el gobierno gorila y oligarca, siguiendo el ejemplo heroico del general Valle y de todos aquellos que brindaron generosamente su vida por una Patria Libre, Justa y Soberana.

¡Perón o muerte! ¡Viva la Patria!
Comando Juan José Valle
MONTONEROS”

La Gaby se recuesta contra la silla. Repasa el texto. No lo puede creer. Carajo, ¡lo que hicieron! El despelote que se va a armar en el país. Se van a

cagar en las patas cuando en las redacciones del cipayaje periodístico lean ese Comunicado. Se lo van a pasar de mano en mano. No van a saber si es auténtico o no. O peor: si es auténtico, no se van a animar a publicarlo. Y si lo publican será con el culo a cuatro manos.

Arrostito no se equivoca. El Comunicado sacude al país. Años después, en medio del terror de la dictadura de Videla, otro texto llegará a las redacciones: la *Carta* de Rodolfo Walsh a la Junta Militar. No asustó a nadie. En la revista *Gente* se la pasaban de mano en mano y se ahogaban de la risa. ¡Mírenlo al loco éste! ¿Quién se cree que es? El solo contra la Junta Militar. Deben estar temblando los Comandantes. Siempre fue un loquito ese irlandés. Ya lo deben haber metido en un horno. Esa revista estaba llena de “verdugos voluntarios de Videla”. Se mata de muchas maneras. Cuando el Ejército necesite fraguar la muerte de Arrostito, en *Gente* sacarán una tapa que se estudia y se estudiará como un ejemplo impecable de la banalidad del mal. Está la foto de la Gaby y —cubriéndola parcialmente— un sello burocrático, un sello de oficina estampado con fuerza, con brutalidad. La palabra impresa es: *Muerta*.

Pero el Comunicado N° 1 de Montoneros estremece a todos.

La cosa es grave.

En *Gente* acaso hayan repetido una frase dicha años atrás a causa del secuestro de un embajador extranjero en Guatemala: *¿En qué nos tendremos que transformar para sobrevivir?*

Exactamente en lo que se transformaron.

Para su desgracia, pocos habrán de averiguarlo tan exhaustivamente como Norma Arrostito.

Después del “aramburazo” se transforma en un mito. De aquí su permanencia excesiva en la ESMA. Su tortura se prolonga porque no quieren matarla. Es un trofeo. La Marina la exhibe con orgullo. Ellos la tienen. Tienen a la “concha” de los Montoneros. Le dicen así: la *concha* de los Montoneros. Hay secretas historias que la atrapan y le otorgan protagonismos sorprendentes. Que, en 1974, Perón, buscando desarmar la conducción de Montoneros, le dice a Juan Manuel Abal Medina que quiere hablar con ella. Pero, ¿cómo encontrarla? Y también: ¿puede Perón, en 1974, hablar con Norma Arrostito sin que los suyos, ese poderoso círculo nazi-fascista que él fortaleció, se lo impidan? ¿Puede haber algo más loco para ese Perón a meses de morir que hablar con la Gaby?

3

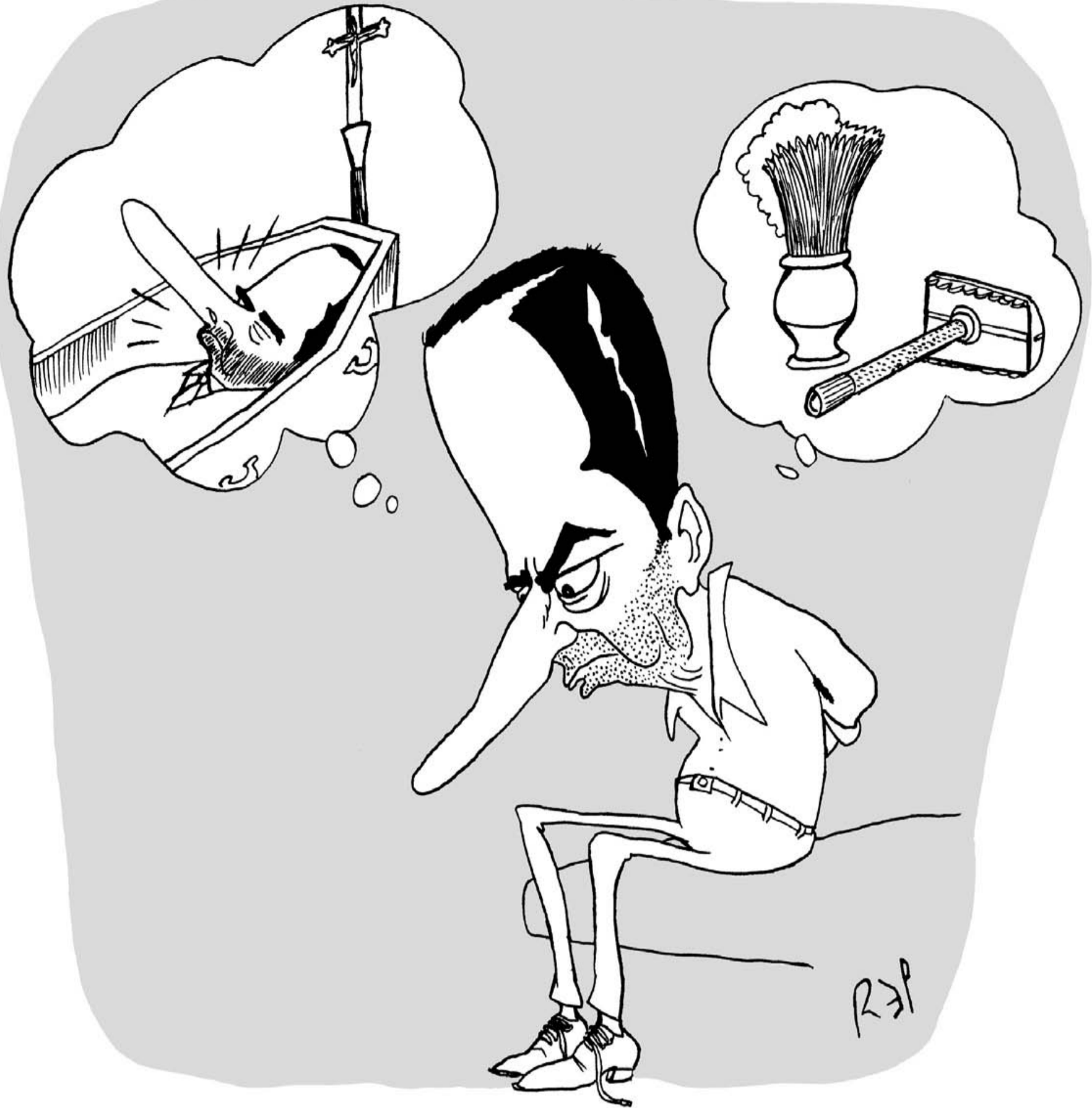
Aramburu sigue:

—La democracia de Perón era incompleta: marginaba a los antiperonistas. La de los antiperonistas también: lo marginó a Perón, los marginó a ustedes. Lo que nunca hubo fue una democracia para todos. Peronistas y antiperonistas. Un Congreso con todos los partidos. Un Estado que gobierne con sus tres poderes. Elecciones transparentes. Sin trampas, sin proscripciones. Esa es la democracia que yo imagino.

Fernando chupa de la bombilla de un mate. Se lo habrá pedido al Vasco Acébal. A Firmenich no le gusta que se le acerquen a Acébal. Fiel o no, el Vasco nada debe saber. Hasta ahora lo han mantenido lejos. O lo mandan al pueblo. O le dicen que haga sus tareas lejos de la casa. Si no hay nada que hacer por ahí, que lo invente.

—Escuche la radio, don Acébal —le ha dicho Firmenich. Casi sabe tratarlo mejor que Ramus. Le tiene algún afecto. Siempre esa clase de afecto: la del joven de privilegio que se acerca al gauchaje. No todos saben hacerlo. Hay que tener un par de cosas claras. De ideas claras y de sentimientos genuinos. No cualquier burguesito le da la mano a un capataz. O un abrazo, un abrazo de verdad, cálido. El Pepe, sí. Hasta llega a decirle algo que sorprende al Vasco: Y si se aburre mucho váyase al pueblo y búsquese una buena hembra. Total, nosotros vamos a estar ocupados uno o dos días más. Por la comida, olvídense. Nosotros nos arreglamos. Aproveche, don Acébal.

El Vasco se va. No le dice que no ni que sí. Más bien lo avergonzó la propuesta de Firmenich. ¿Cómo va a abandonar la estancia de los patrones? No es su día franco. Para colmo, por una hembra. Pero el Pepe lo quiere silencioso. Lo quiere ausente. Si se precipitó en algo, si metió alguna pata, motivos no le faltaron. Sabe algo terrible. Si don



Acébal los descubre. Si por una de esas cosas lo ve a Aramburu. Si lo reconoce. Lo van a tener que matar. Y nadie quiere hacer eso. Y casi nadie querría hacerlo. Pero sería necesario. Raje de aquí, don Acébal. No se arriesgue al pedo. Aquí se juega la Historia. Y un hombre simple como usted tiene que estar lejos. No se manche de sangre. Usted es un inocente. Un alma de Dios. Déjenos a nosotros la carga pesada de hacer la tarea sucia. Búsquese una hembra. No joda. Es por su bien que se lo digo. De don Acébal ya no sabrán más. Se borra del relato.

—Le va a costar entenderlo, general —dice Fernando—. Pero esa democracia suya es lo que hace de usted el hombre más peligroso de la Argentina. Para nosotros, se entiende. ¿Habló ya con Perón?

—Todavía no. Pero tengo los mejores contactos. Gente fiel, honesta. Que me aprecia a mí. Que lo respeta a él. En cualquier momento, hablamos.

—Qué conmovedor, vea —dice Firmenich, y muestra esos dientes saltones, que parecieran no acomodarse nunca en su boca—. Los enemigos de ayer son los aliados de hoy.

—¿Qué hay de malo en eso? —dice Aramburu—. En política hay que tener grandeza. Los grandes hombres...

—No diga tonterías —se exalta Fernando—. Usted no es un gran hombre.

—Jovencito, no olvide con quién está hablando. Sé muy bien con quién estoy hablando.

—Exigi respeto. Soy el general Aramburu. Claro que saben con quién están hablando. De ustedes, en cambio, ni siquiera sé si les dicen Juan o Pedro.

—Ni lo va a saber.

—Volvamos a la cuestión de su democracia —dice Julio? ¿Por qué no? Si es un compañero, si está aquí, algo ha de haber dicho. Es una tercera voz: Fernando, Firmenich y él. De tanto en tanto, cuando regresa, Ramus. No podemos desperdiciar a Julio. Ha hecho, por de pronto, retornar el diálogo a su cauce: la democracia. Veamos qué dice Aramburu. Algo inesperado. Sorprende a sus interrogadores:

—Díganme: ¿y Perón? ¿Es un gran hombre?

—Perón es un gran líder de masas. Hay que tener grandeza para serlo. El pueblo no elige a líderes de barro —dice Fernando.

—Disiento con eso. El pueblo se equivoca. ¿Tienen un cigarrillo?

—¿Usted fuma?

—Cuando me están por matar, sí.

—Nadie dijo que lo vamos a matar.

—Entonces olvide lo del cigarrillo.

Fernando se pone en pie y camina lentamente alrededor de la mesa. La comida ha terminado. Probablemente se alargó más de lo razonable. Pero hay algo que no quiere dejar pasar.

—Muy de usted decir que el pueblo se equivoca —dice—. Muy de alguien acostumbrado a gobernar sin el pueblo. O contra él.

—Nos llevaría lejos esa discusión.

—¿Tiene apuro?

—¿Qué cree? Nadie sabe nada de mí. Mi pobre mujer, por ejemplo. ¿No piensan en ella? ¿No existen los demás para ustedes? Debe estar desesperada.

—Volvamos adentro —dice Fernando.

4

Otra vez Aramburu está sentado en la cama. Así, en mangas de camisa, con el cansancio de la jornada en la cara, las arrugas que le marcan esos surcos profundos, sobre todo las dos que le salen de las comisuras de la boca hacia abajo, las dos que le dibujan ese gesto de amargura. Con los ojos tristes, con los pantalones arrugados, así, no parece Aramburu. Pero lo es. Y todo lo que está ocurriendo en la estancia La Celma y todo lo que habrá de ocurrir es por eso, porque lo es. Y aunque lo quiera, aunque cada vez con mayor certeza crea que serlo será morir, no tiene retroceso, no puede dejar de serlo.

—Perón no va a arreglar nada con usted —dice Firmenich.

—Si ustedes me matan, no.

—Habla más de la muerte usted que nosotros.

—Muy simple: si alguien tiene que morir de los que estamos aquí, soy yo. Estoy solo. No tengo armas. —Cambia de tema. Como si no le interesara hablar de algo tan evidente. Dice—: ¿De dónde

sacaron que Perón no va a arreglar nada conmigo?

—General, la democracia que usted propone es la burguesa —dice Fernando—. La democracia del régimen. El peronismo no es el régimen. Ustedes nunca lo van a poder integrar. Para hacerlo tendrían que negarse a sí mismos. Que desaparecer. Usted representa a las clases poseedoras. Perón, a los explotados. A la clase obrera. No hay arreglo posible.

—Perón hizo ese arreglo. Durante su primer gobierno los obreros y las clases altas convivieron. Después, perdió el rumbo.

—Justamente —dice Firmenich—. Porque el rumbo no es la conciliación. Ahora Perón lo sabe. El único rumbo es el de la revolución nacional antiimperialista. La destrucción de la oligarquía y del Ejército cipayo. No hay otro rumbo, general.

—¿Perón les dijo eso?

—Todavía no hablamos con él —dice Julio. ¿Tendrá autoridad como para revelar algo así? Difícil. Será más acertado darle esta línea a Fernando.

—Todavía no hablamos con él —dice Fernando.

—A mí no me dijo eso. Igual, ya sabemos cómo es Perón. Si hablan con él, les va a decir lo que ustedes necesitan oírle decir.

—¿También hace eso con usted?

Aramburu lo piensa. Se rasca la nariz. De pronto, estornuda. Se pasa una mano por la cara.

—Es posible. Pero si yo lo echo a Onganía. Si monto un gobierno de unidad nacional. Si lo llamo a Perón, él viene.

—Por eso usted es tan peligroso para nosotros, general —dice Firmenich—. Si logra lo que dice, el peronismo como fuerza revolucionaria muere. Porque es cierto: Perón tiene sus años. Y si le ofrecen el desagravio. El uniforme. Y elecciones limpias, por ahí se viene. Y consolida la democracia del régimen. Estamos aquí para impedir eso.

—El pueblo no quiere un peronismo de saco y corbata —dice, ahora sí, Julio—. Quiere un peronismo que haga la revolución. Como Evita lo pidió.

—¿Puede preguntarles algo? —dice Aramburu. Todos, muy seriamente, siguen mirándolo. Aramburu se siente autorizado: ¿Cómo saben ustedes lo que quiere el pueblo? ¿Por qué hablan en su nombre con tanta certeza? Si esta estancia es de alguien de ustedes, les comunico que el pueblo no tiene estancias. Y que ustedes no son parte de él.

—Eso es una estupidez, general —dice Fernando, ofuscado—. Nosotros somos un grupo de vanguardia. Ni Lenin ni Trotsky ni el Che eran proletarios. Pero sabían lo que el pueblo quería. Porque, a diferencia de usted y los suyos, lo escuchaban, sabían de sus sufrimientos, de la explotación a que ustedes lo someten. Ese discursito que se nos endilga a los que tenemos más de diez pesos en el bolsillo, que dice que no podemos entender al pueblo porque no somos pobres es una infamia. Y una tontería.

—Creo que este es un diálogo de sordos —dice Aramburu, fatigado por primera vez.

—Es posible —dice Firmenich—. Pero sepa esto, general: no habrá democracia del régimen. No habrá peronismo de saco y corbata. No van a integrar nunca al peronismo. El peronismo y el régimen no van juntos. Siempre los obreros van a pedir salarios que ustedes no quieren o no pueden pagar. Que no puedan es sólo un modo de decirlo. Poder, pueden. Lo que no pueden es reducir los márgenes de ganancia. La gula capitalista.

Aramburu se recuesta contra la pared. Lamenta no haberlo hecho antes. Ahora estaría menos cansado. Se lo impidió esa dignidad que los militares depositan en todo lo erecto. Firmes, vista al frente, fusil al hombro, mirar la bandera, arriba, en lo más alto. No doblarse jamás. Usar calzoncillos de dos medidas menos: aprietan bien los huevos y uno alza la cabeza, eleva la mirada. Como Belgrano junto al Paraná. Y por eso tenemos bandera.

—Lo que daría por tenerlo aquí a Perón —dice, inesperadamente, Aramburu.

—Nosotros también —dice Firmenich—. Si lo secuestramos fue para eso: para traerlo a Perón.

—No me interprete mal —dice Aramburu—. Yo digo tenerlo *ahora*. Aquí, entre nosotros. Podríamos hacerle un par de preguntas. O dos. Solamente dos. Por ejemplo... —Se detiene. Es visible que busca encontrar la formulación perfecta de las dos preguntas. No es fácil. Le cuesta tramar la pregunta de sus captores. Lleva horas escuchándolos. Algo aprendió de su lenguaje. Sabe que no son marxistas, ni comunistas. Son peronistas. Son cristianos. Y también —y esta faceta lo desconcierta, porque a veces le da esperanzas, pero otras se las quita por completo— son idealistas. No son mercenarios. No obedecen a nadie. No son gente de Onganía ni de Imaz. Eso es impensable. Son demasiado finos, se los ve cultos. Sus familias han de ser gente honesta, gente de las clases altas. Pero el idealismo es la fuerza secreta de los fanáticos. No hay más grande idealista que un fanático. Nadie, como un fanático, encarna la certeza, el deber íntimo y la legitimación de matar.

—¿Por ejemplo...? —se impacienta Firmenich.

—Ustedes le preguntarían: General Perón, ¿quiere ponerse al frente de una revolución nacional? ¿Quiere enfrentar definitivamente a la clase obrera peronista con la oligarquía? ¿Quiere romper relaciones con los Estados Unidos? ¿Quiere...?

—Son muchas preguntas —interrumpe Fernando.

—Es una sola: ¿quiere ponerse al frente de una revolución nacional? Perón sabría entender qué significa eso.

—¿Qué le preguntaría usted?

—Perón...

—Empezó mal. No le restituyó el cargo.

—Perón y yo nos conocíamos. Yo le decía *Perón y él Aramburu*.

—Digamos que sí. Siga.

—Perón, ¿quiere ponerse al frente de una democracia legítima, consagrado por el voto libre de toda la ciudadanía, con su traje de general y liberado de todos los cargos que se le han formulado?

Raro, Aramburu sonrío y los mira con aire de vencedor. Los montoneros no demoran su respuesta.

—Usted no lo conoce al general —dice Fernando—. Sabe muy bien que hoy el pueblo sólo lo seguiría si se pone al frente de una revolución antiimperialista. Hoy, él representa eso. Le guste o no, eso es lo que tiene que hacer. América latina vive horas revolucionarias. La Revolución Cubana, general. Ningún líder popular puede ofrecer menos al costo de negarse como tal. No somos tontos. No importa lo que piensa Perón. Importa lo que objetivamente representa y lo que va a tener que aceptar. Hoy, nadie puede ser Perón y no ser un revolucionario. Porque eso esperan el pueblo y la Historia de él.

—¿Un nuevo Castro?

—Pero argentino —dice Firmenich—. La revolución ha ido muy lejos en América latina. Si Perón vuelve tiene que sumarse. Con su historia, con el amor que le tienen las masas, no le queda otra. Y créame, general: eso es lo que va a hacer. Porque es vivo. Porque es un artesano de la Historia. Trabaja con los materiales que tiene. Lo que ahora tiene es un pueblo y una ideología incontenible: el socialismo.

—Ustedes no lo conocen a Perón.

—Es usted el que no lo conoce —dice Firmenich—. Y lo entendemos. No puede sino mirarlo con su pequeña ideología de milico. De hombre de orden.

Aramburu sonrío. Es como si supiera algo que esos jóvenes no pueden sino ignorar. Por eso: porque son jóvenes. Por algo más: porque no son militares. Y por último: porque nunca tuvieron un mano a mano con Perón. Un diálogo en la quietud de un casino de oficiales, al atardecer, cuando ellos, los militares, de tan temprano que se levantan, ya empiezan a tener sueño.

—Oiganme bien, y después hagan lo que quieran. Yo, el gorila Aramburu, no soy ni la mitad de milico que es Perón. Puede que mi ideología sea más pequeña que la suya. Perón es el tipo del milico inteligente. Dio clases en la Escuela de

Guerra. Leyó bien a Clausewitz. Pero es más anticomunista que yo, lo juro. Y el orden le gusta como a todos nosotros. Como a todos los militares. Somos hijos del orden y nos educan para defenderlo. Si quieren, me creen. Si no, prepárense para sorprenderse.

El 31 de mayo fue el último día del juicio. Aramburu sabía que sólo restaba un tema. El más difícil. El que más miedo le metía.

Fernando Abal Medina dijo:

—Hablemos de Eva Perón.

(Continuará.)

Nota: Esta aclaración nada tiene que ver con el relato. Y hasta acaso sea por completo innecesaria. Creo, sin embargo, que no introduje adecuadamente esta *nouvelle*. No dije algunas cosas que ahora voy a decir. Si alguien se ha sorprendido por el pasaje del ensayo a la narración ficcional tiene sus motivos. Como sea, siempre aclaré que este ensayo pretendía ser una novela teórica. Aquí alcanza su punto hegemónico la esfera ficcional. No podía ser de otro modo. O era el lugar para hacerlo. Nadie sabe cómo fue el crimen de Timote. Todos los ensayistas nos basamos en un texto que apareció en la revista *La Causa Peronista*, revista de la Organización Montoneros, el 3 de septiembre de 1974. Era su N° 9. Era un texto oportunista. La revista buscaba ser clausurada por el régimen de Isabel-López Rega. Con lo cual lograba dos cosas: mostrar el carácter represivo del régimen (para lo cual no era necesario esforzarse mucho) y abonar la decisión del pasaje a la clandestinidad. Esto raramente se marca. Pero la decisión de Montoneros fue: si contamos lo de Aramburu no van a tener más remedio que prohibirnos. Si nos prohíben, se justifica la imposibilidad del trabajo de superficie y la necesidad de la opción de la lucha clandestina. Así fue. Nunca más salió *La Causa Peronista*. Este aspecto político coyuntural ya echa sombras sobre la verosimilitud del relato, construido con otros fines que los de la contribución a la verdad histórica. El texto aparece como un relato de Norma Arrostito y Mario Firmenich: “Mario Firmenich y Norma Arrostito cuentan cómo murió Aramburu”. Luego, Arrostito renegaría de su participación. Lo más probable, entonces, es que la misma haya corrido por parte de Firmenich. El mayor “error” que se le suele encontrar fue mencionado: Aramburu no puede decir “Proceda” si está amordazado. Se trata de algo sin importancia. Firmenich pudo haberse distraído. Me interesa lo siguiente: si lo único que tenemos es el relato de Firmenich, ¿por qué someternos a él? ¿Por qué crearle a Firmenich? ¿Dijo la verdad o dijo sólo lo que tenía que decir para que la publicación fuera prohibida? Decidimos, entonces, ofrecer *nuestra* versión de la tragedia de Timote. Escribir la *nouvelle* que se está leyendo. De ella pueden estar seguros acerca de su falsedad. Pero la ficción es un arma poderosa para crear verdades por medio de mentiras. Todo es mentira porque nada puede ser verificado. Pero, ¿es verosímil? ¿Pudieron los hechos ocurrir de ese modo? ¿Podemos pensarlos desde ese punto de vista? Lo que se dicen sus protagonistas, ¿responde a lo que ellos fueron en la llamada “realidad”? ¿Nos los ilumina de un modo inesperado? Tal vez ni Fernando Abal Medina ni Aramburu dijeron una sola palabra de las que dicen en este relato, pero ¿pudieron haberlas dicho? Aquí es donde la ficción entrega riquísimos materiales. El riesgo es grande. El mayor es poner en boca de los protagonistas frases que jamás habrían podido decir. Pero si logramos poner alguna que sí, alguna que podrían haber dicho y no dijeron, ¡qué triunfo! Tendríamos algo más valioso que un documento: un fragmento de vida, una situación nueva y verosímil que merece ser pensada, otra luz donde creíamos que ya no era posible ninguna. En eso estamos. De todos modos, al terminar escribiremos unas *Apostillas* a “*El secuestro de Aramburu*”. Trataremos de ahondar más en las líneas que el relato propone. Ojalá sea posible.

Colaboración:

Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

El secuestro
de Aramburu (IV)

IV Domingo 12 de octubre de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

48 El secuestro de Aramburu (IV)



1. **¿** Qué podía decirles de Evita? ¿Podían ellos, mocosos entre 20 y 23 años, entender algo de lo que él les explicara? ¿Ustedes creen conocerla? Yo la vi de cerca, la vi caminar, la vi sentarse, pararse, estreché su mano incontables veces, vi sus vestidos carísimos, sus zapatos, la escuché hablar, la vi sonreír, nunca la vi llorar. Después vi su rodeo, ese traje sastre que se puso como un uniforme, como un soldado en la batalla. La vi empezar a morir y poco faltó para que la viera muerta. La vi volverse pálida. La vi perder la redondez, la salud espléndida, bella, de su cara. Le salieron unos pómulos como rocas. Se le afinaron los labios. Hasta los tobillos se le afinaron, porque los tenía gruesos y eso la atormentaba. Se le transparentaron los huesos de las manos. Su voz se hizo dura. Sólo parecía saber dar órdenes. Hasta que se murió.

Después, pese al circo que montó Perón, vi que el pueblo la lloraba de verdad. Ya les voy a hablar del pueblo de Evita. Pero que la quería, la quería. Con ganas, con humildad y hasta con sometimiento, sin vergüenza, sin honor. No se puede querer así a una persona. No le queda a uno lugar para amarse a sí mismo. No le queda orgullo. Vi a ese pueblo entregarse a ese amor hasta perderse, hasta no tener presencia, hasta inmolarsse. Si uno les hubiera preguntado qué eran. Qué eran *ellos*, entienden. Habrían dicho: somos nuestro amor a Evita. Así, ella podía manejarlos como quería. Sé que ustedes dirán: "Fueron tan lejos en su amor a ella por el odio con que ustedes siempre los trataron. Era la primera vez que recibían amor. ¿Cómo no iban a entregarse a él? ¿Cómo no iban a amar a Eva hasta el punto de no amarse a sí mismos? Sé que ustedes dirán: estaban llenos de amor. Nunca un pueblo amó tanto. ¿Qué les importaba darle todo su amor si tenían el de ella? No necesitaban amarse a sí mismos porque ella los amaba. Con eso era suficiente. Con eso les bastaba". Como verán he pensado la cuestión. Pero hay otro aspecto.

Aramburu jamás les dirá lo que él llama el *otro aspecto*. Aramburu piensa que ese pueblo amó tanto a Eva porque era un pueblo ignorante. Porque eran mestizos recién llegados del interior. Cabecitas negras, grasitas, como ella les decía. Un pueblo culto no puede amar así a un gobernante. Un pueblo culto no pierde su dignidad crítica. Nadie puede extraviarse, ahogarse en otro. Sólo un pueblo de brutos, de fanáticos, pudo llegar a un amor tan extremo. ¿Qué puede esperarse de ese pueblo? Demasiado, lo peor. El amor de los fanáticos arrasa con todo. No hay decretos contra las pasiones de los ignorantes. Quien no ha sido pulido, trabajado por la cultura, sólo atesora la pasión, la furia de la barbarie. Sé que me van a preguntar: por qué la escondimos. ¿Qué esperaban? ¿Que les dejáramos a esos brutos su Difunta Correa? Para peor, una Difunta Correa vengativa, borrascosa, bélica. No, no estábamos locos. Evita, en la Argentina, habría hecho estallar el país. Habría sido el punto de concentración de todas las rebeliones. El altar de todos los odios. Habríamos vivido limpiando de flores su tumba. Para empezar de nuevo al día siguiente. Y al otro. Y al otro. Habrían ido los curas populares. Habrían celebrado misas tumultuosas. Los más fanáticos vivirían esperando que se levantara de esa tumba para llevarlos a la batalla, al triunfo. Habríamos tenido que cagarlos a palos. O que matarlos. Hoy me estarían juzgando por muchas otras muertes. No por las de Valle y sus compañeros. No por las de los basurales de José León Suárez. Por muchas otras. Por las muertes de montones de negros de mierda, fanáticos, indignos de un país culto como éste. Ya la habíamos aguantado viva. Por suerte, se fue pronto. Aguantarla muerta habría sido demencial. Sé que ahora me preguntarán dónde está. Que la van a querer para ustedes. Para dársela al pueblo. Para iniciar una gran pueblada con el cadáver de la Yegua como bandera. No, ni una palabra sobre eso. No voy a traicionar a mi país. Ni a los míos. La Puta, lejos.

2.

Arrostito esperaba algo así. Los servicios no descansan nunca. Reaccionan rápido. Aparecieron varios "comunicados" de "organizaciones armadas". A Aramburu lo secuestró medio mundo. Hay que añadir un dato más penoso, pero no

menos inesperado. Un montón de giles, de aventureros han de haber largado carne podrida por armar despelote nomás. El país está ardiendo. Nadie sabe nada. Pero los "héroes" no cesan de surgir. De derecha, de izquierda. Hay que parar la mano. Cerrarles la boca. Todavía no se puede decir la verdad. Decir: fuimos nosotros. Somos un grupo armado de cristianos y peronistas. Nos llamamos *Montoneros* y lo hicimos boleta a Aramburu. Cualquiera otro boludo que ande escupiéndole comunicados por ahí, miente. La verdad —y no sólo en esto— es nuestra. Por ahora, Gaby decide escribir otro comunicado.

Perón vuelve Comunicado N° 2

Al pueblo de la Nación:

Ante la difusión de falsos comunicados atribuidos a organizaciones armadas proclamando la detención de Pedro Eugenio Aramburu e imponiendo condiciones para su rescate, la Conducción de nuestra Organización se ve en la obligación de aclarar las siguientes declaraciones:

1) El día 29 de mayo a las 9.30 horas nuestro comando Juan José Valle procedió a la detención de Pedro Eugenio Aramburu.

2) Para demostrar la veracidad de esta afirmación, daremos los siguientes detalles:

a) Pedro Eugenio Aramburu no lleva en su poder ninguna documentación.

b) Los efectos personales que llevaba encima comprenden: una medalla llavero con la inscripción "El Regimiento 5 de Infantería al Gral. Pedro Eugenio Aramburu - Mayo de 1955"; dos bolígrafos Parker; un calendario plastificado del Banco del Interior; un pañuelo; una traba de corbata de oro y un reloj pulsera automático.

c) La detención se produjo en la sala comedor de su domicilio.

3) Por la naturaleza de los cargos que decidieron la detención de Pedro Eugenio Aramburu, a fines de someterlo a Juicio Revolucionario, resulta totalmente descartada la posibilidad de negociar su libertad con el régimen.

4) Que solicitamos a las organizaciones cuyos nombres han sido utilizados la pronta desmentida de los falsos comunicados.

¡Perón o muerte! ¡Viva la Patria!
MONTONEROS

3.

—No tengo mucha información sobre eso. Pasó por otras manos.

Firmenich niega con la cabeza. Se toma su tiempo para decir:

—No le creemos. Todo pasaba por sus manos.

Aramburu finge sorprenderse.

—¿Con Rojas al lado? ¿Con el odio de la Marina en la vicepresidencia?

—Ni Rojas podía hacer algo que usted no supiera —dice el otro compañero. El que hemos decidido llamar *Julio*.

Aramburu dice:

—Agradecería un cigarrillo.

—Esto es un juicio —dice Fernando—. No se fuma aquí. ¿Dónde está Eva?

Aramburu pareciera impacientarse.

—¿Qué tienen ustedes con Evita? —dice, malhumorado—. Ni la conocieron. Son jóvenes de familias pudientes. No creo que le deban nada. Ni una casa. Ni un juguete. Ni una botella de sidra y un pedazo de pan. Esas cosas con que se ganaba el corazón sencillo de los pobres.

—Tendríamos respuestas para esas infamias que usted farfulla —dice Fernando—. General, ni el corazón de los pobres es sencillo. Ni se lo compra con una sidra y un cacho de pan. Insisto: ¿dónde está Eva?

—¿Para qué la quieren?

—El pueblo peronista la quiere.

—¿Y ustedes se la van a dar?

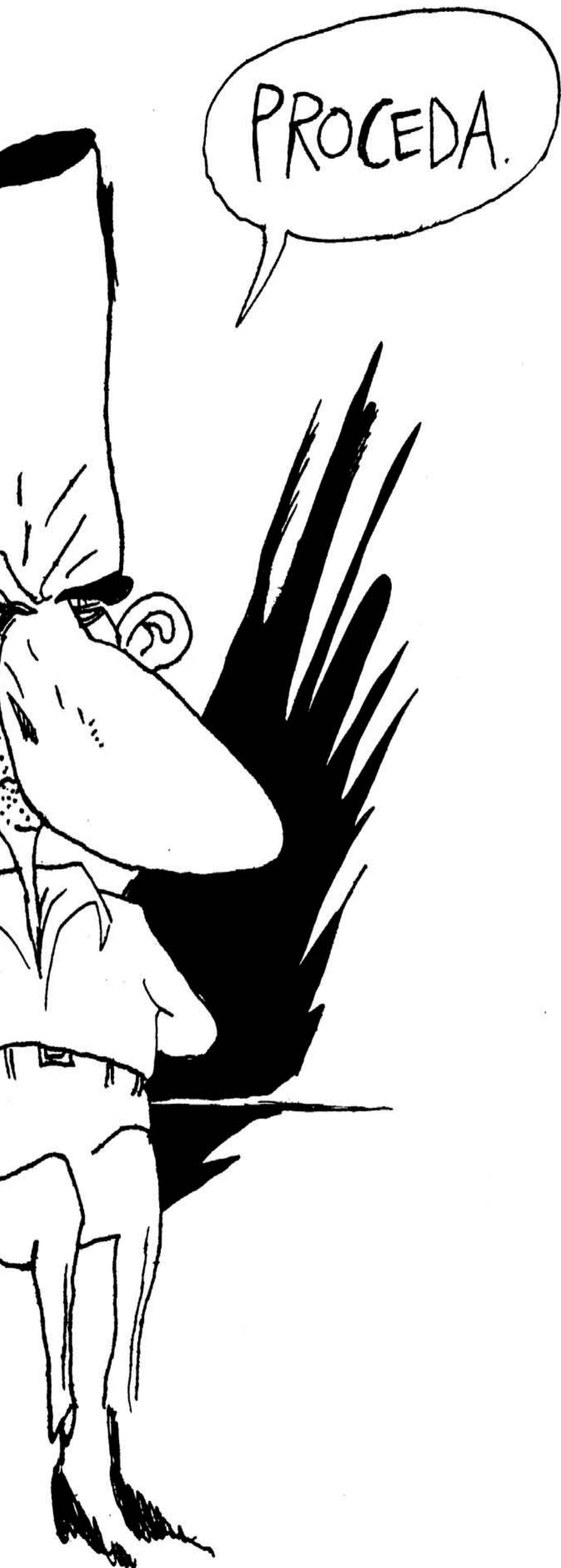
—Díganos dónde está y se la damos. No es nuestra. Es de ellos.

—Es de Perón.

—Perón y el pueblo son lo mismo. Si se la damos a Perón, se la damos al pueblo. Si se la damos al pueblo, reposará en las mismas manos que en las de Perón. Eso queremos: que repose.

—Ella reposa. La enterramos cristianamente.





Fernando lo mira con furia. Le brillan los ojos cuando mira así, frunce el ceño y se le pone tirante la cara. Aprieta los dientes.

—Tiene una idea extraña de un sepelio cristiano usted —dice—. Se entierra cristianamente a alguien cuando lo entierran los suyos, sus familiares, sus amigos, sus camaradas. No sus enemigos. Cuando un sacerdote dice palabras del Evangelio. Un sacerdote elegido por la familia. Cuando el cadáver fue velado durante una larga noche en que nadie durmió. Cuando las manos que alzaron el féretro fueron las de familiares, o las de esos amigos o hermanos tramados por el dolor, por el amor y por el adiós irreparable. Eva habrá tenido un entierro clandestino. Un operativo secreto de quienes la odiaban. De quienes quisieron quitársela al pueblo. Y hasta hoy lo lograron.

—No podíamos enterrar a Eva Perón en la Argentina. Ustedes tienen que entenderlo.

—Si muere, usted va a ser enterrado en la Argentina.

—No es lo mismo. Escuché que le decían Fernando. ¿Se llama así?

—Si escuchó eso.

—Hay muchas diferencias entre Evita y yo, Fernando —es la primera vez que Aramburu lo llama por su nombre. Se arrepiente: una muestra más de que —si vive— los denunciará con lujo de detalles. Sus nombres, sus ropas, sus caras, el tono de sus voces. De ésta no salgo, piensa. También se sorprende: ¿por qué cometió un error tan torpe, tan pueril? Tampoco a Fernando le interesó desmentirlo: “No, escuchó mal. No me llamo así. No va a saber mi nombre”. Habría sido más lógico. Si lo soltaban, él lo diría: “Uno se llamaba Fernando. O no lo negó cuando se lo pregunté”. No había, en sus secuestradores, una técnica, una mínima lógica del ocultamiento. Esto es grave, se dice. Si no buscan ocultar sus identidades es porque saben que yo no voy a vivir para denunciarlos a nadie. Ahora es tarde. Lo hecho, hecho está. Es muy temprano aún. Vaya a saber qué rumbo tomarán las cosas. Por ahí quieren proponerle que se una a ellos. ¿Por qué no? Todo es posible. Todo es imposible. Sigue:

—Yo soy un militar retirado. Eva es un mito. Un culto. Un objeto religioso. Puede convocar multitudes.

—Que ustedes tendrían que matar.

—Que reprimir.

—Para ustedes reprimir es matar.

—No estoy de acuerdo. Usted nos dibuja como monstruos. ¿Qué país notable, no? Ustedes piensan de nosotros lo mismo que nosotros pensamos de ustedes. ¿Sabe a cuántos radicales, conservadores y comunistas torturó la policía de Perón? ¿Sabe a cuántos católicos como ustedes? Durante los últimos días del régimen. Los del conflicto con la Iglesia. Los jóvenes católicos estaban contra él entonces.

—Ahora no.

—Sí, y me cuesta entenderlo. Pero si yo cambié, ¿por que no ustedes? Eso es lo extraño: cambiamos para el mismo lado. Para el lado del peronismo. Yo no me hice peronista, pero quiero entenderlo. ¿Por qué no podemos entendernos nosotros?

—Por el pasado.

—El pasado está atrás. Nadie quiere volver ahí. Lo que murió, murió. Es hora de...

—Ahórrese frases de discursos escolares —interviene, muy veloz, Firmenich—. Usted no dejó atrás el pasado. Usted quiere retocarlo. Adecuarlo a los nuevos tiempos. Integrar al régimen lo que no pudieron destruir. Pero sus intereses son siempre los mismos: los del régimen. Ahora, con el peronismo adentro. Usted, con su gorilismo inteligente, es el más peligroso de nuestros enemigos.

El rostro de Aramburu se ensombrece. De pronto, es el hombre que ha entendido todo. La completa, la entera totalidad de la cuestión.

—Si lo mejor que tengo para ofrecerles me transforma en el más peligroso de sus enemigos, ¿para qué seguir hablando, señores? Dicten sentencia y fusílenme ya mismo.

Los jóvenes católicos se quedan sin palabras. Para responder a esa frase, al menos. Tiene razón ese general. Lo mejor que les ha ofrecido es traer a Perón. Lo que ellos y el pueblo peronista piden. Pero el Perón de Aramburu es un Perón para fortalecer al régimen. El de ellos, para hacer la revolución. O lo trae Aramburu o lo traen ellos. Si lo

trae Aramburu se consolida el sistema. Habrá democracia burguesa con Perón dentro de ella. En medio de un mundo que marcha fatalmente al socialismo, ¿usar al más grande líder de masas de América latina para el proyecto de la burguesía! Una locura, un sinsentido, un idiotismo histórico. De ahí que tenga razón Aramburu: lo que les ofrece lo transforma en el más peligroso de sus enemigos. En su blanco prioritario. Si alguien debe morir, es él.

4.

Al día siguiente lo interrogan sin grabador. La barba de Aramburu está más crecida. Esto le distingue aún más las arrugas. Y las mejillas se le han caído por completo, son dos colgajos que enmarcan tristemente su cara. No parece con muchas ganas de luchar. Sus jueces están enteros. Tampoco se han afeitado, pero tienen menos barba. Detalle por el que, célebremente, años después, el líder que hoy defienden, buscará agredirlos: *Imberbes*, les dirá.

—¿Quieren seguir hablando de Evita? —pregunta.

—Nosotros hacemos las preguntas, general —dice Firmenich—. Aunque le cueste creerlo, aunque no nos vea rodeados por todo ese solemnidad carnavalesca con que la burguesía adorna a la justicia, usted, aquí, está frente a un Tribunal.

—Lo sé muy bien. Sólo espero que esa justicia sea justa.

—Más justa que la de la burguesía, sin duda. No está al servicio de la oligarquía, ni de las corporaciones ni del imperialismo. Está al servicio...

—Del pueblo. Ya lo sé. Si me prohibió hacer discursos escolares. Ahórreme a mí los discursos revolucionarios.

Firmenich sonrío de costado. Supongamos que piensa: gorila de mierda, todavía te das el lujo de compadrear, no sé qué debes creer, que somos boludos, que en cualquier momento cae la cana y te rescata, que nos vamos a cagar en los pantalones y te vamos a devolver a tu casa, sano y salvo, con tu mujer y tus pantuflas.

Sin embargo, la esperanza de la salvación ha ido alejándose de Aramburu. Ya no busca ganar tiempo. Se ve que no aciertan a encontrarlo. O que la policía de Onganía no pone muchas ganas. Esta certeza lo fue atrapando hora tras hora: ¿para qué querría salvarlo Onganía? Debía saberlo todo el leporino. Serenidad y pistas falsas habrá sido su consigna. Pero, ¿y sus amigos? ¿Y los que estaban con él en la patriada de tirarlo abajo? Nada, impotentes por completo. Les habrán negado todo. No los habrán dejado participar en nada. ¿Se quedaron sin el líder, no? Jódanse, sin Aramburu no hay golpe. No hay pieza de recambio. Sigue Onganía. Veinte o treinta años más. Como él dijo.

—General, por última vez —dice Fernando—. ¿Dónde está Evita? El grabador está apagado. Lo que diga, aquí queda.

Aramburu respira hondo y suelta sonoramente el aliento. Dice:

—Está en un cementerio de Roma. No me pregunten en cuál. Hay más de un cementerio en Roma. Sé que en alguno está Eva Perón. No sé en cuál.

Fernando se pasa una mano por la cabeza, como peinándose. Imposible que se peine ese pelo engominado, brillante. Pero ese gesto le permitió ganar un par de segundos. Lo que pensó en esos segundos fue terrible. La idea cruzó su cabeza como un tornado. Se la dijo a Aramburu.

—General, voy a serle sincero. Este es el momento, el preciso momento, en que un prisionero es sometido a la tortura. Repasemos la situación: usted dice que Eva Perón está en un cementerio de Roma. Nosotros necesitamos saber en cuál. Saberlo, es de gran importancia para nuestra organización. Si lo sabemos, en menos de dos días el cuerpo de la abanderada de los humildes, de la mujer más amada de la Argentina, está en nuestras manos. Si lo está, hablamos con Perón. Nos volvemos milagrosos. Conseguimos lo que nadie pudo. El régimen nos respeta. El pueblo nos ama. Perón nos necesita. Como verá, los motivos para conseguir esa información son poderosos. Usted nos dice: *No me pregunten en qué cementerio está Eva Perón.*

Nosotros nos preguntamos: ¿por qué, por qué no vamos a preguntarle eso, qué nos lo prohíbe? Nos lo prohíbe usted. Usted, que dice: sé que está en algún cementerio. No sé en cuál. ¿Y si no le creemos? Notará que usted se ubica demasiado cerca de la verdad. Roma, cementerio de Roma, hay más de uno pero no muchos, no demasiados, en uno de ellos está Eva Perón. Todo esto sabe usted. Lo que dice ignorar es muy poco. Sólo ignora en qué cementerio está. ¿Lo ignora o no nos lo quiere decir? Dígame, general, ¿cómo se sale de este problema?

—Por medio de la tortura.

—En efecto.

—Sé algunas cosas sobre la tortura —dice Aramburu—. Podrían serle útiles.

—Hable. Pero quiero dejar algo establecido. Mi posición sobre el tema ya está tomada. Nada de lo que usted diga podría cambiarla.

Pese a que esta frase lo intranquiliza, Aramburu no se detiene. Desarrolla su teoría:

—Descreo de la eficacia de la tortura. No digo que no dé sus resultados. Si no, no se acudiría a ella con tanta abusiva frecuencia. Sin embargo, veamos. Hice cursos. Leí libros de contrainsurgencia sobre esta cuestión. El torturador supone que el torturado tiene una verdad que él desea conocer. Extraerle. Para ello, lo tortura. El torturado puede tener o no tener esa verdad. Si la tiene y es valiente... Valiente, si me permiten, aquí sólo significa tolerar el dolor.

—¿No cree que la firmeza de las propias convicciones ayuda a esa tolerancia? —pregunta Firmenich, entrando en el diálogo.

—Sí, pero puede perjudicarlas. Voy a sincerarme. No estoy hablando de *cualquier* tortura. Hablo de la que ustedes se sienten tentados a aplicarme a mí.

—De acuerdo, ¿para qué ser abstractos si estamos en la más concreta de las situaciones? —dice Fernando.

—Supongamos que me torturan. Supongamos que soy valiente. Que tolero el dolor porque creo demasiado en la causa que represento. Ahí, fracasamos los dos. Ustedes, no tienen la información. Yo, de puro valiente que he sido, me quedé en la tortura. Tienen una cosa y no tienen otra, precisamente la que querían. Tienen mi cadáver y no tienen mi verdad. No se las he dicho. Veamos otro punto de vista. Ustedes me torturan y yo, que no tolero el dolor más allá de cierto punto, les digo dónde está enterrada Eva Perón. Pero muero. Confesé, pero resistí demasiado. Confesé cuando era tarde. Cuando ya no podían revivirme. Es un problema para ustedes. Siempre es un problema para el torturador que el torturado muera. ¿Dije toda la verdad? ¿Me guardé algo? ¿Morí antes de tiempo? ¿Morí antes de confesar todo? ¿Les alcanza con lo que obtuvieron? Pasemos a otro aspecto de la cuestión. Es casi el más habitual y el más cruel. Aquí, el torturador suele llegar a los límites de su barbarie.

—De su inhumanidad —dice Fernando. Pero luego, repentino, corrige—: Si es que creemos que es inhumano torturar. Yo diría que es un arte completamente humano. A cada rato decimos de alguien que es un bestia o una bestia. O por su ignorancia o por su brutalidad. Estoy harto de oír que el torturador se hunde en la bestialidad cuando tortura. Falso. Las bestias no torturan. Continúe, general. Está logrando entretenernos.

—No es mi intención.

—¿Cuál es, entonces?

—Sigamos —dice Aramburu—. ¿Cuál es este nuevo aspecto de la cuestión? El que definí como el más habitual y el más cruel. Simple: *el torturado no tiene nada que ofrecer*. No lleva en sí la *verdad* que el torturador requiere. Esto nos conduce a los límites del horror. Si el torturador le creyera al torturado, no sería así. Pero, para su enorme desgracia, el torturado nunca logra ser todo lo convincente que el torturador necesita. Además, cuando el torturador empieza su tarea es difícil que algo lo detenga. La situación puede prolongarse interminablemente. El torturador, torturándolo, le exige al torturado una verdad que cree él atesora. Pero no es así. El torturado no tiene lo que el torturador necesita. Sólo que el torturador no le cree. Esto se resuelve de dos modos. Aunque, finalmente, se desbarranque en

el mismo modo de siempre. Primer modo: lo único que puede hacer el torturado es *mentir*. Si yo no tengo la verdad que me piden, si no puedo convencerlos de que no la tengo, sólo me resta inventarla. Aquí, el torturado, miente. Segundo modo: el torturador no le cree. O porque quiere seguir torturándolo. O porque no le sirve la verdad que el torturado ofrece. O porque descubre que el torturado fabula, inventa. A esta altura, delira. La tortura sigue sin detenerse. Sigue hasta el fin. El torturado muere. El torturador se queda con las manos vacías. Y hay otra posibilidad. La más sencilla. Ustedes se disponen a torturarme. Pero yo no tolero el dolor. Me aterroriza el sufrimiento. La vejación. La casi segura muerte. Confieso sin que me torturen. Confieso todo. Ustedes han triunfado. Tienen lo que desean: la verdad que yo cobijaba. Y tienen un enemigo sano. Un enemigo al que desprecian. Nada es más despreciable que un cobarde. Entonces me matan. O no. Puede suceder que me dejen libre. Regreso a mi casa. Me encierro en mi habitación. Me pego un tiro. No puedo vivir con mi cobardía.

—En las cuatro posibilidades el torturado muere —dice Fernando.

—Así es —dice Aramburu.

—¿Cuándo pensó todo eso?

—Vi demasiadas torturas. Bajo Perón. Bajo la Libertadora. Sobre todo, como imaginarán, a manos de la Marina. Bajo el Conintes de Frondizi. Y en otros países también. Pude llegar a algunas conclusiones.

—¿Qué otros países, general? Aunque tenemos nuestras sospechas.

—Las van a confirmar. En 1959 estuve en Argelia. Durante una entera semana hablé con un general de la OAS. El me enseñó todas esas teorías sobre la tortura. Tenía una posición despiadada sobre el torturado: nunca debía quedar vivo. Después estuve en la Escuela de las Américas. Los franceses son superiores. Los yanquis no manejan la cuestión psicológica. Masacran al objeto interrogable y listo. Creo, sin embargo, que son más efectivos que los franceses. Tengo algunas otras teorías para contarles, pero no quiero aburrirlos. Ustedes sabrán cómo torturar. Tendrán sus propios métodos. Pese a los franceses y a los americanos, créanme que a muchas de las teorías llegué solo. El tema me interesa.

—Hay una a la que no llegué, general —dice Fernando—. Si nos contó sus elaboradas teorías fue para que no lo torturemos. Para llevarnos a comprender que en cualquiera de los casos posibles usted moriría. Supone que no queremos eso. Y tiene razón. No podemos quererlo *todavía*. Ni siquiera se ha reunido el Tribunal. Pero hay algo que se le escapó. Que no tuvo en cuenta. Que no lo sabe. ¿Cómo podría tomarlo en cuenta si lo desconoce por completo? Escuche, general Aramburu: usted no va a ser torturado. Porque existe *otro* punto de vista sobre la tortura. Se lo dije: es el nuestro. También le dije: nada de lo que usted diga habrá de variarlo. Y ese punto de vista es el de negarse a torturar. Nuestra organización no tortura, general. Los Montoneros no torturan. Si fuera por medio de la tortura que usted nos dice dónde está Eva Perón, nos sentiríamos indignos de ella. El torturador, usted lo sabe, es un ser ruin, miserable. Siempre termina odiándose a sí mismo. Nosotros somos católicos, general. Creemos en Dios. Lo estamos juzgando por crímenes que usted cometió. No queremos cometerlos nosotros.

Aramburu sabe que Fernando no miente. Le asombra salvarse de la tortura. Al salir el tema de Eva Perón, dio el hecho por seguro. En algún lugar de sus corazones —deduce—, pese al odio que los anima, está presente el torturado de la Cruz y su fe de católicos, que ahora juzga sincera, les impide torturar.

—Por ahora, suspendemos —dice Fernando. Salen de la habitación.

Aramburu queda solo. El nudo que le sujeta fieramente las manos a la cama arrasa con la piel de sus muñecas y ya brota la sangre. Se pregunta si ésa, aunque leve, no es una tortura.

(Continuara)

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

El secuestro
de Aramburu (V)

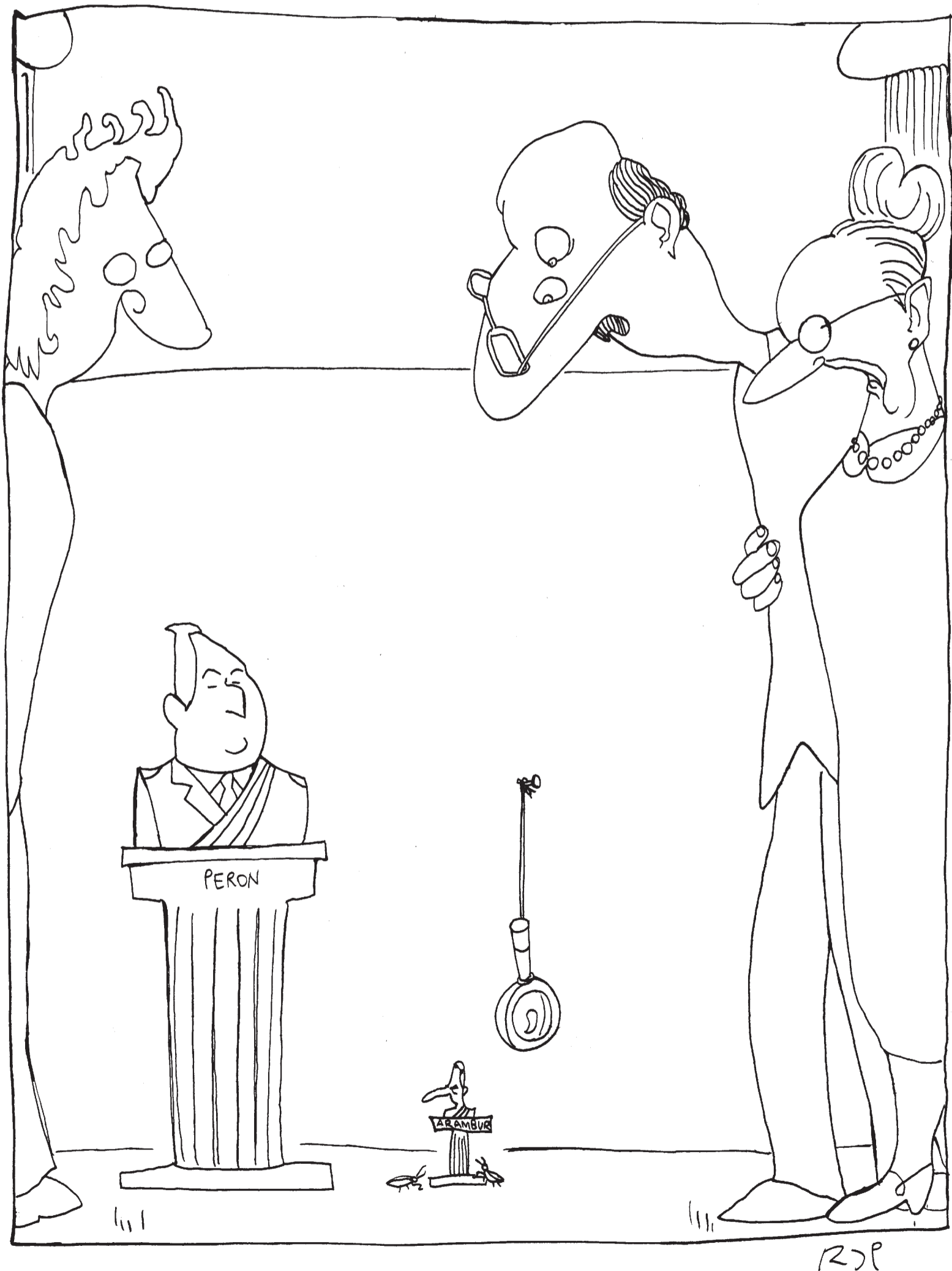
IV Domingo 19 de octubre de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

49 El secuestro de Aramburu (V)



1.

Ramus llega para el juicio. Sabe que tiene que estar. Fue y vino de la Capital muchas veces. Se perdió todo, o casi todo. Pero sabe que cumplió con su parte. Alguien tenía que tender el lazo entre Timote y el monstruo de mil cabezas, esa ciudad en la que todo adquiriría dimensiones vastas, imponentes.

—El despelote es infernal —describe—. Nadie sabe nada. Todos saben todo. La cana anda como loca por todas partes. Onganía no sabe qué hacer. Sabe que esto se le cae encima. Que todos van a creer que es el gran culpable. Directo o indirecto, pero culpable. O un asesino o un ineficaz.

Se quedan en el comedor. Sentados a la mesa parecen lo que dicen ser, lo que están certeros de ser: un Tribunal Revolucionario en funciones.

—Ya vengo —dice Fernando.

—Estamos todos listos —dice Firmenich—.

Cuando quieras empezamos.

—Eso le voy a decir. Que empezamos.

Fernando entra en el dormitorio. Aramburu está atado a la cama. Le exhibe sus manos. Pregunta:

—¿Es necesario esto? ¿Creen que me voy a escapar? Ni sé dónde estoy.

—Medio país lo está buscando, general. Usted lo sabe. No nos pida algo que no podemos hacer.

—Cualquiera puede hacer cualquier cosa si quiere. No es que no pueden. No quieren.

—¿Lo lastiman esas ataduras?

—Lo que me lastima es estar así.

—No se queje. No lo tratamos mal.

—¿Le parece? Sacarme de mi casa, traerme hasta aquí, interrogarme, no saber si me van a matar como a un perro o me van a tirar vivo por ahí, en medio de la nada, ¿eso qué es? ¿Tratarme bien?

—Mejor que usted a Valle.

—¿Seguro? Si mi mujer quisiera hablar con usted, ¿qué le diría? ¿Que está durmiendo? Ni eso le podría decir. La pobre no sabe dónde está usted. Dónde estoy yo. Nada sabe. La de Valle tuvo dónde ir para pedir clemencia. La mía, ni eso.

—General, hay cosas que usted no entiende. O finge no entender. Resulta más que evidente que su mujer debe ignorar dónde estoy yo. Si lo supiera, tendríamos a medio ejército rodeando esta propiedad. Con Onganía al frente. Haga el favor. No diga macanas. Lo tratamos bien. Lo nombramos siempre por su rango. Le dimos de comer. Nadie lo injurió. No sufrió castigos. No se queje —Se detiene. Carraspea. Mira fijo al general. Siempre actuó de ese modo Fernando: mirándolo, hundiendo sus ojos en los de Aramburu, como si buscara que éste descubriera en ellos la certidumbre severa de sus actos. Secamente, dice—: Vine a hablar de otra cosa. El Tribunal Revolucionario está reunido. Comenzamos a deliberar.

Aramburu, en voz baja, susurrando casi, buscando hacerle sentir a Fernando, a quien sabe el jefe del operativo, que el diálogo que ahora propone es sólo entre ellos, íntimo, dice:

—Pibe, no seas tonto —Fernando se sorprende. No sólo lo ha tuteado. También le dijo *pibe*.

Asumiendo, por primera vez, una realidad velada, que todos fingieron desconocer desde el comienzo. Aramburu es un hombre grande, casi viejo. Ellos son *demasiado* jóvenes. Aramburu es un figurón de la República. Un general del Ejército. Un bronce del país antiperonista. ¿Cómo no va a tutearlos? ¿Cómo no va a decirle, ahora, a Fernando, *pibe*?

—¿Cómo dijo? —dice Fernando y una vena viboreante y abultada se dibuja en su frente.

—Que no seas tonto. Puedo ser tu padre. Escuchame: no te arruines la vida. No cargués sobre tu espalda un cadáver como el mío. Te va a pesar mucho. Te van a perseguir siempre. Hasta que te maten. ¿Y esto, todo esto, se lo vas a dar a Perón? Si lo traés de vuelta, te va a cagar.

—Su lenguaje, general. Me sorprende. ¿Tan perdido se siente?

—Lo hago por vos, pibe. No vale la pena lo que hacés. Sacrificar tu vida así, por el anciano de Puerta de Hierro. Te lo juro, me cuesta enten-

derlo. Sabíamos que había pibes como vos. Hablamos varias veces de ustedes en el Círculo Militar.

—Qué honor.

—¿Qué quieren de ese viejo de mierda? Es un vicioso, un canalla. No merece una sola de las vidas jóvenes de ustedes. ¿Quién les llenó la cabeza? ¿Quién los convenció de todos los disparates en que creen?

Fernando no responde. Aramburu transpira. Se lo ve agitado. Se lo ve, también, gastando sus últimas municiones. Si esto no resulta, se acabó. Podría decirle peores cosas de Perón. Podría decirle cosas terribles. Cosas que él y sólo algunos más saben. Fernando lo mira impasible, siempre los ojos en los suyos.

—Pibe, ¿vos qué sabés de Perón? ¿Querés que te hable de él? ¿Querés saber por qué mierda de tipo me vas a matar? Te puedo decir cosas abominables de Perón.

—No se gaste, general. Desde hace 15 años escucho cosas abominables de Perón. Yo y todos los míos. Todos los *pibes* como yo. Toda mi generación. Por eso estamos con él. Usted pregunta quién nos convenció de todos los disparates en que creemos. Ustedes, general. Ustedes hicieron de nosotros lo que somos. Nos inventaron. Somos el fruto perfecto del país gorila. Ahora, jódanse. —Camina hacia la puerta. Se detiene. De espaldas, dice—: Cuando termine el juicio voy a venir a decirle el veredicto. —Gira con brusquedad. Otra vez lo mira—. Le ruego evite tutearme de aquí en más. Si conservamos las formas hasta ahora, no veo motivo para abandonarlas. Ni usted es mi padre ni yo soy su hijo. Usted es mi prisionero. Yo me propongo someterlo a juicio. Esa, no otra, es nuestra relación.

Cierra la puerta.

2.

—Es hábil el general —dice Fernando—. Esto le juega en contra. ¿Raro, no? Si fuera lento, torpe, milico bruto, eso podría salvarle la vida. Pero apeló a tantos recursos para evitar su muerte que se condenó. Sólo un tipo inteligente puede argumentar con tantas falacias, con tantas celadas, con tantos argumentos sagaces, aunque falsos, para no morir.

Firmenich chasquea la lengua, con fastidio.

—Con tantas patrañas —dice—. Cree que puede tomarnos por boludos. Que su edad lo autoriza. Su experiencia. No hay caso: tenemos proyectos que no pueden armonizar. No hay unidad nacional. No hay pacificación nacional. Lo quieren a Perón para contener a las masas sin reprimirlas.

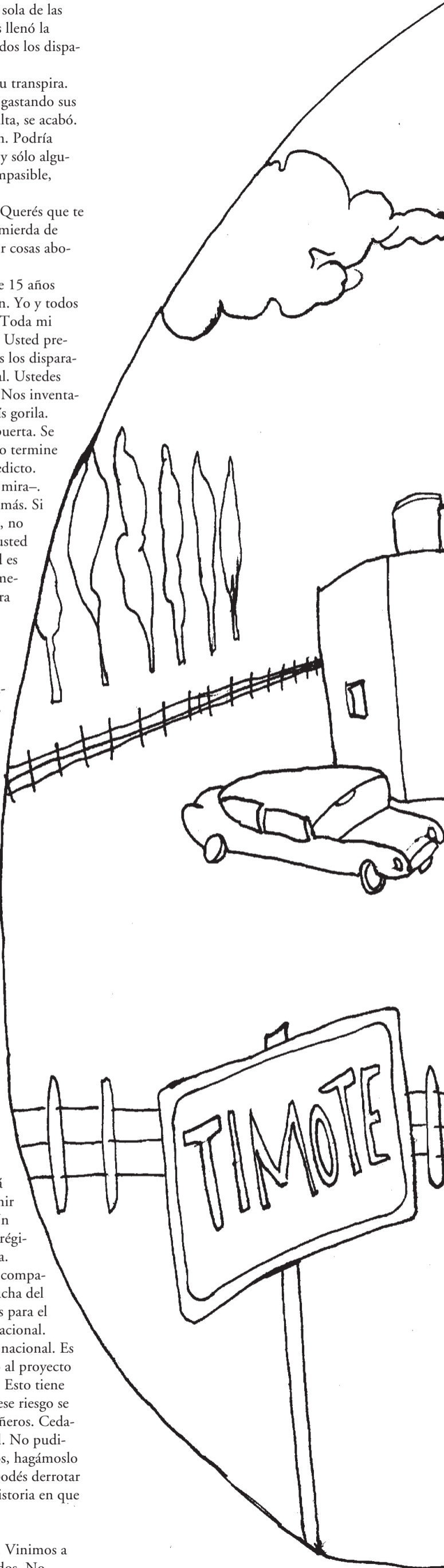
Ramus golpea la mesa. Un vaso cae y estalla contra el piso.

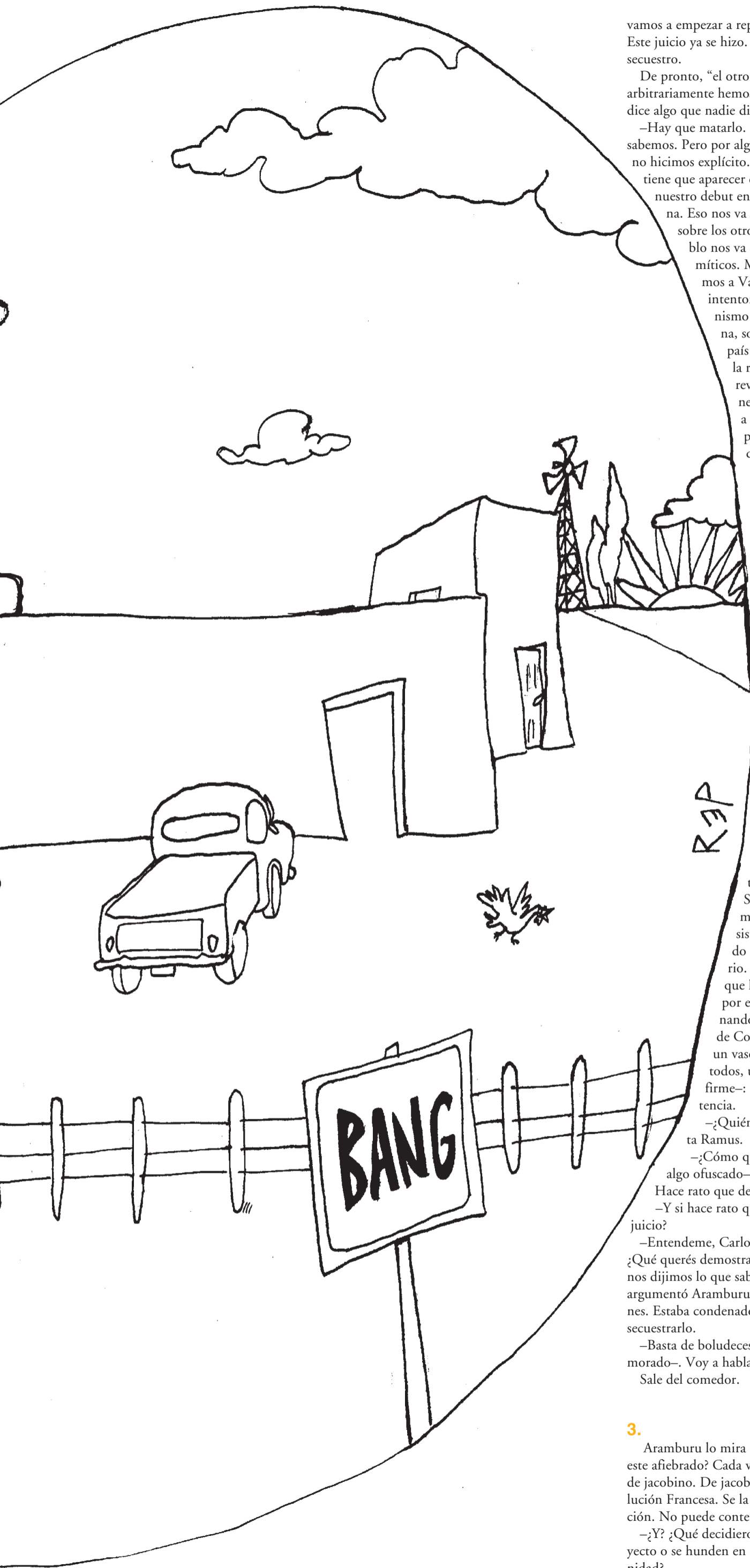
—Tranquilo, compañero —dice Firmenich.

—Tranquilo las pelotas. Todo está demasiado claro. No pueden reprimir más. No después del Cordobazo. Un regreso de Perón controlado por el régimen es la última carta que les queda. Aquí hay una disyuntiva de hierro, compañeros. Lo traen ellos. O lo trae la lucha del pueblo peronista. Si lo traen ellos es para el eterno cuento chino de la unidad nacional. Con perdón, me cago en la unidad nacional. Es sencillamente sumar al proletariado al proyecto de la burguesía, como socio menor. Esto tiene un riesgo enorme. Pero con Perón ese riesgo se reduce. Puro gatopardismo, compañeros. Cedamos algo para que todo quede igual. No pudimos vencer al peronismo en 15 años, hagámoslo nuestro. ¿Quién no lo sabe? Si no podés derrotar a tu enemigo, te le unís. Esa es la historia en que está Aramburu. La nuestra es otra.

—Los cargos —dice Abal Medina.

—¿Qué cargos? —dice Firmenich—. Vinimos a Timote con los cargos bien estudiados. No





vamos a empezar a repararlos ahora. Pajerías no. Este juicio ya se hizo. Ese juicio decidió el secuestro.

De pronto, “el otro compañero”, ese al que arbitrariamente hemos decidido llamar “Julio” dice algo que nadie dijo hasta ahora:

—Hay que matarlo. Por todo, por lo que ya sabemos. Pero por algo que aún no dijimos. Que no hicimos explícito. Nuestra organización tiene que aparecer espectacularmente. En nuestro debut en la escena política argentina. Eso nos va a dar prestigio, poder sobre los otros grupos armados, el pueblo nos va a ver como a vengadores míticos. Matamos al Vasco y vengamos a Valle, a Eva, frustramos la intentona de burocratizar al peronismo y, de la noche a la mañana, somos célebres. Ya todo el país habla de nosotros. Somos la rebelión y somos la justicia revolucionaria. Somos jóvenes. Somos lo nuevo. Eso va a entusiasmar a las bases peronistas. Cumplimos su deseo.

—Eso es decisivo —dice Fernando—. El pueblo peronista va a festejar. El jefe de la fusiladora pagó sus pecados. Lo merecía. Y lo castigaron unos mocosos con pelotas para hacerlo.

—Suficiente —dice Abal Medina—. Voy a hablar con él.

—¿Lo ajusticiamos en el sótano? —dice Ramus.

—No hay otro lugar —dice Fernando—. Es estrecho, oscuro, sórdido. Pero no se merece algo mejor. Los compañeros de José León Suárez murieron en los basurales. No hay por qué darle a Aramburu lo que ellos no tuvieron. Si lo pensamos bien, igual lo tiene. A los de José León Suárez los mataron canas mercenarios. Asesinos del sistema. El va a ser ajusticiado por un grupo revolucionario. Con ideales. Por jóvenes que luchan por el pueblo. Y por el retorno de su líder. —Fernando se detiene. Bebe algo más de Coca Cola. Después se sirve un vaso de cerveza. Los mira a todos, uno por uno. Dice, muy firme—: Le voy a comunicar la sentencia.

—¿Quién la va a ejecutar? —pregunta Ramus.

—¿Cómo quién? —dice Firmenich, algo ofuscado—. Fernando, por supuesto. Hace rato que decidimos eso. El es el jefe.

—Y si hace rato que se decidió, ¿para qué el juicio?

—Entendeme, Carlos. No te hagas el distraído. ¿Qué querés demostrar? No hubo juicio. Sólo nos dijimos lo que sabíamos. Nada de lo que argumentó Aramburu cambió nuestras decisiones. Estaba condenado desde que decidimos secuestrarlo.

—Basta de boludeces —dice Fernando, malhumorado—. Voy a hablar con él. Sale del comedor.

3.

Aramburu lo mira entrar. ¿Qué le va a decir este afiebrado? Cada vez le ve más cara de loco, de jacobino. De jacobino sin pueblo. Sin Revolución Francesa. Se la inventó él a la Revolución. No puede contenerse. Dice:

—¿Y? ¿Qué decidieron? ¿Se suman a mi proyecto o se hunden en las letrinas de la clandestinidad?

—Qué frase, general —ironiza Fernando—. La voy a recordar.

—¿Cuándo?

—Cuando lo recuerde a usted.

—Me matan entonces.

—¿Cómo puede suponer que nos vamos a incorporar a su proyecto?

—Porque no puedo suponer que quieran suicidarse. Le voy a hablar claro, Abal Medina. Aunque sea la última vez que lo haga.

—Hable. Nadie nos escucha. Nunca se va a saber lo que nos dijimos en esta habitación.

—Yo estoy pagando por la sangre derramada de Valle. La historia es eso. Una cadena de venganzas. Mi sangre va a reclamar la de ustedes. Matándome se condenan a morir, a que los maten. Alguien me va a vengar. No lo dude. Alguien, alguna vez, se va a sentir con tanto derecho como ustedes ahora. Este país todavía no conoce la furia del Ejército Argentino. Tenemos un Ejército formado por la OAS y por la Escuela de las Américas. Si usted supiera en serio, a fondo, lo que se enseña allí, vacilaría.

—Nosotros también nos formamos para la guerra. Pero no nos formaron torturadores sino revolucionarios. No se equivoque. No va a conseguir que tenga miedo. Ni que vacile.

—Hágase esta pregunta. Se la hizo Gutiérrez de la Concha a Castelli, cuando éste se preparaba para fusilar a Liniers. Le preguntó...

—No se gaste, general. Hace tiempo que yo me hice esa pregunta. Me sorprende que usted la conozca.

—Son sus prejuicios. Cree que los militares somos brutos.

—Podría pasarme la noche ofreciéndole pruebas. Volviendo a Castelli: Castelli era abogado. Gutiérrez de la Concha le preguntó qué jurisprudencia era la que lo autorizaba a matar prisioneros. Una pregunta tonta. Castelli era un revolucionario. El y su amigo Moreno. La jurisprudencia eran ellos. Toda revolución crea su propia jurisprudencia. ¿O ustedes hicieron otra cosa? También la contrarrevolución crea sus propias leyes. O deroga las de los revolucionarios.

—Gutiérrez de la Concha dijo algo más.

—A ver, general. Dígalo. ¿Lo leyó en *Billiken*?

—Voy a dejar de lado esa ofensa. Olvidemos a Castelli. Si cree que mis citas vienen del *Billiken* voy a evitarlas. La cuestión se la voy a plantear yo. Con mis palabras. Porque son mis ideas.

—Soy todo oídos.

—Usted se me presenta como un revolucionario. Quiere cambiar el régimen al cual yo pretendo integrar a Perón. Usted, por el contrario, quiere usar a Perón para destruirlo. También Castelli quería cambiar un régimen. Fusilar a Liniers era parte de ese cambio.

—Parte sustancial de ese cambio.

—Gutiérrez de la Concha le pregunta: doctor Castelli, ¿qué clase de sistema es el que empieza de este modo? ¿Qué clase de sistema empieza fusilando prisioneros indefensos?

—No busque conmovirme, general. Son demasiados argumentos para defender apenas una vida. Aunque sea la suya. Gutiérrez, a quien llamo así para evitar la parte incómoda de su apellido, decía boludeces, con perdón. Una revolución tiene el derecho de matar a quienes quieren impedirla. Si empieza así, empieza bien. Usted me plantea una cuestión de ética política. Una mariconada liberal. Todo sistema que empieza matando empieza mal. ¿Usted me plantea eso? ¿El fusilador Aramburu? Toda revolución que empieza y no mata cuando tiene que matar está perdida.

—Van a matarme entonces.

Fernando no responde. Se toma un tiempo que a Aramburu le parece eterno. Después, sin solemnidad, pero con cierto aire marcial o con una clara dureza, dice:

—General Aramburu, el Tribunal lo sentenció a la pena de muerte. Va a ser ejecutado en media hora.

Aramburu busca romper sus ataduras. Se lastima las muñecas. Le brota sangre.

—Ese nudo está muy bien hecho, general

—dice Fernando—. Y aunque lograra desatarse,

¿qué lograría? Le fallaron los suyos. No lo encontraron a tiempo. ¿Lo habrán buscado en serio?

—¿Quién puede saberlo? Hay muchos cretinos detrás de Onganía. Gente que me odia. Que le repugna mi plan de negociar con Perón. Quieren verme muerto. Ustedes les van a hacer ese favor.

—A nosotros también nos repugnan sus planes de arreglar con Perón. Pero por otros motivos.

—Sin embargo, coinciden.

—De ningún modo. Ellos quieren sostener el Estado Gorila. Nosotros queremos destruirlo.

—Pero los dos quieren matarme.

—Por distintas razones. Grave sería si fuera por lo mismo. Usted se puso en un lugar peligroso. El de los conciliadores. Si las partes no quieren conciliar, los matan. Fuego cruzado. Pero usted nos incomoda más que Onganía, el otro que podría querer su vida. Usted no quiere sostener el Estado Gorila. Quiere crear un nuevo régimen con el peronismo adentro. Los gorilas son brutos. Ni piensan en eso. Sólo piensan en seguir con la represión. Su plan es el más hábil. Es hacer de Perón un general manso dominado por la burguesía. Eso nunca.

Aramburu regresa al tuteo. Siempre que lo hace es porque se siente perdido. Porque es su última carta.

—Sos un idiota, pibe.

—Le exigió que no me tuteara.

—¿Cómo no te voy a tutear si sos un pendejo? Vas a arruinar tu vida. Tu idealismo de los veinte años te va a costar muy caro. Yo también tuve veinte años. También tuve sueños de juventud. Pero esos sueños no exigían la muerte de nadie.

Fernando lo mira con desdén. Aramburu recibe de pleno esa mirada. Acaso nunca lo miraron así. No con odio, sino como a un pobre tipo. Lleva 15 años recibiendo halagos, homenajes, reconocimientos. Pero este pibe se permite mirarlo con menosprecio, con una repulsa tan extrema que hierde, que deshonor. Y con una altanería, con un irreverencia que, recién ahora, aparece en estado puro, sin los velos, sin las cortesías forzadas entre captores y prisioneros. Ese menosprecio se expresa ferozmente, lejos de toda civilidad, de todo trato entre caballeros cuando le dice:

—General, perdone mi franqueza. Pero usted, a los veinte años, ya era un milico de mierda con alma de asesino.

Fernando abandona la habitación. Cierra de un portazo.

4.

Se reúne con los suyos. Firmenich lo recibe mal.

—¿Tanto tardaste en decirle algo tan sencillo? General, lo vamos a amasar. Eso era todo.

—No es un tipo común —dice Fernando. Agarra un pedazo de pan y le pone manteca. No sabe por qué, pero hablar con Aramburu le dio hambre. ¿Qué pasa? ¿Le incomodó algo de lo que dijo el condenado? No sabemos esto. Sabemos que se acerca el final y que será Fernando el que tendrá que matarlo. Tal vez no haya sido conveniente que lo conociera más allá de lo necesario. Aramburu era, para Fernando, una construcción ideológica: el que lo tiró a Perón, el que lo fusiló a Valle, el que escondió a Evita, el gorila, el hombre de reserva del régimen. Ahora corre el peligro de convertirse en un ser humano. Debiera haberlo previsto. Es más fácil matar a un rival ideológico que a una simple persona. Le impresionó cuando quiso librarse de las ataduras. Cuando se lastimó las muñecas. Cuando le salió sangre. Ahí, el miedo del general se le volvió traslúcido. Se tenía prohibida la piedad. Había leído bien a Clausewitz:

“Toda consideración de humanidad os hará más débiles”, algo así. ¿Fue por eso que habló con Aramburu, que se arriesgó a escucharlo? ¿Por una consideración de humanidad? Si por esa boludez le llegara a temblar la mano en el momento decisivo, no se lo perdonaría. Y además: esa frase. Esa frase sobre el Ejército Argentino. No pudo evitar que se alojara en algún punto oscuro de su conciencia. Entre el

temor y los malos presentimientos, los peores. Este país todavía no conoce la furia del Ejército Argentino. Y lo que vimos hasta ahora, ¿qué fue? ¿Una muestra gratis? ¿La cola de una película de terror que todavía no se estrenó? Maldito viejo, habría sido mejor decirle el fallo y listo. General, vamos a matarlo. Y se acabó. Firmenich tenía razón. Ahora dice:

—Yo creo que te equivocás. Que es un tipo común. Un gorila más. Importante, pero uno más. Hacenos un favor: terminemos con esto. Si volvé a hablar con él voy a tener que amasarlo yo.

—Tranquilo, Pepe —dice Fernando, y esa vena vuelve a viborearle en la frente. Firmenich lo sabe: es peligroso cuando le pasa eso. Más de una vez dijo: “Si a Fernando lo ves con la vena hinchada, ríjalo”. Fernando dice—: Al general lo ejecuto yo. Y nadie más. —Agarra dos pistolas que hay sobre la mesa. Una de 9 mm. La otra es una 45. Dice—: Vamos.

Empieza a amanecer.

Aramburu los mira entrar. Ahí están: vienen a matarlo. Se acabaron las palabras. Cada uno sabe dónde está el otro. Qué piensa. Qué quiere hacer. Sobre todo —en su caso— qué hizo.

¿Pensará Aramburu en Valle? Difícil. No me matan por lo de Valle. Soy un símbolo. El tipo que lo tiró a Perón. Uno sabe los riesgos que toma. Debió prever esto. Pero nunca imaginó que podrían aparecer pibes así. Revolucionarios y peronistas, vengativos, irresponsables o valientes, lo mismo da. Pero con cojones. Carajo, quién lo hubiera dicho.

Le quitan las ataduras de las manos. Aramburu se restriega las muñecas. Las tiene hinchadas, hay algo de sangre.

—Sentimos mucho eso, general —dice Fernando—. De haber podido, lo habríamos evitado.

—Está dentro de las reglas —concede Aramburu—. Siempre se amarra a los prisioneros. Prisionero que se escapa deja de serlo. Secuestrador sin prisionero, también.

—Somos muchos más que sus secuestradores —dice Firmenich.

—¿Por qué?

—Somos sus jueces. Lo juzgamos y decidimos que era culpable.

—Y ahora van a ejecutarme.

—Exactamente.

—¿Puede pedirle algo, juez Firmenich?

—¿Dice eso con ironía?

—¿Hubo ironía en mi voz?

—No me pareció.

—Porque no la hubo.

—¿Qué quería pedirme, general?

—Una tontería. Pero no querría caminar hacia la muerte con el riesgo de cometer una torpeza que me ponga en ridículo. ¿Me comprende, verdad?

—Por completo, general. ¿De qué se trata?

—Ateme los cordones de los zapatos.

—Disculpe. No lo había notado.

Firmenich apoya una rodilla en tierra y ata los cordones de Aramburu. Se pone en pie. Lo mira. Aramburu no dice nada.

—Tenemos que atarle las manos a la espalda —dice Fernando.

—¿Otra vez atarme las manos? Vieron mis muñecas. Están a la miseria.

—No tanto, general —dice Fernando—. Sólo a tono con las circunstancias. Así son las cosas. Los que enfrentan a un pelotón de fusilamiento lo hacen siempre con las manos atadas a la espalda.

—¿Me espera un pelotón de fusilamiento?

—No haga preguntas cuya respuesta conozca.

—No por completo. Sé que no habrá pelotón. ¿Cómo me van a matar entonces?

—Falta poco para lo sepa —Fernando mira a sus compañeros. Con su habitual parquedad, con aspereza, con ese tono acerado con que sabe dar órdenes, dice—: Al sótano.

(Continuará)

**PROXIMO
DOMINGO**

**El secuestro de
Aramburu (conclusión)**

IV Domingo 26 de octubre de 2008

Colaboración:

Virginia Feinmann – Germán Ferrari

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

50 El secuestro de Aramburu
(conclusión)



5.

Un momento –se resiste Aramburu–. ¿Así nomás? ¿Ni afeitarme puedo? –¿Para qué quiere afeitarse? –dice, encrespado, Ramus–. Nadie lo va a ver.

–Yo me voy a ver. Nunca imaginé morir sucio. Presentarme sucio ante Nuestro Señor. Tendrían que permitir que me bañara al menos.

–General –dice, con voz potente y algo irritada, Fernando–, basta de vueltas. Dios lo va a recibir en sus brazos llegue como llegue hasta El.

–Siempre pensé llegar limpio.

–A nuestro Señor sólo le importa la limpieza del alma. Piense si eso es lo que le ofrece.

–Ni San Agustín le ofreció eso.

–San Agustín era un pecador sufriente. Sólo su gran dolor lavó sus pecados. No veo en usted un gran dolor.

–Tampoco lo veo en ustedes y van a cometer un pecado supremo.

–Puede ser. Pero si nos arrepentimos no va a ser hoy. Tenemos tiempo. –Fernando se pone muy serio. Su entrecejo se frunce y dos rayas verticales, muy marcadas, se dibujan entre sus cejas–. Le prometemos algo. Vamos a rezar por la salvación de su alma. Hoy mismo, general.

–Quiero un sacerdote –exige Aramburu.

–No podemos –dice Firmenich–. No juegue con nosotros. Usa trampas hasta el último instante. ¿Cómo quiere que traigamos un sacerdote aquí? Todas las rutas están vigiladas. Lo seguirían. Nos encontrarían. Todo habría sido inútil.

–¿Cómo? –dice Aramburu, incrédulo–. ¿No tienen un sacerdote? ¿No se ocuparon de traer uno? ¿O de tenerlo aquí, esperándonos? ¿Qué clase de católicos son ustedes? Yo no les hubiera negado un sacerdote. De haber tenido que fusilarlos, lo primero habría sido reservarles uno. Sépanlo: Valle lo tuvo. Tuvo a su párroco, a monseñor Devoto. Pudo abrazarse a él. Descargar sus pecados, tener su absolución. ¿Dónde está la mía? Valle tuvo a su hija hasta último momento. Pasó ante el pelotón de fusilamiento, que la respetó. Uno de los soldados, un quebrado, llorando le dijo: “Te juro que yo no disparo”. ¿Quién me va a decir eso a mí?

–¡Nadie! –estalla Fernando–. Deje de chantajearnos. ¿Qué sacerdote tuvieron los masacrados de José León Suárez? ¿Qué sacerdote consuela a los obreros peronistas perseguidos, hambreados por su dictadura? ¿Qué sacerdote tuvo Felipe Vallese? ¿Qué sacerdote tuvo cada uno de los militantes populares que murió por Perón durante estos 15 años? –Se serena. No quiere quitarle solemnidad a la ejecución. No quiere que, justo ahora, en el momento culminante, se desbarraque todo. Calmosamente, dice–: Basta, general. Camine hacia ahí. Hacia el sótano.

–¿Y mi familia? –dice Aramburu–. ¿Qué va a pasar con ella?

–Le vamos a enviar sus pertenencias. Y nada más, general. Su familia no corre riesgo alguno. El régimen la va a cuidar como un tesoro. Como víctimas sufrientes. Como los que van a llorar por el resto de sus vidas al verdugo de la Argentina de Perón. Vamos, camine.

Se asoman a la escalera del sótano. Es vieja, insegura. La baranda se bambolea. No hay mucha luz. El sótano es tan viejo como la casa. Tiene setenta años o más. Se trata de un lugar estrecho y lúgubre. En febrero del '69, buscando armamentos, el grupo originario de Montoneros asaltó el Tiro Federal de Córdoba. Una operación simple, pero les redituó más de lo esperado: un montón de fusiles que terminaron por guardar en este sótano. Ahora, la escalera se zarandea peligrosamente. Y si se piensa que Aramburu está amarrado, la situación se torna alarmante. Firmenich baja delante del general, protegiéndolo, impidiendo que pueda caer.

Llegan al sótano. El lugar es estrecho y apenas si media un par de metros de largo.

Entonces Aramburu dice:

–¿Aquí me van a matar? ¿En este sótano?

Fernando es un joven de convicciones firmes y respuestas rápidas.

–Aquí, general. Aquí mismo. Supongo que lo siente indigno de usted. Tendrá que aceptarlo.

–¿Y ustedes me reprochaban haber fusilado a Valle en la Penitenciaría Nacional? ¿Ustedes, que me van a fusilar en un sótano?

Es un diálogo violento. Nada importa la estridencia de las voces, los tonos. La violencia está en lo que se dicen. Son las últimas frases que intercambian y tienen el dramatismo de las cuestiones últimas, extremas, esas en que se discuten la vida, la muerte, el honor.

–Hay cosas que usted no puede entender, Aramburu –dice Fernando, quitándole, ahora sí, el cargo a su pri-

sionero–. Usted fusiló a Valle y era el presidente de la República. El hombre más fuerte del país. Lo pudo matar en la Casa Rosada si quería. Tenía todas las posibilidades. Al tenerlas, sólo la crueldad, sólo el odio explican que le haya destinado la pared de una penitenciaría.

–¿Y qué puede explicar que usted me mate en este sótano?

–Yo no lo mato, general –dice Fernando, seco y firme como siempre–. Lo ajusticio. Represento el deseo del pueblo. Somos la justicia popular.

–¡No me joda, Fernando! Usted es un pendejo de mierda altanero. El pueblo ni sabe lo que está haciendo. Ni se enteró. No sé si ese pueblo al que usted tanto invoca, el pueblo peronista, querría que mataran en un sótano a un general de la República. Es gente de trabajo, pacífica. Ustedes ni los conocen.

–No voy a discutir eso.

–Discutamos otra cosa entonces –dice, encendido de furia, Aramburu–. ¿Cuánto mide este sótano? ¿Dos metros, dos metros y medio? Dígame, Fernando, ¿dónde va a ubicar a sus tiradores?

–No va a haber tiradores. Entienda esto, Aramburu: somos una organización revolucionaria. Usted era el Estado. Podía darse el lujo de tener tiradores. Nosotros no. Trabajamos en la clandestinidad. ¿Sabe qué es la clandestinidad? Es vivir en los sótanos. Usted muere a manos de clandestinos y su muerte es una muerte clandestina. Sólo podemos ofrecerle este sótano.

Aramburu se sienta en una banqueta, contra la pared. Ahora parece cansado. Pero se recupera.

–No me van a poder matar con rifles. Con fusiles.

Un fusilamiento se llama así por las armas que emplea. Fusiles, Fernando. Desde siempre.

–La ejecución será a pistola –dice Fernando–. No hay espacio para otra cosa.

–¿Quién se hará cargo?

–Yo, el jefe del operativo.

–Bien, Fernando. Ahora trate de entender esto: usted no me fusila. Usted me da un tiro de gracia. Es el tiro de gracia el que se da a la distancia desde la que usted se dispone a dispararme. El tiro de gracia es distinto al fusilamiento. El pelotón que hace fuego ignora quién mató al condenado. Luego, alguien procede al tiro de gracia. Es un acto muy impresionante. Porque el que lo hace sabe que es él quien remata al condenado que quedó vivo. Es un tiro a quemarropa. A menudo ese tiro se descarga sobre alguien que aún vive. Si usted me permite, yo diría que se parece demasiado a un asesinato a quemarropa. Eso va a hacer usted ahora. Va a asesinar-me.

–¡Viejo de mierda! –grita Firmenich–. ¡No nos va enredar con esa dialéctica de milico cagón! ¿Dónde aprendió eso, en la Escuela de las Américas?

–No –dice Aramburu–, lo acabo de aprender ahora. Ustedes me están asesinando.

Fernando sonrío apretando los dientes.

–Usted fue juzgado por un tribunal revolucionario. Usted es un asesino. Un enemigo del pueblo peronista. Un defensor del régimen de explotación que somete a nuestra patria. Un hombre que injurió a Eva Perón, mujer que valía más que usted y que todos nosotros. No me importa dónde ni cómo lo mato. Sólo sé que tengo que hacerlo. Y que ese acto es justo. Y yo, al hacerlo, también. –Gira hacia los suyos–. Váyanse. Vos, Pepe, ponete a golpear una morsa con una llave. Hay que ahogar el ruido de los balazos.

Salen.

Fernando y Aramburu quedan solos.

Fernando saca la 9mm.

–No va a sufrir, general –dice.

–No me importa sufrir. Lamento perder mi vida.

–Terminaron las palabras –dice Abal.

Levanta la pistola y apunta hacia el cuerpo de Aramburu. A lo sumo, un metro escaso lo separa de él.

–Voy a proceder, general.

Aramburu se pone en pie. Se miran por última vez. Aramburu dice:

–Proceda.

Fernando hace fuego. Le dispara al pecho. No al corazón, no a la cabeza. Al pecho. Por ahí entra la bala.

Aramburu sale despedido hacia atrás y queda en el hueco entre la banqueta y la pared. Pero su sangre estalla en las paredes. Y hasta mancha la camisa de Fernando. Y su cara.

Fernando se le acerca. Y le tira, con la 9mm., dos tiros más. Luego guarda la 9mm. y saca la 45. Le dispara de nuevo. A la cabeza. Otra vez la sangre lo salpica. Acaso, aquí, piense sorprendido que el viejo tenía demasiada sangre. No esperaba eso.

Lo saca del hueco en que está y lo acuesta sobre el suelo. Pudorosamente, lo tapa con una manta. Esa



manta no está ahí por azar. Está por dos motivos. Fernando cree que los muertos merecen respeto. Que están indefensos ante la mirada de los vivos. Que hay siempre una indefinible sensación de superioridad en el que mira a un cadáver. No quiere ese deshonor para Aramburu. Y también porque el de Aramburu no es un cadáver fácil de ver. Sobre todo si es uno el que lo mató. Pre-nuncia demasiadas cosas: venganzas, catástrofes, escándalos, persecuciones. Y la sangre. Este hecho ha sido, para él, inesperado. Como lo es que despierte en su conciencia, obsesivamente, como un timbal que no cesa, que marca un ritmo sistemático, acompasado y lúgubre, una de las tantas frases que dijo Aramburu, casi previsible, pero que ahora esa sangre torna presagiosa, temiblemente profética: “Mi sangre va a reclamar la de ustedes”.

Se acerca hacia la escalera.

–¡Vengan, carajo! –grita.

Son las 7.30 de la mañana del 1º de junio de 1970. Todos saben qué hacer. Empiezan a cavar un pozo. Cavan hondo. Como si los hubiera apresado ese viejo temor: que los muertos no regresen, para eso los enterramos, para que tengan paz y para que la tengamos nosotros. Terminan la tarea.

–Acérquense –dice Fernando, que está junto al cadáver. Dice–. Voy a retirar la manta. Quiero que todos lo veamos muerto. Que llevemos esa imagen en nuestros corazones. Ese cuerpo muerto de ese general asesino es nuestra obra. Nuestra primera gran operación. Exigió su vida y va a exigir la de otros. Estamos en guerra. Tal vez sea tan dura, tan larga, que exija también las nuestras.

Quita la manta y todos miran el cadáver de Aramburu. Fernando, otra vez, lo cubre. Lo depositan en el pozo. Lo cubren de tierra. A golpes de pala aplastan la tumba. Luego apilan sobre ella tres bolsas de cal.

Fernando se concentra en sí mismo. Apoya su mentón en su pecho. Con voz clara, sensible. Con cautela, con un inocultable sentimiento cristiano de piedad, sus compañeros lo escuchan decir:

–Que Dios, Nuestro Señor, se apiade de su alma. Amén.

–Amén –dicen todos.

6.

Esperan la noche para volver a Buenos Aires.

Durante el día, hablan poco. Fernando se la pasa durmiendo.

A eso de las 20 se alejan de Timote.



Van en la pick-up *Gladiator*. Es noche cerrada. Hay una luna alta, tan perfectamente circular como el sueño de un compás infalible, perfecto. Hay estrellas. Es una noche de otoño espléndida. Fernando se empeñó en manejar. No le gusta a Firmenich. Lo ve asumiendo todo. Si él no lo hace, se hace mal o no se hace, o se estropea. Es el vicio, la altanería y hasta la demencia de los malos jefes: sentirse irremplazables. No delegar nada. Al final terminan jugándose la vida en todos los operativos y los revientan en el más pelotudo de todos. Habrá que vigilarlo a Fernando. Nadie mata a Aramburu y sigue siendo el mismo tipo. Es posible que el Pepe tenga razón. Que Fernando se sienta la encarnación de la Historia. El vengador de todos los mártires del peronismo. Sería una lástima. O no tanto. El Pepe es un tipo con ambiciones, con demasiadas. El extravío de Fernando dejaría la jefatura en sus manos, algo que no le desagradaba. Lo mira a Fernando. Tiene la mirada fija en el camino. Es un camino de mierda. De tierra, pocado, húmedo. Patinás y te vas de cabeza a la banquina. Para colmo, Fernando no le hace asco a la velocidad.

—¿En qué pensás? —le pregunta.

Fernando no contesta. Piensa en tantas cosas que no oyó la pregunta de Firmenich. Muerto Aramburu, Montoneros adquiere un prestigio mítico entre los peronistas. No fue un asesinato. Hicimos lo que el pueblo quería. Hicimos su justicia. La justicia del pueblo. Lo ajusticiamos al gorila sanguinario. Estaba en el espíritu de los tiempos. Está en el corazón de los pobres. De los que tienen en su casa la foto de Evita, la de Perón en el caballo pinto. Los que a la foto de Evita todavía le ponen velas. Porque, para ellos, es una santa. A esa santa se la niega, la crueldad de Aramburu y los suyos. Ahora van a aflojar. O nos dan a Evita o los seguimos amasijando a todos. Si nos dan a Evita, no se la damos a Perón. Nos vamos a las villas, a la 31 sobre todo, y la ponemos en manos de los pobres, a los que ella ayudó. Es de ellos, les pertenece. Vivió para ellos y ellos la tienen que tener. Y después, nos damos una organización de superficie. La juventud se va a enamorar de nosotros. La juventud quiere guerreros, tipos que se juegan las pelotas. Claman por vanguardias. Nosotros le vamos a dar la mejor. A la mierda con los planes electorales de los milicos. *Ni votos ni botas, fusiles y pelotas*. Qué bien suena eso. Y así, a los tiros, lo traemos al Viejo. Y le decimos: General, usted es el líder, pero nosotros somos la organización revolucionaria de vanguardia y, sin nosotros, usted no volvía. De modo que usted, por

supuesto, lleva la conducción estratégica, como siempre. Pero esa conducción, ahora, la comparte con nosotros. Es necesario, general. Por su edad. Porque hay que pensar en quién lo va a heredar. ¿Y quién sino nosotros? Los que lo trajimos. Los que pusimos las pelotas, arriesgamos la vida, liquidamos gorilas al por mayor. Y si no le gusta, le va a tener que gustar, vea. Porque son tantas las cosas que vamos a hacer. Es tanto el poder que vamos a acumular en este país, que, o se nos une, o se vuelve a Madrid, con los perritos bandidos, con las pantuflas, con esa puta de Isabelita, cabaretera de mierda, la versión degradada, cómica, de Eva. La única. Que si viviera estaría aquí, con nosotros. En esta pick-up, general. Rajándose de Timote. Feliz como nunca, porque en el momento más álgido, cuando yo bajaba la escalera para reventarlo a Aramburu, me dijo: “Pará, pibe. No me saqué ese gusto”. Y lo amasijó ella. Y si no me cree, le juro algo, por mi honor se lo juro: cuando hice fuego sobre el gorila fusilador era ella la que estaba en mi corazón, dándome coraje. Mire qué hermosa noche, general. Las estrellas no caben en el cielo sin nubes. Y la luna es redonda, inmensa. Como si quisiera iluminar nuestro triunfo de hoy y hasta los que vendrán. Entonces, casi sin proponérselo, inesperadamente, le brota una frase que oyen todos, porque le brota fuerte, plena, llena de esperanzas, comiéndose el futuro.

Supongamos que dice:

—No nos para nadie.

Acelera.

7.

MONTONEROS
COMUNICADO N° 4
1 de junio de 1970

AL PUEBLO DE LA NACION:

La Conducción de Montoneros comunica que hoy a las 7.00 horas fue ejecutado Pedro Eugenio Aramburu.

Que Dios, Nuestro Señor, se apiade de su alma.
PERON O MUERTE - VIVA LA PATRIA

Fin de

“El secuestro de Aramburu”



TESTIMONIOS

El fragmento que reproducimos a continuación pertenece

al ya clásico que los Montoneros publicaran en La causa peronista, N° 9 del 3 de septiembre de 1974. La revista fue cerrada luego de este número, por lo cual —según versiones de la época— Montoneros habría publicado el relato para lograr ese resultado y avalar el pase a la clandestinidad de la organización. O sea, ya nada se podía hacer “en superficie”. El fragmento es el del final y narra el juicio y la ejecución de Aramburu. Notarán los lectores que aún no hemos utilizado la palabra “ajusticiamiento” ni el concepto de “justicia popular”, así como tampoco la palabra “asesinato”. Requerirán cuidadosos análisis posteriores. Sé que esta actitud enfurecerá a los que sostienen —enfrentadas— las dos posiciones (asesinato/ajusticiamiento): ¿para qué tantos “cuidadosos análisis” ante un evidente asesinato o una clara acción de justicia popular? Tampoco faltarán los que ya empiecen a hablar de esa maquinaria de no pensar que es la “teoría de los dos demonios”. No jodan más: no hay dos demonios. Hace rato que lo dijimos. Pero eso no nos va a frenar para analizar los asesinatos de la guerrilla argentina. Acaso convenga ya decirlo aquí: en el relato que se ha leído hay una sola frase que arrasa con la teoría de los dos demonios. Y es cuando Abal Medina le dice a Aramburu: “Los montoneros no torturan”. Luego asesinarán alevosamente a Rucci, a Mor Roig y a muchos más. Pero es cierto: la tortura no formó jamás parte de la estrategia de la guerrilla. En tanto que llegó a niveles de crueldad indescriptible en las patotas militares, en sus repugnantes cuadros genocidas.

La “cuestión Aramburu” encuentra en el “juicio” su nivel más hondo. De aquí que, de La causa peronista, transcribamos ese fragmento.

Es el siguiente:

“Empieza el juicio

”Metimos a Aramburu en un dormitorio, y ahí mismo esa noche le iniciamos el juicio. Lo sentamos en una cama y Fernando le dijo:

”—General Aramburu, usted está detenido por una organización revolucionaria peronista, que lo va a someter a juicio revolucionario. Recién ahí pareció comprender. Pero lo único que dijo fue:

”—Bueno.

”Su actitud era serena. Si estaba nervioso, se dominaba. Fernando lo fotografió así, sentado en la cama, sin saco ni corbata, contra la pared desnuda. Pero las fotos no salieron porque se rompió el rollo en la primera vuelta.

”Para el juicio se utilizó un grabador. Fue lento y fatigoso porque no queríamos presionarlo ni intimidarlo y él se atuvo a esa ventaja, demorando las respuestas a cada pregunta, contestando: ‘no sé’, ‘de eso no me acuerdo’, etc.

”El primer cargo que le hicimos fue el fusilamiento del general Valle y los otros patriotas que se alzaron con él, el 9 de junio de 1956. Al principio pretendió negar. Dijo que cuando sucedió eso él estaba de viaje en Rosario. Le leímos sílaba a sílaba los decretos 10.363 y 10.364, firmados por él, condenando a muerte a los sublevados. Le leímos la crónica de los fusilamientos de civiles en Lanús y José León Suárez.

”No tenía respuesta. Finalmente reconoció: ‘Y bueno, nosotros hicimos una revolución, y cualquier revolución fusila a los contrarrevolucionarios’.

”Le leímos la conferencia de prensa en que el almirante Rojas acusaba al general Valle y los suyos de marxistas y de amorales. Exclamó: ‘¡Pero yo no he dicho eso!’ Se le preguntó si de todos modos lo compartía. Dijo que no. Se le preguntó si estaba dispuesto a firmar eso. El rostro se le aclaró quizá porque pensó que la cosa terminaba ahí. ‘Si era por esto, me lo hubieran pedido en mi casa’, dijo, e inmediatamente firmó una declaración en que negaba haber difamado a Valle y los revolucionarios del ’56. Esa declaración se mandó a los diarios, y creo que apareció publicada en *Crónica*.

”El proyecto de GAN’ (Gran Acuerdo Nacional)

”El segundo punto del juicio a Aramburu versó sobre el golpe militar que él preparaba y del que nosotros teníamos pruebas, lo negó terminantemente. Cuando le dimos datos precisos sobre su enlace con un general en actividad, dijo que era ‘un simple amigo’. Sobre esto, frente al grabador, fue imposible sacarle nada. Pero ape-

nas se apagaba el grabador compartiendo con nosotros una comida o un descanso, admitía que la situación del régimen no daba para más, y que sólo un gobierno de transición —para el que él se consideraba capacitado para ejercer— podía salvar la situación. Su proyecto era, en definitiva, el proyecto del GAN, que luego impulsaría Lanusse: la integración pacífica del peronismo a los designios de las clases dominantes.

”Eva Perón

”Es posible que las fechas se me confundan, porque los que llevamos el juicio adelante fuimos tres: Fernando, el otro compañero y yo. Ramus iba y venía continuamente a Buenos Aires. De todas maneras yo creo que el tema de Evita surgió el segundo día del juicio, el 31 de mayo. Lo acusábamos, por supuesto, de haber robado el cadáver. Se paralizó. Por medio de morisquetas y gestos bruscos se negaba a hablar, exigiendo por señas que apagáramos el grabador. Al fin, Fernando lo apagó.

”Sobre ese tema no puedo hablar’, dijo Aramburu, ‘por un problema de honor. Lo único que puedo asegurarles es que ella tiene cristiana sepultura’.

”Insistimos en saber qué había ocurrido con el cadáver. Dijo que no se acordaba. Después intentó negociar: él se comprometía a hacer aparecer el cadáver en el momento oportuno, bajo palabra de honor.

”Insistimos. Al fin dijo: ‘Tendría que hacer memoria’.

”Bueno, haga memoria’.

”Anochecía. Lo llevamos a otra habitación. Pidió papel y lápiz. Estuvo escribiendo antes de acostarse a dormir. A la mañana siguiente, cuando se despertó, pidió para ir al baño. Después encontramos algunos papilitos rotos, escritos con letra temblorosa. Volvimos a la habitación del juicio. Lo interrogamos sin grabador. A los tirones contó la historia verdadera: el cadáver de Eva Perón estaba en un cementerio de Roma, con nombre falso, bajo custodia del Vaticano. La documentación vinculada con el robo del cadáver estaba en una caja de seguridad del Banco Central a nombre del coronel Cabanillas. Más que eso no podía decir, porque su honor se lo impedía.

”La sentencia

”Era ya la noche del 1.º de junio. Le anunciamos que el Tribunal iba a deliberar. Desde ese momento no se le habló más. Lo atamos a la cama. Preguntó por qué. Le dijimos que no se preocupara. A la madrugada Fernando le comunicó la sentencia:

”General, el Tribunal lo ha sentenciado a la pena de muerte. Va a ser ejecutado en media hora.

”Ensayó conmovernos. Habló de la sangre que nosotros, muchachos jóvenes, íbamos a derramar. Cuando pasó la media hora lo desamarramos, lo sentamos en la cama y le atamos las manos a la espalda. Pidió que le atáramos los cordones de los zapatos. Lo hicimos. Preguntó si se podía afeitarse. Le dijimos que no había utensilios. Lo llevamos por el pasillo interno de la casa en dirección al sótano. Pidió un confesor. Le dijimos que no podíamos traer un confesor porque las rutas estaban controladas.

”Si no pueden traer un confesor’ —dijo—, ‘¿cómo van a sacar mi cadáver?’

”Avanzó dos o tres pasos más. ‘¿Qué va a pasar con mi familia?’, preguntó. Se le dijo que no había nada contra ella, que se le entregarían sus pertenencias.

”El sótano era tan viejo como la casa, tenía setenta años. Lo habíamos usado la primera vez en febrero del ’69, para enterrar los fusiles expropiados en el Tiro Federal de Córdoba. La escalera se bamboleaba. Tuve que adelantarme para ayudar su descenso.

”Ah, me van a matar en el sótano’, dijo. Bajamos. Le pusimos un pañuelo en la boca y lo colocamos contra la pared. El sótano era muy chico y la ejecución debía ser a pistola.

”Fernando tomó sobre sí la tarea de ejecutarlo. Para él, el jefe debía asumir siempre la mayor responsabi-

dad. A mí me mandó arriba a golpear sobre una morsa con una llave, para disimular el ruido de los disparos.

”General’ —dijo Fernando—, ‘vamos a proceder’.

—Proceda —dijo Aramburu.

”Fernando disparó la pistola 9 milímetros al pecho. Después hubo dos tiros de gracia, con la misma arma y uno con una 45. Fernando lo tapó con una manta. Nadie se animó a destaparlo mientras cavábamos el pozo en que íbamos a enterrarlo.

”Después encontramos en el bolsillo de su saco lo que había estado escribiendo la noche del 31. Empezaba con un relato de su secuestro y terminaba con una exposición de su proyecto político. Describía a sus secuestradores como jóvenes peronistas bien intencionados pero equivocados. Eso confirmaba, a su juicio, que si el país no tenía una salida institucional, el peronismo en pleno se volcaría a la lucha armada. La salida de Aramburu era una réplica exacta del GAN de Lanusse. Este manuscrito y el otro en que Aramburu negaba haber difamado a Valle, fueron capturados por la policía en el allanamiento a una quinta en González Catán. El gobierno de Lanusse no los dio a publicidad.”

El otro testimonio que ofrecemos es el de un ideólogo de la ratio militar. Un hombre que defendió con pasión las acciones del Proceso de Reorganización Nacional. Se trata de José Claudio Escribano. Esperemos que el señor Escribano tenga sentido del humor y disfrute del siguiente chiste político. Se encuentran dos personas. Toman unos tragos juntos en el lobby de un hotel. Empiezan a conocerse. Uno le pregunta al otro: “Y dígame, ¿cuál es su ideología política?”. El otro responde: “¿Lo ubica a Hitler?”. “Sí, claro.” “Bueno, yo, un cachito a la derecha.”

El escrito de José Claudio Escribano se publicó el lunes 29 de mayo de 2000 en el diario La Nación.

Es el siguiente:

”La dimensión moral de un prisionero

”Los diarios se equivocan, y es así, simplemente, por la sencilla razón de que están escritos por hombres. Publican con mayor o menor frecuencia errores informativos y de apreciación, que enmiendan según la importancia acordada a cada traspie y al sentido de responsabilidad profesional con el cual actúan en su relación con los lectores. Es un capítulo definido por normas, estilos y tradiciones de conducción editorial.

”Otras veces —afortunadamente, las más— la relectura de viejas piezas periodísticas no suscita en el alma de un diario sino la convicción de que debería volver a ser escrito exactamente como lo había sido en su momento. Eso no obsta para que gentes con diferentes criterios o compromisos ante la vida puedan pretender que un diario se rectifique de opiniones sobre las cuales él siente que nada debe corregir respecto de lo que en el pasado afirmó sobre instituciones o personas.

”Ilustra, sobre tal tipo de observaciones, la reproducción de un fragmento de la desaparecida columna de opinión de *La Nación* ‘La semana política’, publicada en la edición del domingo 20 de octubre de 1974. Ese fragmento está referido al robo del féretro de Aramburu, que la banda terrorista Montoneros, que lo había asesinado en 1970, acababa de perpetrar en el cementerio de la Recoleta.

”En el periódico *La causa peronista*, los Montoneros habían hecho poco antes, por añadidura, un relato pormenorizado del secuestro, ‘juzgamiento’ y ‘ejecución’ del ex presidente provisional de la Nación. El artículo con la reconstrucción por los propios actores del crimen con el cual se abrió formalmente un largo período de violencia en la Argentina corresponde a la edición de *La causa peronista*, del 3 de septiembre de 1974.

”Con prescindencia de la jerga utilizada por los asesinos para intentar teñir de legalidad ese hecho horrendo, *La Nación* opinó de la manera siguiente: ‘...el grupo que secuestró a Aramburu actuó con la certeza de que tenía en su poder a un hombre capaz de influir en el curso de los acontecimientos más profundos de la vida del país. Al parecer, al tenerlo cautivo y oír sus serenas razones para avanzar hacia la conciliación entre todos los argentinos, los secuestradores resolvieron quitarle la vida como un modo de aceptar que la dimensión moral del prisionero hacía insosteni-

ble y ridícula la tarea de sus captores. Los que narraron el asesinato pretendieron ser cínicos al describir los detalles, pero, como envueltos en una fuerza administrativa más rigurosa que el deseo de mostrarse desdeñosos, no pudieron ocultar su impresión ante las actitudes de una víctima que los juzgaba desde la altura de su entereza. Tenían ante ellos a un hombre sobradamente maduro que, con las manos atadas, antes de dar él mismo la orden para que el matador apretase el gatillo, le indicó al asesino que le atara los cordones de los zapatos. Era una manera de poner las cosas en su lugar y a los protagonistas en su respectivo nivel. Todo esto lo han contado los mismos que, arrastrados por un impulso irresistible, acaban de apoderarse del ataúd en un acto que concluye por aproximarse a la necrofilia y a la devoción patológica más que a una venganza saturada por el vaho de los sepulcros’.



”Esa escena con el condenado pidiendo a quienes van a disparar mortalmente contra su cuerpo que se ocupen del aliño de zapatos que no tendrán más uso que en el acto de morir en apenas unos instantes, era por sí misma suficientemente abarcadora del perfil moral del teniente general Aramburu. Pero, en verdad, el ex presidente había requerido algo más: la visita de un sacerdote, que hubiera clemencia con su familia y que le alcanzaran elementos para afeitarse.

”Eugenio Aramburu, su único hijo varón, recuerda haber escuchado más de una vez de su padre la voluntad de presentarse lo más decorosamente posible ante el Creador cuando le llegara la hora de la muerte.

”La confesión hecha públicamente por los Montoneros confirmó que Aramburu había logrado ese propósito en la trágica hora final. Menos conocido por todos es que El Vasco nunca consiguió visitar España a pesar de la intensidad de su anhelo por hacerlo.

”Se negó a pisar tierra española mientras rigiera la dictadura, que detestaba, del generalísimo Francisco Franco. Quienes sí cultivaban, desde sus orígenes hasta el fin de la Guerra Civil Española, la amistad con tamaña dictadura eran algunos de los fascistas vernáculos que habían inspirado al grupo originario de Montoneros, precisamente el que operó en el secuestro y asesinato del teniente general Aramburu.



”En un viaje que realizó a Europa, después de haber sido presidente, todo lo que Aramburu pudo lograr fue reunirse con sus parientes del país vasco en San Juan de Luz, en territorio francés, próximo a la frontera franco-española.

”La Francia de la libertad, la fraternidad y la igualdad era tan apropiada para la figura democrática de Aramburu como la España de Franco lo fue para acoger al dictador que en 1955 recorrió sucesivos capítulos del exilio y desde allí estimuló a esas ‘formaciones especiales’ que, después de haber contribuido a su retorno y acceso al poder, recibieron de su parte, el 1º de mayo de 1974, en la Plaza de Mayo de los grandes actos del peronismo, el puntapié histórico en el lugar innombrable por ensoberbecidas e ‘imberbes’.

Así trató a las ‘formaciones especiales’ como Montoneros, desde el balcón que sería de Madonna en los noventa, el general-presidente que ya veía asomarse la muerte entre los arrumacos de su mujer, Isabelita, y del poderoso ministro-mayordomo José López Rega. La Argentina, entretanto, se hundía aceleradamente en uno de sus períodos más siniestros.”

(NOTA: Termina aquí la entrega N° 50. Son las que habíamos prometido. Habrá, por supuesto, muchas más, dado que estamos recién dando fin a la cuestión Aramburu. Lo que resta es enorme. Ya pasó esto con “La filosofía y el barro de la historia”. Iban a ser 20. Luego 35. Terminaron siendo 55. Hoy son un libro de 814 páginas. No podemos calcular cuántas entregas faltan. Entramos en terrenos decisivos y terribles. Todos lo saben. Lo que se avecina es una tragedia seguida de una catástrofe humanitaria. ¿Quién podría decir cuántas palabras, cuántas páginas harán falta para narrarlas? Ojalá podamos hacerlo.)

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

Consideraciones
teóricas sobre
“El secuestro
de Aramburu”

IV Domingo 2 de noviembre de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

51 Consideraciones teóricas sobre
"El secuestro de Aramburu"



LA ILEGALIDAD INSTITUCIONAL

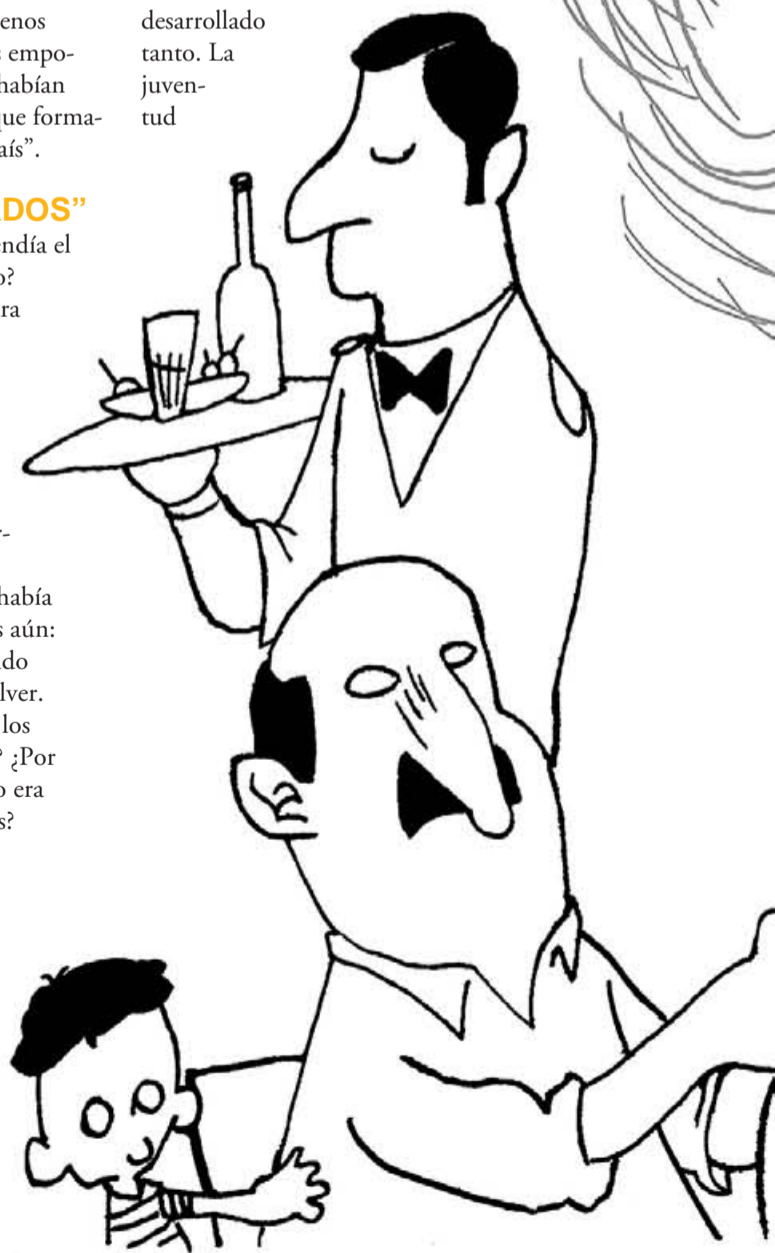
Es hora de que la derecha en la Argentina se haga cargo de una realidad incuestionable. Ya que sigue llenándose la boca con las palabras *democracia, república, instituciones*, tiene que asumir una aberración de la cual es responsable y que ha acarreado enormes males para el país. *Entre el 16 de septiembre de 1955 y el 12 de octubre de 1973 la República Argentina vivió en estado de ilegalidad institucional*. Esta ceguera, esta obstinación, este odio, parecieran a veces no poder explicarse. Uno, que lo ha vivido, acaso se haya acostumbrado al clima de esos tiempos y a esas modalidades. “¿Por qué no puede venir al país Perón?”, era algo que no se preguntaba. Todos sabían la respuesta: “Porque los militares no lo dejan”. Nadie preguntaba por qué. No hace mucho, sin embargo, vi por televisión al joven ensayista Lucas Lanusse explicar la caída de Frondizi. Y cuando dio el motivo determinante les dijo a los telespectadores: “Ustedes hoy no lo van a creer. Pero todo fue porque el 18 de marzo de 1962 el peronismo había ganado las elecciones provinciales y eso no podía ser tolerado por el Ejército. Se anularon las elecciones y el día 29 Frondizi es arrestado y enviado a Martín García”. Lucas Lanusse tiene razón. Alguien, cualquier joven, aunque sea argentino, al que hoy se le dice algo así no lo puede creer. ¿Qué pasaba? Intentemos explicarle la situación a un extranjero. “Vea, en la Argentina había un partido totalmente mayoritario. Pero su líder no podía volver al país. Ni su nombre podía ser pronunciado. Los militares les cedían el gobierno a algunos civiles que lo aceptaban, transformándose en cómplices. No bien estos civiles otorgaban nuevas elecciones ganaba el partido proscrito. Entonces los militares echaban a patadas a esos civiles y empezaba de nuevo la farsa.” Seamos insistentemente claros: obstinadas por excluir al peronismo de la vida institucional, las clases altas mantuvieron al país en situación de ilegalidad durante 18 años. A ver si entienden esto los señores que se adueñan de palabras que han pisoteado. Había otros caminos. En principio, el general Lonardi ya había dicho su célebre “Ni vencedores ni vencidos” no bien triunfó el movimiento sedicioso que encabezaba. Muchos sabían que el camino más racional era el de no proscribir al peronismo. Pero no. La trampa consistió en identificarlo con el nacionalsocialismo y —de este modo— así como los nazis estaban prohibidos en todos los lugares del mundo debía estar prohibido el peronismo en la Argentina. Esta ceguera pudo haber durado dos años, tres. Se eternizó. La Revolución Libertadora se denominó a sí misma (además de “Libertadora”) “gobierno provisional”. Su nombre completo era: “Gobierno Provisional de la Revolución Libertadora”. No, de ninguna manera. Seamos, otra vez, contundentemente claros: la “Revolución Libertadora” no sólo no fue un “gobierno provisional” sino que gobernó el país durante 18 años. ¿Está claro? *Tuvimos 18 años de “Revolución Libertadora”*. Todo se hizo según la ideología de la Revolución Libertadora. Si Aramburu fue quien desplazó a Lonardi para implantar el feroz antiperonismo que se adueñó largamente del país, su determinación de desperonizarlo se mantuvo inalterable. Ya sea para desperonizarlo como para evitar que se peronice. El Decreto 4161 nunca se derogó. Siempre estuvo vigente. La Argentina vivió 18 años bajo el imperio de ese decreto. Se pudo nombrar a Perón, de acuerdo. Pero el peronismo no podía ingresar al ámbito institucional. Si lo esencial del Decreto 4161 era expulsar al peronismo de la polis ese decreto duró 18 años. Además, el repugnante escamoteo del cadáver de Eva Perón se mantuvo inalterable. Todo esto lo determinaba el odio y el miedo. Evita en el país los hacía temblar. Las masas acudirían a cualquier lugar en que la enterraran y sería imposible contenerlas. Las masas —a esta altura de la Guerra Fría, de la Doctrina de la Seguridad Nacional— no sólo eran el peligro del “peronismo” sino el del camino al comunismo, ya que las masas para las clases altas y los militares son sinónimo de marxismo, de disolución, de peligro. ¿Hay alguna autocritica por esto? ¿Alguien ha pensado la violencia extrema que esto implicaba? Si José Claudio Escribano quiere creer que con la muerte de Aramburu “se abrió formalmente un largo período de violencia en la Argentina” puede creerlo. Pero está equivocado o miente o elabora el esquema ideológico que le permitirá defender los intereses que defiende. *La muerte de Aramburu no inaugura el período de violencia en la Argentina*. Lo inaugura, suponiendo que la violencia se inaugura en algún momento en lugar de haber estado siempre presente, el bom-

bardeo de 1955. Pero sobre todo: es la violencia institucional la que arroja a la juventud a la violencia. También a los obreros, a los sindicalistas, a los hombres del Cordobazo, del Rosariazo, del Mendozazo. ¿Cómo es posible pretender amordazar a un país por 18 años y que algo no estalle? ¿Cómo pudieron ser tan torpes, tan brutos, cómo pudieron odiar tanto, temer tanto, perseguir tanto? El Sistema de Exclusión del Peronismo (SEP) buscó mantenerse a cualquier precio. Se burló de todos y de todo. Tuvo miles de responsables. *Todos son cómplices*. Los que hicieron la Junta Coordinadora. Los que hicieron la Reforma Constitucional. Los “partidos del comisario” como la Unión Cívica Radical del Pueblo de Balbín. Alfredo Palacios y su porte de patriarca socialista. *Todos los protagonistas del SEP son cómplices de la tragedia a que se llegó. Ellos crearon la violencia*. Que yo sepa (y alguna vez hay que reconocerle algo a Sabato) fue Ernesto Sabato el único que denunció las torturas de la Libertadora. Todos los demás fueron cómplices del error demencial de la oligarquía terrateniente, del Ejército, de los grupos financieros que se fueron consolidando con la entrada del Fondo Monetario Internacional y la Iglesia. Básicamente los sectores que el tosco, torpe, pero sincero Roulet (dirigente agrario) señaló como los baluartes que en la Escuela le dijeron habían hecho el país. “Mi maestra me dijo que el país lo hicieron la Iglesia, el Ejército y el campo.” ¡Claro que sí! Eso se dice en la Escuela. *Esa es la educación argentina*. Eso se nos ha enseñado autoritariamente a todos. Una doctrina que atribuye la creación del “maravilloso” país en que vivimos a sus sectores dominantes. Esa educación —que tan abierta e ingenuamente denuncia el señor Roulet— es el resultado de un hecho de poder. Es la educación de los ganadores de las guerras civiles del siglo XIX. Todos creen que es “nuestra” educación. No lo es. Es la educación que diseñaron las clases altas para educarnos a todos según sus valores. *Si La razón de mi vida es un hecho educacional deleznable, no lo es más que la educación impuesta por la oligarquía*. ¿Por qué he tenido que leer *Juvenilía*, el libro de un tipo miserable como Miguel Cané que era un racista y que redactó la Ley de Residencia (para terror de los inmigrantes) a la que llamó “deliciosa ley de expulsión”? ¿Dónde estaría hoy Miguel Cané? Estaría en alguna de esas radios repulsivas que hablan del peligro de los inmigrantes, a los que llaman bolitas, brasucas, chilotes, yoruguas. Cané no es mejor que el señor Hadad y su equipo de xenófobos. Era, desde luego, un xenófobo. ¿Por qué tuvimos que leer ese libro? Porque narra la educación de los jóvenes de las clases altas en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Hasta los chicos de las provincias más empobrecidas tuvieron que enterarse de cómo se habían educado los señoritos de Buenos Aires, los que formarían la Generación del '80, “la que hizo el país”.

“JÓVENES BIENINTENCIONADOS”

Volvamos a la época del SEP. ¿Qué pretendía el país que iba a surgir de ese amordazamiento? ¿Por qué nadie pidió que se institucionalizara en serio el país? ¿Por qué no lo pidieron los iluminados de *Primera Plana*? Porque eran estúpidamente gorilas. Incapaces de ver que detrás de toda esa rusticidad que a ellos les repugnaba del peronismo había un pueblo, el pueblo pobre, que genuinamente esperaba a Perón. ¿Por qué la izquierda no pidió el blanqueo inmediato de la situación institucional? Porque también se había comido el verso del fascismo de Perón. Más aún: había sido central en su creación. Aun cuando Perón fuese fascista había que permitirle volver. ¿Cuántos fascistas había en la Argentina de los sesenta? ¿Cuántos hubo entre 1955 y 1973? ¿Por qué no los expulsaron a todos? ¿Onganía no era fascista? ¿Por qué se toleraban las dictaduras? ¿Por qué se aplaudió el golpe de Onganía? Bueno, señores: en medio de ese país ilegal, tramposo, dictatorial, prohibitivo, cavernícola, lleno de odio, idiotamente gorila, anticomunista según los valores de la Escuela de las Américas, o “marxista” y gorila como lo eran todas las revistas de nuestra elegante y culta izquierda que seguían la línea de *La Vanguardia* y veían en el peronismo a una manada de monos con navaja, en ese país de la revista *Sur*, en ese país que Onganía consagró a la Virgen, *en ese país aparecieron los “montoneros”*. Secues-

traron al tipo más lúcido en medio de esa caterva de descerebrados. Al que había entendido la única posibilidad que el país tenía para salir antes de hundirse en un baño de sangre. Terminar con el SEP. Reemplazar al Sistema de Exclusión del Peronismo por el Sistema de Inclusión del Peronismo. Al SEP por el SIP. Ese tipo era Aramburu. Firmenich cuenta que entre sus ropas, luego de matarlo, encontraron unos escritos. Lo dice en el célebre artículo que publica en 1974 en *La causa peronista*. Dice: “Después encontramos en el bolsillo de su saco lo que había estado escribiendo la noche del 31. Empezaba con un relato de su secuestro y terminaba con una exposición de su proyecto político. Describía a sus secuestradores como jóvenes peronistas bien intencionados pero equivocados. Eso confirmaba a su juicio, que si el país no tenía una salida institucional, el peronismo en pleno se volcaría a la lucha armada”. ¡Jóvenes peronistas bien intencionados! Están a punto de matarlo y dice que sus intenciones son buenas. Uno no sabe si esto es cierto. Lo cuenta Firmenich. Arrostito, que figura en el reportaje, niega luego esa participación. O sea, el que habla todo el tiempo es Firmenich. Hay algo notable. Aramburu sale de esa historia muy digno. Hasta uno se sorprende: ¿Tan inteligente era? ¿Tan tranquilo estuvo ante la muerte? Puede ser. Pero si dijo lo que Firmenich dijo que dijo. Si dijo: a) “Jóvenes peronistas bien intencionados”; b) “Pero equivocados”; c) Y si dijo que el país debía tener una salida institucional o todo el peronismo se volcaría a la lucha armada, esto bastaba para diferenciar a Aramburu de toda la Argentina Gorila. De aquí que se postulen tantas teorías sobre su muerte. En un país de imbéciles, ¿cómo no van a querer asesinar a un tipo inteligente? ¿Quién lo mató? Sin duda, los Montoneros. Pero habrían deseado hacerlo muchos otros. ¿Y si los Montoneros no lo hubieran matado? ¿Y si Aramburu lograba su salida institucional en diálogo con Perón? ¿Perón habría aceptado o sólo quería volver como “frutilla de la torta”, según me han dicho? Teniendo en cuenta lo horriblemente mal que salió todo, el costo altísimo en vidas humanas que tuvo, la sangre que corrió incontenible, el GAN de Aramburu y Perón, de darse, habría frenado la matanza. Perón volvía más joven. Aún la guerrilla no se había desarrollado tanto. La juventud



tampoco. En 1970 no querían el socialismo “para hoy”. Todo habría sido distinto. Mas, ¿quién puede saberlo? ¿Podría haber conseguido Aramburu —por medio de sus pactos con Perón y el Ejército— una salida electoral para 1971? De haber sido así se habría ahorrado miles, decenas de miles de muertes atroces. La historia NO es tal como sucedió. Siempre pudo ser de otro modo. Pero la torpeza gorila, el odio de clase, los militares y los empresarios y la Iglesia y los grandes medios de comunicación gestaron un país que sólo dio espacio para un grito de furia, un gesto extremo de rebeldía. Sólo dio espacio para el sótano de Timote.

No más que algunas pequeñas notas en torno de la “verosimilitud” de la nouvelle. Llamamos nouvelle a una novela breve, que se desarrolla como una novela, que incorpora sus leyes y se aleja del cuento en la



medida en que tiene pocas de sus características. Si el cuento recurre al recorte de una situación, o a una trama que no se resuelve o aun que no existe, o a la habitual sorpresa final (*el abuelo juntó kerosene durante un mes para quemarnos a todos, sus familiares, nosotros, apareció un día, nos vació un bidón encima y nos arrojó un fósforo, pero el abuelo estaba muy viejo, medio idiota ya, y no juntó kerosene, sino agua, cuando arrojó el fósforo todos reímos, todos lo humillamos, entonces enfureció, sacó un revólver que ignora dónde habría conseguido y nos llenó de balas en tanto carcajeaba demoníacamente con su boca desdentada, abuelo hijo de puta, quise decirle, pero no pude, ya estaba muerto*), que tiene mil formas posibles (*una mujer visita a un fotógrafo. “Sáqueme hermosa”, le dice, “atrape con su cámara el azul calmo de mis ojos, la tersura de mi piel, mis pezones rosados que ahora le muestro, ¿los ve?, ¿alguna vez vio algo así?, ¿quiere ver el misterio de mi ombligo?, ¿la magia de mi vello púbico?, ¿apresará el rojo sangre de mis labios?, ¿mis piernas largas, bien torneadas, perfectas? Espere, ahora se las muestro, apuesto a que nunca vio nada igual”, el fotógrafo, harto, seco, hirientemente, dice: “oiga, abuela, si quiere que saque la foto, quédese quieta, quiere”*), el cuento de la *sorpresa final* es el más clásico, los dos que narré, arreglados por mí, son de Humberto Costantini; *La noche boca arriba* de Cortázar es también un ejemplo del cuento sorpresa. Pero la nouvelle no busca la sorpresa. Busca una condensación de los hechos. Una economía de las palabras. Decirlo todo en una extensión moderada. Acaso golpear, sí, pero por su brevedad. Esa brevedad le da contundencia al relato. El lector *tiene* que decir: “Me la devoré”. *Timote* apuesta a eso. La escritura es breve. Frases cortas. Los adjetivos necesarios, pero no escatimados. Apenas señalar algunos rasgos físicos de los personajes. Los otros, que los ponga el lector.

El relato parte del secuestro de Aramburu. La ausencia de custodia lleva a la tesis de una colaboración de los Montoneros con Onganía. Es un disparate y está fundada en las hipótesis de dos personajes poco creíbles. Son dos loquitos de la Libertadora, que estuvo llena de loquitos. Uno es Aldo Luis Molinari, capitán de navío, subjefe de la Policía Federal que asumió la investigación de la Quema de Templos, Quema de la Bandera, Torturas y ¡el caso Duarte! Molinari publica *Aramburu, la verdad sobre su muerte*, un mamarracho que buscaba unir a los servicios de inteligencia de Onganía con los Montoneros. El otro es más loco, mucho más y más pintoresco. Es el famoso “Capitán Gandhi”. Decía llamarse Próspero Germán Fernández Alvaríño. Cuando, junto con Héctor Olivera, hice el guión del film *Ay Juancito*, basado en la vida de Juan Duarte, me di de narices con este personaje. Vivía obsesionado por demostrar que Juan Duarte, lejos de haberse suicidado,

había sido enviado a los cielos o al infierno por los sicarios de Perón.

Para hacerlo no tiene mejor idea que desenterrar el cadáver, cortar la cabeza y pasarse con ella por la Jefatura de Policía. Según informaciones que hemos recogido solía aparecerse por el Congreso Nacional para exhibir su trofeo. Un día lo llama a Cámpora, amigo de Duarte, y pone ante él una bandeja de plata con algo sobre ella pudorosamente cubierto por una enorme servilleta. “A ver, Cámpora, si recordás esta cara.”

Saca la tela y vemos la cabeza semiputrefacta de Juan Duarte. El Capitán Gandhi introduce un lápiz en un agujero de la calavera. “Este agujero, ¿se lo hicieron ustedes o él?” Cámpora apenas si puede hablar, pero Gandhi insiste: “Vamos, che, largá. ¿Lo suicidaron ustedes?” Cámpora se pone de pie y con firmeza dice: “Juancito era mi amigo. Se suicidó. Era el hermano de Evita. Nadie se habría atrevido a matarlo”. Este paranoico, este débil mental se encarga de investigar la muerte de Aramburu. Y elabora la teoría de la colaboración entre Onganía, Imaz y los Montoneros. Existe un excelente trabajo de Ernesto Salas, en la

revista *Lucha Armada*, que da por tierra con estas patrañas: “El falso enigma del ‘Caso Aramburu’”, año 1, Nº 2.

“LAS PAGÓ, JORGE”

Despejada esta cuestión nos concentramos en el viaje a Timote. Lo han planeado bien. Van por un camino más largo pero más seguro. Bonasso dice que le meten cloroformo. Pero no parece probable. Aramburu, desde el inicio, se porta como un caballero. Durante el viaje casi no hay diálogos. Llegan a Timote. Aquí, un inconveniente inesperado. Don Acébal, el capataz. He insistido en este personaje y acaso si emprendo una novela aparte de este ensayo lo haga más. Acébal, el capataz, es el hombre fiel. En toda estancia hay un Acébal. Ramus sabe cómo tratarlo. Firmenich se le acerca también. Ramus se lo tiene que quitar de encima. Le dice que se vaya al pueblo. Le da unos pesos. Más de los habituales. Acébal se sorprende. Tómese unos buenos tragos, Acébal. Podría haberle dicho: Quédese unos días por el pueblo. Fermín, el dueño del almacén, es su amigo, ¿no? Acébal asiente: claro que sí. Aquí tuve una tentación. Que Ramus o Firmenich, más osado, caradura, le sugiera que se busque una hembra. Pero creo que Acébal se habría ofendido. ¿Una hembra? Si hoy es viernes, Carlitos. Porque Acébal, a Ramus, lo tutea. Y le dice Carlitos porque lo conoce de pibe. Eso es así. Son las leyes de las estancias. ¿Cómo va a andar Acébal con una hembra en día viernes, que es laborable? Firmenich insiste: ellos tienen una reunión especial. No lo van a necesitar. Acébal se va. Hay, en el relato, una anotación: el único personaje realmente popular es expulsado de inmediato de la trama.

Entran. Le dicen que lo han secuestrado para someterlo a un Juicio Revolucionario. Por la muerte de Valle y los militantes populares. Por el escamoteo del cadáver de Eva.

Aquí, es el momento de plantearlo con toda crudeza, queremos responder a este interrogante. ¿La muerte de Aramburu fue un asesinato? Si lo fue, no fue un acto de la Justicia Popular, como sostienen los Montoneros y como sostuvo toda la militancia de la izquierda peronista. Fue un asesinato político. ¿Representaban los Montoneros al pueblo peronista? ¿Actuaban legítimamente en su nombre o no? Si no, fue un asesinato. Ahora analicemos la otra cara. ¿Recogían los Montoneros una corriente interna de la historia, un deseo del pueblo que se expresaba soterradamente pero no era por eso menos real? ¿Se encarnaron en él *expresándolo*? ¿Quería el pueblo la muerte de Aramburu? Si es así, tomaron una causa que latía en los socavones de la historia, la encarnaron y ejecutaron un acto justiciero, el acto que todo un pueblo deseaba. Lo realizaron además en medio de un régimen ilegal, ilegítimo, en medio de una dictadura represiva. Esto torna tan compleja la muerte de Aramburu. Lo de Rucci es un asesinato. Nadie quería la muerte de Rucci. Y muere en medio de una democracia. A dos días del triunfo aplastante de Perón en elecciones democráticas. Esto es fácil: asesinato y punto. Pero con Aramburu hay demasiados elementos en juego. Yo estoy en contra de la pena de muerte. Matar es malo. Pero el hombre mata desde el principio de los tiempos y sigue matando. No puedo atarme a un ideal y no ver la realidad. Que Aramburu SE GANÓ la muerte, de esto no caben dudas. Esto no quiere decir que debía o merecía morir. Sólo que hizo todo lo necesario para ponerse en la línea de fuego de los vengadores. Había despertado demasiados odios. Para colmo, su proyecto político de mediador lo ubica entre dos fuegos, en pleno fuego cruzado. No hay lugar más peligroso que el de los conciliadores. Si los bandos no quieren conciliarse, los conciliadores fastidian, estorban, están de más. Hay que matarlos. Hasta en esa encrucijada se había puesto Aramburu. *No había dejado una por hacer*.

Cuando lo matan, Jorge Antonio lo llama a Perón a Puerta de Hierro y le da la noticia. Seco, frío, duramente, Perón dice: “Las pagó, Jorge”. ¿Qué frase para una lápida!

Las posiciones de cada uno de los sujetos actuantes en la tragedia están expuestas en el relato. Fernando Abal le dice a su prisionero que él y la Argentina Gorila lo han hecho ser lo que es. Ustedes me inventaron. Soy lo que ustedes me hicieron ser. Esto es irrefutable. Hay, para validar el acto de Fernando, dos elementos centrales: esa generación *fue arrojada a la violencia* por la necedad del Estado Gorila, el que fundó Aramburu. La empecinada desperonización es Aramburu quien la inicia, para eso lo echó a Lonardi.

Su firma es la primera que aparece en el Decreto 4161. Cada uno es responsable de lo que hace. Y si el Monstruo del doctor Frankenstein se vuelve contra él y lo mata no es del Monstruo la culpa, sino del doctor alucinado que lo creó. El error, la ceguera, el odio clasista y racista del Estado Gorila es inaudito. ¿Qué podía surgir de ahí? La Argentina del Decreto 4161 se prolonga demasiado. ¿Prohibirle al candidato peronista asumir una gobernación que había ganado en libre juego democrático! Pero, ¿qué creían ser estos militares y los civiles que los apoyaban? Los dueños del país, desde luego. El peronismo había sido una derrota que castigarían severamente y que jamás volverían a padecer. Acaso deban pensar en esto los militantes de la izquierda. Por decirlo claramente, podemos decir mil cosas del peronismo y de Perón y de Evita, pero, por la conducta que asumieron las clases altas, la Iglesia y el Ejército, pareciera que *nadie* en nuestra historia les metió más hondamente un dedo en el culo que ellos. Y no nos vamos a arrepentir de esta expresión. Es nuestra. Pertenece a nuestra modalidad de habla y es impecablemente expresiva. El dedo en el culo es el dedo no querido. Es el dedo que agrede, que injuria, que viola. El primer peronismo es el único Gobierno de nuestra historia que mete ese dedo en el culo de la oligarquía. Tal vez, un poco, Rosas. Pero con menos determinación, con menos lucidez, por pura picardía de gaucho malo y rebelde. El peronismo los molestó mucho. No tanto como pedía Milcíades Peña, es cierto. Pero no sé si lo que pedía Milcíades habría sido posible. No se intentó y nunca lo vamos a saber. Sin embargo, la ofensa tuvo que ser muy grande para generar tanto odio. La injuria tuvo olor a pata de morochos insolentes, llevó a los cabecitas hacia la falta de sumisión a los patrones, les hizo alzar la cabeza. Hubo una violación de las reglas elementales a que la oligarquía estaba acostumbrada. El peronismo era grasa. Era ignorante. Era la zapatilla contra el libro. Por eso la FUBA se unió a la Argentina oligarca. Los comunistas de los teatros independientes. Sólo vieron la relación entre un coronel fascista y una manga de negros que no sabían nada. Brutos, ignorantes, manipulables “obreros sin experiencia sindical anterior”. Y el mal gusto. Y la Yegua, la Puta, la Trepadora.

EVITA, EL CHE Y HOLLYWOOD

Ahora Hollywood hace una película sobre el Che. La de Benicio del Toro. ¿Por qué los yanquis aceptan al Che y escupen sobre Evita? Porque el Che es un muchacho de buena familia. Un pibe urbano. Es hombre, no es mujer. No tiene un pasado sórdido. Si cogió, es un hombre y nada más natural ni estimulante que un hombre coja. Eso lo hace un macho. Si Evita cogió, es una puta. Si cogió para trepar, peor todavía. Es una mujer. Mujer que coge, mujer puta. Era populista y no marxista. El Che tiene tras de sí *Das Kapital*. Evita, los folletines baratos que se leían en las provincias hacia 1930. El Che se llama Guevara de la Serna. Tiene una familia. Es hijo legítimo. Tiene padre, madre. Es culto. Ha estudiado. Conoce la Universidad. Jugó al rugby. Evita es una bastarda. Hija ilegítima de un viajante de comercio pobretón. Se dice que en la casa de su madre funcionaba un burdel. Se rajó de Junín porque se acostó con el cantante Magaldi, apenas a los dieciséis años. El Che recorrió en moto América latina. Se emocionó en los leprosarios como el mismísimo profeta de Nazareth. Evita agredió, para trepar, a la lustrosa oligarquía argentina. El Che derrotó a un tirano sangriento, a un sargento bruto y bastante negrazo. Si le pulimos la ideología, si atenuamos sus rasgos antiimperialistas haremos de él lo que queremos hacer: un héroe, el símbolo del aventurero, del idealista. Total, ya no jode a nadie. A Evita que la haga Faye Dunaway, que aparezca bastante desnuda en el afiche y con una gorra militar en la cabeza. Se la sacó, para jugar, al teniente o al coronel con el que se acostó esa noche. Que la haga Madonna, que da puta, que da loca, que canta y se pone la mano entre las piernas. ¿Por qué esta diferencia? ¿Por qué el imperialismo se traga al marxista Guevara y escupe sobre la populista Eva? Por lo dicho. Evita es el insulto, la agresión, la falta de respeto. Porque Evita es el Otro. El Che es de la misma estirpe. Porque el Che es un muchacho de clase alta, de linaje, educado. Evita es una reá, una bastarda y una trepadora que usa el sexo para su

incesante ambición. Cada polvo, un escalón más. El Che muere en la lucha, agotándose, es el asma del que lo agota. Se lo ve en el piletón de Vallegrande, con los ojos abiertos, como si aún viviera, como si nunca fuera a morir porque es inmortal. Evita muere de cáncer y el cáncer lo tiene entre las piernas. Todo es sucio en ella, hasta eso. Evita les faltó el respeto. Más que el Che. Le añadió al odio el mal gusto y la bastardía y la mala vida.

Inaugura, ese primer peronismo, algo que no cesa. Que crece. Que no se puede frenar. El maldito país no se desperoniza. Perón maneja todo desde Madrid. No le van a dar nada. No van a tolerar que se venga con la nueva puta con que se juntó, esa cabaretera. Porque el tipo es un enfermo. Elige, como compañeras, a prostitutas. No puede volver. Además, ¿quiénes lo reclaman? Los negros. Que se jodan. Para eso son negros, son brutos, son ignorantes. No entienden nada. El demagogo les dio un par de cosas y lo han hecho un dios. De modo que dictaduras o gobiernos títeres. Y el que busque negociar con el tirano se va. Y ponemos a otro. Y al final nos ponemos nosotros. Pero la peste no cede. De pronto aparecen estos pibes. Chicos de nuestra clase. Católicos, cultos, educados. ¡Y son peronistas! ¿Cómo es posible? ¿No entienden que es por ellos que hacemos lo que hacemos? ¿Que queremos darles un país limpio, gobernado por doctores, por gente bien, por gente educada, blanca, no por negros de mierda, no por los sucios demagogos que los cortejan, que los conquistan porque los negros son brutos y cualquiera que les da un par de zapatos los tiene con él?

¿QUIÉN DELEGÓ EN USTEDES LA JUSTICIA POPULAR?

En ese país mentiroso, autoritario, antidemocrático, en ese país que prohibía películas, libros, todo lo que irritara a la Iglesia católica y a los grupos inquisitoriales católicos del poder, en ese país de militares, de cárceles, de persecuciones, de prohibiciones, creció Fernando Abal Medina. “Yo puedo contarte cosas abominables de Perón”, le dice Aramburu. “Yo crecí escuchando cosas abominables de Perón”, le dice Abal. Hacían exposiciones de autos suntuosos. De pieles suntuosas. De joyas faraónicas. Y decían: “Pertenecieron a Perón y a Evita”. “Soy lo que ustedes hicieron de mí”, dice Fernando Abal. “Soy el fruto perfecto de la Argentina Gorila. Ustedes me inventaron. Ahora, jódanse.” Aramburu entiende que le salió el tiro por la culata. Que su odio hizo de Perón un dios. Ahora es tarde. Estos muchachos saben lo que piensa el pueblo. Lo que piensa de Aramburu. Saben que lo odia. Saben que ha llegado el momento de llevar la lucha a los extremos. Porque no queda otra. Porque en América latina es la hora de la lucha armada. Del foco guevarista. De la guerrilla urbana. De todo lo que inauguró la Revolución Cubana. La idea de matar, en 1970, le era accesible a todo militante. La militancia era parte de una guerra. Era la guerra del pueblo para traer a su líder. La consigna *Perón vuelve* animaba todas las acciones. Les daba vida. Les otorgaba un sentido. Sólo eso hacía falta. “¿Vos por qué arriesgás tu vida? ¿Por el socialismo, por el comunismo, por la destrucción anarquista del Estado, por una verdadera democracia?” “No me jodas. Yo quiero traerlo a Perón. Como todos. Queremos que Perón vuelva. Después vemos.” Pocas consignas tuvieron tanta fuerza, tanto poder de unidad y, a la vez, tanta simpleza. “Perón Vuelve.” Si para las elecciones del '46, el poeta popular Zoilo Laguna decía “Sin asco a darle cruzao/ que en esta patria el destino/ ya tiene un nombre argentino/ ¡Perón y asunto arreglao!” El “Perón Vuelve” lo resumía todo. Vuelve Perón... y asunto arreglao.

Hay otra cuestión. Y la plantea Aramburu: ¿quién delegó en ustedes la justicia popular? ¿Por qué creen que encarnan la voluntad del pueblo? ¿Hicieron alguna asamblea? ¿Por qué creen pertenecer al pueblo si son apenas unos cuantos chicos católicos de buenas familias? Ningún revolucionario ha pertenecido a la clase por la que luchó. Las vanguardias lo son porque sus integrantes van más allá que el pueblo. A veces *demasiado*. A veces creen interpretar al pueblo y se equivocan. A veces giran en el vacío y dicen representar a un pueblo que no está o que los desconoce. Pero Fernando Abal sabe que el pueblo peronista odia a Aramburu. Pero, ¿quiere matarlo? La clase media argentina se caracteriza por una frase terrible. Siempre que ve algo que le disgusta (pon-

gamos: una manifestación del orgullo gay) dice esa frase: “Hay que matarlos a todos”. También lo dijo de los “subversivos”, muchos de los cuales pertenecían a su propia clase. Volvamos: ¿habría querido el pueblo peronista matar a Aramburu? ¿No hemos visto que es un pueblo pacífico, el pueblo del Welfare State? Hay una respuesta. La respuesta está en lo que hicieron al enterarse de la noticia: festejaron, bailaron, rieron, bebieron, fueron felices. El pueblo peronista no festejaba la *venganza* por lo de Valle. Esto había quedado atrás, en el olvido. Simplemente odiaban a Aramburu y sabían que era quien había derrocado y expulsado a Perón. La situación es compleja. Los Montoneros se montan sobre el odio genuino de las clases populares. Pero, ¿era ésa la única forma de castigar a Aramburu? ¿Matarlo en un sótano a menos de un metro de distancia? Pronto se estrenará el film de César D'Angiolillo *Gaby, la montonera*. Por primera vez, veladamente, con mucha cautela, a través de un ventanal, se ve la ejecución de Aramburu. Es dura de ver. Un hombre joven eleva una pistola y, a menos de un metro, le dispara a quemarropa un balazo a un hombre de edad, que cae de inmediato. Un amigo que veía conmigo el film dijo: “Si eso no es un asesinato...”. Se parece a la famosa foto en que un teniente de Saigón hace fuego apuntando a la cabeza de un vietcong, que cierra los ojos y ya está muerto en el momento en que la foto se toma. Otro dijo: “Qué pelotas tenía ese pibe, eh”. Otro: “Eso no es justicia popular. ¿Quién les había delegado la justicia popular?” Otro dijo algo patético y tristemente gracioso: “¿Y qué querés que hicieran? ¿Qué recorrieran los barrios y las villas preguntando en cada casa: ‘Perdón, señora, usted quiere o no quiere que matemos a Aramburu?’”.

Al final de este trabajo trataré de esbozar una teoría de la violencia. Yo detesto la violencia. Desde pibe. En mi barrio vivíamos agarrándonos a las piñas. Yo aceptaba eso como un modo de pertenecer al grupo barrial, de no quedarme solo. Porque después jugábamos al fútbol o íbamos al cine. Pero ya odiaba la violencia. Y odiaba sentirla en mí. Todos llevamos dentro a la violencia. Nadie puede decir si será capaz o no de matar a otro. Nadie. Dependerá siempre de las circunstancias. Asomarse a la propia violencia es un ejercicio temible. Aterra imaginar lo que podríamos ser capaces de hacer.

Años después, cuando revientan la lancha de Villar (el sanguinario policia que Perón pone al frente de la Federal) los Montos pintan: “Villar, justicia popular”. No es lo mismo. Eso es un asesinato planeado con un talento en el que se ve la mano del Profesor Neurus, de Walsh. O no: sólo lo supongo. Pero lo de Aramburu es distinto. Como sea, debo decir que todo acto que implique matar a un ser humano es un asesinato. Que los Montoneros no tenían nada que ver con la clase social cuya justicia dicen asumir. Que esto no importa. Ni Rosa Luxemburgo, ni Lenin, ni Trotsky, ni Marx y mucho menos Engels eran proletarios. Que los Montoneros se montan sobre un largo proceso histórico que Aramburu había iniciado y que acabó devorándose. Que podría defender con mil argumentos la muerte de Rucci fue un alevoso asesinato. Que no tengo tantos argumentos con Aramburu. Que tengo más comprensión por esos muchachos arrojados a la violencia por el régimen de la Argentina autoritaria que por los que siguieron con la violencia luego del 11 de marzo. De éstos, nada. Todo lo que se haya hecho después de esa fecha fue ilegal, antipopular. Que es tan complejo el caso Aramburu que puedo y debo decir que fue un asesinato y puedo y debo decir que fue un acto de violencia largamente trabajado por la historia. Que no tengo una respuesta contundente. Que no puedo tenerla porque el hecho está supremamente sobre-determinado. Que sé que esa muerte, la de Aramburu, es el disparador de la furia vengativa de los militares procesistas. Que, en ese sentido, la detesto por el mal que causó. Que la violencia fue trágica en la Argentina. Que ese camino sólo llevó a justificar la masacre del Proceso y no consiguió nada importante. Que costó demasiado. Que su precio fue altísimo. Desde este punto de vista, no tengo dudas: ojalá Fernando Abal Medina no hubiese hecho fuego en el escueto sótano de la estancia La Celma, en Timote.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

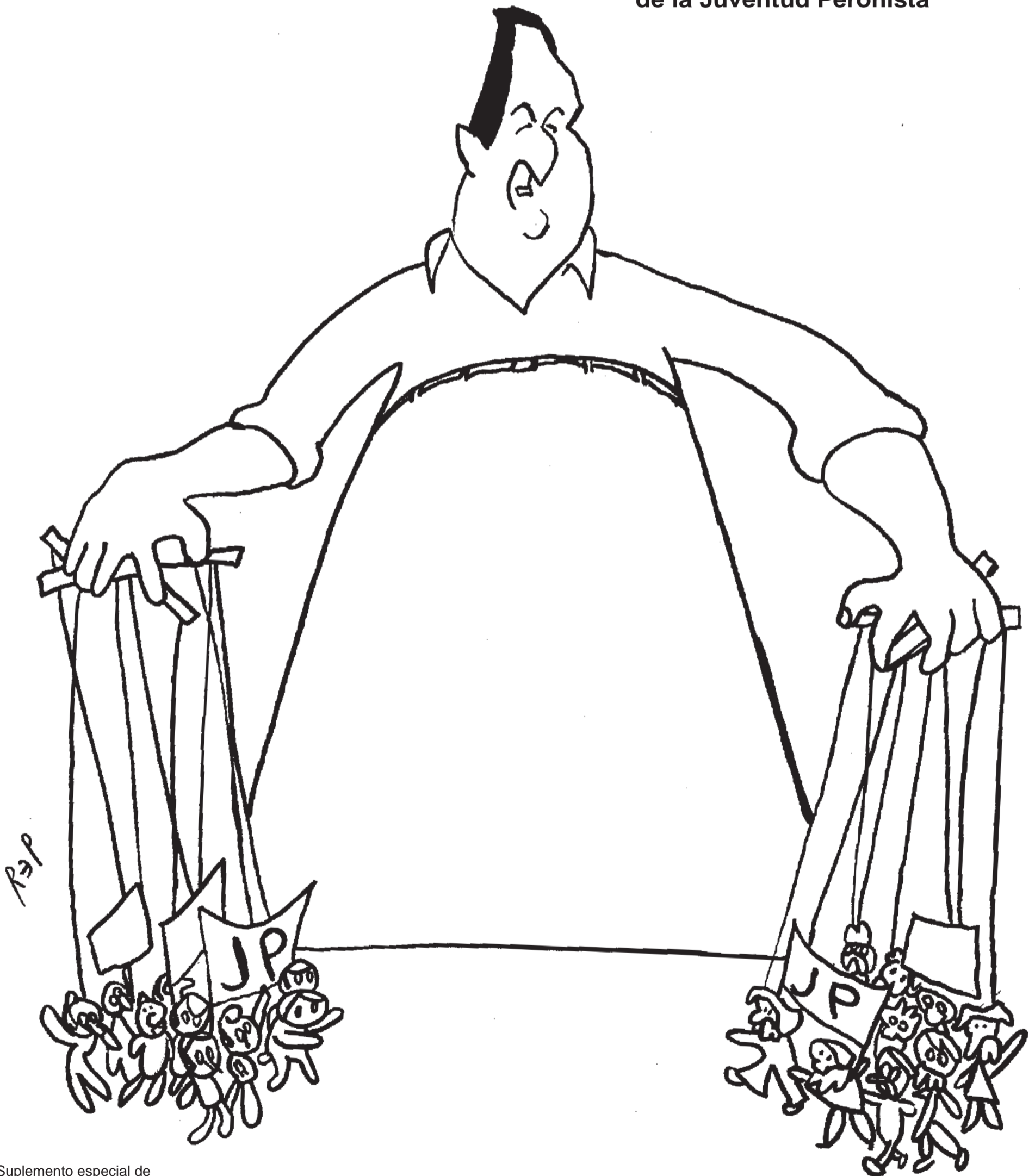
Las dos
vertientes
de la Juventud
Peronista

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

52 Las dos vertientes
de la Juventud Peronista



LOS CHICOS DE TACUARA Y LA VIOLENCIA CATÓLICA

Los que andamos por los sesenta y hasta un cachito más solemos recordar muchas cosas. No sé quién anda vaticinando que hoy la expectativa de vida es hasta los qué sé y cuántos años, pero juro que a lo largo de estos seis u ocho meses esa aseveración se me ha vuelto cuestionable. Del modo que sea, todos sabemos que la Huesuda es implacable y que, en algún momento, tendremos que discutir con ella. Discusión que es absurda porque Ella suele ganarla con el simple trámite de matarnos. Nada de pedirle unos años más. De reprocharle que su decisión de retirarnos del show ha sido prematura. Que aún teníamos muchos planes. Que todos nos decían: “¡Estás hecho un pibe!” No. Cuando la Huesuda te dice: “Vení”, lo mejor es que vayas. Te tocó y te jodés. Pero durante estos meses se ha empeñado en aumentar nuestra soledad quitándonos la cercanía cálida de algunos amigos sólo por la arbitraria decisión de hacerlos crepar, manía que Ella tiene y en la que se especializa. De aquí que en amables reuniones con amigos que aún andan por aquí surge con frecuencia el tema de los viejos tiempos. Cuando éramos jóvenes y de la Huesuda nada sabíamos o se llevaba a otra gente: a viejos de mierda, por ejemplo, que ya habían vivido lo suyo y nada habían dejado que justificara su paso por el mundo. Cuando hablamos del pasado suele aparecer el recuerdo de los años escolares. De la primaria. De la secundaria. La otra vez alguien largó una pregunta:

—¿Se acuerdan de Tacuara?

—Eran jodidos esos tipos. Yo les tenía un cagazo que ni te cuento.

Alguien, que la tiene más clara, dice:

—Siempre me asombró algo. Tenían nuestra edad pero tenían una ideología construida. Tenían formación. Parecían mayores que nosotros.

Unánime: todos les tenían miedo a los militantes de Tacuara. Eran, en rigor, un grupo de choque ultracatólico. Tenían el estilo de las pandillas nazis que asolaban Berlín y otras ciudades de Alemania hacia 1931. Tuve una cercana relación con esos muchachos. La vida me puso en un lugar que me permitió verlos surgir y padecerlos. En 1957 yo me reunía con unos amigos en la Plaza Castelli de Belgrano R. Estaba en segundo año del bachillerato. A esa edad era un perfecto boludo. Quiero decir: era un pibe. Leía revistas de historietas y —por esas marcas tempranas de la vida— leía a Kafka y escribía. Pero de Kafka entendía poco y escribía sobre cowboys y piratas y hasta sobre gauchos. Con los pibes que se reunían en la plaza empezamos a organizar algunas fiestas. Eran en la casa de un chico que —sólo recuerdo esto— se llamaba David. Pero vivía en un quinto piso de Conde y Echeverría y era un amplio, muy lindo departamento. Los padres se lo cedían siempre que se armaba una festita. Ahí estaba yo: empezando una adolescencia normal. La adolescencia de los años cincuenta. Fiestitas, bailar, alguna noviecita. Me gustaba una piba. Cristina, se llamaba. David era judío. Pero esto no parecía preocuparle a nadie. La mayoría de los pibes de la Plaza Castelli eran tíbilmente antisemitas. Cosas que les habían dicho los padres. Las de siempre: que los judíos habían “matado a Dios”. Pero no pasaba nada. Además, acudiendo a mis dotes de temprano charlatán, yo les había aclarado que mi vieja era católica y eso te hace católico y que yo era católico y que no me jodieran más. *Hasta que llegaron los Tacuara.*

Tendrían dos años más que nosotros. En seguida fascinaron a todos. David, solito, dejó de aparecer. Creo que un tacuara le dio una piña. Algo así. Metían tanto miedo que el poseedor del hermoso departamento donde hacíamos nuestras fiestas desapareció. Nunca más las fiestas. Pero mis otros amigos no lo lamentaron. Rodeaban a los tacuaras y escuchaban sus historias. Hablo de 1957, eh. Recién aparecían. Había dos hermanos que estaban cerca de lo siniestro o tal vez más allá. Eran adecuadamente rubios y sonreían amenazadoramente. Yo, en seguida, les largué el asunto de mamá católica y yo católico y no me jodan. Me aceptaron. Pero con pocas ganas.

Se sentaban en los bancos verdes de la plaza y nosotros los rodeábamos. No recuerdo todo lo que nos hacía saber, el mundo del que nos llevaban a participar. No recuerdo nombres. Lamento eso. Pero hablaban de sus reuniones. Se reunían a menudo en un caserón de no sé dónde. En ellas un cura les hablaba. Y después un historiador los sumergía en los torrentes deslumbrantes del Tercer Reich. Hablaban de Hitler como de Dios. Y después pasaban a Rosas. Y después a los judíos. Terminaban cada encuentro rindiendo un homenaje a dos

caídos de la organización. Decían sus nombres y alzaban la mano al estilo nazi. No pude escuchar muchas otras cosas. Todas eran parecidas. Algunas incluían algún ataque a una sinagoga o la paliza a un judío. Hablaban de la patria. De su gran defensor: Rosas. Y de uno que otro tema. Llevaban la estrella federal en la solapa. Y cruces.

Cierto día aparezo por la plaza y uno de los dos rubios se me acerca. Después vi esa cara en muchas películas. Es la del nazi perverso que se ríe porque sabe que te va a reventar. La risa tiene un toque de locura y otro de crueldad. Una crueldad que, aunque aún no ejercida, el tipo ya la disfruta por anticipado, con sólo pensar en ella, con sólo planearla. El rubio me dice: “¿Qué hacés, Fainman?”. Nadie, jamás, había pronunciado así mi apellido. No hasta 1957 al menos. Pero decir “Fainman” y decir “judío de mierda, no nos tragamos más la historia de tu vieja católica o no nos interesa porque con ese apellido vos, para nosotros, sos una rata semita” era lo mismo. Me di vuelta y me fui. Ahí dejé para siempre un posible camino que pudo tener mi adolescencia. Ahí quedaron las fiestas en lo de David. Los bailes. Cristina. Nunca supe bailar bien. Siempre fui un tronco. Con Cristina hubiera aprendido. Como la vida siempre te abre puertas me metí por otro camino y sobreviví. Pero hubiera preferido el anterior. Además, era la primera vez (y creo que acaso fue la única o también, y esto es importante, creo que luego supe defenderme y hasta dejar en ridículo al facho de turno) que sentí que era ser un desplazado, un marginado. No un judío. Pero *también* un judío. Porque hay pocas cosas más difíciles que defenderte de algo que no sos, que no sentís. Bueno, este es otro tema. En alguna novela lo debo haber narrado. Pero pensemos en David. El estaba contento. Nos daba su casa. Quería ser nuestro amigo. Hacer las fiestas. De pronto, los nazis.

En los colegios la cosa era peor aún. En el Roca de Belgrano. Aquí eran una peste. En el Sarmiento. No tanto en el Manuel Belgrano. Casi nada en el Avellaneda. Y mucho en el Nacional Buenos Aires. En Derecho, más tarde, se adueñaron del sindicato y, sé que conté esto que, además, es muy conocido, una noche entraron al comedor y cagaron a cadenasos a todos. Judíos o no judíos. Como locos, gritaban: “¡Vivan los generales Valle, Tanco y Cogorno!”. Una chica murió baleada. Porque sí nomás. Porque a algún canalla tacuarita, a algún chico malo católico nacionalista, se le ocurrió practicar tiro.

Se discute o se oculta el origen tacuara de algunos montoneros. Pero cuando se anda tan cerca de algo la cercanía se torna peligrosa. Hubo una evolución. Pero habrá que ver si en todos. La semejanza de símbolos es total. Entre la tacuara, que era el arma primitiva y más pura de combate de la montonera gaucha, y la elección, sumamente correcta, del nombre Montoneros para expresar la continuidad de una lucha popular que viene de lejos y que estuvo encarnada, en el siglo XIX, por el federalismo del Interior, por sus caudillos y sus masas, y una actual que prolonga esa guerra que los gauchos perdieron, hay una simetría impecable. Aquí es donde se notan las lecturas que hicieron los pibes tacuaras ya en los cincuenta. Los pandilleros que aparecieron por la plaza Castelli en 1957 ya tenían las cosas claras. Pero no por Jauretche, ni por Jorge Abelardo Ramos ni aun por José María Rosa. Ellos habían leído a los hermanos Irazusta, la biografía de Rosas de Carlos Iburguren, la de Manuel Gálvez y *La unidad nacional* de Ricardo Font Ezcurra. De aquí les venía la unión entre el rosismo y el catolicismo. Luego, el siniestro padre Julio Menvielle, que estaba bastante chiflado, hizo lo suyo.

La acción más importante de los Tacuara, la que los lleva al conocimiento público, es decir, el de aquellos a quienes aún no habían reventado a cadenasos en algún lugar de la ciudad, dado que los otros jamás podrían olvidarlos, es el célebre asalto al Policlínico Bancario, que hasta mereció que se filmara una película, bastante rigurosa, con Alfredo Alcón y Mirtha Legrand. Pero antes me permitiré redondear algo. Para ellos, lo “militar” era tan importante como lo “católico”. Y esto lo habían encontrado de modo espléndido en la figura de Juan Manuel de Rosas. La biografía que más frecuentaron fue la del fascista Carlos Iburguren, hombre del gobierno de Uruburu entre muchas otras cosas (*Nota*: El libro en que Iburguren desarrolla casi mejor que el propio Duce la ideología del fascismo es *La inquietud de esta bora*. De 1934. Debiera reeditarse.) Don Carlos inicia su biografía de Rosas, coherentemente, narrando su nacimiento. Al hacerlo, expresa la inefable, sublime unión que se da entre el catolicismo y lo militar: no bien “el párvulo” echa a llorar su padre corre al cuartel

en busca del capellán de su batallón “para que bautizara en seguida al recién nacido. Como estuviera ausente su capellán, y nadie diera razón de él en ese momento, llamó al del batallón tercero, doctor Pantaleón de Rivarola. El teniente pensaba que el vástago de un Ortiz de Rozas debía, el primer día de su vida, ser ungido a la vez católico y militar, y por ello empeñose en que fuera castrense el sacerdote que pusiera óleo y crisma a la criatura” (Carlos Iburguren, *Juan Manuel de Rosas, su vida, su drama, su tiempo*, Ediciones Theoría, Buenos Aires, 1972, p. 7. En la portadilla, la editorial —que editaba autores de la derecha nacionalista aunque también al siempre querible Fermín Chávez— describe a Iburguren como sigue: “Católico por bautismo y militancia, dio ejemplo de vida familiar, amó a su prójimo y siempre prestó testimonio de su fe”. Amén.)

No es complejo descifrar el andamiaje ideológico de los muchachos tacuaristas. Era elemental. Hay un solo aspecto sobre el que me propongo detenerme: la violencia. Estaban dotados para la violencia. Durante la presidencia de Frondizi se desata el conflicto entre la “laica” y la “libre”. La “laica” era la educación liberal, no religiosa. La “libre” era la de los colegios religiosos. La de los chicos chupacirios. Surgieron luchas muy duras en



UN JOVEN JDP EN LAS HUESTES DEL URIBURISMO
(LA JU)

distintas geografías de la ciudad. La izquierda, los comunistas, defendía la “laica”. Los tacuaristas, la “libre”. Acusaban a comunistas, judíos y masones de querer borrar la identidad católica e hispánica de la nación. No había un solo judío que peleara por la “libre”. Todos estaban con la “laica”. De modo que fue fácil para los tacuara identificar a la “laica” con el judaísmo. Hubo muchas piñas, cadenasos, insultos entre “fachos” y “judíos bolches”. Para los tacuaras todo era claro: el judaísmo internacional, el sionismo, tenía que borrar la identidad de la nación para apropiarse de ella. ¿Cómo no iba a proponer alejar a la religión de los planes educativos, de las escuelas, de los colegios, cómo no iba a agredir a los colegios religiosos? Se ponían unos brazaletes verdes y salían a dar palos. (Años después, otros fachos, los de la Juventud Sindical, organizados por los sindicatos en 1973, también se identificarían por el color verde y se les diría “los verdes”.) Joe Baxter andaba metido en todas esas bataholas. Cierta vez, en febrero de 1960, llega Ike Eisenhower a la Argentina. Lo previsible: Tacuara y también la izquierda salen a repudiar al embajador del imperialismo yanqui. Luego, en la cárcel de Las Heras, Baxter conoce a Guillermo Patricio Kelly. ¿Qué momento! Como le dijo Gatica al

general: “Dos potencias se saludan”. En fin, no tanto. Los que aquí se saludan son, más bien, dos piantados descomunales, dos aventureros que irían de lo risible a lo abiertamente ridículo. Uno (Rambo Kelly) duraría más que el otro, mucho. Pero, ahora, en Las Heras, están juntos. Baxter le habla pestes de los judíos, del sionismo como agente del imperialismo anglo-yanqui internacional. Kelly, que había sido el líder de la Alianza Libertadora Nacionalista, y que, créase o no, era más vivo que Baxter, le dice que no, que no es así. Baxter no lo puede creer. Kelly, sin más, le dice que el sionismo no es un agente del imperialismo. Ya se había apartado del racismo retrógrado que practicaban los tacuaristas. (Ver: Daniel Gutman, *Tacuara, historia de la primera guerrilla argentina*, Vergara, Buenos Aires, 2003, p. 83.)

Pero era difícil que los tacuaras pudieran hacer algo así fácilmente. Su maestro había sido Julio Menvielle. No dudó de que el cura que mencionaban los tempranos tacuaras que aparecieron en la plaza Castelli era justamente este personaje penoso pero siniestro. No hay que olvidar que esta clase de tipos dio muchas lecciones a las Fuerzas Armadas de este país; no es casual que durante la represión del Proceso del '76 el ensañamiento con el judío fuera particularmente intenso. Como

paradoja (y es sólo una anotación momentánea) digamos que muchos de los jóvenes peronistas de origen judío a los que torturaban creían más que ellos y con más fundamentos y convicciones que el sionismo era agente del imperialismo yanqui y que Israel era el enclave de Occidente en Oriente medio. Eran los judíos de la JP. Sobre ellos volveremos en detalle. Volvamos a Menvielle. Fue el que tempranamente formó a los tacuaristas. ¿Qué pensaba este tipo?

En Independencia y Salta había un convento. Era viejo, de aspecto austero. Hacía él iba Ezcurra Uruburu, jefe de los Tacuara, y junto con él los tacuaristas. Suena bien Ezcurra Uruburu como apellido de un jefe tacuarista. Ezcurra remite a la feroz mujer de Juan Manuel de Rosas, Encarnación Ezcurra, que le organiza a Rosas la “revolución de los restauradores” de 1834, algo así como el 17 de octubre de Rosas que habrá de llevarlo hacia su segundo gobierno, el de 1835, el de las facultades extraordinarias, el de la Ley de Aduanas, el de la Mazorca, el del bloqueo del Almirante Leblanc en 1838, el de la invasión de Lavalle en 1840, el de la Vuelta de Obligado, el del levantamiento de Urquiza y la batalla de Caseros en 1852. Y Uruburu remite al jefe del golpe fascista de 1930, con Lugones como ideólogo

y Lugones hijo con la picana eléctrica para ejemplificar a qué tipo de espada se refería su padre cuando decía que su hora había llegado.

En el convento de Independencia y Salta había una Casa de Ejercicios Espirituales. Aquí “los recibía el más importante teórico del antisemitismo que existió en la Argentina: el presbítero Julio Menvielle. Doctor en Filosofía y teología, Menvielle escribió en la mayoría de las revistas nacionalistas y escribió numerosos libros donde repudió la democracia, el liberalismo, el comunismo y el judaísmo. El se convertiría en un referente central de los primeros años de Tacuara” (Gutman, *Ibid.*, p. 60). La amistad entre Ezcurra y Menvielle era estrecha. Compartían una cosmovisión, que el segundo, sobre todo, se había encargado de explicitar. Hay un libro del cura energúmeno (que, sin embargo, fascinó a estos muchachos destinados a mejores cosas) llamado *El judío en el misterio de la historia*. Todo antisemita es un paranoico: ve judíos por todos lados. También hay judíos que ven antisemitas por todos lados y más si alguien les reprocha las políticas belicistas y represivas del artillado Estado de Israel. ¿Qué verán muchos en Daniel Barenboim: ¿un gran músico o un hombre al servicio del terrorismo? Pero Menvielle era un bicho detestable. Un enfermo. Pensemos en el título de esa obra. Por un lado: el judío. Por el otro: el misterio de la historia. ¿Dónde está el judío? *En el misterio de la historia*. En su centro. Es su matriz explicativa. Es tal el odio por el objeto abominado que se termina por hacerlo el factor fundamental de la historia humana. Menvielle, que también era escuchado por los jóvenes tacuaristas en las charlas de la librería Huemul, les explicaba su teoría de la historia. Paganos, judíos, musulmanes y cristianos se estaban disputando desde hacía siglos el dominio del mundo. Otras civilizaciones no contaban en el desarrollo de la humanidad. Así, por ejemplo, los africanos “serán un pueblo pero siempre un pueblo inferior, disminuido, siempre a remolque de otros pueblos”. (Muchas influencias de Hegel en esto. Aunque también de Alfred Rosenberg, que decía que Francia terminaría por ser un atolón de África gobernado por judíos, JPF.) “En cuanto a los que sí movían el mundo, Menvielle tenía la esperanza de que paganos y musulmanes pasaran al mundo de los cristianos. Estos afrontarían la lucha ‘irreductible y decisiva’ contra los judíos, de quienes no sólo los separaba la religión sino también ‘concepciones opuestas en política, en economía y en todos los aspectos de la vida’. En ese contexto debe entenderse el comentario que escribió Menvielle en 1949, acerca de la creación del Estado de Israel un año antes: ‘Los planes milenarios de un universo dominado por los judíos parecieran en vías de firme cumplimiento’ (...). Muchas de esas concepciones de la historia, de la política y de la vida fueron incorporadas por los tacuaristas en el convento de la avenida Independencia” (Gutman, *Ibid.*, ps. 60/61).

JOSÉ LUIS NELL, DEL POLICLÍNICO BANCARIO AL SUICIDIO

En esa cárcel de Las Heras en que Guillermo Patricio Kelly le dijo a Joe Baxter que no odiaba al sionismo, también estaba otro personaje que habría de ser importante en la JP que provino de Tacuara. Se crió en el barrio de Flores. Tiene 15 años cuando su madre resulta herida en los bombardeos de Plaza de Mayo. Esto, desde luego, habrá de ser decisivo en las elecciones que tomará en su vida. Una vida excesivamente desdichada. Vale decir: injustamente desdichada. Se trata de José Luis Nell, “que como muchos tacuaristas había estudiado en un colegio de curas, se había incorporado a la UNES en 1958, cuando Tacuara todavía estaba en su etapa embrionaria” (Gutman, *Ibid.*, p. 83). Veán qué temprano me los encontré yo en la plaza Castelli, a los 14 años, en 1957. Los que conocí, aunque Tacuara estuviera en su etapa embrionaria, no eran embrionarios para nada. Tenían todo claro. Sobre todo lo que siempre me desagradó, o para ser más claro: me repugnó, de Tacuara: el matonismo, la violencia, la violencia de las cadenas y las manoplas al modo de las SA de Röhm en las calles de Berlín reventando bolcheviques y judíos. Pero José Luis Nell es un caso excepcional de cambio político-ideológico. Es posible (y lo es) que, luego de la caída de Perón, la juventud argentina —o un importante sector de ella— no tuviera otra salida para expresar su rechazo al régimen que la violencia de ultraderecha. Es posible. El caso es que así se dio. Estos jóvenes empezaron su rechazo a lo establecido por medio del odio fascista. Cierto es que hay que engañarse mucho para creer que el odio fascista implica un rechazo a lo establecido. Creo que les fascinaba la violencia,

que el catolicismo los entregaba en manos de curas siniestros y, también, en manos del racismo antisemita (*Los judíos mataron a Dios*). La fascinación por la violencia conllevaba una pasión por las armas que *la mayoría jamás habría de abandonar*. Y no menos cierto es que existía en la mayoría de ellos un factor de clase que los hacía sentir especiales: pertenecían, en general, a familias pudientes, los dueños de la tierra y de la patria.

La aparición espectacular de Tacuara, el que es considerado como “el primer operativo urbano de la guerrilla argentina”, es el *Operativo Rosaura*. Sigo, centralmente, el relato de Gutman y también el de Alejandra Dandan y Silvina Heguy en su biografía de Joe Baxter. También el film de Luis Barone (*Los malditos caminos*) y el primero de todos: el de Fernando Ayala, *Con gusto a rabia*. El “Operativo Rosaura” (al que se le pone así por la conocida novela de Marco Denevi *Rosaura a las diez*) se lleva a cabo el 29 de agosto de 1963. Es un día desafortunado. Al menos para dos personas.

La noche anterior, Nell y dos de sus compañeros estaban cambiando la chapa de uno de los autos que utilizarían en el asalto cuando aparece un patrullero de la Federal. Suben al auto y huyen a alta velocidad. Tal como en una de tiros. Van en un Valiant. Desde él, uno de los hombres de Nell, Duaihy, “bajó los siete tiros del cargador de una 45 y logró frenar al coche de la Policía, pinchándole una de las gomas delanteras. Sin embargo, Nell, que manejaba, no pudo controlar el volante, chocó contra un auto estacionado y los tres tuvieron que escapar corriendo” (Gutman, *Ibid.*, p. 175).

Al día siguiente: el “Operativo Rosaura”. Nell y dos más van de guardapolvo blanco. “Todos estaban armados con pistolas 45, menos uno: Nell cargaba una ametralladora PAM, robada un tiempo atrás en el Tiro Federal” (Gutman, *Ibid.*, p. 175). También los Montoneros habían robado en el Tiro Federal las armas que atesoraban en el sótano de Timote, donde mataron a Aramburu. El “Operativo Rosaura” es complejo de describir. Esto da una imagen de la ambición que lo animaba. Nunca se había visto un operativo así. Esto asombró a la prensa cuando dio la noticia del hecho. Pero todo se desarrollaba tranquilamente, con precisión, hasta que ocurrió lo inesperado: “De pronto, una voz grave y potente, de estilo militar, paralizó a todos. ‘¡Alto!’, gritó José Luis Nell, que había bajado de la ambulancia y se acercaba. Había emergido detrás de un pequeño arbusto. Un pañuelo de colores le cubría la cara, mientras los apuntaba con la ametralladora (...). A los que estaban en la playa de estacionamiento y a los que escucharon desde sus habitaciones, esa única palabra de José Luis Nell les pareció capaz de paralizar al mundo entero (...). La forma en que los hechos se desarrollaron a partir de entonces esconde una circunstancia que nunca fue aclarada. El sargento Martínez era el único que estaba armado de todas las personas que Nell tenía enfrente. ¿Hizo un movimiento de uno de sus brazos como para sacar la pistola de su cinturón? El policía juraría que no. Nell, y también Rossi, asegurarían que sí” (Gutman, *Ibid.*, p. 178). Es evidente que el policía no movió una sola de sus manos. Nell lo tenía cubierto con una PAM. El tipo no era un suicida. Y aunque hubiera hecho un movimiento, ¿necesitaba Nell descargar su ráfaga de ametralladora? ¿No pudo decirle “Quietos o te quemamos”, “Quietos o sos boleta” o simplemente “Quietos, boludos”? No, lo que hizo fue descargar casi sin ton ni son su PAM. Causó estragos. Dos muertos y varios heridos. Disparó porque sus nervios estaban alterados. No bien vio algo que le pareció raro usó su PAM. Se llevaron la guita. “La ambulancia voló por la avenida Gaona hacia el lado de Flores, haciendo sonar la sirena” (Gutman, *Ibid.*, p. 179). Se rajaron. Se alzaron con 14.000.000 de pesos. Todo un éxito. En el Policlínico el panorama era distinto: “Nelly Culasso y Bóvolo sólo tenían heridas menores en los brazos y el sargento Martínez sería operado en el mismo Policlínico para sacarle una bala del hombro”.

“A otros les había ido peor.

“Cogo, el chofer, había recibido un tiro a la altura de la tetilla izquierda, prácticamente en el corazón. Murió instantáneamente. Morel, el ordenanza-quinielero, había sido alcanzado por un balazo en la espalda, que le dejó un orificio de salida en el centro del pecho. Apenas alcanzaron a recibirlo en la guardia cuando falleció” (Gutman, *Ibid.*, p. 180).

El “Operativo Rosaura” tuvo tal impacto que de movida se llevó al cine. A Nell se lo describe como “un muchacho provinciano, miembro de un grupo terrorista de ultraderecha”. Es Alfredo Alcón. Peinado a la gomina, siempre de malhumor y rasgando una guitarra. Canta el muchacho. Canta folclore. Los que hicieron la

película estaban bien documentados. Tacuara surge junto con un revival del folclore. Los chicos malos de las familias de guita se reúnen entre ellos y cantan sambas, chacareras, vidalitas. Hay una samba que cantan mucho. Doy fe. Estuve en una reunión y apareció un guapito de estos. Perfecta cara de malo, peinado a la gomina, brillante. Trajeado y con guitarra. Ahora que lo recuerdo: les había perdido el miedo. Esto ya sería por 1962 y en 5 años un muchacho crece mucho. Me parecían patéticos, rufianes, compadritos de clase alta. Fachos que encarnaban hoy a los pendencieros de la Liga Patriótica, a los niños bien de Manuel Carlés. El caso es que el tipo cantó *El indio poeta*. “Ha muerto el indio poeta / silencio le hacen los cerros”. O “los cerros lo están velando”. Alguna huevada más y por fin: “Lloran los saucos su muerte”. Era patético: sus antecesores habían liquidado a todos los indios. Un genocidio al que David Viñas habría de llamar “la Segunda Conquista de América”, pero los tacuaristas le cantaban al “indio poeta”. Coherente: era el único indio al que Roca habría aceptado. Un indio poeta, un indio inofensivo. No el indio de los malones. A ése, leña. De esos no quedo casi ni uno. “Indios poetas” nadie sabe si existieron, pero los patronos les cantaban canciones.

El film de Fernando Ayala está tan bien documentado que Luis Barone lo utiliza para ilustrar el asalto al Policlínico. Si es así, entonces ahí está Nell ametrallando como un tarabana, como un principiante aturdido, a los que se le presenten, a los que estén a tiro, a cualquiera, a todos. Barone sigue el recorrido de la vida de Nell. Que es detenido pero logra fugarse del Palacio de Tribunales. Conoce a Carlos Mugica. Luego viaja a China, a entrenarse militarmente. Apenas si anda por los 25 años. Vuelve por Montevideo, se entremete con los Tupamaros. Cae preso y lo guardan en el penal de Punta Carreta. En 1972 coprotagoniza la fabulosa fuga de los Tupamaros. Ciento once presos cavan túneles. Y se escapan. Los ejércitos se escandalizan. Alicia Eguren, en *Nuevo Hombre*, que dirige Silvio Frondizi, escribe: “Nada es imposible para la guerrilla urbana”. Nell se incorpora a Montoneros. Se enamora de Lucía Cullen, que había estado enamorada de Carlos Mugica, quien habrá de casarlos. Se teje entre los tres una historia entrañable, potente. Lucía queda embarazada. Y llega Ezeiza. Aquí, toda la mala suerte del mundo se descarga sobre José Luis Nell. Lo hieren en la columna vertebral y queda cuadripléjico. El, un hombre de acción, un militante de primera línea, un guerrero, en una silla de ruedas. No puede tolerarlo. Cerca de unas vías abandonadas del Ferrocarril Mitre decide terminar con su vida. Hacia ahí se dirige. Es de noche. Alguien, un notable escritor y pensador, habrá de escribir en un libro perdido en la vorágine de los años y las desgracias: “¿Quién lo ha visto pasar en su silla de ruedas!”. Así, con signos de admiración, marcadamente, como una exhalación postrera. Nell se suicida. Lucía muere en la ESMA. Y de Carlos Mugica ya hablaremos. En su féretro, la noche de su velatorio, su cara era de una blancura asombrosa. Todos pasaban a su alrededor y la mayoría lloraba. Yo lloré cuando leí esa frase destinada a Nell: “¿Quién lo ha visto pasar en su silla de ruedas!”. Pude verlo. Pude imaginar al guerrero caído, al militante cuadripléjico, al hombre que va solo hacia la muerte arrastrándose en una silla de ruedas. Con una pistola, la suya, cargada con balas para él. Con una. Con la definitiva. Aun así no puedo dejar de tener una bronca que debo decir si quiero ser totalmente sincero. Asesinaste a dos tipos, José Luis. A sangre fría. Ni justicia popular ni pelotas. Un asesinato de punta a rabo. Por ahí eran peronistas. Laborantes peronistas y vos eras apenas un tacuara que olfateaba el movimiento nacional. Uno es un boludo, un gallina, un blando al lado tuyo. No tuvo ni tendrá tu coraje en ninguno de los actos de su vida. Pero difícil que asesine a dos tipos con una PAM. Te gustaba la PAM, se comprende. Hay tipos que nacen con la fascinación de los fierros. Otros les tienen miedo. O una cautela tan cautelosa que se parece mucho al miedo. Es que matar los volvería locos. No quiero decir que no puedan. Insisto: a todo hombre toda conducta humana le es posible. Algunos requieren condicionamientos extremos, otros todavía más. Pero vos hiciste fuego demasiado rápido, José Luis. Tan rápido como todo fue rápido en tu vida: la militancia, las armas, el asalto, el asesinato, China, Punta Carretas, Montoneros, Lucía, Carlos Mugica, Dios, Ezeiza, la tragedia de la invalidez, el ferrocarril Mitre, la noche del final, tu propia pistola, el suicidio.

Colaboración especial:

Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Las dos vertientes de la Juventud Peronista (II)

IV Domingo 16 de noviembre de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

53 Las dos vertientes
de la Juventud Peronista (II)



EXCURSO: ALGUNOS DOCUMENTOS

Un interregno acaso necesario, pero tal vez no tanto. Documentos, fuentes, versiones, verdades, mentiras, complejidades, dificultades. Lo arduo, lo difuso, lo ensombrecido, las mentiras que se cruzan, la utopía de establecer una verdad, o su abierta imposibilidad, su frustración. Del modo que sea, los que siguen son documentos. No son inhallables. Pero hay que buscarlos. Después, más adelante, intentaremos establecer entre esta maraña algunas certezas. Porque algunas tiene que haber. No puede morir tanta gente sólo por meras dudas, por hipótesis contrapuestas. Arriesgar la vida requiere creer en una verdad, y esa creencia debe ser fuerte. ¿Cómo se consolidaron esas verdades? ¿Cómo las consolidó cada uno de los protagonistas?

“MUNDO ISRAELITA” ENTREVISTA A TACUARA

En octubre de 1962 la revista *Mundo Israelita* realizó un reportaje conjunto a los dos principales líderes del movimiento Tacuara, Ezcurra y Baxter. El periodista que protagonizó la entrevista, Ariel Zafran, fue acompañado por su colega Rogelio García Lupo, quien había trabado una relación con Baxter a partir de que éste, en su trabajo como telefonista internacional del turno nocturno de la compañía estatal de comunicaciones, lo conectara con los medios de prensa del exterior.

La nota, escrita con un clima intimista, describió todas las sensaciones que Zafran tuvo en la casa de Tacuara:

“Llegamos con García Lupo a la casa colonial de la calle Tucumán, donde tiene su sede Tacuara. En la semipenumbra subimos las escaleras que conducen a los altos. Allí nos encontramos, en un corredor, frente a varias puertas herméticamente cerradas. Golpeamos a una de ellas y alguien nos observó por una pequeña mirilla practicada en la puerta. Reconocido mi acompañante, se nos franqueó el acceso a una habitación en la que un calentador de alcohol hacía irrespirable el ambiente. La estancia lucía una más que franciscana pobreza de medios. Sobre una de las paredes se ubicaba un histórico retrato del abrazo de José de San Martín con Bernardo O’Higgins flanqueado por un retrato de Juan Manuel de Rosas y la efigie de José Antonio Primo de Rivera con un escudo de Falange en el ángulo superior derecho. Un joven rubio, que hablaba castellano con un marcado acento alemán, nos invitó a sentarnos. García Lupo lo hizo sobre un sillón cubierto por un poncho rojo, cuyas gradas estaban compuestas íntegramente por esvásticas negras. Yo, a mi vez, sobre un destartado mueble, cubierto por arpilleras, procedí a acomodarme (...)

“Estimé que las edades de los jóvenes que vagaban por el departamento aquel día oscilaban entre los 13 y los 22 años. Uno de ellos era Rodolfo Galimberti. Me asombré de que no se tutearan entre ellos. Ya había pasado una hora desde nuestro arribo. García Lupo, hechas las presentaciones, se había retirado. A la habitación entraban y salían camaradas. Hacían el saludo nazi a su jefe y se retiraban. Pero ahí ya no se podía hablar con tranquilidad. De manera que se decidió continuar el reportaje en un café cercano al comando de Tacuara. Mientras bajábamos las escaleras nuevos imberbes camaradas saludaban a su jefe, quien respondía displicentemente. Los generales no dan demasiada importancia a la venia... Sentados a una mesa comenzó la segunda parte de la entrevista. Baxter y Ezcurra apuraron sus dobles ginebras y respondieron a todas las preguntas del extenso cuestionario.

“Los dos repitieron durante la entrevista algunos de los latiguillos habituales de Tacuara. Que no eran antisemitas sino antisionistas, porque el sionismo, decían, es una forma de imperialismo. También amenazaron con que el movimiento todavía no había comenzado a agredir y que el día que lo hiciera los resultados serían terribles. A su vez, atacaron verbalmente a la Guardia Restauradora Nacionalista ya que, según ellos, predicaba una especie de nacionalismo conservador, mientras que Tacuara por el contrario representaba el nacionalismo revolucionario. Para ellos, Nasser era marxista y un soldado de la liberación nacional, egipcia y árabe. El panarabismo decían que era un ejemplo para el movimiento, ya que quería de la misma forma que ellos la unidad latinoamericana. Finalizaron expresando que estaban completamente de

acuerdo con la tercera posición tal como Nasser la entiende.”

En 1967, en Montevideo, nada menos que Cooke lleva a cabo una encendida defensa de José Luis Nell ante el intento de la dictadura de Onganía de extraditarlo.

Queda claro que Onganía, legalmente, no tenía derecho a nada. Ni a gobernar el país. Que haya hecho redactar un “Estatuto de la Revolución Argentina” para hacerlo valer como “Constitución Nacional” es meramente una payasada de un tiempo constitucionalmente enfermo, acostumbrado a su propia ilegalidad, que confundiendo con el derecho y la justicia su total falta de derecho y de justicia, se permitiera pedir extradiciones, dictar leyes, encarcelar personas, prohibir movimientos de masas, líderes populares, llevar a cabo torturas, avasallamientos a la educación, a la prensa, a la libre opinión y a la expresividad democrática de los ciudadanos. Culpables de esto son el Estado gorila y todos quienes colaboraron con él y vieron como algo “normal” esa Argentina ilegítima que sólo podía generar lo que generó: una violencia del hartazgo, que odiaba a la democracia y a todas las instituciones del país burgués por mentirosas, represivas y huecas.

Pasamos a ver el texto de John Willian Cooke.

EL CASO NELL, CLAVE PARA EL PROCESO POLÍTICO ARGENTINO

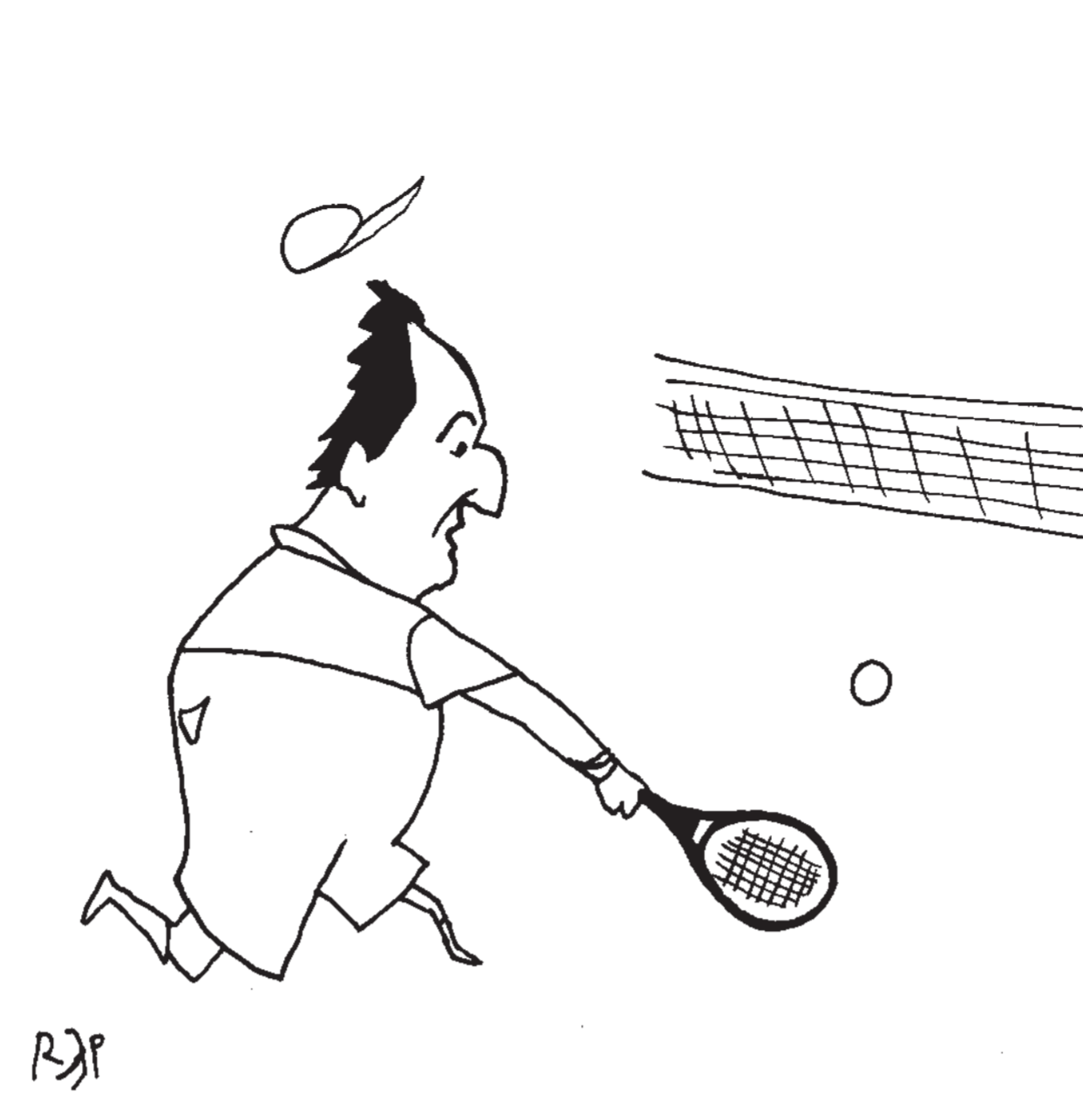
Por John William Cooke (1967)

“En estos días ha de expedirse la Justicia del Uruguay con respecto a la extradición de José Luis Nell, requerido por las autoridades argentinas como presunto integrante del comando del Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara que asaltó el Policlínico Bancario de Buenos Aires en agosto de 1963. A los efectos de ese pronunciamiento, es irrelevante el que Nell haya o no cometido los hechos que se le imputan: lo que se discute es si fueron perpetrados con fines políticos, puesto que las leyes excluyen expresamente la extradición por delitos políticos o por delitos comunes conexos con lo político, ya sea que formen parte de la ejecución del acto político o ejecutados en forma aislada pero con objetivos políticos. Es un principio intangible y universal que tutela los derechos humanos del asilado, y que los despotismos buscan burlar fraguando procesos comunes a sus enemigos expatriados.

“La requisitoria de la dictadura argentina es tan cristalinamente improcedente que presupone magistrados uruguayos carentes del más elemental buen sentido o susceptibles de ser inducidos a violentar los preceptos legales y la tradición jurídica de su país.

“No pretendo leer en la brumosa interioridad de las mentes gorilas: cabe también la hipótesis de que esa demostración de menosprecio no refleje una convicción real sino que sea una astucia primitiva con la finalidad de prolongar la detención de Nell y someterlo a los perjuicios de una tramitación semejante. Aparte de que estamos seguros de que esa tentativa correrá la suerte que se merece, para nada podemos gravitar en un litigio que se dirime en el ámbito forense. Pero precisamente porque es un problema político, nos interesa exponer sus datos esenciales, que contribuirán a la comprensión de la realidad argentina, velada aún por tenaces equívocos y malentendidos.

“Así mientras basta la existencia de un móvil político para que la extradición sea ilegal, independientemente de cuál sea la concepción ideológica sustentada esto es lo más importante para nosotros. La trayectoria de Nell ejemplifica la de muchos jóvenes que iniciaban su vida política hace más o menos una década, en medio de las frustraciones de una Argentina manejada por una minoría rapaz que abdicaba nuestra autodeterminación política y económica, mientras el pueblo, superexplotado y proscrito, no lograba traducir su protesta en una lucha efectiva por la toma de poder. Debo omitir referirme al complejo de circunstancias que llevó a un sector de la juventud a ver en las organizaciones nacionalistas de extrema derecha el camino para terminar, por medio de la acción directa, con este estado de cosas. Pero, en la medida que los impulsaba un auténtico fervor popular y patriótico, fueron percibiendo la naturaleza de ese nacionalismo violento, reaccionario y folklórico, que tras el fuego de su retórica no ofrecía un programa revolucionario sino saldos y retazos ideológicos trasplantados a los fascismos europeos. Sus



núcleos paramilitares, lejos de ser dispositivos de combate revolucionario, eran engranajes del 'Establishment', que fustigaban al imperialismo pero lo servían con una práctica inspirada en las consignas del 'occidentalismo' y orientada por energúmenos de sacristía, rezagados del milenio corporativo, nostálgicos medievales y agentes de los Servicios de Información.

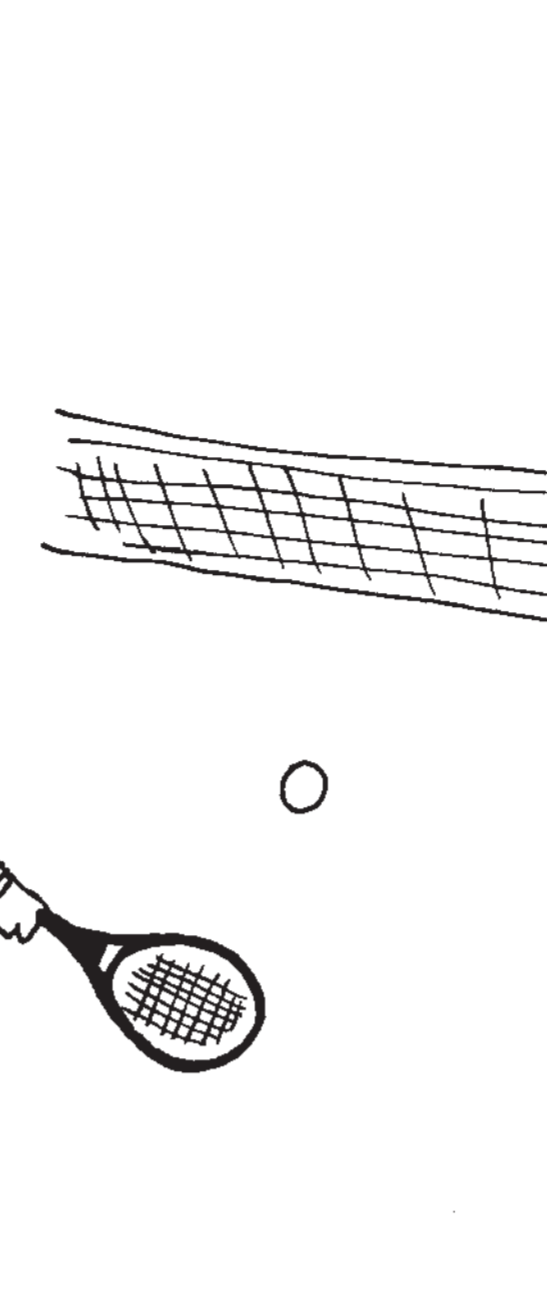
“Nell, ligado directamente a la lucha de la masa trabajadora y capaz de asimilar críticamente los datos de la realidad contemporánea, fue uno de los primeros en tomar conciencia de que, en nuestras naciones dependientes, no hay nacionalismo de derecha posible, y, con ese punto de partida, concluir que a esta altura ni siquiera es posible un nacionalismo burgués. Esa evolución determinó que un grupo se separase de Tacuara –que en 1963 era la más poderosa organización derechista– para formar el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (pronto conocido como “la Tacuara de izquierda”), del cual Nell fue figura destacada y miembro de la delegación que viajó a China y otros países revolucionarios; rápidamente se completa el tránsito hacia los planteos más radicales: el carácter global de la lucha liberadora del Tercer Mundo, la Revolución Social y la liberación nacional como aspectos indisolubles de un proceso único, el papel de la Revolución Cubana, etc.

“Teniendo presente esta ubicación ideológica, el ‘caso Nell’ entra en su verdadera perspectiva, desde la praxis insurreccional hasta el ensañamiento represivo y este pedido de extradición en base a fundamentos que, por el contrario, demuestran su improcedencia.

Los barullos del surrealismo jurídico

“El juez argentino que condenó al grupo del MNRT sostiene que no son delincentes políticos sino ‘seres inadaptados que con el pretexto de móviles sociales o patrióticos dan rienda suelta a pasiones criminales realizando acciones que algunos tratan de persuadirse a sí mismos como de carácter epopéyico o justiciero...’.

“Ese buceo en la psiquis de los procesados está reñido con las normas de imparcial administración de justicia y constituye una fuga hacia la arbitrariedad de las afirmaciones infundadas. Por lo pronto, son los propios protagonistas quienes deben estar ‘persuadidos del carácter epopéyico o justiciero...’ de



sus acciones, eso es lo que distingue a los activistas revolucionarios, y no la prueba de que son personalidades aberrantes. El ideal perseguido puede parecer horroroso a los que pertenecen al sistema de valores atacado, pero el rebelde tampoco concibe como ‘normal’ el acondicionamiento espiritual en el seno de una estructura socio-política injusta y deformante, ni que esas almas frías sean la pauta, para medir los ‘desajustes’. No pretendemos que nuestros salomones aborígenes compartan ese punto de vista de los marginales, pero aun dentro de la juridicidad del statu quo, el inconformismo integral no puede reducirse a fenómeno de patología psicológica; y una infracción a la ley es política o no de acuerdo con criterios elaborados por la ciencia penal, y no de acuerdo con requisitos que un magistrado fije por su cuenta para que una concepción merezca la calidad de lo político.

“Para sustentar ese frívolo diagnóstico, ¿qué elementos de juicio objetivos permiten afirmar que los móviles invocados son simples ‘pretextos’, ‘una cobertura supuestamente ideológica?’ Cabría suponer que se apoya en la constancia de que los MNRT invirtieron el producto del atraco para fines personales, o en bienes suntuarios, timbas, orgías, perfume francés, mulatas incandescentes y otras delicias de la opulencia. Pues, no: el mismo juez se encarga de informarnos, en otro pasaje de su fallo, que ‘se trata de una verdadera sociedad criminoso que ora con propósitos de índole insurreccional, ora con el propósito de allegar fondos, armas, municiones, y otros elementos para la consecución de objetivos declarados por sus integrantes, proyectó y llevó a cabo hechos de carácter delictivo...’. Como señala el letrado defensor de Nell, es imposible hacer una descripción más exacta de lo que la doctrina penal considera delitos políticos conexos. La raíz de las contradicciones e incongruencias es política, y está explícita en otro párrafo del dictamen judicial. Esta especie de organización delictiva es más peligrosa y amenaza tomar un incremento mucho mayor por los recursos de que se vale y los medios que emplea, que las simples bandas criminales que actúan sin esa cobertura supuestamente ideológica, razón por la cual debe combatírsela más severamente porque hace peligrar los cimientos de nuestra sociedad.

“Primero eran delincentes comunes; luego resultó que eran comunes pero no tanto, y hubo que fijarles un limbo clasificatorio que los separaba del hampa pero sin entreverarlos con los políticos; por



fin, estamos en que son peores que los criminales. Igualmente errátil es la lógica que descalifica como simulaciones los fines subversivos proclamados; para luego señalar que su práctica pone en peligro el orden constituido. Lo que equivale a decir que los MNRT lograban como revolucionarios los fines que simulaban como pseudo revolucionarios. Bravo. Finalmente, los tribunales argentinos pueden confiar a quienes atentan contra los cimientos de la sociedad al octavo círculo del infierno carcelario; lo que no pueden es hacer de eso una causal de extradición, pues si en algo coinciden los juristas de todo el mundo es en que ese tipo de infracciones son políticas por excelencia.

Violencia sagrada y violencia desfachataada

“Veamos qué régimen inefable de convivencia estuvieron por corroer las modestas hazañas de estos reos. Cuando delinquieron, en la Argentina estaban cerradas las vías legales de expresión popular, y la acción directa era la única política que quedaba. Fue ese carácter falseado de la representatividad democrática la que invocaron las Fuerzas Armadas para dar el golpe de junio de 1966. Al fin y al cabo, lo mismo que se planteaban Nell y los suyos, con la diferencia de que, no disponiendo del instrumental bélico del Estado, tuvieron que recurrir al asalto para armarse. Pero desde el punto de vista técnico, eso tampoco rompe la similitud de ambas situaciones jurídicas: el dinero del Policlínico Bancario pertenecía a los tacuaras tanto como pertenecen a los militares las armas que paga el pueblo para defender su soberanía y que ellos utilizan para despojarlo de esa soberanía y hacer con el país lo que se les da la gana.

“Las FF.AA., responsables de la deformación representativa durante once años, no vacilaron en hacer mérito de esa anomalía para justificar el alzamiento contra el gobierno civil (elegido en comicios presididos por los militares y con proscripción de los candidatos mayoritarios). Lo sorprendente es que el golpe triunfante, en lugar de redimir esos vicios de la práctica política, arrasó con todo el dispositivo de participación ciudadana en la elección de los mandatarios del estado, disolvió los partidos y convirtió en delitto toda actividad política, aún pacífica y tradicional. Como caso de ‘simulación’, éste alcanza proporciones de maravilla. Detrás de este atropello está la crisis permanente del sistema capitalista argentino,

que ya no permite disimular la violencia clasista tras la legalidad –siquiera formal– del gobierno democrático representativo; los órganos encargados de aplicar la coerción resolvieron asumir el poder, del cual eran sostén exclusivo y visible, liquidar el dispositivo ya inoperante de la política clásica e integrar directamente a los grupos económicos predominantes designando para las altas funciones administrativas del estado a los directivos y apoderados de los grandes consorcios locales y extranjeros.

“La usurpación no es novedad sino lo habitual a través de 80 de los 104 años de vigencia de nuestra Constitución. Pero por primera vez la práctica de la violencia no se recubre con los siete velos de la legalidad republicana: la actual dictadura militar no pidió, como las anteriores, reconocimiento como gobierno ‘de facto’, justificado como necesidad transitoria con el fin de restablecer el normal funcionamiento de las instituciones, sino que se tituló emanada de una legalidad propia que cancela la preexistente. Los comandantes en jefe de las tres armas declararon que asumían el ‘poder constituyente’ y fijaron los imprescindibles objetivos de la ‘revolución’, que tienen preeminencia por sobre los textos constitucionales; designaron presidente a Onganía, otorgándole también facultades legislativas y sin término a su mandato, y reemplazaron a los miembros de la Suprema Corte. Por consiguiente el gobierno no prestó juramento ante el alto tribunal sino que los integrantes de éste juraron acatamiento a la nueva juridicidad (...)

“En un país donde los aviones navales han bombardeado a una multitud obrera indefensa en Plaza de Mayo –y mañana lanzarán rocíos de napalm con idéntico ánimo alegre–, donde se movilizan los tanques contra la protesta obrera, donde cada prócer castrense moviliza ‘su’ guarnición o ‘su’ barco en las confrontaciones internas por el poder, la única violencia que causa escándalo es la de Nell, mala plusvalía.

“Desde la Argentina, una regencia de bayonetas que tutela los privilegios de dentro y de fuera exige la remisión de un prisionero de guerra que escapó a sus guardias de hierro. Las saturnales revanchistas son catarsis para estas ciudadelaes del Occidente imperial, acechadas por hordas oscuras cuya irrupción presagian signos intranquilizadores.

“Además, Nell es un militante revolucionario, es decir, un subversivo que pretende esconder que el poder económico y el poder de fuego son monopolios sagrados en ese mundo de pequeños déspotas sin cabeza, de arcángeles blindados que vigilan la insu-misión de las masas hambreadas, de adoradores de fetiches, de payasos solemnes, de respetuosos de la respetabilidad, de púrpuras y togas tendidas para que no se vean las verdades peligrosas”.

John W. Cooke
Acción Revolucionaria Peronista
(Publicado en *Marcha*, 1967)

La pluma brillante de Cooke (qué bien escribía ese gordo inteligente, asertivo, corajudo y sarcástico, ¿no?) explica lo esencial del caso Nell. Nosotros, en el final de la entrega anterior, le reprochamos las dos muertes del Policlínico. Bien, insistimos. Toda muerte es un escándalo. Pero atención: que nadie crea que Onganía tenía más derecho a matar que Nell. Onganía encabezaba un orden subversivo, ilegal. Era el jefe retrocatólico, cursillista, adorador bobo de la Virgen María, que asaltó un Estado vacío, que vino a seguir manteniendo en la ilegalidad del oprobio a las mayorías y a su jefe.

Vamos a decirlo claro: todas las muertes que generó el Estado gorila, que reinó desde 1955 hasta 1973, fueron asesinatos. Ese Estado no podía asumir la justicia porque era la negación de la misma. Porque había surgido de la injusticia. Toda muerte –aun la del más desdichado y triste delincuente– era un asesinato. Porque a ese hombre lo mataba un Estado ilegal. Una dictadura anticonstitucional. Suponemos que esto habrá de golpear fuerte en los corazones liberales y antiperonistas, pero es hora de que lo sepan: gobernaron en medio de la más profunda inconstitucionalidad desde 1955. Su reino fue el del decreto 4161. Todos: los gorilas como Aramburu y Rojas, los “inteligentes” y pactistas como Frondizi, los sumisos e insignificantes como Guido, los buenos y dulces como Illia, los brutos y los toscos como Onganía, los caídos del cielo, los alien como Levingston y los furiosos negociadores como Lanusse gobernaron en medio de la ilegalidad constitucional. En medio de la proscripción de las mayorías. Son los grandes culpables de la

violencia. Los que la generaron desde el sofocamiento de la libertad social y política.

JOE BAXTER, SÍMBOLO DE UNA ÉPOCA

Por Esteban Crevari, en PaísGlobal, 2003.

“Los episodios vinculados al fenómeno de la insurrección armada protagonizados por las organizaciones guerrilleras argentinas cuentan —al menos desde el retorno de la democracia— con abundante información literaria y documental.

“Aquellos que cuentan con un particular interés sobre esta compleja e intrincada etapa de la historia argentina, pueden llegar a coincidir en una cuestión singular: toda vez que se procede a releer a las diferentes y profusas publicaciones, siempre ofrecen algún nuevo detalle desde donde resulta posible repensar a uno de los ciclos de mayor movilización social y de mayor virulencia que registramos como país.

“Las primeras impresiones que se establecen al adentrarse en dicha temática, coadyuvadas por los estigmas y la cristalización de la historia convencional, tienden a reafirmar los esquemas políticos y doctrinarios de las diferentes organizaciones juveniles (juntamente a los modos de operar en materia de acción directa), como a los perfiles de los máximos protagonistas y responsables políticos en un parcializado contexto político de época. Es que probablemente lo más atinado se vincule con empezar a pensar la historia desde lo que fue: una verdadera tragedia.

“Como bien se desprende de los diversos trabajos publicados por el Doctor Arnoldo Siperman, fundamentalmente aquel en donde analiza el pensamiento trágico desde la óptica de Isaiah Berlin, la tragedia griega fue un recurso desde el cual se canalizaban representaciones concretas de determinados conflictos de los que la política como actividad esencial de la vida pública no alcanzaba a dar cuenta. La vida y la muerte; la vejez y la juventud; el complejo de Edipo; constituyen algunos ejemplos en los que la dramatización griega daba cuenta de ciertas diadas propias de la condición humana.

“Los sucesos comprendidos en el período que transcurre entre 1955 y 1983 merecen ser vistos de acuerdo a dicha óptica. Así como la tragedia del fenómeno insurreccional se inscribe fundamentalmente en términos ambientales, la violencia constituye el fluido que se deriva directamente de un contexto en el que la convulsión fue la regla más que la excepción, junto a un colectivo desdén por toda forma asimilable a la democracia como forma de vida.

“Es lógico suponer que en aquel medio turbulento surgieran individuos motivados existencialmente por una pulsión primordial: el protagonismo como derivado de la acción directa; o como se solía afirmar: la primacía de la praxis. Lo que probablemente hoy pueda ser incluido dentro de los cánones de un comportamiento eminentemente errático, al menos a la luz de cierto eclecticismo ideológico, resultó en aquellos tiempos un fenómeno muy usual. Es el caso que se desprende de un singular personaje como Joe Baxter.

“Sus primeros pasos de actividad política fueron en la organización Tacuara, de neto corte nacionalista, católica anticomunista, antidemocrática y antisemita del que surgirían años después destacados cuadros de Montoneros; fundamentalmente en la agrupación Tacuara del Colegio Nacional de Buenos Aires.

“En 1962 y desde dicha organización, Joe Baxter —también conocido con el nombre de guerra Rafael— cobraría cierta notoriedad a partir del millonario atraco perpetrado al Policlínico Bancario. Aunque nunca del todo aclarado, lo extraído habría sido destinado a acrecentar los fondos de la causa nacionalista.

“Con idéntico compromiso, Baxter posteriormente asumiría posiciones opuestas —aunque similarmente radicalizadas— que lo llevarían a revistar cerca del Movimiento Tupamaros del Uruguay, fundamentalmente como consecuencia de un obligado exilio en Montevideo mientras huía de la Justicia argentina.

“Sin embargo el verdadero desenfreno recién comenzaba. Uruguay sólo sería un punto de permanencia transitoria mientras se volcaba a viajar por el mundo con pasaporte falso a fin de preservar eficazmente su identidad. Desde esa vida extremadamente vertiginosa, donde la ideología sólo representaba un

transporte hacia la acción, Baxter llevaría a cabo un periplo increíble entrevistándose con Perón en Madrid, con Nasser en El Cairo y con Ben Bella en Argelia. En su paso por España tendría un romance circunstancial con la actriz Ava Gardner, y nuevamente en Uruguay (en la localidad de Punta Carretas) procedería a reunirse con el ex presidente brasileño Joao Goulart, quien en ese momento también se encontraba en Montevideo en calidad de exiliado.

“Su peregrinar no terminaría allí. Viajaría a China para recibir entrenamiento militar y posteriormente se haría presente en Vietnam, donde disfrazado de militar ingresaría al club de oficiales del ejército norteamericano acantonado en Saigón. Por tal suceso Ho Chi Minh lo condecoraría con una medalla al valor. En 1968 viajaría a Cuba con su compañera boliviana Ruth, y allí nacería su hija Mariana.

“En junio de 1970 Joe Baxter llevaría a cabo un nuevo giro. A partir de la amistad con Mario Roberto Santucho viajaría a las islas Lechiguanas en el extremo norte del Delta del Paraná, para formar parte de la fundación del Ejército Revolucionario del Pueblo durante el desarrollo del V Congreso del Partido Revolucionario del Pueblo. Su participación no estaría limitada a una mera presencia física: junto a Santucho modificarían sustancialmente el documento original que previamente había redactado Urteaga para la consideración del plenario de delegados.

“En septiembre de 1970, se daría lugar al ‘bautismo de fuego’ de la nueva organización portadora de una estrella roja de cinco puntas como estandarte. El blanco elegido sería la Comisaría 24 de Rosario, y en dicho acto morirían dos agentes policiales. Dicho episodio dio lugar a la primera crisis interna de la organización, donde Baxter criticaría ácidamente el proceder por las bajas ocasionadas. Dicha crítica no quedaría inadvertida ya que la animosidad hacia Rafael se incrementaría. Al desdén del que resultaba objeto por su eventual inconsecuencia y charlatanería, se agregaría ahora el calificativo de ‘morenista’ (propio de quienes expresaban una ‘línea blanda’ semejante a la que desde *Palabra Obrera* esgrimiese Nahuel Moreno en tiempos de organización del PRT).

“Aunque permanecería un tiempo más como responsable de ciertos operativos delegados por la conducción central del ERP, con destinos internos y en el exterior (Chile), poco a poco Baxter sería marginado de los ámbitos de decisión. En 1971 sería separado del Comité Ejecutivo acusado de ineficiencia. La crisis se incrementaría aún más como consecuencia de las críticas propinadas a los fugados del penal de Rawson, a los que responsabilizaba de haber abandonado a sus pares posteriormente asesinados.

“Víctima del descrédito y probablemente también preso de una singular ansiedad, Baxter abandonaría el ERP luego de una escisión interna de la que surgiría la fracción ERP-22 de Agosto (que cobraría celebridad a partir del asesinato del almirante Hermes Quijada en 1973) y PRT Fracción Roja, a la que el incansable personaje en cuestión se sumaría por poco tiempo más.

“Joe Baxter fue sorprendido por la muerte de una manera que probablemente pueda ser absolutamente homologable al desenfreno de su vida. El 11 de julio de 1973 el avión que lo conducía a Francia se estrellaría en el aeropuerto de Orly”.

Alejandra Dandan y Silvina Heguy han emprendido la loca tarea de biografiar la vida de Baxter. “Loca”, digo, porque hay que tener ganas para meterse con semejante tipo que, al fin, no pasó de ser un colorido símbolo de época. Pero es cierto que la refleja en muchos aspectos. Creo que el Baxter que siguió adelante —al no morir absurdamente como el verdadero— fue Galimberti, que cumplió un periplo aún más sorprendente.

En la biografía de Dandan y Heguy hay un pasaje excepcional en el que Baxter logra visitar a a Perón en Puerta de Hierro. Justo ese día, Perón recibe una invitación de Ho Chi Minh para enviar a uno de los suyos a un encuentro de guerrilleros en Hanoi. (Como vemos: también Ho Chi Minh consideraba a Perón de su lado.) Perón no tiene nadie a mano y, de pronto, repara en Baxter. “¿Usted es guerrillero, no?” “¡Por supuesto, General!” Y ahí va Baxter hacia Vietnam.

Llega a Hanoi, que era una fiesta. Desbordaba de revolucionarios, de hombres dispuestos a cambiar el mundo por medio de las armas. Baxter está como pez en el agua. Entra en contacto con la delegación china. Les dice que él es un peronista marxista, un erudito en el pensamiento de Mao Tse-tung. Que

conoce a fondo su pensamiento teórico. Seduce a todo el mundo. Debió haber sido arrollador el gordo. ¡Guerrillero y amante de Ava Gardner! A ver, ¿quién iguala eso? Lo invitan a China. Tiene seis meses de entrenamiento a su disposición.

Baxter, se insiste, es un personaje cinematográfico. Hay que filmar su vida. En verdad, los personajes cinematográficos en toda esta historia sobran. El motivo es simple: toda la historia es cinematográfica. Es una enorme tragedia. Pero Baxter podría poner eso que los cineastas y los editores de las editoriales llaman el “comic relief”. El alivio del momento cómico, el toque de comedia. Aquí lo tenemos, invitado por los vietnamitas, recorriendo el frente de combate. Viste un uniforme verde que le dieron. Está feliz, en su salsa. Se mete en la selva espesa del Vietcong en busca de norteamericanos. De pronto, ¡un ruido ensordecedor! Son aviones de la marina yanqui que arrojan sus bombas. Desde las trincheras, los vietcong responden con sus morteros. Siempre una guerra desigual. El combatiente que está junto a Baxter ¡muere! La esquirla de una bomba le borra la cara. Baxter no duda un instante: ocupa el lugar del soldado y empieza a disparar contra los yanquis. Aquí lo tenemos: de cagar judíos a cadenas, de apedrear sinagogas, de empezar a descifrar el peronismo, a disparar furiosamente contra los aviones norteamericanos en plena selva vietcong. Todo termina. Agarra un casquillo de mortero y después, en Montevideo, se lo regala a Gladys Pérez de Iriarte, apellido que popular no da, en cuya casa se hospeda en Montevideo.

Pero falta lo mejor. Lo sublime. Su hazaña corre de boca en boca entre los combatientes heroicos de Vietnam del Norte. Ese gordo argentino tiene un coraje excepcional, dicen. No sé cómo se dirá “pelotas de acero” en vietnamés, pero algo así le deben haber dicho a Ho Chi Minh. Y aquí viene lo increíble. ¡Ho Chi Minh lo condecora por su coraje! ¡El gordo Baxter se vuelve a América latina con una condecoración de Ho Chi Minh! Créase o no, éstos eran también símbolos de la época (Alejandra Dandan, Silvina Heguy, Joe Baxter, del nazismo a la extrema izquierda. La historia secreta de un guerrillero, Norma, Buenos Aires, 2006, pp. 218/219).

En fin, es una pena. Baxter “terminó muy lejos de Alberto Ezcurra Uriburu, el otro fundador de Tacuara, quien finalmente se ordenó como cura en el seminario de Paraná. Desde el púlpito fue un defensor del golpe militar de 1976 y un crítico de quienes pedían por los desaparecidos de la dictadura” (Dandan y Heguy, cuyo trabajo es, hay que decirlo, excelente, algo lateral porque Baxter se lateralizó, pero una investigación de gran nivel, *Ibid.*, p. 399). Acaso este vertiginoso personaje no encuentra la muerte que merecía. Viaja en un Boeing de la empresa brasileña Varig y, el 21 de julio de 1973, cinco minutos antes de aterrizar, el Boeing se come la pista y todo termina en una tragedia que se lleva la vida de Baxter. Siempre que un activista revolucionario tiene una muerte “no gloriosa” se impone postular la existencia de una mano negra en el evento. Lo mismo con Juan García Elorrio, el director de *Cristianismo y revolución*, que lo atropelló un auto y se acabó. Todos, aún, dicen: “circunstancias sospechosas”. También de Baxter: habría sido “sospechoso” el accidente del avión de Varig. Qué se puede decir. Si se muere un escritor o un profesor de sociología nadie ve manos negras por ningún lado. El boludo cruzó mal la calle o tomó el avión que no debía tomar. Aunque hayan sido militantes revolucionarios. Nadie dice que Barthes fue víctima de alguna conjura. No, él, un semiólogo, no vio el semáforo y cruzó mal: lo liquidó el camión de una lavandería. Murió como un boludo. Un pensador puede morir así. Precisamente por eso: porque piensa demasiado y se distrae. Pero, ¿un revolucionario? Nunca. A un revolucionario lo tienen que matar. Tenemos que poder llorar sobre su cuerpo otra infamia del imperialismo. Hay una negación algo infantil ante la muerte errática de estos personajes. Como si todos merecieran el calvario de Guevara y la espectacular foto del piletón de Vallegrande. Y bueno, no. También los grandes aventureros se mueren por cualquier cosa. Hasta por pisar el jabón en el baño y romperse la cabeza con el filo del bidet.

Nos espera otra cara de la Juventud Peronista. No menos fascinante, no menos estridente, no menos sobredeterminada, poderosa. Con menos armas, con menos tiros, pero con más ideas, creo.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

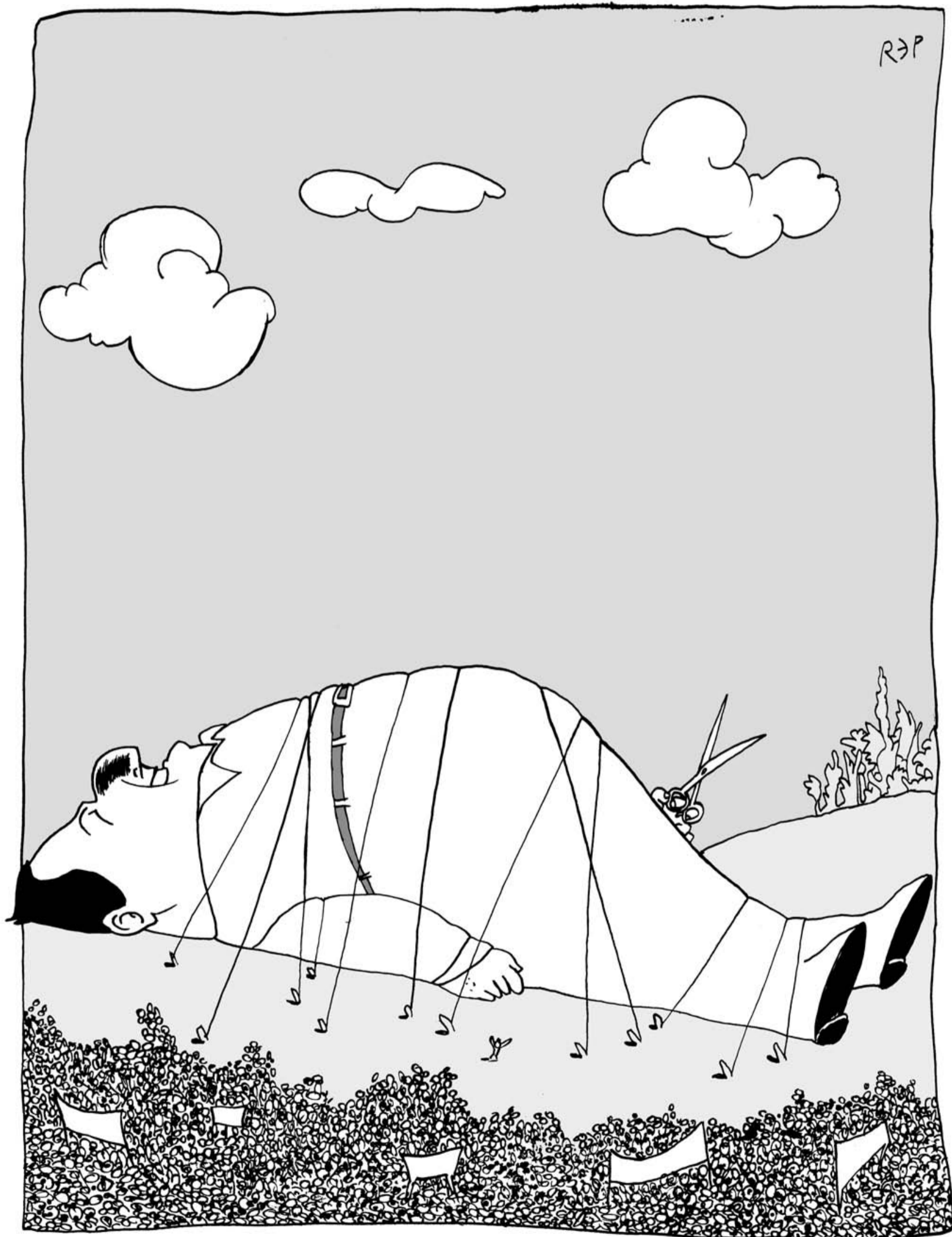
Las “genialidades” del viejo

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

54 Las "genialidades" del Viejo



LAS DOS MINAS DEL GENERAL CARGAGNO

A Perón, los veteranos le decían “el general”. Pero los muchachos de la JP –afectuosamente– le decían “el Viejo”. El Viejo era sabio. El Viejo se las sabía todas. Había una cierta fascinación con ese “viejo” que a la distancia manejaba el caos inherente al justicialismo. Perón asume esa condición de genio de la política. Su “ajezreo madrileño” tiene ese talento. Es el hombre que, desde la lejanía, desde el otro lado del océano, maneja todos los hilos. Hay dos chistes memorables. Llevo años diciendo que los chistes añaden conocimiento, que revelan más que algunos hechos el sabor, el colorido, la intransferible atmósfera de una época histórica. Cuando Perón colisiona con la conducción de Montoneros, cuando, luego de Ezeiza, cuestiona a la ex “juventud maravillosa”, aparecen dos chistes que surgen de la militancia de superficie o tal vez de esa usina crítica poderosa que era la revista *Militancia*, que dirigían Ortega Peña y Duhalde. Uno de ellos decía que Firmenich y Quieto estaban siendo ahorcados por una gavilla de fachos. Y que Firmenich, sereno, confiado, le decía a Quieto: “No te preocupes. Debe ser otra genialidad del Viejo”. El otro es más divertido. Quieto y Firmenich están bajo tierra, enterrados en sus tumbas. Viene Perón, se abre la bragueta y mea feliz sobre ellas. Luego se aleja. Se escucha, entonces, la voz de Firmenich: “Che, Quieto”. “¿Qué?” “¿No te dije que el Viejo no nos iba a cagar?”

Los chistes intentaban decir que Perón manejaba todo a su antojo. Que los Montoneros eran unos tarados que le creían hasta el fin, hasta muertos y enterrados se admiraban de que sólo los meara. Sólo eso, porque cagarlos, nunca. Sin embargo, todo estaba muy lejos de ser así. Perón, es cierto, los quería cagar y era evidente que hacía todo para hacerlo. Pero los Montoneros ya no le creían. Le matan a Rucci y le arruinan el Pacto Social. Lo que Perón quería hacer con los Montoneros los Montoneros lo querían hacer con Perón. Sería ingenuo creer que los Montoneros tenían esa fe extrema en él. Un chiste es un chiste. Y los que conté provenían seguramente de la izquierda erpiana, que reprochaba a los “nacionalistas burgueses” montoneros su fe en Perón. Así, cuando la Tendencia hace con el Ejército, por medio del general Carcagno, adicto a la orga, el *Operativo Dorrego*, aparece en *Militancia* el que acaso sea el mejor de los chistes de Tendencio, un personaje con el que en la revista de Ortega Peña y Duhalde se reían de la Jotapé y sus planes con Perón. Se ve a Tendencio (que era sólo una línea sólidamente trazada que daba la imagen de un hombrecito tonto, terriblemente cándido) atado a un árbol. Frente a él, tres tiradores. Junto a los tres tiradores, un coronel con un sable dispuesto a dar la orden de fusilamiento. Tendencio pregunta: “Entonces, general, ¿así termina el ‘Operativo Dorrego?’” No sería apropiado olvidar que el segundo de Carcagno en la cuestión era nada menos que el que sería ministro del Interior de Videla, el sarcástico, el cínicoy y sanguinario Albano Harguindeguy. Carcagno –este dato disfrútenlo porque es una de las cosas increíbles de la época– le había otorgado un reportaje a *El Descamisado*. Los del *Desca* lo titularon con una frase que, presumimos, se le habrá escapado al general en un arranque de sinceridad demencial: “Se acabó la época en que los yanquis nos metían dos minas en la cama para comprarnos”. El Ejército seguramente se habrá incomodado: la frase no era expresión de eso que se llama una virtud sanmartiniana. Tal vez, del modo en que vienen las cosas y los sorprendentes descubrimientos, se encuentre alguna frase de San Martín parecida. Por qué no. Por ejemplo: “Se acabaron los tiempos en que los españoles nos metían dos gallegas en la cama para que no cruzáramos Los Andes”. Pero se aclararía que San Martín siempre rechazó a esas dos gallegas y por eso es el Padre de la Patria. Los generales argentinos, en cambio, aceptaban a las dos rubias yanquis y así fue como entregaron el país. Eso es lo que parecía decir (o, en rigor, decía) Carcagno. Ese día, en algún lugar del generalato, se habrá decidido el fin de su carrera. La manobra de los Montoneros para comprometerlo con ellos había sido un poco extrema. El pobre Carcagno, al leer su frase, se habrá aterrorizado. Probablemente pensó en los costos de meterse con esos guerrilleros imprudentes y malhablados. Porque –es el momento de anotar esto– los Montos se jactaban de sus malas palabras. El grito de guerra: “¡Montoneros, carajo!” ya era fuerte y pegaba. Pero lo trágico y patético y a la vez inevitablemente divertido ocurre durante el '73. Se rumoreaba que Perón andaba mal de salud, algo que era *mucho más* que cierto. *El Desca* saca una tapa memorable. Decía así:

 	
<div> <p>Siempre fue de gorilas hablar de la salud del general, pero compañeros... ¿Qué cagaso!</p> </div>	
 	

Glorioso momento del periodismo argentino. Esa “horrible” palabra jamás había aparecido en la tapa de una revista. Y, para colmo, mal escrita. Recordro, por ejemplo, a Miguel

Brascó haciéndose un banquete en una radio, analizando las diferencias entre “Cagaso” y “Cagazo”. Trágico era asimismo que la mayoría de los afilados analistas no podían lucirse demasiado porque les era imposible decir por radio la palabra “cagazo”. No eran los tiempos del fascismo guarango de hoy o de las minas liberadas que putean a diestra y siniestra. No se decían esas cosas. Pero los Montos eran –además de todo– “niños terribles” y otra de sus modalidades subversivas era apelar a las palabras negadas por el “buen gusto” de la burguesía. Hoy, eso no asusta a nadie. Hasta se escriben largos y acaso pretenciosos ensayos apelando a las malas palabras. Este, por ejemplo. Pero, cómo no. Es parte de la materia tratada la habitualidad carajeadora. (Escribimos sobre el peronismo, carajo.) Lo que llevó a lo sublime la tapa del *Desca* fue el error de ortografía. No faltará quien diga que fue deliberado. Si lo fue, la idea rozó lo genial: nadie, durante un tiempo, habló de otra cosa. Y, según vemos, todavía hablamos de ella. Había gente con talento en la orga. ¿A quién se le habrá ocurrido si el error fue deliberado? Hay genios para elegir. Walsh, Urondo, Gelman y, desde luego, Oesterheld, nada menos que él. Que ya tenía casi lista *La guerra de los antartes*. Nos ocuparemos adecuadamente del querido viejo y su tragedia peronista, montonera, argentina. *El Eternauta II* es un texto imprescindible para analizar el peronismo revolucionario de los '70. Expresado, ahí, por un creador, por un escritor genial. Vayamos desde ya rogando a las musas que nos otorguen el don de estar a la altura de esa historieta trágica, extrañada, sólo comparable –en su demencia creativa– a los más altos momentos del Nietzsche de *La voluntad de poder*.

ARAMBURU-LANUSSE-PERÓN: LA BÚSQUEDA DEL GRAN ACUERDO NACIONAL

Falta para eso. Como sea, los chistes también revelan la fe que se tenía en el Perón madrileño. El Perón de la lejanía. Ese Perón era imbatible. Su palabra era Ley. Todos necesitaban ser validados por él, el Padre Eterno. Esto alimentó una trágica megalomanía en Perón. Supongo que debe ser bastante inevitable, si se es Perón, creérsela. También, si se es Perón, si se es, como pretendía serlo, un viejo sabio, esa sabiduría debiera prevenirlo, decirle que existen obstáculos en la realidad, que no todo se somete a los arbitrios de un líder por más respaldo popular que tenga. Ese general sabio, ese político genial, que todo podía contenerlo, controlarlo y totalizarlo, se veía muy favorecido por estar fuera del sistema político argentino, fuera de la escena. *Todo se unificaba en Perón*. (Nota: Esto es lo que Ernesto Laclau llama *significante vacío*, pero yo le tengo cierta aversión a la semiología y no me cae bien Lacan, o no me cae tan bien como a Laclau. Digamos que me pasa de costado. De modo que me manejo con otras categorías. De las que Laclau, por suerte, no deja de hacer uso: recurre bastante a Spinoza, Hegel y Marx en el parágrafo “La dialéctica de la universalidad”, por ejemplo. El que quiere adueñarse bien del concepto de significativo vacío, que no es complejo, puede consultar *Emancipación y diferencia*, p. 101 de la edición de Ariel. Pustula que la “exterioridad” de Perón le permitía asumir el momento de la “universalidad” del que el movimiento carecía por su dispersión organizativa e ideológica. Escribe: “En tales circunstancias, él estaba en las condiciones ideales para pasar a ser un ‘significante vacío’ que encarnara el momento de la universalidad en la cadena de equivalencias que unificaba el campo popular”. Esto se quiere dramáticamente cuando Perón regresa: “Perón ya no era un significante vacío sino el presidente del país, y tenía que llevar a cabo políticas concretas. Pero las cadenas de equivalencias construidas por las distintas facciones de su movimiento habían ido más allá de toda posibilidad de control –incluso por parte de Perón–. El resultado fue un sangriento proceso que condujo a la dictadura militar de 1976” (Laclau, *Ibid.*, p. 102). En mi ya lejano libro *Ignotos y famosos*, de 1994, en los trabajos “La invención de Perón”, “La realidad de la razón” y “La muerte mítica de Perón” abordo estas cuestiones. De todos modos, en este ensayo volveré a ocuparme de ellas y espero que aún mejor, algo que tal vez no sea demasiado difícil. (Lo digo para no se molesten en buscar ese libro, que no creo que lo merezca.) Y había una consigna que también daba una identidad a todos, la misma: *Perón vuelve*. El general creyó que las cosas podrían funcionar del mismo modo aquí. Veremos.

Hay una linealidad que nos vamos a animar a seguir. Los Montoneros le reprochan a Aramburu –y es uno de los principales motivos por los cuales lo matan– estar armando un GAN (Gran Acuerdo Nacional), nombre que le puso Lanusse al proyecto que él impulsó. Las propagandas del GAN se veían abrumadoramente en la tele y en los diarios. Eran dos jugadores de fútbol disputando una pelota. Se les notaba la alegría de jugar. La limpieza. El locutor, voz en off, decía: “Gran Acuerdo Nacional: un partido que debemos jugarlo todos”. O algo muy parecido. También así se leía en los diarios o en los afiches que se pegaban en las paredes de las calles. El peronismo crea el Frente Cívico de Liberación

Nacional. Tenía nombre de antibiótico: *Frecilina*. Desde ese frente se opone al GAN de Lanusse. Quienes buscan acercarse al GAN son denunciados como “integracionistas”, “conciliadores”, “dialoguistas”. Horacio González inventa una palabra: “lanusardos”. ¿Qué buscaba Lanusse? Una propuesta de *integración*. Pretendía manejarla él y el peronismo ya estaba muy fuerte como para cederle ese privilegio. Pero es importante establecer, lo más claramente posible, la diferencia entre “gorilas” e “integracionismos”. Escribe Horacio González, en caliente, en pleno octubre de 1972, a un mes del primer regreso de Perón: “La herencia de la Revolución Libertadora se compone de la disputa sobre si quien conduce la lucha contra el peronismo ha de ser el gorilismo o el integracionismo. El *enfoque gorila* supone básicamente una visión del peronismo en términos de ‘ilegalidad’, lo que en el plano de las formas de procedimiento político se traduce en una percepción de ‘guerra civil’, precio indispensable para depurar y recuperar el control de todos los mecanismos del Estado que habían sufrido una radical transformación durante el poder peronista (...). El *integracionismo* resuelve condicionar la legalidad del peronismo en la misma medida que éste se muestre ‘responsable’ para acompañar estrategias de ‘crecimiento económico’ o de ampliación de la base de consenso del Estado. La ‘percepción de guerra civil’ no forma parte de la metodología integracionista, para la cual lo crucial es la captación de diversos ‘factores’ del peronismo, desintegrándolo como totalidad política, social e histórica, para poder captarlo como facción” (Horacio González, *Gorilas, integracionistas y lanusardos, reflexiones a propósito de la maldición peronista y de la revolución peronista, Envído*, Revista de Política y Ciencias Sociales, octubre de 1972, N 7, p. 35). Muerto el proyecto *gorila* se impone el *integracionista*. También el regreso de Perón (y no sólo *también* sino muy especialmente) debe leerse como el triunfo del proyecto integracionista sobre el proyecto gorila dentro de las luchas intestinas de la Libertadora.

Era el proyecto que Aramburu había explicitado a sus secuestradores. Al tercer día de su secuestro, el domingo, sale en la revista *Criterio* un reportaje en que lo aclara sin vueltas. El reportaje se había hecho antes, como es lógico, sólo es llamativo que apareciera precisamente cuando Aramburu estaba en manos de sus captores y siendo juzgado por el proyecto que ahí enunciaba. Ese proyecto –según ahora veremos– era muy similar al de Lanusse, tal como se lo dicen los Montoneros. Pero (y ésta es la complejidad que hay que pensar!) era también similar al que Perón, en el '73, intenta plasmar con Gelbard y Rucci. ¿Por qué Perón cambia una de las verdades peronistas en plena “etapa dogmática”? Al día siguiente de Ezeiza, en su discurso del 21 de junio, Perón inaugura la “etapa dogmática”: “Somos lo que las veinte verdades peronistas dicen”. O sea, el que quiera cambiar la doctrina que se vaya, es un “zurdo con la camiseta peronista”. No obstante, Perón (y quién sino él?) se da el lujo de violar la “etapa dogmática” y cambiar una de las “veinte verdades peronistas”. Es la que dice: “Para un peronista no debe haber nada mejor que otro peronista”. Perón dice: ahora cambiamos. Ahora decimos: “Para un argentino no debe haber nada mejor que otro argentino”. Una consigna de *unidad nacional*. Un GAN. La “salida democrática” de Aramburu. La consigna “para un argentino no debe haber nada mejor que otro argentino” cae mal, horriblemente mal, en la militancia del peronismo de izquierda. Enton-

ces, ¿para Tosco no debe haber nada mejor que Rucci? ¿Para un villero no debe haber nada mejor que el policía que lo revienta a palazos? ¿Para un militante no debe haber nada mejor que un empresario? ¿Para un torturado no debe haber nada mejor que un torturador? ¿Para un obrero no debe haber nada mejor que su patrón? La consigna del Viejo era insostenible. Eso lo sabían todos. Teóricamente, lo sabía muy bien Perón, que era un maestro de las antinomias irreductibles: patria y antipatria, pueblo y antipueblo, peronistas y antiperonistas, propios y contreras, leales y traidores, etc. Pero no le importaba: él daba órdenes. Decía a quién amar y a quién no. Ahora, de golpe, debían amarse todos. La izquierda no peronista disfrutaba la cosa: ¿cómo se hace una revolución en un país donde para cada uno de sus habitantes no debe haber nada mejor que otro? ¿Ya no hay contradicciones? ¿No más régimen y pueblo? ¿Y la lucha de clases? ¿Ya no hay lucha de clases? ¿Ya no hay patrones? ¿No hay oligarquía, empresas transnacionales, Ejército? Perón proponía el *pacto social*, que era su versión del GAN. De donde podemos deducir esto: *El regreso de Perón se debe a que las clases dominantes, el Ejército y la Iglesia advierten que el único que puede hacer el GAN es Perón*. Sin duda se decidió lo siguiente: nos tenemos que jugar la última carta, no hemos podido destruir ni controlar ni integrar al peronismo desde 1955. El Gran Acuerdo Nacional es una apuesta de Lanusse que él no está en condiciones de llevar a cabo. El único que puede hacer el GAN es Perón. Hay que negociar su regreso sobre esa base: usted vuelve, pero no para hacer la revolución socialista que piden sus muchachos, sus formaciones especiales, sus curas rebeldes. A ellos los viene a controlar. Nosotros lo respaldamos si nos hace el GAN. Sólo usted lo puede hacer. Y es lo que hay que hacer o el país cae en el abismo de la gue-

rra civil. Su gente lo pide. El pueblo lo lo sigue. Los sindicatos. La clase media no violenta. El empresariado nacional y hasta los más sensatos de nosotros. Más no podemos hacer. Sabe que usted no nos gusta ni nos va a gustar, pero alguien tiene que dar el paso. Nos equivocamos. Ya no más: vuelva. Pero vuelva para la unidad de la nación. Para el GAN.

PERÓN: “UNA SOLA CLASE DE ARGENTINOS”

De aquí que ya el 21 de junio –al día siguiente de Ezeiza– Perón diga con brutal claridad: “El Justicialismo, que no ha sido nunca ni sectario ni excluyente, llama hoy a *todos los argentinos*, sin distinción de banderías, para que todos, solidariamente, nos pongamos en la perentoria tarea de la reconstrucción nacional, sin la cual estaremos todos perdidos. Es preciso llegar así y cuanto antes a *una sola clase de argentinos*: los que luchan por la salvación de la patria” (Ver: Baschetti, *Documentos*, 1973-1976, volumen I, ed. cit., p. 106. *Las cursivas son nuestras*.) En rigor, cómo no decir esta sencilla verdad, *esa clase de argentinos* nunca faltó en el país. Siempre estuvimos colmados de “esa clase de argentinos”. El coronel Varela, cuando mataba esquiladores en la Patagonia, creía luchar por “la salvación de la patria”. Ramón Falcón, cuando les decía a sus cosacos que hicieran fuego sobre los anarquistas de la FORA, creía luchar por la salvación de la patria. Radowitzky, cuando le tiró una bomba, también. Wilkens, cuando le tira su bomba a Varela, también.

(“Dos bombas cargadas de amor”, dice un poema libertario que cita Bayer en *La Patagonia rebelde*.) Uriburu, cuando lo tira a Yrigoyen, lo hace por la salvación de la patria. Justo, cuando lo aparta a Uriburu, lo mismo. Los que torturaban en la ESMA lo hacían por la salvación de la patria. Los que matan a Rucci ni qué hablar. Los que derrocan al primer Perón, por la salvación de la patria. Los que ultrajan y esconden el cadáver de Eva, por el mismo motivo. Valle se levanta contra Aramburu por la salvación de la patria. Aramburu lo fusila por el mismo motivo. Aquí, *nadie hizo nada*

sino por la salvación de la patria. Si es por eso, no hay pueblo más unido que el argentino. La frase de Perón era otra vez la vieja frase de la unión nacional de todos, de todos los que nunca se han unido ni pueden ni podrán unirse porque viven bajo un sistema que postula la necesaria desigualdad entre los hombres. Y no sólo la postula sino que la aplica. Funciona así: des-igualando a los hombres. Perón ni siquiera recurría a la unidad de todos aquellos “objetivamente enfrentados al imperialismo”, que fue siempre la consigna de la “causa nacional” que logra unir a las burguesías nativas con sus clases pobres en los países periféricos. No: Perón pide la unidad imposible. La unidad del congelamiento. La que beneficia a los dueños del poder. Y eso lo descubriría cualquiera. Más aún la izquierda peronista y sus críticos erpianos, que bien podían disfrutar de este Perón burgués, amigo del régimen, que venía a dar la mano que se le pedía. Una mano para la estabilidad burguesa, para la integración, para frenar la violencia, para establecer en lo posible una incipiente democracia luego de tantos años de luchas sin frutos, o con frutos muy amargos. Aún vendrían peores.

Hay, así, una *continuidad*. Aramburu-Lanusse-Perón. Unir a los argentinos. El que lo va a hacer es Videla, asesinando a todos los que están contra él. Así sí: esa unión es posible. La unión de los cementerios, del terror. Videla supo cómo solucionar esa cuestión. Los que estaban contra él, morían. Los que no, vivían y aceptaban. Muertos y cómplices: he aquí la fórmula para la *unión de los argentinos*. La otra es la de la democracia y su respeto por el “diferente”. Una democracia sin justicia social *no es la “unidad de los argentinos”*. Una democracia con justicia social no existe. Es una utopía. Sería el socialismo. Pero ni eso. El socialismo buscó imponer la unidad desde el Estado y desde el Partido. No funcionó. El único ente libre termina siendo el Estado, en manos de la burocracia y todo sometido a la persona del dictador, al cual, para colmo, se le rendirá culto.

Pero nadie buscaba tanto. El Pacto Social de Perón habría instrumentado un Estado distribucionista, una fuerza sindical poderosa, habría custodiado los intereses de los grandes capitales (aunque fijándoles topes en las superganancias y obligándolos a la reinversión y al distribucionismo), habría negociado con los dueños de la tierra, alentado entusiastamente el desarrollo de la pequeña y mediana industria y habría protegido, dentro de la larga tradición del movimiento, a los trabajadores. De traje blanco, en la cabecera de una larga mesa, aún lo recuerdo a Perón reunido con empresarios y diciéndo-les: “En nuestro país no puede haber sumergidos. Eso no lo podemos tolarar”. Era 1973. El evento se televisó.

Volvamos a Aramburu. El fusilador del ayer proponía la armonía de los argentinos en 1970. Es el domingo 31 de mayo de ese año y, posiblemente, los Montoneros, en Timote, hayan leído las declaraciones que Aramburu hiciera a la revista católica *Esquíví*. Ese día empezaba también el campeonato mundial de fútbol en Perú, para el que Argentina, en 1969, no había conseguido clasificarse. El DT de Onganía era Adolfo Pedernera, no Menotti. Aunque nadie veía a Pedernera como DT de Onganía ni pensaba que un triunfo argentino podía favorecer a la dictadura, que no era tan espantosa como para merecer tanta pena. Que uno deseara que la selección nacional perdiera, digo. Habría venido bien jugar esa copa, que fue la última que jugó Pelé y en la que hizo maravillas inigualadas. Habría sido lindo verlo atajar a Cejas, que estaba en su mejor momento. Pelé se lo llevó al Santos y estuvo ahí 5 años. El primer partido del Mundial del '70 lo jugaron México y la Unión Soviética. ¿Lo habrán visto los Montoneros en Timote mientras decidían cómo matar a Aramburu? Difícil saberlo. Más probable es que hayan leído el reportaje de *Esquíví*. “La violencia es el resultante de un mal social”, decía Aramburu. “El pueblo no es escuchado ni participa del gobierno. Los actuales gobernantes le han asignado un papel totalmente pasivo, de simple espectador. *Este estado de cosas debe por fuerza generar violencia* (...). Y esto no se resuelve con leyes represivas, sino gobernando en comunión con el pueblo” (Cfr.: Felipe Pigna, *Lo pasado pensado, entrevistas con la historia argentina (1955-1983)*, Planeta, Buenos Aires, 2008, p. 172. Pigna es un excelente entrevistador. Deja hablar al entrevistado, casi no repregunta y el material que queda es un testimonio desnudo en el que, ante la pasividad del entrevistador, el entrevistado se entrega más de lo que pensaba y termina por decir cosas que acaso, con un entrevistador más “estrella”, de esos que sobran, de los que se mueren si no meten un bocadillo a cada rato, no habría dicho. Habrá que defender a Pigna de sus muchos atacantes, cuyas posturas políticas no tienen el riesgo de las suyas, y que no saben llegar a los lectores del modo directo y honestamente intuitivo con que él lo hace.) ¿Y ahora qué dirán los que claman que los Montoneros, el 29 de mayo de 1970, iniciaron la violencia en la Argentina? No, señores. Escuchen hablar a la mismísima víctima de esa jornada. Es el propio Aramburu el que les dice: “Este estado de cosas debe por fuerza generar violencia”. Les habría dicho, de poder hacerlo: “Aquí lo ven. Mí muerte es la prueba de lo que digo.

Si el pueblo no es escuchado, si no participa del gobierno, si es pasivo, si sólo se lo reprime en lugar de comprenderlo, la violencia surge inevitable”. Sigue el reportaje de *Esquíví*: “Lo que hace falta es destruir una estructura social injusta y obsoleta y reemplazarla por una estructura social construida sobre bases justas y equitativas” (Pigna, *Ibid.*, p. 172). Hablaba como un peronista: “Una estructura social construida sobre bases justas y equitativas” es una frase peronista. Aramburu se les había extraviado. Estaba, para sí mismo, en un lugar excesivamente peligroso. A la izquierda del régimen gorila que él inauguró y a la derecha de los jóvenes rebeldes que su régimen gorila engendrú. Pareciera alguien que selló su propia suerte. Ya no les hablaba a los gorilas con el lenguaje de Aramburu, sino con el de Perón. Y les hablaba a los Montoneros con el lenguaje de Perón, pero era Aramburu. En los dos lados *era el hombre inadecuado en el momento inadecuado*. Esto selló su tragedia. Sólo dejemos que diga algo más: “Los disturbios sociales se desencadenan por enfoques políticos desacertados. El gobierno no escucha al pueblo”. ¿Esto, a un año del Cordobazo? Hablaba acerca de los disturbios sociales, no del Día del Ejército. Vestía siempre de civil, claro. Algo más: “Hay que buscar la salida democrática que devuelva el gobierno al pueblo. El poder debe descansar en la soberanía popular” (Pigna, *Ibid.*, p. 172). Decir esta última frase y decir “hay que llamar a elecciones democráticas, con el peronismo y con Perón si es necesario” era lo mismo. Aramburu buscaba el Gran Acuerdo Nacional. *Lo inventó él*. Se le adelantó a Lanusse. Porque Livingston no hizo nada en ese sentido. Lo llamó a Aldo Ferrer y desató una campaña de tintes nacionalistas contra “los monopolios”. Tapa de *Panorama*: “Monopolios, ¿quién tira la primera piedra?”. De pronto, todo el país hablaba de los monopolios. Nadie se lo tomó en serio. Lo tiraron de un bofetón, de una cachetada desdeñosa.

“¿Para qué te pusimos ahí, monigote? ¿Para que la jugués de milico nacionalista que viene a salvar la soberanía de la patria?” Asume Lanusse y larga su GAN. *Pero le pasa lo mismo que a Aramburu*. Perón dice: “No me vengan con la ‘soberanía popular’ ni con el ‘Gran Acuerdo Nacional’ ustedes que hace 15 años que pisotean eso. Se acordaron tarde. El único que puede hacerlo soy yo. ¿Quién fue la víctima del arramamiento de la soberanía popular? Yo. ¿A quién quiere incorporar ese Gran Acuerdo Nacional? A mí. Bueno, no se molesten. Esas tareas me corresponden. Soy yo el que debe protagonizarlas y desmantelar la Argentina gorila y excluyente que ustedes crearon”. ¿Qué podía decir Lanusse? Que sí, como lo hizo. Pero con una condición: “Usted, Perón, viene, de acuerdo. Viene y hace en la Argentina lo que hay que hacer”. Lo que había que hacer (para Lanusse como para Aramburu) era el GAN. Una Argentina occidental, capitalista, con su movimiento de masas incluido en la democracia, en el sistema de partidos. Que Perón negoció este retorno es indudable, totalmente lógico. Si no, el general Sánchez de Bustamante, que comandaba el Primer Cuerpo de Ejército, no les habría dicho a sus subordinados de elite lo que les dijo pocos días antes de las elecciones del 11 de marzo.

GENERAL SANCHEZ DE BUSTAMANTE: LA “AGRESIVIDAD MARXISTA” DEL PERONISMO

Primero analiza la estructura militar. La disciplina es el valor prioritario. La instrucción debe ser intensiva, poderosa. Debe crear “el hábito de la obediencia mecánica”. Este es el “hábito” que más valora este militar de 1973, representante unívoco de la esencial formación antidemocrática y antihumanista de las Fuerzas Armadas. El “hábito de la obediencia mecánica” es lo que debe constituir esencialmente a un soldado. La disciplina y la instrucción existen para lograr esa clase de hombres: los de la “obediencia mecánica”. Pero no nos desviemos. No es nuestro tema. Sánchez de Bustamante va a hablar del peronismo. Acepta que regrese. Pero no aceptará que se retorne “al pasado”. ¿Qué significa esto? “Cuando hablamos de un no retorno al pasado nos estamos refiriendo al peronismo, al peronismo como régimen, al peronismo como expresión política de la arbitrariedad en el ejercicio del gobierno” (J. P. F., *El peronismo y las fuerzas armadas*, Revista *Envído*, N 9, Buenos Aires, ps. 23/24). ¿Cómo lo quiere al peronismo este general de altísima, inestimable importancia en el esquema militar de poder en 1973 y que habrá, luego, de decidir, entre tantas otras cosas, la expulsión de Osvaldo Bayer del país con el golpe del '76? A lo que dijo ese día Sánchez de Bustamante nadie le dio importancia. Seguramente el ERP o los Montoneros daban alguna conferencia de prensa y todos creían que la historia (la historia del Poder en la Argentina) transitaba por esos rumbos. No: era Sánchez de Bustamante el que estaba expresando eso que sería posible y eso que no, eso que de ningún modo lo sería. Sigamos. El comandante del Primer Cuerpo quiere un peronismo que actúe “como partido justicialista sujeto a las reglas del juego que están expresadas en el estatuto de los partidos políticos”. Pero... *no cree que sea posible*. No fácilmente, al menos. Sánchez de Bustamante señala el motivo diabólico, inintegrable,

con que se presenta ahora el peronismo: “Se presenta con un ingrediente de nítida fisonomía marxista y de una tremenda agresividad, que llama a preocupación a los hombres de armas y a los hombres de orden, y también a los hombres de orden que hay dentro de sus propias filas”. Esta era la contundente, la latente y macabra preocupación –que podría transformarse en ira en cualquier momento– que el poderoso Ejército Argentino de entonces (¡tan mal valorado por la militancia revolucionaria, heredera del voluntarismo del Che!) cobijaba acerca del peronismo. “Un ingrediente de nítida fisonomía marxista y de una tremenda agresividad.” La izquierda peronista –acusada de reformista y burguesa por el ERP– era irrefutablemente marxista para el comandante del Primer Cuerpo. Eso, jamás lo aceptarían. Sánchez de Bustamante dice entonces que la única garantía frente a eso es “que las FF.AA. se comprometan consigo mismas a hacer que determinados valores y determinadas pautas continúen rigiendo en el país, más allá de la transferencia del poder” (J. P. F., *Ibid.*, p. 24). La guerra, su hipótesis central de conflicto, quedaba perfectamente dibujada: si la agresiva fisonomía marxista del peronismo, por medio de su tremenda agresividad, atacaba los valores y las pautas que regían el país, las FF. AA. habrían de intervenir. Tránsito o no del Poder. Porque el poder no se transfería. Sánchez de Bustamante, con sinceridad inequívoca, supo decirlo: “Frente al slogan de ‘Cámpora al Gobierno, Perón al Poder’, yo le antepongo este: ‘Cámpora al Gobierno, el Ejército al Poder’” (J. P. F., *Ibid.*, p. 24). El texto se publicó en *Nueva Plana* y yo lo incluí en mi trabajo sobre las FF.AA. de mayo de 1973. Ahí está todo. Dentro de ese encuadre viene Perón. Vamos a decirlo de una vez por todas: *Perón no regresa para hacer la patria socialista, ni siquiera regresa para hacer la patria peronista*. Regresa para hacer el Gran Acuerdo Nacional con toques de la genuina sensibilidad popular que define al movimiento. Gran Acuerdo Nacional más Estado de Bienestar keynesiano. Pero sobre todo, general Perón, usted regresa para conjurar el demonio que ha desatado, que ha alimentado, al que le ha puesto el nombre sonoro y algo pomposo de *Formaciones especiales*. A usted lo aceptamos. A usted con sus marxistas, no. Es más: lo aceptamos porque acaso pueda frenarlos sin sangre. Comprométase a eso. De lo contrario, lo mandamos de vuelta a Madrid y los frenamos nosotros. Pero el costo es un baño de sangre que por ahora queremos evitar.

¿Por qué creen ustedes que los de Kirchner y Cristina son dos gobiernos tan odiados por la derecha y por las clases altas? Con esos gobiernos, por primera vez desde 1955, regresó el peronismo que les molesta. Lo explico: cae Perón en 1955. Todo bien. Se aniquila a Lonardi, salida negociadora, y empieza la persecución gorila. Perón los había incomodado seriamente. No lo aguantaban un minuto más. Quieren borrarlo del mapa. No pueden. La desperonización es imposible. Aramburu, en 1970, propone la primera salida racional: respeto por la “soberanía popular”. Integrar al peronismo al sistema democrático. Los Montos lo matan. Aparecía el efecto más indeseado de la proscripción gorila: “la fisonomía marxista del peronismo”, una fisonomía de “tremenda agresividad”. Santucho se sorprendería: “Marxistas o trotskistas o zurdos verdaderos somos nosotros”. No, Santucho. El marxismo preocupa en serio cuando prende en las masas. Cuando gana “el corazón de las masas”, como decía Marx, a quien tal vez leíste escasamente. Los Montos, pese al origen monaguillesco de su conducción, habían tenido la sagacidad de mezclarse con las masas. *Abi se torna peligrosa una vanguardia*. Si no, no pasará jamás de ser un conjunto de locos, de aventureros aturridos por la teoría del foco insurreccional, esa desgracia. Por eso los Montoneros, para Sánchez de Bustamante, que sabía lo que decía, sabía hacia dónde apuntar sus cañones y hacer fuego, “el marxismo”, la fisonomía de “tremenda agresividad” que presentaba el peronismo era su ala izquierda. Perón pacta su regreso y viene a frenar lo que alentó. Las *Formaciones especiales*. ¿No fueron arcilla blanda en manos del viejo genial? ¿Cómo negar que alguna “genialidad del Viejo” los va a desarmar no bien aterrice en la patria? El “ala izquierda”, en su expresión armada, eran los Montoneros, pero la Jotapé tenía una masividad y hasta un estado interno deliberativo de gran riqueza. Era temible. Eran demasiados. Eran todos los sectores medios estudiantiles (en Francia esos sectores habían hecho el Mayo del ’68),

los médicos, los psiquiatras, las comisiones internas de las fábricas que rehuían a la burocracia cegetista, los militantes de las villas. ¿Qué se puede decir? Dos millones y medio de personas fueron a Ezeiza a buscar a Perón. No eran todos Montoneros. Eran parte de esa globalidad que era la Jotapé, hegemonizada, sí, por Montoneros, pero autónoma y muy creativa en miles de aspectos. *Todo esto era marxismo puro para los militares. Subversión, alzamiento, situación pre-revolucionaria*. No podían permitirlo. Era tarea de Perón frenar esa marejada. Poner orden. No hay unidad nacional sin orden. Perón tenía que hacer la más excepcional de sus jugadas de Mago de la Historia: *Pasar del “al amigo todo, al enemigo ni justicia” al “para un argentino no hay nada mejor que otro argentino”*. ¿Quién ha desatado semejantes fuerzas para llegar podrá frenarlas para mantenerse?

“Perón”, dice Jorge Antonio, testigo privilegiado si los hay, “estaba convencido de que los Montoneros le iban a responder siempre. Yo le aseguré que no, porque yo tenía mucho más contacto con los Montoneros que él” (Pigna, *Ibid.*, p. 245). Jorge Antonio había comprado *Primera Plana* y se la dio a los Montoneros. Era una joda: de pronto, teníamos *Primera Plana*, la revista de los exquisitos de los sesenta. Hasta salimos los de *Envido* en una nota que nos hizo el luego desaparecido Leonardo Bettanín. Leonardo la tituló: “Los jóvenes lúcidos”. ¡Para qué! Las cargadas fueron infinitas: “Che, José, yo creía que eras un tipo piola, no un joven lúcido”. La cosa es que todos salían en *Primera Plana*. Guillermo Gutiérrez por *Antropología del Tercer Mundo*. Alcira Argumedo, que hablaba de los curas del Tercer Mundo y de Mugica y le pusieron como título irónico: “De curas y ricuras”. La “ricura” era Alcira, que era muy bonita, en serio. Flaca inteligente de grandes ojos verdes. La cuestión es que Jorge Antonio los conoce bien a los Montos. En una tapa lo sacan a Martín Fierro con una metralleta cargada a la espalda, un símbolo un tanto directo. Algunos lectores de la vieja *Primera Plana* se horrorizaban: “Pero, ¡esto es una mierda facho peronista!”. Facho no era. Era bien agresiva y marxista *Primera Plana*. Eso que preocupaba a los hombres de orden de la Argentina, según Sánchez de Bustamante. Sigue Jorge Antonio: “El tenía contactos, les daba directivas, pero ante él no se explayaban. Ante mí se explayaban con más claridad. Yo le advertí a Perón: ‘Mire que esto es riesgoso. No les dé tantas alas en el país porque después usted va a tener un problema’. El me dijo: ‘No, Jorge, quédese tranquilo que cuando lleguemos al país y lleguemos al poder, si los muchachos se ponen ariscos –fueron textuales palabras– yo voy a agarrar un vaso de agua, micrófono, hablaré y se irán tranquilos a su casa’. Le dije: ‘Ahí se va a llevar la primera gran desilusión. Ahí se va a llevar usted el primer susto que le van a dar las juventudes actuales, y lo comprometo a que me lo recuerde’. Me dice: ‘No. Quédese tranquilo que eso lo manejo muy bien’” (Pigna, *Ibid.*, p. 245. *Cursivas nuestras*).

KIRCHNER: OTRA VEZ EL “PERONISMO INTOLERABLE”

En suma (y por el momento), Perón no puede organizar el país y muere en medio de un esfuerzo que ya era demasiado para él. Ahora se trata de lo principal: frenar el “foco marxista de tremenda agresividad”. Lo intenta Lopécito con la Triple A. Pero es ineficaz, desordenado. Los militares esperan. Dejan que todo se pudra, se caiga a pedazos. Contribuyen al caos. Y dan el golpe. Se acabó el peronismo. Perón está muerto. El foco marxista es aniquilado con una celeridad humillante. Los meten y los masacran en los campos de concentración. *La Argentina ha solucionado el problema que arrastraba desde 1955*. Recién se resuelve en 1976 con una masacre que se lleva treinta mil vidas. Luego viene la democracia y el peronismo pierde en las urnas por primera vez. No hay problema. Gobierna Alfonsín. Cuando se hartan de él le hacen un golpe de mercado y... ¡le entregan el gobierno a un peronista! Que el Poder en la Argentina haga esto es impensable. Pero no: el Poder se lo ceden a Carlos Menem, quien, con la complicidad del justicialismo, lleva a cabo el programa del establishment. El neoliberalismo arrasa con la Argentina peronista. Se desmontan las nacionalizaciones del Estado keynesiano. Se aniquila el Estado de Bienestar que constituyó la identidad del pueblo peronista (algo cuya importancia veremos en detalle). Menem se convierte en un hombre del esta-

blishment, del Poder. Es uno de ellos. Al establishment ya no le importan los malos modales, las toquedades de quienes le sirven. Al muñeco le permiten todo. Hasta que lo ponga a Rosas en los billetes de veinte pesos. Luego De la Rúa. Luego la transición de Duhalde. Y luego... la desagradable sorpresa. El peronismo retorna. Néstor Kirchner, para colmo, no sólo recupera el rol del Estado, los toques keynesianos, el intento de redistribución del ingreso, sino que incorpora a su gobierno a muchos de los que formaban, en el pasado, el “foco maléfico”, el “eje marxista del mal”. Con Kirchner el peronismo vuelve a ser intolerable. De aquí tanto odio. Las divisiones. Las peleas. Caramba, ¡después del Perón del ’45-’55 no hubo un gobierno más podridamente peronista que éste! ¡Abran fuego como en los viejos tiempos! Creíamos tenerlo dominado al peronismo. Y éstos se atreven a cualquier cosa. Nos juzgan a los militares del Proceso, que hicieron su tarea de un modo desprolijo, pero la hicieron. Había que hacerla. ¡Hasta Perón, de haber vivido, la habría hecho! (Mentira: Perón estaba muy lejos de Videla. No era un asesino. Bajo su gobierno murió Ingalinella en manos de la policía de Rosario. Hubo torturas, pero muchas menos que en la Libertadora y en el *Conintes* de Frondizi. Nada justifica nada. Ni una simple tortura. Pero el gobierno que menos muertos tiene es el de Perón. ¿Qué habría hecho para frenar a las formaciones especiales? Algo se vio y no fue precisamente agradable. Alzó contra ellas a una canalla delictiva. Pero estaba sorprendido. Como sea, sobre este tema sólo conjeturas se pueden hacer. Nada podría convencerme –de todos modos– de que Perón habría sido capaz ni del 2% de las atrocidades del Proceso. Acaso su muerte se deba a que veía que esa tarea –la de la represión intensiva de las formaciones especiales– le sería inevitable y se sintió sin fuerzas ni convicciones para hacerla. Es una suposición, sólo eso. Pero agradecería su cuidadoso tratamiento. Perón podía gritar y amenazar con fuerza. No era un asesino. Videla, Massera, Bussi, Saint-Jean, Vilas eran matarifes. Y los sectores civiles que los apañaron y... Mejor, por ahora, nos detenemos aquí. No tenemos espacio para analizar problemas como el de la culpa colectiva. Si llegamos, sería deseable, a la dictadura procesista, lo haremos.)

Dijimos, de Perón, “estaba sorprendido”. Analicemos esta sorpresa. ¿Qué le pasó al “Viejo Genial” cuando aterrizó en la patria? Se acabaron las “genialidades”. La cantidad de torpezas que cometió fue considerable. Ciertamente tenía que frenar lo irrefrenable. Lo que él había lanzado al frente de guerra con furia incontenible. ¿Qué creía el Viejo? ¿Que hablaría y se le someterían? Cuánto Ego, general. Qué costo tan alto el de ese Ego. Qué mala, inexacta versión de la realidad le entregó. Usted no estaba bien. En febrero de 1973 lo operan de próstata. Durante la operación tiene un infarto. Al poco tiempo, en Madrid, lo visita Juan Manuel Abal Medina, secretario del Movimiento Nacional Justicialista, que usted puso con buen tino y mucho agrado. Veintisiete años tenía Juan Abal. Se sienta frente a usted, que está reponiéndose. “¿Cómo está, general?” “Bien, doctor. ¿Qué novedades me trae?” Abal Medina es un personaje querido por la JP. Es el hermano de Fernando. Que él esté donde está, como secretario del Movimiento, es una garantía. Tal vez debió sacarle el paraguas a Rucci durante el primer regreso de Perón, allá, en Ezeiza, cuando el líder bajó del avión. ¿Qué derecho tenía Rucci, que no había hecho casi nada para traerlo a Perón, de cubrirlo ahora, protegiéndolo, con ese paraguas, que era, súbitamente, un símbolo poderoso? Juan Manuel debió haber hecho eso. Pero Rucci estaba agrandado. Ya Perón le había dicho: “Me voy a respaldar en ustedes. En el sindicalismo organizado”. Pero a Juan Manuel se lo quería. La JP, en sus marchas, cantaba una consigna fuerte y clara: “Abal Medina/ el nombre de tu hermano/ es fusil en la Argentina”. Ahora, Juan Abal, está frente a Perón, que acaba de preguntarle “¿Qué novedades me trae?” El joven Juan Manuel empieza a hablar. Se concentra en lo que dice. De pronto, lo mira Perón. El Viejo se ha quedado dormido. ¿Así, general, quería usted frenar a la izquierda peronista? ¿En ese estado de salud? Cossio y Taiana se lo dijeron: “Si no vuelve a la Argentina podrá vivir dos años. Si vuelve, seis meses”. Así ocurrió.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

“Vuelve Perón,
Flaco”

IV Domingo 30 de noviembre de 2008

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

55 "Vuelve Perón, flaco"



“DESAUTORICE A LA GUERRILLA”

No sería aconsejable creer en el fervor democrático de Aramburu o de Lanusse. No era por “demócratas” o por “patriotas” o porque buscaban la “unidad y la concordia nacional” que aceptaban el diálogo con los peronistas y hasta el negociado regreso de Perón. Seguían siendo tan gorilas como siempre. Quizá mi pintura de Aramburu haya sido algo benigna. O no. Pero habría que comprender lo siguiente y yo debo explicarlo bien: el planteo de Aramburu —más allá de lo que él interiormente sintiera— tendía a una democratización de la sociedad. Pero, ¿por qué había llegado a ese punto? Porque no se podía avanzar más con la proscripción del peronismo. Aramburu es el que dice: “Nos equivocamos. O damos marcha atrás o nos hundimos todos”. Muerto Aramburu, Lanusse es el encargado de llevar adelante esa tarea. Hacen política. No la hacen por bondad. No la hacen por maldad. Actúan según —al fin— una certera visión de la encrucijada argentina. Lo intentaron todo con el peronismo: bombardeos, fusilamientos, matanzas clandestinas, torturas, desprestigio, ataque ideológico intenso, educación en las escuelas (los “libertadores” fueron tan lejos o más que el peronismo en meter propaganda en las mentes de los estudiantes) y nada resultó. Han pasado 15 años. Es necesaria la jugada más riesgosa. Ellos no pueden arreglar el país. Aramburu todavía podía proponer una tarea de conjunto. El Cordobazo lo tenía bien alerta sobre los conflictos sociales que se avicinaban si el rumbo seguía siendo el de siempre, el del Estado Gorila. Lanusse ya actúa en un país altamente crítico, caldeado. Al borde del enardecimiento. Hay que traerlo a Perón. Esto lo tiene que arreglar Perón. En rigor, el relato es instructivo: lo echaron a Perón en 1955, lo agravaron incensantemente, no lo dejaron llegar en 1964, y a partir de 1970 empiezan a soñar con su regreso. Lanusse, más que soñar, lo lleva a cabo. (Por supuesto: es la lucha popular la que acorrala al Estado Gorila y lo atemoriza al punto de obligarlo a negociar.) Pero la cosa —en resumen— es así: “Venga y arregle el desastre que hicimos por echarlo a usted y tenerlo prohibido durante 15 años”. Perón lo dijo: “No es que yo haya sido bueno. Los otros fueron peores”. Gran frase irónica. La frase desdeñosa de un ganador. Si Aramburu aún habría podido negociar, Lanusse escasamente. Sabía que su tarea era hacer un traspaso del gobierno. Pero había algo en lo que no iba a ceder. No sólo él. El Ejército al que representaba: *Perón tenía que desautorizar a la guerrilla*. Si volvía era para hacer un país democrático. “Gobierno de las mayorías con respeto por las minorías”. El único gran miedo del Ejército —y de las clases dirigentes, propietarias— era ese “foco marxista” que señalaría Sánchez de Bustamante. (Nota: Observemos que para el Ejército —Sánchez de Bustamante es perfectamente claro— la izquierda peronista, con su expresión armada: *las formaciones especiales*, no era, como tanto despidado dijo, ya fuesen los erpianos o los “izquierdistas” o los “socialdemócratas” o los “comunistas”, la pequeña burguesía nacionalizada, no era la juventud que adhería a un proyecto burgués nacional, era el *marxismo*. Acaso no el marxismo teórico. De esto sabían más los de *Pasado y Presente* que los militantes de la Jotapé. Sino el marxismo político, el subversivo, el que agredía la seguridad nacional. El marxismo que buscaba aniquilar el orden occidental y cristiano. No se equivocaba Sánchez de Bustamante: el verdadero marxismo, el de extrema peligrosidad, estaba *en* el peronismo. Era ése, no otro. No les preocupaba el Negro Portantiero. Ni Horacio Sueldo. Ni Juan Carlos Coral. Ni Ismael Viñas (si es que aún no había partido hacia Israel). Ni ninguno de los prestigiosos izquierdistas que provenían de la revista *Contorno*, siempre bien mirada por los ámbitos cultos, en tanto que *Envido* es “populista”, o sea, “grasa”. A los milicos les preocupaba la izquierda *peronista*. Las otras no. Eran impotentes. No molestaban a nadie. Pero los “zurdos” de la Jotapé habían tenido la nefasta idea, para el régimen, de meterse en el peronismo. Y los aceptaban. Las bases y Perón. Porque hacían trabajo en las villas, en los barrios, en las universidades y

hasta en los sindicatos. Y Perón les mandaba sus amables cartas, validándolos. No hay por qué no entenderlos: aceptamos a Perón, pero no a su “núcleo marxista”. Para peor, el “núcleo” crecía sin cesar. Pronto “núcleo” en lugar de significar: “sector pequeño pero agresivo”, iba a significar lo que significa “núcleo”: el punto central de una esfera, de una totalidad, de un movimiento político. Si la JP pasaba a ser el “núcleo” reemplazaría a Perón. De lo cual los militares deducían que harían suyo al Movimiento y lograrían su temido giro al “marxismo”. Contra el que, según cualquiera sabe, Occidente, durante la Guerra Fría, estaba en guerra, y de las fronteras hacia adentro esa guerra la libraban los ejércitos nacionales. En suma, negociamos todo menos la guerrilla. Usted, si quiere volver, desautorice a yo mismo. Seguían sin conocerlo a Perón. Si Drácula lo visitaba en Madrid y le decía que quería ser peronista, Perón lo sumaba. A Drácula y al mismísimo Príncipe de las Tinieblas, el bebé de Rosemary. Si los sumaba y le obedecían, ni loco los iba a desautorizar. Eso pasaba con la guerrilla. El tema de la des-autorización (prefiero escribir así esta palabra-concepto) empezó apenas encontraron el cadáver de Aramburu. Pero aun antes —el domingo 31 de mayo— Perón declara que nada tiene que ver con el secuestro del ex presidente y que ningún grupo peronista, que él sepa, se halla en esa cuestión. Pero se detiene y arroja una frase urticante: él no puede hacer declaraciones sobre los sucesos del país porque es un expulsado, carece de ese derecho. Aparece Aramburu, aparece en Timote cubierto de cal. Hay solemnes funerales. Y Héctor Sandler, de Udelpa, quiere decir un discurso que Levingston, ya a cargo de la Presidencia, impide. En Munro, cerca de la fábrica de conductores eléctricos que tenía con mi hermano y mi viejo, cultivaba yo la costumbre de almorzar con los obreros, serían unos quince, de la pequeña planta. Uno de ellos dice: “Yo no les creo nada. A ellos se les pierde. Ellos lo encuentran. ¿Y nosotros? Giles de la popular. Miramos el partido de lejos y no entendemos una mierda”. Munro, hermoso feudo de la pequeña y mediana industria nacional, no derramó una sola lágrima por Aramburu. Hacia fines de 1971, los obreros ya habían puesto grandes fotos de Perón y Evita dentro de la fábrica. Yo, ningún problema. Mi hermano refunfuñaba. Pero era inútil. Era la gran ola peroncha y no se podía parar. “¿Lo mataron a Aramburu? Mirá vos. ¿Qué querés? ¿Que llore? A ése se la tenían jurada. Hizo méritos de sobra para ganársela, y se la ganó.”

LA CIUDAD TERRENA Y LA CIUDAD CELESTE

No públicamente sino en voz baja, en la tonalidad de lo secreto, se le exige a Perón que condene la muerte de Aramburu. El “asesinato” dicen claramente los hombres del Régimen. Perón, no. No les da el gusto. No cede. Supongo que podemos entenderlo: si condena la muerte de Aramburu condena a sus “muchachos” de la guerrilla. Y no lo va a hacer nunca. Salvo cuando lo jodan a él. Pero falta. Mientras liquiden a tipos como Aramburu, Perón les dará manija. Se establece entonces la rica relación epistolar. Los sectores combativos del Movimiento tienen todavía un temor: que Perón se eche atrás. Que reniegue de ellos. El sepelio de Fernando Abal Medina, muerto en la localidad de William Morris aparentemente por una delación, genera un velatorio y un entierro conmovedores. Habla el Padre Benítez: “Vivimos en una nación para el goce de pocos y el sacrificio de muchos. A los ojos de Dios, los que juzgan preguntando si has dado de beber al sediento son respondidos por Carlos Gustavo (Ramus) y Fernando Abal (Medina) que dieron sus vidas, con acierto o con error, para que en el mundo no hubiera más sed ni hambre”. Ese 10 de septiembre de 1970, el viejo confesor de Eva Perón llega más hondo que nunca cuando explícita descarnadamente que los jóvenes que han sido abatidos vivieron en una Argentina dictatorial, injusta, de proscripciones. Una Argentina que los ahogó hasta hacerlos explotar. *Una Argentina que los arrojó a la violencia*. Benítez no tiene dudas, nosotros tampoco: es el empecinamiento gorila, la ceguera, la bobería, lo que tapa todos los canales de participación. Borges, com-

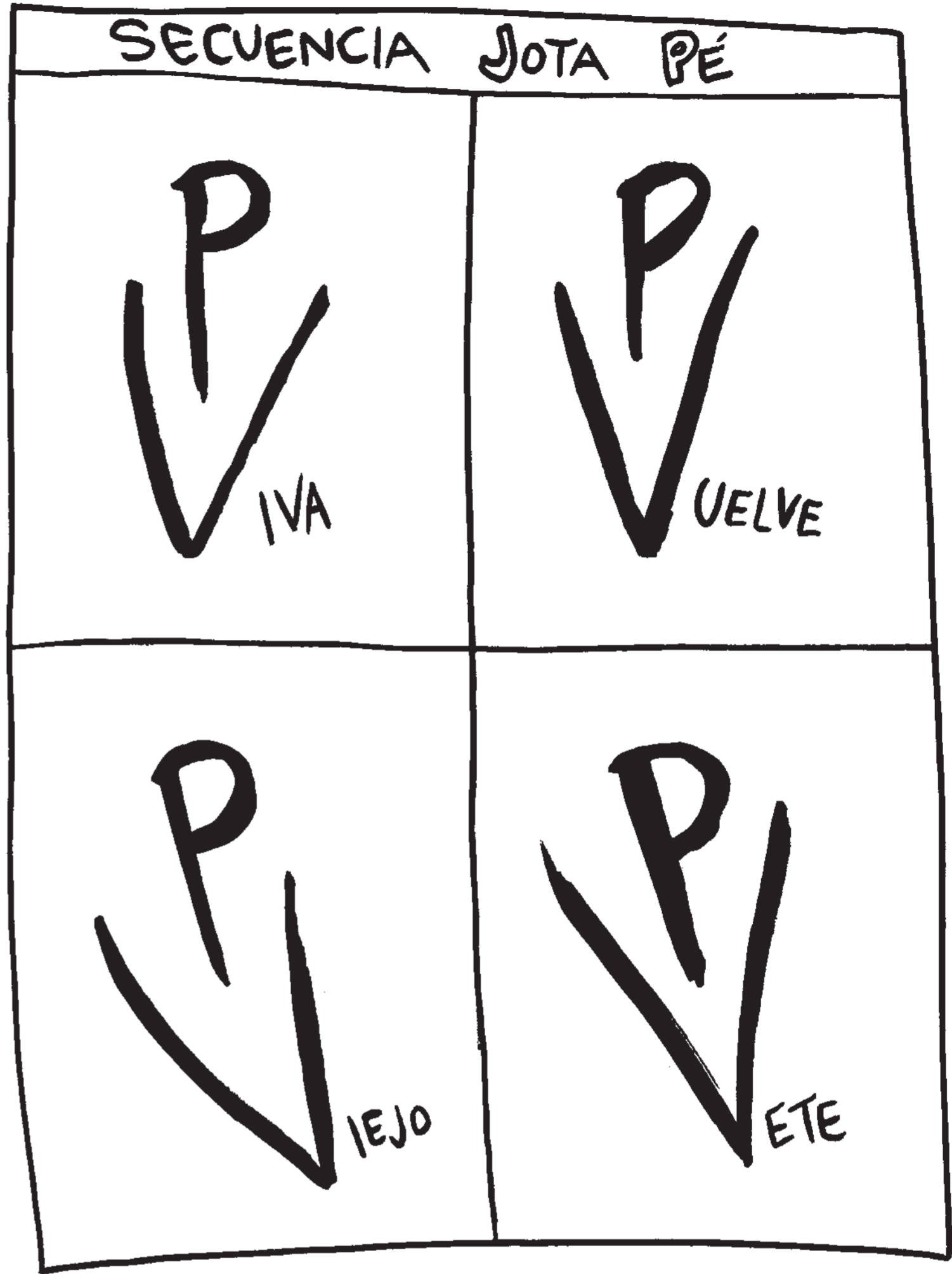
padreando, cuando el gobierno de Perón lo “asciende” en el rango municipal de su insignificante puesto en la Biblioteca “José Mármol” de la calle Carlos Calvo a inspector de aves y huevos en los mercados municipales, se siente muy incómodo. Esto no habría ocurrido con la fórmula radical Tamborini-Mosca, “la fórmula de la bosta”. ¡Semejante afrenta de la barbarie a semejante escritor! “Días después, la Sociedad Argentina de Escritores, presidida por el narrador comunista Leónidas Barletta, tenaz enemigo de Borges desde los días de *Martín Fierro*, organizó un nuevo desagravio. En la mesa de homenaje, después de que Barletta elogiara el coraje cívico del renunciante, habló el homenajeado. En su discurso precisó: “*Las dictaduras fomentan la opresión, las dictaduras fomentan el servilismo, las dictaduras fomentan la crueldad; más abominable es el hecho de que fomenten la idiotez...*” (Horacio Salas, *Borges, una biografía*. Planeta, Buenos Aires, p. 221). ¡Oh, qué exquisito! La idiotez. Eso agredía a las inteligencias patricias. La idiotez de los torpes, de los inferiores, de los ignorantes, de los bárbaros. ¿Qué otra cosa sino la idiotez podían exhibir? Bien, Borges, créame: también las dictaduras de Aramburu y el energúmeno de Rojas, de Onganía el leporino, de Levingston el caído del Cielo y de Lanusse *fomentaron la idiotez*. Ante ellos, ese a quien usted acusaba de fomentarla en el pasado, se lució como un estratega y un líder que condujo a todo un complejo movimiento de voluntades acaso bélicamente diferenciadas hacia un mismo fin. Ustedes eran aprendices al lado de Perón. ¿Sabe por qué? ¿Está listo para sorprenderse? Porque Perón era más malo, pensaba peor de los hombres que ustedes, y había estudiado estrategia, para lo cual había leído muy bien a Clausewitz. Que a nadie altere que diga que Perón era más malo que sus enemigos. En política, como en fútbol (deporte táctico y estratégico si los hay), la maldad es parte central del asunto. Lo dice Perfumo, que sabe. Si viene un delantero con pelota dominada, podrá pasar la pelota, el delantero no. Como ninguno de ustedes tuvo estatura moral, el único elemento con el que habrían podido ponerse por encima de Perón estaba en el campo del pragmatismo político, el viejo león herbívoro los barrió. Tenía, además, al pueblo y a los fierros con él. ¡Ustedes, con sus increíbles torpezas, se los habían entregado!

En el entierro de Fernando habla su hermano Juan Manuel, que pronto llegará a ser secretario general del Movimiento Justicialista. Habla no como un amigo, no como un hermano, sino como un camarada. Habla de un solo deber que a todos convoca: el de una guerra justa por una tierra carnal. Dice, también, con intensa expresividad, que una muerte sólo se agota en ese momento en que las causas que la llevaron a enfrentarla son para siempre barridas. Y recurre a San Agustín. Y, emocionado, dice: “Frente a la Argentina melancólica de ahora, estos cuerpos —montoneros de la Ciudad Terrena que han alcanzado ya la Ciudad Celeste— representan a la Argentina Prometida, que Dios quiso que naciera del amor de su coraje y su silencio”.

LA CONDUCCIÓN DE “MONTONEROS” CAE EN MANOS DEL “NEFASTO”

¿Cómo llegan los Montoneros a Perón? Fácil: por medio del gran aventurero de la izquierda peronista. El líder de *JAEN (Juventud Argentina por la Emancipación Nacional)*, el inefable Roberto Galimberti. El que terminaría haciendo negocios con Susana Giménez, asociado a los Born, el que se casaría en Punta del Este, en medio de la fastuosidad, de la frivolidad y de la abierta burla a toda una generación, de una inmensa carcajada ante los muertos, con una hija de Jorge Born, que acepta a su secuestrador como socio y miembro de su familia. Difícil averiguar qué clase de locura tenía. Pero hacia fines de los ‘70, comienzos del ‘71, Galimba, fascinado por la guerrilla, se acerca a los Montoneros y, diciéndoles que viaja a Europa y va a entrevistarse con el General, les pregunta si quieren que le lleve algo. Los Montoneros le dan una carta. La primera que le escriben al león herbívoro madrileño. Galimberti viaja, se ve con Perón y le da la carta. De paso saca patente de Correo de los Zares. El Zar de la

conducción. Y el Zar de la lucha armada. Que todavía no lo era tan decididamente Firmenich porque vivía el mítológico Negro Sabino Navarro. Son dos muertes, la de Fernando Abal Medina y la del Negro Sabino, las que llevan la conducción de Montoneros a manos de Firmenich. Lástima. José Sabino Navarro no venía de Tacuara ni del Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (su escisión por izquierda) ni del catolicismo ni su familia tenía fortuna. Al contrario: el viejo del Negro Sabino era analfabeto. El, que había nacido en 1942, tampoco había conocido de pibe el Barrio Norte ni había ido al Nacional de Buenos Aires. (Nota: Pero nunca hay que olvidarlo: ¡cuántos pibes asesinaron del Nacional de Buenos Aires! Ya hablaremos de eso. Leer entre tanto: *La otra Juvenilia* de Santiago Garaño y Werner Pertot. Y el gran trabajo fotográfico de Marcelo Brodsky, hecho a partir de la desaparición de su hermano, *Buena memoria*, con textos de Gelman, Caparrós y míos. Pronto haremos un análisis de esos jóvenes desaparecidos. Veremos la inmensa cantidad de alumnos judíos. En suma, no hay que confundirse: los Montoneros podrían tener, como tuvieron, su origen católico y tacuarista, pero la Juventud Peronista estuvo llena de muchachos judíos. Todos se movilizaban juntos en la lucha por traer a Perón y después eligieron su destino en medio del desastre que fue gestándose como una maldición irrefrenable. Analizaremos esto.) El Negro era correntino. Llega a Buenos Aires a los doce años. Vive en una prefabricada en San Miguel. Está entre el grupo fundador de Montoneros. Es incierto si participó o no en el secuestro de Aramburu. Pareciera que no. Pero no es seguro. Al morir Fernando Abal Medina en William Morris (el 7 de septiembre de 1970) asume la conducción de Montoneros. Pero no le dura mucho. Cuenta Baschetti: “En julio de 1971 Navarro es sancionado con una despromoción y enviado a Córdoba. Dicha decisión tiene que ver con su labia y su pinta, aunque pareciera mentira. Es que a las mujeres no les resultaba indiferente ese trabajador metalúrgico con ciertos aires a Emiliano Zapata. Por lo que el ‘Negro Sabino’ tenía una amante llamada Mirra Silvia Silecki, de 25 años de edad, ajena a la militancia y al ámbito político...” (Roberto Baschetti, *La memoria de los de abajo, hombres y mujeres del peronismo revolucionario, 1945-2007*. De la Campana, 2007, vol. II, p. 80). Cierta noche la cana lo encuentra en un Peugeot 404, ¡rojo!, apretando con la piba Silecki, que debía estar buenisima y al Negro le importaba poco que militar o no militar; total: para salvar a la patria estaba él. Tenía la captura recomendada, de modo que le era necesario cuidarse, y mucho, posiblemente más que cualquiera. Pero se ve que a Sabino las hormonas lo podían. O que su mujer era medio bagayo y la Silecki no le hablaba



P3P

ni por casualidad de la liberación nacional y social de la patria pero lo hacía demasiado feliz. Feliz hasta el riesgo y la perdición. Les dice a las canas que tiene sus documentos en el baúl del coche, en un maletín. Abre el baúl, abre el maletín, saca un 38 largo y apunta hacia las canas. Uno se le tira encima. El Negro lo elude y después —veloz, decidido, mientras la Silecki veía las maravillas que podía hacer su varón metalúrgico y morochó— los liquida a los dos, sin asco. Todavía más: les saca las armas, va al patrullero y se queda con la metralleta que ahí encuentra. Sube a su Peugeot rojo y se va. El episodio aparece en “una revista montonera de la Juventud Peronista, pero nada se dijo en el relato de la mujer que lo acompañaba; según ese relato todo lo acontecido le había ocurrido a él solo. Es que resultaba muy difícil de explicar para la moral montonera y ‘cristianuchi’ de la época, que el ‘Hombre Nuevo’, el ‘Guerrillero Heroico’, se encamara con otra mujer que no era su esposa...” (Baschetti, *Ibid.*, p. 81). Por tal motivo... el Negro Sabino —en julio de 1971— es sancionado por la Organización. ¡El, que en ese momento era el jefe! Lo mandan a que se haga cargo de la Regional Córdoba. Se lo sacan de encima. Desdichado

momento para la historia argentina, y no exagero. El 22 de julio anda por Río Cuarto. Tiene un operativo en vista. Necesita un par de automóviles. Se los está afanando cuando aparece la cana y empiezan los tiros. El Negro —y los que lo acompañan— huye. Lo persiguen. Lo hieren en un hombro, en una pierna y lo obligan a retroceder hasta la zona serrana. “Antes de morir desangrado, tiene tiempo para ordenar a un compañero suyo (Jorge Alberto Cottone) que se escabulla: como éste no quiere dejarlo solo, le ordena: ‘Yo soy el Jefe y ordeno que usted se salva’ (...). Navarro fallece el 28 de julio de 1971 a la edad de 29 años” (Baschetti, *Ibid.*, p. 81.)

Con la muerte de Fernando Abal Medina y del Negro José Sabino Navarro (que no era “cristianuchi”, gran anotación de Baschetti) sucede lo peor: la conducción de Montoneros cae mansamente en manos... del *Nefasto*. (Por eso dije que la destitución del Negro y, más aún, su posterior muerte, implican un desafortunado momento para la historia argentina.) El *Nefasto* no tiene la pinta de endemoniado dostoyevskiano de Fernando Abal, de jacobino alucinado a lo Castelli. No tiene la pinta bien nacional y popular, el origen humilde, el trajinar metalúrgico del Negro

Sabino Navarro. Nada de eso. Es más bien tirando a gordito. Tiene la cara del “Manolito” de Quino. (Y, en efecto, le dicen “Manolito”.) No tiene talento, no tiene una inteligencia remarcable, sino apenas una memoria privilegiada, que es, de algún modo, la antítesis de la inteligencia, cuya cualidad fundante es *pensar*. Pero es frío y ambicioso. Es –lo sabemos– Mario Firmenich. Y ahora es el jefe de Montoneros y lo seguirá siendo.

CUESTIONES DE ESTRATEGIA

En William Morris y en la soledad serrana se le abrió la posibilidad de la jefatura. Es innegable que la conducción de Fernando Abal Medina habría sido fría y hasta despiadada. El era capaz de ser despiadado consigo mismo. Pero tenía una inteligencia superlativa y habría llevado las cosas con mayor habilidad. Un tipo inteligente sabe cuándo no envanecerse, cuándo no ir al choque inútilmente, cuándo avanzar, cuándo retroceder. En la revista *Militancia* del 6 de septiembre de 1973 (un momento en que el Viejo estaba amable con la JP porque los necesitaba para la campaña electoral, y hasta había hecho el patético desfile de “unidad del Movimiento” del 31 de agosto, en que pasaron ante él los que se habían enfrentado en Ezeiza y los que se masacraron a partir de su muerte) hay una nota que se titula “*El mandato político de Fernando Abal Medina*”. Presumo que la hicieron Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde. Tiene algo muy valioso. Un resumen del proyecto político de Fernando Abal. “Sus pautas esenciales (dicen Ortega Peña y Duhalde) podemos sintetizarlas en: 1) asunción de la guerra popular; 2) adopción de la lucha armada como la metodología que hace viable esa guerra popular, mediante formas organizativas superiores; 3) absoluta intransigencia con el Sistema; 4) incansable voluntad de transformar la realidad; 5) identificación de la burocracia, como formando parte del campo revolucionario; 6) entronque efectivo en las luchas del pueblo; 7) confianza ilimitada en la potencialidad revolucionaria de la clase trabajadora peronista; 8) caracterización del General Perón como conductor estratégico; 9) correcta evaluación sobre los amplios márgenes posibilitantes de actuación dentro del Movimiento Peronista; 10) decisión de luchar hasta el costo de la propia vida...” (*Militancia*, N° 13, 6/9/1973, p. 11). Ortega Peña y Duhalde señalan que Fernando aún no tenía claro si una organización guerrillera debía definirse como brazo armado, foco irradiador de conciencia u organización revolucionaria de masas. Aquí es donde radica la diferencia que (creo, ojo: *creo*) habría establecido Fernando de haber vivido. Firmenich –a partir del asesinato de Rucci y del pasaje de la organización a la clandestinidad– rechaza la opción de la “organización revolucionaria de masas”. Elige la del brazo armado y la del foco irradiador de conciencia. Ya veremos a dónde lo conduce esto. Cosa que muchos conocen. Fernando habría advertido –pese a su jacobinismo pero a causa de su inteligencia– que una “organización revolucionaria” o es “de masas” o no es “revolucionaria”. Y si la situación evidente que se detecta es la de un reflujó de masas, ese reflujó debe ser acompañado por la organización, y bajo *ningún punto de vista* debe ésta continuar las acciones por su cuenta bajo el riesgo de convertir su violencia en una violencia de aparato que sólo servirá al régimen tiránico. Por si la palabra “reflujó” necesitara algún acompañamiento que colabore a su necesaria, traslúcida comprensión, entrego algunos sinónimos: descenso - merma - reducción - disminución. Estas son anotaciones momentáneas de temas calientes que trataremos extensivamente cuando llegue su momento, aunque tal vez los venimos afrontando desde el inicio de este trabajo. Pero no somos sólo nosotros los que pensamos así. Hay tipos muy valiosos, de gran conocimiento estratégico-político que han dicho lo mismo: Rodolfo Walsh, por ejemplo. Sigamos a Ernesto Salas, que escribe en *Lucha Armada* un excepcional trabajo titulado: “*El debate entre Walsh y la conducción montonera*”. Salas se refiere a dos informes que Walsh escribió con fecha 2 de enero de 1977, cuando, en efecto, estaba trabajando su *Carta de un escritor a la Junta Militar*. Cita un texto al que define como

“una verdadera clase de estrategia” (revista *Lucha Armada*, año 2, N° 5, p. 11). Y lo es: una verdadera clase de estrategia que la conducción montonera no entendió, o no quiso entender o, con perdón, se la pasó por las pelotas, así de bruta era. Escribió Walsh: “Cabe suponer que las masas están condenadas al uso del sentido común. Forzadas a replegarse ante la irrupción militar, se están replegando hacia el peronismo que nosotros dimos por agotado (...). En suma, las masas no se replegan hacia el vacío, sino al terreno malo pero conocido, hacia relaciones que dominan, hacia prácticas comunes, en definitiva hacia su propia historia, su propia cultura y su propia psicología, o sea los componentes de su identidad social y política. Suponer, como a veces hacemos, que las masas pueden replegarse hacia el montonismo, es negar la esencia del repliegue, que consiste en desplazarse de posiciones más expuestas hacia posiciones menos expuestas” (citado por Salas, *Ibid.*, p. 11). Formidable clase de estrategia. Lástima que Walsh haya esperado al 2 de enero de 1977 para acercársela a esa conducción extraviada, perdida por su soledad, su egolatría y su mesianismo. Lástima que recién el 13 de diciembre de 1976 le haya dicho que la “situación de las masas” es “de *retirada* para la clase obrera, *derrota* para las clases medias y *desbande* en sectores intelectuales y profesionales” (*Lucha armada, propuestas de Rodolfo Walsh al Documento de la Conducción, Ibid.*, p. 136. Cursivas nuestras). Cierto: más vale tarde que nunca. Pero, para muchos combatientes enviados por esa Conducción a una lucha desigual, sin ningún anclaje de masas, a la que ellos no se negaron a ir, pero que –al haberse atrevido– merecían una información más real de quienes debían darla, es decir, de sus conductores estratégicos, *tarde* fue trágicamente *nunca*. “Muchas veces (escribe Horacio Verbitsky en texto que de buen grado firmaría) me he preguntado cómo fue posible que personas de notable aptitud e incluso brillo intelectual se sometieran a los dictados de un liderazgo paupérrimo” (Horacio Verbitsky, Prólogo a Cristina Zuker, *El Tren de la Victoria*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, p. 9). ¿Cómo es posible que Walsh discutiera con personajes como Firmenich, Vaca Narvaja y Perdiá? ¿Saben por qué el libro de Cristina Zuker se llama *El Tren de la Victoria*? Porque “reproduce una expresión con la que Roberto Perdiá reclutaba militantes para ingresar en forma clandestina al país subyugado por la dictadura militar. No debían perder ‘El Tren de la Victoria’, les decía en las narices de los servicios de informaciones sembrados en las colonias del exilio. Después, un asistente recogía en una bolsa los papilitos con los datos de quienes accedían a esa conscripción” (Verbitsky, *Ibid.*, p. 8). “El Tren de la Victoria” llega a la Argentina en 1979. No quedó uno de sus militantes. Se repetiría la operación en 1980.

“VUELVE PERÓN, FLACO”

Con fecha 9 de febrero de 1971, los Montoneros envían su primera carta a Perón. Dicen: “Al pueblo le queda claro que el sistema es siempre el mismo cualquiera sea la fachada que presente (...). Por todo esto es que a diario cosechamos, en el apoyo popular creciente, los frutos de este ajusticiamiento histórico” (Baschetti, *Ob. cit.*, 1970-1973, Tomo I, p. 124). No se equivocaban en esto. Formaban parte de un enorme movimiento popular que pedía una sola, simple cosa: que Perón regresara al país. De aquí que todo lo que se hiciera (en medio de una dictadura, de un país cuya ilegitimidad llevaba ya casi 16 años) le caía bien al pueblo peronista, que aceptó con beneplácito la muerte de Aramburu. Perón *tenía* que volver. Los militantes de las *Formaciones especiales* empiezan a ser llamados “los muchachos” no sólo por las clases bajas peronistas, sino por la clase media, por los intelectuales, por los artistas. Su aceptación –algo que ya en ese momento les costaba entender– dependía de su inclusión en ese anhelo ampliamente popular. Es difícil transmitir a las nuevas generaciones lo que significaba “el regreso de Perón”. No, es imposible. Sólo bastará preguntarse cómo fue posible que marcharan a Ezeiza dos millones y medio de personas. Acaso tres. ¿Qué eran? ¿Eran todos Montoneros? No. ¿Fue una gigantesca equivocación? No. ¿Quién podía

saber cómo iban a salir las cosas? *Fue una marcha de fe, un enorme gesto de esperanza, el deseo de una patria generosa, para todos, que todos anhelaban, querían, una apuesta al futuro, el deseo humano nunca satisfecho de la felicidad, de la plenitud*. Desear estas cosas tan intensamente conlleva el enorme riesgo de una frustración proporcional al deseo. “Perón” había terminado por significar tanto que inevitablemente su *historización*, su abandono de la *patria del mito* y su aterrizaje en la *realidad* debía ser traumático.

No lo fue el primer regreso. Pero ya ahí todos sintieron el poder que tenía el aterrizaje del mítico avión negro. Cuento una breve historia: Eran las 7.30 del 17 de noviembre de 1972. Acababa de llegar de Córdoba en *El Rayo de Sol*. No había podido tomar el avión de la noche anterior. No me importó. Siempre me gustó viajar en tren. Fue un viaje difícil. El país vivía en un absolutamente inédito estado de exaltación. El tren demoró 13 o 14 horas en llegar a Buenos Aires. Siempre era un viaje de 10 horas. Fundido, entro en mi casa. Dejo la valija, caigo en un sillón y... suena el teléfono. Es mi amigo Miguel Hurst. Ya voy a hablar (y quizá bastante) de él. Era el dueño de la mítica librería Cimarrón, de la calle Independencia. Ahí se editaban las clases de *las Cátedras Nacionales*. Nos editaba *Envío*. “José.” “¿Qué hacés, Miguel.” “¿Sos boludo o te hacés?” “No me jodás, Miguel. Recién llego a mi casa. Catorce horas en tren. No pegué un ojo. Estoy fundido. Ni un paso puedo dar.” “Oíme.” “Sí.” “Vuelve Perón, flaco.” Y había que ir a buscarlo. Desafiar el cerco represivo de Lanusse (“No toleraremos ninguna ‘pueblada’”). Hasta hubo que cruzar el río Matanzas. Y yo con 14 horas de viaje encima, soñoliento, abombado. Pero esto no importa. De otra cosa quiero hablar: el tono. El tono de Miguel. Nunca lo voy a olvidar. No alzó la voz. No le puso ninguna emotividad. Simplemente lo dijo: “Vuelve Perón, flaco”. Nada más increíble podía ser dicho en la Argentina. Nada más negado. Nada más deseado. Era el avión negro. Lo que nunca iba a pasar. Lo que no podía pasar. Ese viejo general de Madrid se iba a morir ahí. Pero volver, nunca. Habían pasado 17 años. Habíamos crecido escuchando que Perón alguna vez volvería al país. Habíamos crecido escuchando que no, que nunca. Habíamos escuchado a nuestros viejos decir que sí o que no. En 1955 yo estaba en sexto grado de la primaria, colegio José Hernández, en Pampa casi avenida Forest. Cayó Perón y entró en el aula el señor Grassi, el director del colegio. Nuestro maestro le cedió su lugar. Grassi habló toda la hora. Que el país había reconquistado sus libertades democráticas. Que el tirano había huido. Que teníamos suerte, y mucha. Que creceríamos en una Argentina libre. Que los mediocres se quedarían al borde del camino. (¿Cómo me asustó esta frase! Doce años del ‘55 no son los de ahora. Yo era un boludo a los doce años. Me pregunté: ¿y si soy un mediocre, y si me quedo a un costado del camino?) Que los laboriosos, los que supieran usar la libertad ahora reconquistada, los que lucharan por la dignidad de la República, por la democracia, por los valores que nuestros próceres nos habían legado y que el Tirano agravó, llegarían al triunfo en la vida. “Son libres. Son jóvenes. El país de la democracia los aguarda. Vivan por él y luchen por él. Nunca jamás permitan que sus libertades sean pisoteadas. Nunca jamás permitan que regrese un Tirano como Perón para someterlos a sus mentiras, a su demagogia, a su enfermizo deseo de poder, a su régimen tiránico.” El señor Grassi se fue. ¡Qué feliz estaba ese hombre! Y nos había venido a ver a nosotros, los pibes de sexto grado, porque éramos los mayores y nos íbamos del colegio hacia otros horizontes, al secundario, a la vida. Pensé: “Ojalá nunca vuelva Perón y seamos felices para siempre”. Todos pensamos eso. Hasta mis viejos lo pensaban. Y eso que nunca me parecieron muy antiperonistas. Pero ahora hablaban pestes del Tirano.

–Vuelve Perón, flaco –dice Miguel.

Yo era flaco en 1972. Y Miguel estaba vivo. Y sí, carajo, volvía Perón.

–¿Dónde nos vemos? –pregunté.

Colaboración especial:

Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

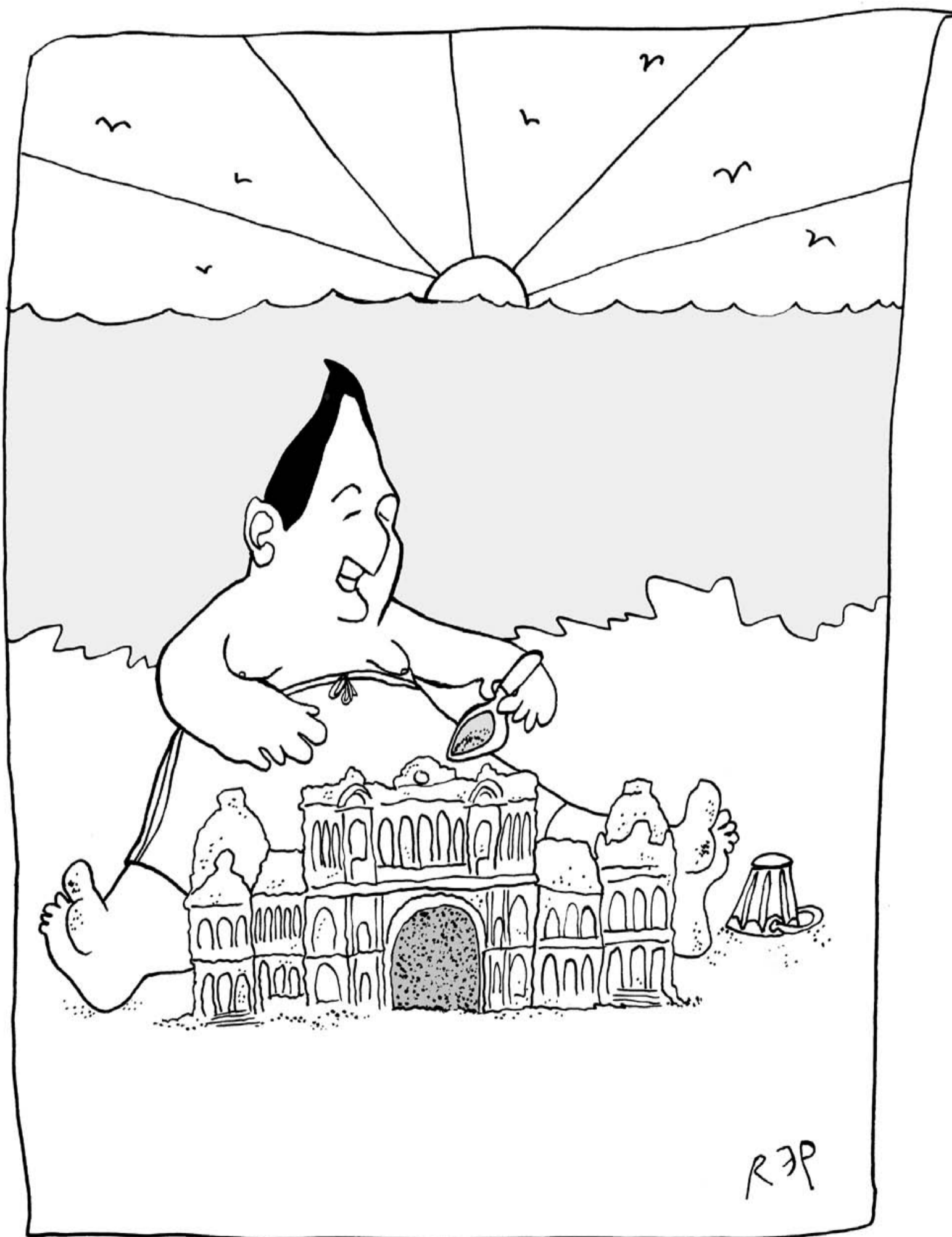
“La Casa de Gobierno
cambió de dirección”

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

56 “La Casa de Gobierno cambió de dirección”



LA OTRA VERTIENTE DE LA JOTAPÉ

Por la marejada vino de otros lados. De montones de lados. Y hasta de todos lados. Ese pequeño grupo de “catolicuchis” que se cargó a Aramburu hizo una operación espectacular y deseada por muchos, por incontables peronistas y hasta no peronistas hartos de las dictaduras, de los militares. Lejos de desautorizarla, Perón la aplaudió. Pero aplaudió también a la marejada. A partir del '68 se da el fenómeno de la “nacionalización de los sectores medios” y de una gran cantidad de la clase obrera. Nace la Juventud Peronista de los '70. La “maravillosa JP”. Vamos a ver que sus orígenes, sus lecturas, sus pasiones por la militancia de superficie, su decisión de no elegir la clandestinidad sino el trabajo a la luz del día, definirán su caudaloso rostro. Es esta militancia la que muchos recuerdan como parte de los años más apasionados y apasionantes de su vida. Los jóvenes y los no tan jóvenes y hasta los ya no jóvenes se iban de todas partes y se metían en el peronismo. El *glamour* de lo prohibido los deslumbraba. Estaban hartos de militares, de curas, de cardenales, de políticos de derecha, de gobiernos radicales cómplices (sabemos que no son lo mismo Frondizi e Illia, que Illia era un buen tipo y es un ángel al lado de cualquiera de los asesinos del '76 o de los mercenarios del lopezreguismo, pero no debió prestarse a la farsa antidemocrática), de economistas antipopulares, de la brutalidad represiva, del asalto a las universidades y de la prohibición del peronismo y de Perón. Para muchos, la pregunta surgía con fuerza: ¿qué pasaba con el hombre de Puerta de Hierro? ¿Por qué era intragable para el régimen? En esos años nadie se preguntaba si Perón había sido nazi o no. Recuerdo un pasaje de la biografía de Eva de Alicia Dujovne Ortiz (que pareciera, durante estos días, no seguir el camino alfombrado hacia el establishment que otras señoras de la cultura han elegido) en que ella, Alicia, se pregunta si la Juventud Peronista sabía algo sobre la entrada de nazis en la Argentina o el periplo europeo-mussoliniano de Perón de fines de los '30. Más o menos dice: no, esas eran historias de viejos. Claro que sí: los jóvenes que eligen el peronismo a fines de los '60 están hartos de oír hablar pestes de Perón. Hartos de sus padres gorilas. Desde niños les han llenado la cabeza sobre las canalladas del tirano prófugo. ¿Que se trata de una rebelión contra los padres? Por supuesto, ¿hay algo de malo en eso? Con una gracia de porteño atorrante irredimible escuché cierta vez a un político peronista decir: “En los '70 un pibe rebelde se te hacía montonero. Hoy se te hace gay”. (Nota: No dijo “gay”, dijo algo más fuerte, más “homofóbico”, por decirlo en ese lenguaje tan cuidadoso que hay que usar en estas cuestiones para no entrar en esa zona de sospecha que acecha a los “héteros” de este tiempo: ser homofóbicos por ser homosexuales reprimidos o, más aún, aterrorizados. En rigor, el político dijo “puto” que —me dispongo a demostrar más adelante— no tenía en ciertas personas una carga de negación sino de integración afectuosa, festiva, hasta jubilosa. En la marcha hacia Ezeiza, cuando Néstor Perlongher, el poeta que armó el Frente de Liberación Homosexual, se une para ir con la Jotapé —los comunistas los habían sacado a patadas y otros, muchos, también—, los pibes los reciben con aplausos, con alegría y con cánticos. Los cánticos decían: “¡Los putos con Perón!”. Eso se dijo con la mejor onda, yo lo vi. No existía la palabra “gay” entonces. Y Perlongher fue con la izquierda peronista. Esto se puede leer en una novela que escribió un personaje ya algo indescifrable de la Argentina que, alguna vez, fue un escritor. La novela se llama: *Los reventados* y su autor es Jorge Asís.) La Jotapé estaba de moda. Perón se pone de moda. A los guerrilleros la clase media les dice “los muchachos”. Para colmo, los chicos de los “fierros” reparten alimentos, que se afanaron de “supermercados del imperialismo”, en las villas de los pobres, las llamadas “miseria”, y esto derrite el corazón del medio pelo. Pero la Jotapé es un gran momento (creo que el más grande) de la pequeña burguesía argentina, de su clase media. Se meten en el corazón del riesgo, de la

generosidad social. Baschetti lo ha resumido bien: “Ahí iban los secundarios organizando a los suyos y convirtiendo a los turnos noche en foros de discusión y acción; peleaban los universitarios para lograr que la facultad estuviese también abierta para los hijos de los obreros; los muchachos en los barrios organizaban a los vecinos para que hicieran valer sus derechos; otros iban a las villas para que también a estos lugares eternamente postergados llegaran la educación y la salud, el progreso y un futuro digno. Las fábricas dejaron de ser cotos de caza de patrones y burócratas desde el mismo momento en que se organizó una juventud que aglutinó a los sectores sindicales más combativos y revolucionarios. A tal punto llegó esta efervescencia y decisión de cambiar las cosas en Argentina, que por primera vez —en gran número— jóvenes pertenecientes a los sectores más poderosos y oligárquicos de nuestra sociedad se convirtieron en “renegados de clase” y pasaron a engrosar con su inteligencia y decisión la causa peronista, nacional, popular y revolucionaria”. (Baschetti, *La memoria de los de abajo*, ed. cit., p. 24).

PERONISMO, MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN DEL TERCER MUNDO

Había, sin embargo, un encuadre filosófico y político que pugnaba por ir más allá de este entusiasmo. Era necesario. Lo que aquí ocurría era excepcional, pero no único. La Argentina y el peronismo revolucionario formaban parte de un movimiento liberacionista mundial: el Tercer Mundo. En sus entregas para el diario de la CGT de los Argentinos, Walsh dibuja tenuemente lo que sucede. Raimundo Villaflor habla de las enseñanzas que les dispensó, a él y a sus compañeros, alguien a quien llamaban “El Viejo”, “Mingo”, “El Griego”, “El Químico” y era Domingo Blajaquis y les habló, por primera vez, del peronismo y los *movimientos de liberación nacional*. Vamos a tratar de explicitar el marco teórico que se le dio al peronismo para que tuviera —además de lo obvio: su prohibición y la de su líder, su aura formidable de fruta prohibida del Paraíso de las clases dominantes— una contundencia en el campo conceptual, y pudiera polemizar con todo el aparato teórico de la izquierda “marxista” que se le oponía. Ahí, en esos tiempos, los cuestionamientos de la oligarquía, del gorilaje tradicional, eran totalmente ineficaces, pero no los de la izquierda que buscaba demostrar lo de siempre: que el peronismo era un movimiento nacional burgués, que no era revolucionario y que, por tanto, no haría la revolución. Sí, quién no lo sabe. Hoy cualquiera dice: “Tenían razón”. Pero hoy, caballeros, todos tienen razón. El mundo se ha ido a la mismísima *merde*, la revolución no la hizo nadie, la burguesía enterró al proletariado y estamos navegando entre borrascas apocalípticas. De modo que si algún revolucionario “marxista” de los '70 cree que ganó esa discusión será atinado decirle que esa discusión no la ganó nadie, la perdieron todos. Pero no saltamos etapas. Eso, en los '70, decían los ayudantes de trabajos prácticos de Juan Carlos Portantiero. Lo decía el ERP, con Ernst Mandel de guía, y lo decía, mejor que nadie, Milcíades Peña. Pero eso, a los que se metían en el peronismo, les importaba poco. *El peronismo era el lugar para estar*. Ahí se jugaba la historia. Eso era lo que le molestaba al régimen. Porque no sé si lo han advertido: en la Argentina, al Poder siempre le molestó más el peronismo que la izquierda, el peronismo que el PC. Por alguna causa que no sería arduo explicitar nunca las izquierdas de la Argentina convocaron a los pobres, a la negritud. Y no porque el peronismo se los robara. ¡Qué pobre argumento! Sino porque no supieron captarlos. El peronismo los retuvo desde el Gobierno y desde el llano, desde la proscripción, la difamación y aun bajo el padecimiento de los aparatos represivos de todos los gobiernos que se empeñaron en borrarlos del mapa del país.

Vuelvo a Walsh. Raimundo Villaflor cuenta lo que escuchó de labios de su maestro Domingo Blajaquis: “Porque él (Blajaquis, J. P. F.) nos sacó todos esos berretines que teníamos, de ser peronistas por el solo hecho de serlo, y no comprender que el peronismo es un movimiento

parecido al de otros pueblos que luchan por su liberación. El no, él siempre fue un revolucionario, siempre tuvo una concepción del destino de la clase trabajadora. Y él nos explicó las causas por las que estábamos derrotados, el papel del imperialismo, el papel de la oligarquía, y el papel de la burocracia en el peronismo: esos recitadores de los días de fiesta. Aprendimos lo que significaban los movimientos de liberación en el resto del mundo, y por qué nosotros teníamos que desembocar en un movimiento de liberación” (Rodolfo Walsh, *¿Quién mató a Rosendo?*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1984, p. 22. Esta non-fiction de Walsh es uno de sus más admirables trabajos. Aparece como texto combativo en el combativo periódico de la CGT de los Argentinos. Se propone desenmascarar la acción contrarrevolucionaria del sindicalismo vandorista. Pero recoge la pasión del autor por el género policial. El título —¿Quién mató a Rosendo?— rinde homenaje al policial de enigma, a la inglesa, en el que descubrir al asesino lo es todo. La novela dura de los yanquis es distinta: importa más la descripción de un mundo sombrío, lleno de perdedores sin redención, en que el *problema* habrá de plantearse al detective. Walsh empezó escribiendo ficciones a la inglesa: sus *Variaciones en rojo*. Pero a sus textos comprometidos, políticos, de denuncia, llevó el andamiaje del policial duro. Sin embargo, el título de esta novela responde al clásico *Whudunit* de los británicos. Al clásico *quién lo hizo*. Es notable cómo el talento de este escritor destellante de nuestra literatura distribuía sus materiales. Título de policial inglés, prosa de novela negra, personajes populares, temática política, asesinatos entre sindicalistas. Observemos la perfección hammetiana, la prosa impecable de este fragmento: “A José Petraca no le gustaba cómo lo estaba mirando ese hombre de ojos oscuros y cara angulosa. Ya no le habían gustado algunas cosas que le pareció oír de la otra mesa. Y cuando aquella gente pagaba para irse, el hombre lo seguía estudiando, con ese gesto, medio de burla y de desprecio” (Walsh, *Ibid.*, p. 59). Debíó corregir la cacofonía entre “angulosa” y “cosa”, pero sin duda trabajaba con apuro. Además, ¿qué importa una cacofonía cuando el ritmo de la prosa es tan infrecuente, tan personal, una caricia a los oídos del lector? El lenguaje es arisco, indomeñable. Le reprocho la cacofonía entre “angulosa” y “cosa” y apenas un renglón abajo escribo “prosa”. ¡Tenía que escribir “prosa”! Ahí, cuando la cacofonía va contra el concepto, optar por el concepto, y si algo no suena tan bien como lo habríamos deseado, mala suerte. No seguimos porque dedicaremos cuanto menos un capítulo entero a Walsh. Este artista de excelso talento, a pocos días de su muerte, aún está discutiendo con la conducción de Montoneros, Firmenich, Vaca Narvaja, Perdía, cuestiones elementales de política, de táctica y estrategia, de sobrevivencia. Como si fueran a entenderlo. Y esta es sólo una cara de esta gran tragedia que estamos narrando).

¿Qué establece el peronista Walsh? (Porque, para qué negarlo, el entrañable guerrero irlandés, este hombre de sangre caliente y opciones extremas, se compró y contribuyó a imprimir todos los boletos del *peronismo revolucionario*, con los que viajó hasta el final, con el último que le quedaba. Era el mejor de todos y ya no era un boleto sino una carta memorable que tallaría su perdurable, incluso venerada, posteridad.) Que el peronismo, dice, es un movimiento de liberación nacional. Aquí entra la cuestión del Tercer Mundo. La *revolución* se había deslizado a esta zona del planeta. La guerrilla vietnamita derrotaba al poderío bélico norteamericano. La Revolución Cubana postulaba su condición de vanguardia en la lucha por la liberación de América latina. El Che moría en Bolivia. Pero su mensaje era claro: el foco puede crear las condiciones del proceso revolucionario, no necesita esperarlo. Tampoco necesita esperar a las masas. El foco puede convocarlas. En Chile, la Unidad Popular de Salvador Allende era incontenible. Francia había sido derrotada en Argelia. Y Gilo Pontecorvo había filmado una película que todos veían. Ver *La batalla de Argelia* y leer *Los condenados de la tierra* de Frantz Fanon y, muy especialmente, el

“sublime” (la expresión es de Eduardo Grüner y la comparto) Prólogo que Jean Paul Sartre le había escrito en una noche en que acaso tuviera fiebre o se le hubiese ido fuertemente la mano con las anfetaminas, eran obligaciones de la época.

EL HOMBRE ES EL CENTRO DE LA POLÍTICA

Estas lecturas no eran las frecuentadas por los “cristianuchis”. Todo ese polo del cristianismo revolucionario leía a Teilhard de Chardin, veneraba a Camilo Torres, gestó *Cristianismo y revolución* y, sin duda en uno de sus mejores momentos, recibió clases de Conrado Eggers Lan en Córdoba. En verdad, sólo el grupo originario de Montoneros –y algunos otros sectores desde luego, pero restringidos– puede calificarse como “católico”, “clase alta” y de origen tacuarista con la evolución que ya hemos señalado: MNRT y luego el peronismo. Los que recibieron clases de Eggers Lan en Córdoba formaron una importante escisión crítica de Montoneros que se llamó los “Sabinos”. Habrían de publicar, en julio de 1972, el llamado “Documento Verde” donde tempranamente realizan críticas muy atinadas a la conducción de la orga “hegemónica”. Bien, por un lado los católicos y muchos de ellos, como Conrado Eggers, buscando afanosamente una integración entre cristianismo y marxismo que condujera por fin al peronismo. Eggers Lan jamás tuvo nada que ver con la lucha armada. Sus pasiones eran Cristo y Marx. Como sea, llevó a muchos de los católicos cordobeses al estudio de los *Manuscritos* del '44, bellísimos textos de Marx que Eggers amaba profundamente y en los que veía esa unión entre cristianos y marxistas. Pero *la otra vertiente* venía de la lectura de *El capital* y de la *Fenomenología del espíritu*. Conocía de memoria el Prólogo de Sartre a Fanon y la obra de Fanon. Había visto miles de veces *La batalla de Argelia*. No participaba de la lucha armada sino que se asumía como productora de elementos ideológicos que fortalecieran al peronismo en sus discusiones y en su “actualización doctrinaria”, fórmula que Perón tiró para los que buscaban el socialismo desde la veinte verdades.

Su expresión más poderosa se dio en el debate de ideas y tuvo lugar en los claustros universitarios. Fueron las *Cátedras nacionales*. Sobre esta otra vertiente de la juventud que adhiere al peronismo es importante señalar que nadie se preocupaba mucho por la fe, por Cristo, por la Ciudad Terrena o la Ciudad Celestial. El diálogo entre marxistas y cristianos les importaba poco porque venían del marxismo y no eran cristianos. Como muchos de ellos eran judíos (que fueron luego especialmente flagelados en los campos de concentración de la dictadura) me atrevería a una *boutade*. Es la siguiente: si la primera vertiente de la Jotapé es católica, la otra, la que va del marxismo al peronismo, es judía. O atea. O agnóstica. En la AMIA hay un mural de importantes dimensiones. Cierta vez (bajo la administración anterior a la presente) me invitaron a almorzar. Les digo: “Pero ustedes no pueden hablar sólo del genocidio del pueblo judío. Hubo otros. El armenio. Y el nuestro. La ESMA es nuestro Auschwitz. ¿Cómo no hablan de eso?”. Por toda respuesta me llevaron a ver el mural. Es una gran placa de hierro forjado. En ella se lee: “*En memoria de los 30.000 detenidos-desaparecidos de la Argentina. 2000 de ellos eran judíos*”. Les dije que sí, que así debía ser porque yo había conocido infinidad de militantes con apellidos judíos en la Jotapé. Me atreví, amable pero algo provocador, a decirles: “La mayoría de ellos pensaba que el Estado de Israel es un enclave del imperialismo yanqui en Medio Oriente”. Me respondieron: “No importa. Igual eran judíos”. En suma, es exagerado decir que la vertiente que viene del marxismo es “judía”, pero interesa señalar que la militancia de los '70 no fue sólo la montonera con ese origen católico preconciliar que tanto gustan señalar algunos. No, los Montoneros empezaron siendo diez, veinte o cuarenta tipos. No importa. Pero el huracán generacional que se vuelca al peronismo revolucionario tiene orígenes de todo tipo. Muchos de católicos no tenían nada. Eran judíos. O provenían de familias judías, ya que ellos, con

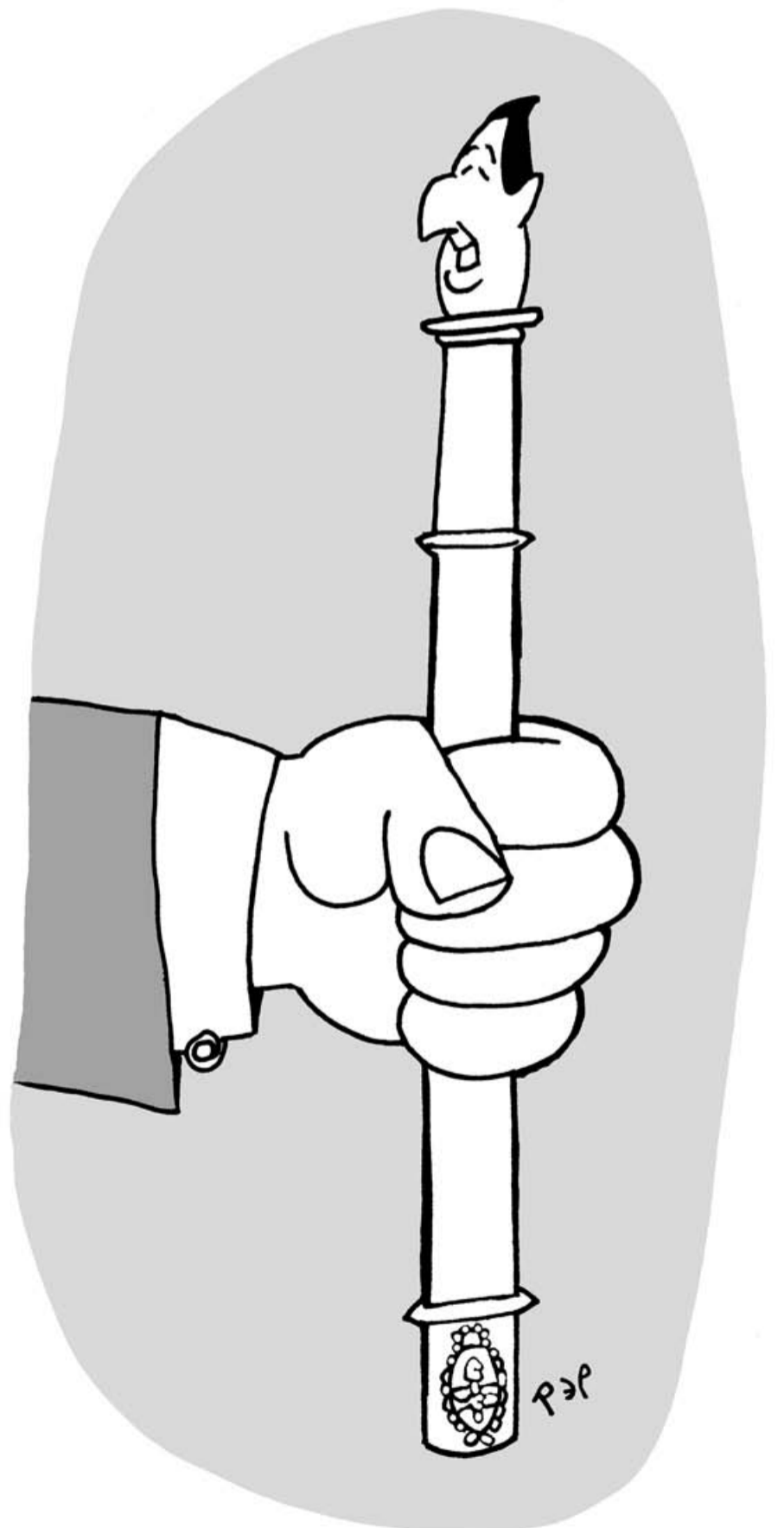
el judaísmo, poco que ver. Los judíos de la Jotapé no eran como los católicos que le seguían rezando a la Virgen. Olvidaron a Jehová, a Moisés, a Abraham y a quien fuera. Eran más bien tirando a ateos y descifraban apasionadamente a Hegel, a Marx, a Sartre, a Fanon y a Mariátegui. La “cuestión nacional” la empezaron a analizar sin demasiados apoyos. Es bastante mitológica esa “delantera” de héroes del pensamiento nacional que suele enunciarse: Hernández Arregui, Jauretche, Puiggrós, Scalabrini, Ramos. Se los leía, sí. Pero desde las *Cátedras nacionales* los jóvenes profesores empezaban a escribir sus propios textos. (Nota: Sería una injusticia no confesar el placer con que leí *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* de Jorge Abelardo Ramos en la gloriosa edición en dos tomos de Plus Ultra que todavía conservo. ¡Qué buena pluma! Qué uso del sarcasmo, qué gloriosas patadas para el stalinismo en el Plata, qué manejo virtuosístico de textos de Marx, Engels, Lenin y Trotsky. Qué saludable falta de respeto, deliberada rudeza y hasta tosquedad por las figuras egregias de la oligarquía: Sur, Borges, Victoria, Bioy. Qué dislate los capítulos sobre Roca. Qué placer me produjo leer ese libro. Hernández Arregui escribía mal y su marxismo no lo llevaba a ningún puerto, a ninguna plenitud. Scalabrini como literato, no gran cosa. Como investigador de los ferrocarriles, y bueno, no estaba mal. Puiggrós era pesado, su prosa ahuyentaba. Y Jauretche se hacía el piola todo el tiempo. Tenía ingenio. Sabía pelear. Pero no mucho más. El gran teórico que leí en esos años fue John William Cooke. *Peronismo y revolución* era un texto brillante. Voy a decir un exceso: era digno de Sartre, que había inspirado al Gran Gordo en ese libro. La prosa de Cooke mordía, cortaba, era la exhibición impecable de la lucidez militante. Después leímos –no digo todos, pero muchos– muchísimos de los libros que editaba Hachette, esos azules y blancos, los de la colección *El pasado argentino*. Y a Pepe Rosa, cómo no. Eramos capaces de discutir durante horas si la Ley de Aduanas de 1835 había protegido o no al interior mediterráneo. Y leí, concienzudamente, el manual de *Conducción política* de Perón. Lo subrayé, lo anoté, con regla, con lápices de distintos colores. Escribí sus márgenes. Tomé notas en mis cuadernillos. No lo podía creer: ¡estaba leyendo al tirano prófugo con la seriedad con que había leído a Hegel o a Heidegger! Volveremos sobre estas cuestiones.)

Pero era Fanon el que más nos convocaba. Fanon, el Prólogo de Sartre y la película de Pontecorvo. ¿Qué hacían los otros profesores de filosofía? Lo habitual: el estructuralismo arrasaba. Eran todos etnólogos con Lévi-Strauss, lingüistas con Saussure, marxistas con Althusser y los suyos, ya se leía a Foucault y su consigna de “la muerte del hombre” (¿qué podía significar eso para los que en América latina militaban u ofrecían su vida por el hombre nuevo?), Barthes y la muerte del autor y del estilo, empezaba a entrar Lacan de la mano de Masotta, el Di Tella andaba en lo suyo (alejado totalmente de este mundo, como la militancia ignoraba por su parte las exquisiteces y las verdaderas muestras de talento que ofrecía el Di Tella junto con las idioteces habituales que abundan en esos lugares de intelectuales y artistas exquisitos) y la filosofía europea exaltaba a Nietzsche y a Heidegger en tanto sepultaba a Sartre. La tarea del estructuralismo era la de salir del sujeto. Liquidar la idea del hombre. Entre nosotros, un insólito y excepcional artículo de Horacio González era leído por todos o, sin duda, por muchos: *Humanismo y estrategia en Juan Perón*. Su título tenía algo de desafiante: tratar a Perón como un autor “académico”. Ese “en Juan Perón” parodiaba el giro predilecto de tantas monografías que se escribían durante esos días. “El dionisismo en Nietzsche”, “Lo práctico-inerte en Sartre”, “El concepto de sobredeterminación en Althusser”, “El análisis de ‘Las Meninas’ en Foucault” y así. La fórmula central que proponía el texto de Horacio era: *El hombre es el centro de la política*. Entre nosotros, lejos de morir, los sujetos prácticos de la historia, los hombres concretos de la política, estaban en la centralidad, esa “centralidad” que la deconstrucción postestructuralista vendría a destruir. Ya se sabe: detrás de la naciente *French theory* estaba Heidegger, omni-

presente. Aquí, Heidegger era propiedad de los militantes de *Guardia de Hierro*, el encuadramiento de Alejandro “Gallego” Alvarez. Ya veremos eso.

“LA BATALLA DE ARGELIA”

Vamos a *La batalla de Argelia*. Junto a *La hora de los hornos*, el film de Pino Solanas y Octavio Getino, la obra de Gilo Pontecorvo fue vista por toda la militancia de la época. El film se realizó en 1966, era una producción entre Italia y Argelia. En los cines o en los secretos lugares en que se proyectaba, cada vez que un argelino mataba a un francés o el Frente de Liberación Nacional Argelino volaba un bar colmado de colonialistas (franceses y argelinos cómplices de la dominación), el auditorio estallaba en aplausos y en vivas a la revolución, a la lucha contra los opresores y a los guerrilleros (o terroristas en el caso de Argelia; ya estudiaremos la diferencia entre guerrilla y terrorismo) que la encarnaban. *Pero esto no es lo principal que me propongo analizar*. Créase o no (y, sin duda, se creará), *La batalla de Argelia* es una película fundamental para la formación de los sofisticados cuadros militares de la *contrainsurgencia*. Voy a citar largamente (por su importancia, por la fascinante paradoja que encierra) un fragmento del libro *Terrorismo y contraterro-rismo, comprendiendo el nuevo contexto de la seguridad*, de Russell D. Howard (coronel de EE.UU.) y Reid L. Sawyer (mayor, EE.UU.). La traducción pertenece al capitán de fragata Arturo Guillermo Marfort y ha sido editado por el *Insti-*



tuto de publicaciones navales del Centro Naval. Fecha de edición: 2005. Recuerden que la represión del “Proceso” se hizo en la Argentina siguiendo el modelo que aplicaron los franceses en Argelia. Quiero decir: *La batalla de Argelia* tenía dos caras. Por un lado, mostraba las acciones del FLN, que entusiasmaban a la militancia de la izquierda peronista. Por el otro (algo que esa militancia, en pleno triunfalismo, desechó por completo), detallaba los métodos que los paracaidistas franceses pusieron en práctica para derrotar a los guerrilleros argelinos. *La batalla...* termina con la liberación de Argelia, pero luego de un salto en el tiempo y a causa de la aparición fulminante de las masas, que no pudieron ser contenidas. Además, la acción represiva sufría un fuerte desgaste cuando este acontecimiento se produjo. El libro de Russell y Sawyer (editado por la Marina, hoy) asume para sí las lecciones del film de Pontecorvo. Esas lecciones –de aquí, nos permitimos insistir, que no sea casual que sea la Marina la que edite el libro: fue ella la institución que aplicó en la ESMA esas lecciones– son centrales para la enseñanza de la lucha contrainsurgente. Ni los Montoneros ni el ERP ni nadie pudo leer, en los setenta, un libro así. Es probable que hubiesen sosegado sus ímpetus. Aunque tampoco nadie se ocupó de averiguar la metodología del general francés Massu a fondo. Ni siquiera se ocuparon de asumir lo que el film, claramente, exhibía. El triunfalismo no cedía espacio para estas conductas.

El artículo que tomamos del libro está escrito por Bruce Hoffman; no un militar, un civil, un experto internacional en terrorismo y violencia política. Esto permitirá explicar que nos exhiba un rostro sensible y preocupado ante las atrocidades de la contrainsurgencia. De hecho, su trabajo se titula *Un trabajo repugnante*. Algo que seguramente provocaría la hilaridad de los torturadores franceses, muy seguros y orgullosos de su imprescindible tarea para “salvar vidas inocentes”. Escribe Hoffman: “Muchas veces les he dicho a los soldados, a los espías y a los estudiantes que si quieren entender cómo combatir al terrorismo miren *The Battle of Algiers* (...). La difunta Pauline Kael, decana de los críticos de cine estadounidenses (lo cual es cierto, se trata de una mujer que pudo haber destruido la carrera de Woody Allen, algo que sin duda intentó, ya que no dejó film sin erosionar, sin atacar impiadosamente; es temible, tiene mucho poder y es muy inteligente, J. P. F.), siete años después de su estreno, todavía parecía embelesada cuando en una crítica de 900 palabras describía la película como una “epopeya bajo la forma de un documental”, “la publicidad revolucionaria más grande de los tiempos modernos” y “el llamado a la revolución más apasionado y astuto jamás realizado”. Sin embargo, las mejores críticas han venido de los terroristas –miembros del IRA, de los Tigres de Tailandia en Sri Lanka y de los revolucionarios afro-estadounidenses de la década de 1960– que la han estudiado asiduamente. En una época en la que el ejército de Estados Unidos ha enrolado a libretistas de Hollywood para ayudar a concebir escenarios de futuros ataques terroristas, no parece tirado de los pelos aprender las dificultades de combatir al terrorismo mediante una película que los mismos terroristas han estudiado” (*Ibid.*, pp. 328/329).

Hasta donde yo sé tampoco Perón mencionó este film ni las tácticas contrarrevolucionarias que los generales franceses habían elaborado en Indochina y aplicado ferozmente en Argelia. Al Perón madrileño lo enfrentaba un Ejército que, al final de la lucha, cayó en manos del general Lanusse. Este hombre, al que le decían “El cano” por su pelo blanco y hasta plateado, estaba en contra de estos métodos. Durante la carnicería del videlismo trascendió una frase que dijo a sus compañeros de armas: “Detenciones, señores. No secuestros”. Esto le valió la muerte de su amigo Edgardo Sajón y la impiadosa persecución de Malek, otro de su grupo. Y si no lo mataron a él fue porque era Lanusse, pero lo deben haber insultado rabiosamente en todos los lugares donde se elaboraban los métodos de “inteligencia”. Contra Lanusse, Perón se podía lucir, como lo hizo. Se podía guerrear, como se hizo. Sucedió lo de Trelew. Pero eso, a Lanusse,

se lo hizo la Marina. Una típica “apretada”. Un típico peñasco sanguinario para impedir la actitud negociadora ante Perón. El “general herbívoro” peleaba serenamente desde su bunker de Puerta de Hierro. En verdad, la consigna –altamente imaginativa– que la Jotapé larga en Gaspar Campos durante el primer regreso de Perón (*La Casa de Gobierno cambió de dirección/ está en Vicente López por orden de Perón*) pudo ser aplicada desde el momento en que el líder del movimiento se instala en Puerta de Hierro. A partir de ese momento la política argentina empieza a decidirse más en Madrid que en el país, aunque les doliera aceptarlo a los héroes del Estado Gorila.

“LA BATALLA DE ARGELIA” COMO MANUAL DE CONTRAINSURGENCIA

Sin embargo, con el paso del tiempo duele comprobar que el espíritu triunfalista de la militancia juvenil y de los combatientes de la guerrilla les impidiera ver *El otro rostro de “La batalla de Argelia”*: el de la ferocidad de la contrainsurgencia. No se detiene ante nada. Hoffman cuenta que está en Sri Lanka y, al saber que es un especialista en terrorismo y contraterrorismo, lo llevan a conocer a un oficial del ejército al que llaman “Terminator”. Conversan largamente. Terminator le dice: “Uno no puede combatir al terrorismo recorriendo todos los procedimientos legales”. Creía que el terrorismo podía ser combatido solamente ‘aterrorizando’ concienzudamente a los terroristas (...). Thomas (el nombre ficticio que el autor le pone por fin Terminator, J. P. F.) no confiaba en que yo pudiera entender lo que él estaba diciendo” (*Ibid.*, p. 332). Usted es un académico, le dice Thomas, no entiende de esto. Esto lo sabemos nosotros. Los que tenemos que proteger la vida de nuestros ciudadanos. Le voy a dar un ejemplo sobre cómo se hacen estas cosas. Lo lleva a un lugar secreto de la ciudad. Hay tres terroristas. Pareciera que saben dónde ha sido colocada una bomba en algún lugar de la urbe agredida. Thomas se les acerca. Les pregunta dónde está la bomba. No le responden. Les dice que hará una vez más la pregunta y luego los matará. Hoffman, entre incrédulo y asustado, presencia la situación. Thomas saca la pistola de su cartuchera, la apoya en la frente de uno de los terroristas y hace fuego. Los otros dos confiesan. La bomba es desactivada y se salvan numerosas vidas. Thomas, luego, le cuenta peores torturas. Pero, al lado del Tigre Acosta o del general Camps, se ve como un hombre humanitario. Thomas, a Hoffman, le exhibe la tortura como medio para obtener un fin. Una vez logrado el objetivo, se acabó el procedimiento. En los campos de Argentina la tortura era constante y no sólo obedecía a fines “de inteligencia”. Era por el mero castigo. O por la execrable vehiculización del sadismo de los verdugos. Thomas no le confiesa a Hoffman haber empalado a nadie. O haberlo despellejado en vida. O haberlo quemado vivo también (“el asadito”). De todas formas, uno no sabe dónde puede detenerse Thomas. Si un terrorista se le resiste más de lo deseado el castigo será cada vez mayor y más truculento. Entre nosotros existió la venganza, el ultraje, el sadismo sin límites y la tortura por la tortura misma. No podemos, sin embargo, saber si Estados Unidos no habrá ya llegado o superado (si es posible) esos límites. El mismo civilizado, académico, Hoffman confiesa haber mirado fotos de muchísimos de los cadáveres de las 5000 personas que murieron el 11 de septiembre (el nine eleven) y se sincera descarnadamente: “Recuerdo al enemigo despiadado que Estados Unidos enfrenta, y me pregunto hasta dónde deberemos llegar para derrotarlo” (*Ibid.*, p. 333). Cuando esa pregunta surge, cuando el sujeto se atreve a formularse la es tarde, la decisión está tomada: *Se deberá llegar hasta cualquier parte, hasta el más inimaginable de los horrores*. Hoy ya se empieza a considerar su posibilidad y a elaborar su justificación, basada siempre en la crueldad superior (e injustificada) del enemigo. La condición humana cada vez más indaga en sus abismos, en aquellos *agujeros negros* cuya existencia ni sospechaba. Ahí, en ellos, todo respeto por la vida

humana habrá de perderse. Será el espacio del odio y la vejación. “Massu y sus hombres (escribieron Hoffman) no tenían problema alguno (...). Justificaron los medios para la obtención de inteligencia con argumentos de costo-beneficio. La filosofía exculpatoria adoptada por los paracaidistas franceses se resume mejor en la creencia intransigente de Massu de que “el inocente (esto es, las próximas víctimas de los ataques terroristas merece más protección que el culpable” (Hoffman, *Ibid.*, p. 330).

Perón parecía no ver estos peligros. Parecía, si algún conocimiento de ellos poseía, despreciarlos. El peronismo era un movimiento de masas. Las *Formaciones especiales* sólo formaban el ala armada del mismo. El, como líder supremo, como Padre Eterno amado por el pueblo, habría de dominarlas cuando quisiera. Ahora, a darles máquina. Luego se vería. Era “la violencia de abajo”. Era causa, no efecto. La causa era la “violencia de arriba”. *La violencia* fue aceptada y motorizada con entusiasmo. “Si Evita viviera sería monotonera” significaba que estaría “en el puesto más arriesgado de la lucha”. ¿Quién había determinado eso? No, señores. El peronismo era un movimiento. No tenía “vanguardia”. *Todo el movimiento era el puesto más avanzado de la lucha*. Los Montoneros, desde la muerte de Aramburu, exigieron sangre por poder. “La sangre la pusimos nosotros. Ahora queremos en el poder un reconocimiento proporcional a ese sacrificio.” Querían –ya bajo esa conducción de Firmenich– compartir la conducción con Perón. Hubo, lamentablemente –trágicamente– una sobrevaloración de los “fierros” que llevó a la guerrilla a creerse “más” que todos. Y a exigirle a Perón compartir el poder. Compartir nada menos que algo que Perón jamás había compartido ni compartiría: *la conducción del movimiento*. Perón se habrá indignado: “Estos tipos están locos. Por unos cuantos muertos que tiraron sobre la mesa creen igualarme a mí, que soy querido y reclamado por el pueblo desde 1955, que nadie puede hacer política al margen de mi nombre coreado por las masas de un extremo a otro del país”. Nadie le discutiría la conducción a Perón. Nadie la compartiría con él. Nadie, a su lado, podría asumirse como “vanguardia”. *Todo eso lo era Perón*. Los Montoneros parecerían no haberlo comprendido nunca. Como no entendieron la *naturaleza del pueblo peronista* que Perón había forjado. Es posible que los tiempos fueran, hoy, otros. Que muchos pueblos giraran al socialismo. El pueblo peronista, no. Seguía siendo el del ’45-’55. Y quería lo que tuvo entonces. La Argentina de los años felices. Eso que Daniel Santoro llama “la patria de la felicidad”. Los Montoneros querían la guerra, la revolución. El choque era inevitable. Otra conducción habría comprendido: *Nosotros fuimos vanguardia durante la etapa de lucha, de asalto al gobierno. Ahora nuestro lugar es la retaguardia. Es el momento de reconstruir el Estado y pacificar el país*. Perón no viene sólo por nuestra lucha. Viene condicionado por el poder militar, que aún es temible, vigoroso, una fuerza compacta y superior. A esperar. Nuestra tarea, hasta aquí, está hecha. Es la hora de dialogar, de pactar y de ir lentamente avanzando. Firmenich estaba a distancias siderales de entender algo así. Y cuando enfrentó a Perón, el viejo líder les contestó del peor modo posible. Narramos una tragedia. Sin malos ni buenos. Una historia que termina en una masacre inhumana no tiene héroes, no tiene gloria. Todos hicieron lo suyo. De otro modo, la catástrofe se habría evitado. Cierto es que el principal error de Perón no pudo evitarlo: morir. Pero, para volver así, casi moribundo, ¿debía volver? Para aguantar unos pocos meses y dejar todo en manos de los asesinos que lo rodeaban, ¿se justificaba su aterrizaje en el campo de batalla, en los campos de las feroces contradicciones, donde él, lejos de ser el que podía conciliarlas desde la lejanía, desde Madrid, era sólo una más? Esa Casa de Gobierno que tenía en Madrid, ¿sirvió que la trasladara a Buenos Aires? Continuaremos.

Colaboración:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

Fanon y Perón,
¿un solo corazón?

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

57 Fanon y Perón, ¿un solo corazón?



ORDEN COLONIAL Y ORDEN NEOCOLONIAL

La película de Gillo Pontecorvo fue mundialmente aclamada. Todos salfan con la certeza de haber visto un *documental*. No, era un film de ficción. Con actores, con una asombrosa fotografía de Marcello Gatti, con un montaje perfecto de Mario Serandrei y Mario Morra, con una producción de Yacef Saadi, que había sido líder del Frente de Liberación Nacional. Es una de las más grandes películas de guerra. En 1966 no podía ya causar demasiados problemas en Francia. Esos problemas habían sido patrimonio de la genial película de Kubrick *Paths of Glory* (traducida con el absurdo título de *La patrulla infernal*). La peli de Kubrick (que tiene guión del gran Jim Thompson) es de 1957, en pleno conflicto de Argelia. ¡Hacerle a Francia esta película en 1957! Una película en que el alto mando del ejército francés es visto como una caterva de cínicos, trepadores, cobardes y hasta asesinos. La gloriosa patria de Saint Just y Bonaparte la prohibió durante casi 20 años. El film de Pontecorvo, no. Aclaremos: los dos fueron acentuando con los años su enorme prestigio. Hoy son de visión obligatoria en todo el mundo para cinefilos, estudiosos, teóricos de la guerra, analistas de la condición humana y su pulsión de muerte.

La batalla de Argelia conquista su realismo documental por las influencias (lúcida, deliberadamente incorporadas) del neorealismo de Rossellini y las técnicas de edición de Eisenstein. Hay un solo actor profesional: Jean Martin, el que interpreta al coronel Mathieu. Vamos al grano: los periodistas siguen a Mathieu, son franceses, quieren saber cómo va la lucha, si el ejército francés avanza o Argelia logrará su liberación nacional. Mathieu contesta vagamente. De pronto pregunta: “¿Qué novedades hay en Francia?” Un periodista le informa (observemos: le informa *sólo* eso, eso sólo como lo más importante que ha ocurrido en Francia): “Sartre publicó un nuevo artículo”. Mathieu reflexiona. Luego dice: “¿Por qué los Sartre están siempre en la vereda de enfrente?” El periodista pregunta: “¿Eso quiere decir que lo admira?” Mathieu responde: “No, pero me gustaría tenerlo de mi lado”. Eduardo Grüner, que será largamente citado en este capítulo, escribe: “Ser Sartre es estar siempre en la vereda de enfrente”. Luego Mathieu ofrece una conferencia de prensa. Sé que he citado este ejemplo en otros trabajos o en mis cursos, pero lo cito aquí por un motivo muy simple: *aquí* no lo cité nunca. Los periodistas le hacen al coronel preguntas más o menos banales. De pronto, uno, juntando todo su coraje, le dice que “se dice” que se aplican torturas a los detenidos argelinos. Mathieu responde: “Usted no me tiene que preguntar si nosotros torturamos. Usted tiene que preguntarse si Francia tiene que quedarse o no en Argelia. Si lo quiere, no me pregunte por los métodos que yo aplico para conseguirlo”.

Un breve párrafo sobre la situación argelina: el Frente de Liberación nacional —a partir de 1954— se arroja sin retroceso posible a una confrontación abierta con el colonizador francés. Señalemos lo siguiente: los franceses *estaban* en Argelia. Un argelino veía un francés y veía un enemigo. No tenía más que mirar el color de su piel o sus ropas para saber que era un colonizador. *todo francés que estuviera en Argelia pertenecía al bando enemigo: de los colonizadores*. Es, sin más, la colonización directa, sin mediación alguna. Los franceses tienen que “llegar” a Argelia. Hay colonos franceses, desde luego, pero ésa no es su tierra. Es la tierra de los argelinos que ellos están usufructuando para sí. Hacia 1956, para defender y sostener esta situación, Francia necesita tener 400.000 soldados en Argelia. O sea, el ejército que hay en Argelia *no es* argelino, es francés.

La extrema derecha colonialista se expresa por medio de los colonos franceses a los que el ejército apoya. Sus generales son tenaces, obstinados y sanguinarios: son Massu (en quien se inspira el Mathieu de *La batalla de Argelia*), Salan y Challe. Hace unos años (en un documental de una cineasta francesa al que recurriremos en su momento), el general Salan admitió haber instruido a los militares argentinos. Esta gente funda una organización terrorista (con semejanzas con la Triple A) a la que llaman OAS (Organización de la Armée Secret). Le ponen una bomba a Sartre, que, sin ofuscarse, sigue adelante. El portero de su edificio comenta: “Qué raro que le hayan puesto una bomba al señor Sartre. Es un hombre de costumbres muy tranquilas”. Ben Bella, el fundador del Frente de Liberación Nacional, que había sido arrestado en 1954, es liberado: Francia exhibe su buena voluntad. Hay un período de movilizaciones populares muy potentes, al margen del FLN. Francia decide retirarse de Argelia. Les ofrece a sus colonos que se queden o fijen un plazo para retirarse. Sabiamente, los colonos se van de inmediato. Sin el poderoso ejército de ocupación que los protegía con sus tácticas “de inteligencia” se sienten muy desprotegidos. Argelia alcanza su soberanía en 1962. Lo que había en Argelia (algo que debió ser advertido

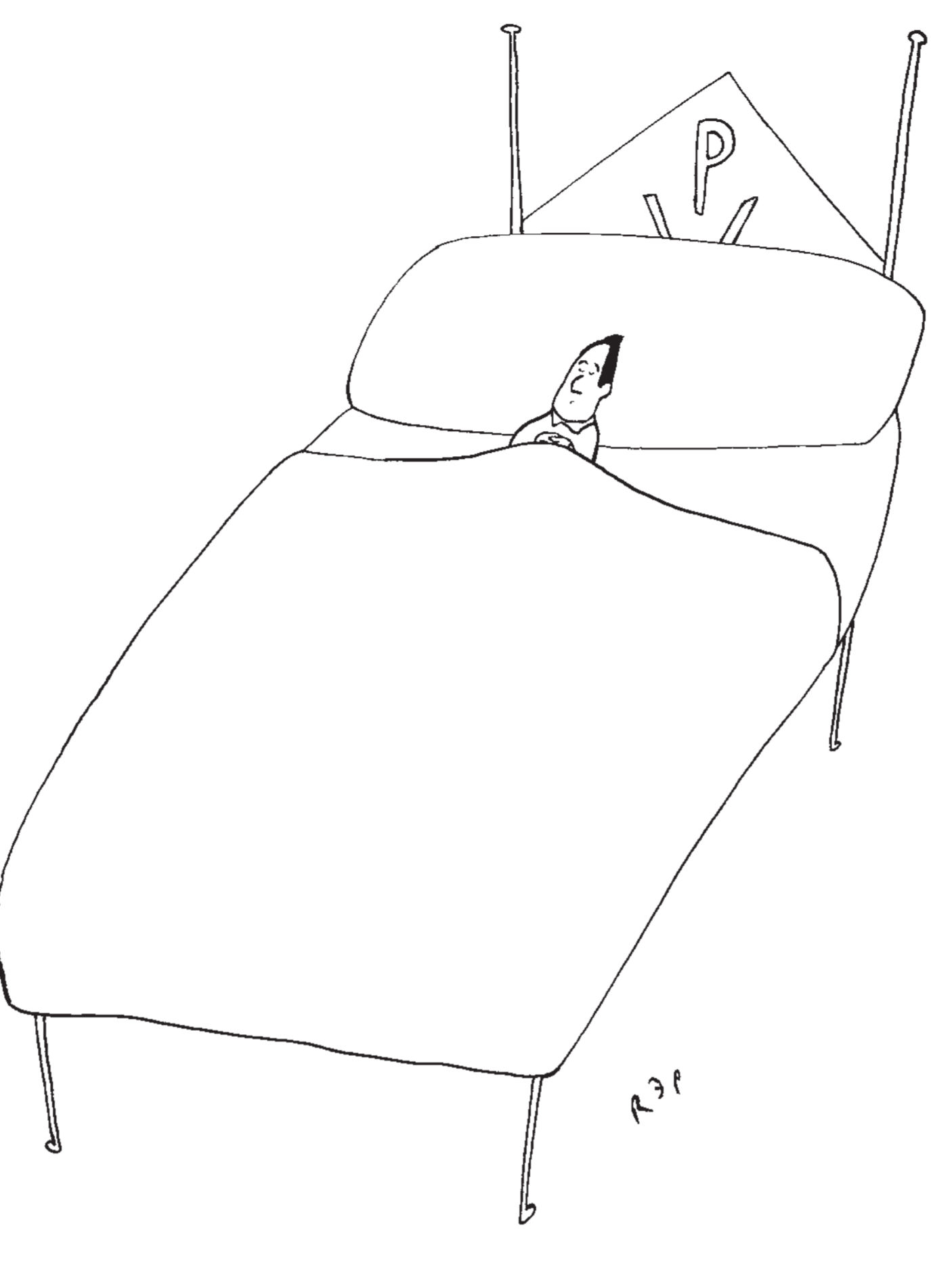
por los que establecían la identidad Argelia = Argentina) era una *colonización directa*. El colonizador estaba en el lugar de los hechos. El ejército de colonización era el ejército francés, ejército extranjero. Aquí no: era el ejército argentino. De aquí que cuando llega la democracia y el Ejército debiera apartarse de la escena una de las frases más dichas fuera: “El ejército argentino de ocupación es un ejército que no tiene dónde retirarse”. Sí: los franceses se volvieron a Francia. Los militares argentinos debían adaptarse al nuevo país que hasta hacía poco colonizaban.

A esta altura de los tiempos no hay teórico serio que acepte al colonialismo del siglo XIX como *progresivo*. Los valores de la *civilización*, del *progreso* fueron la bandera de ese colonialismo y también la de las clases altas que los aceptaron. Toda la burguesía de la periferia, de la subalternidad (uso este término de Gayatri Spivak) planteó que nada se podría hacer en los países que no pertenecían a la centralidad del mundo sin ingresar en la teleología imperialista de Europa. El esquema era simple: unirse a Europa era unirse al tren de la historia. Implicaría para los países *neo-coloniales* (como el nuestro) un desarrollo tan potente que habrían de alcanzar o sobrepasar a los países de la centralidad europea. Esto es lo que Tulio Halperin Donghi (a quien nadie puede acusar de *revisionista histórico*, algo que lo horrorizaría) llama *orden neocolonial*. En suma, lo que aquí se constituyó desde mayo de 1810 en adelante fue un orden neocolonial. *Un orden neocolonial no es un orden colonial*. De aquí que la traslación mecánica de “Argelia” a “Argentina” resultara abusiva. Escribe Halperin Donghi: “Las nuevas funciones de América Latina en la economía mundial son facilitadas por la adopción de políticas librecambistas (...) El librecambio (rodeado de prestigio excepcional no sólo porque ofrece a las áreas metropolitanas, como gustan recordar amargamente los estudiosos de las marginales, un admirable instrumento ideológico de penetración económica en estas últimas, sino también porque promete cumplir dentro de aquéllas una función de reconciliación social en el marco del orden capitalista) es la fe común de dirigentes políticos y sectores altos locales” (Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza, Buenos Aires, 1997, p. 223. Halperin Donghi publicó este ensayo por primera vez en 1967). Este “prestigio excepcional” del librecambio (penetración de las áreas metropolitanas en las marginales) se arropa a sí mismo con valores irrenunciables. Roma conquistaba en nombre de su grandeza. Territorio que el gran Imperio ocupaba tenía el orgullo, el honor de pertenecer a la magnificencia de Roma. Eso era todo: pertenecer al Imperio era la gloria de todo territorio que el Imperio ocupara. No es así con la expansión colonial o neocolonial europea. Donde entra el capital inglés (por medio del librecambio) o la cultura de Francia entran también una serie de *valores*. Las “áreas metropolitanas” seducen a las “marginales” con los grandes valores que dicen representar: la Civilización, el Progreso, la Ciencia, la Historia, la Cultura y el Hombre que esa cultura produce. El hombre que la sostiene. *El hombre occidental*. Occidente es, así, la cultura encargada (por medio de su razón) de incorporar a los valores de su racionalidad (que es, al mismo tiempo, la *verdad*) a las áreas marginales. Esta penetración de Occidente fue vista (por los sectores liberal-capitalistas) como el necesario desarrollo de la Humanidad. Donde entraba Occidente entraba el Hombre.

Así, cuando en 1830 Francia entra en Argelia, lo que entra es el Hombre Occidental. La razón iluminista. La razón europea. El decurso necesario de la Historia. ¿Cómo oponerse a eso? Si el general Bougeaud (“el conquistador de Argelia”, tal es su título) quema vivos a 500 argelinos eso es sólo un costo del Progreso. Era necesario. La historia, dice Hegel, avanza por su lado malo. Avanza dolorosamente. Tiene precios que pagar. Esa Argelia reconocería en el futuro que las luces de Francia se encarnaban en el general Bougeaud y, aunque éste cometiera atrocidades, era un error considerarlas de ese modo. Eran el modo de abrir el país a las nuevas fuerzas de la civilización.

¿CUÁL FUE EL “PROGRESO DEL NEOCOLONIALISMO”?

Queremos ver la influencia de Francia en la cultura argentina para mostrar nuestro caso. La Revolución de Mayo es hija de la Revolución Francesa. El grupo ilustrado porteño admiraba el rigor, la decisión, la voluntad de los jacobinos, de Robespierre, de Saint Just. Se habían educado —secretamente, en Chuquisaca, Moreno— leyendo a los Enciclopedistas. Estaban hartos de España, esa nación ajena a la agresividad del espíritu del capitalismo; admiraban a Francia y su gran revolución burguesa, a Inglaterra y su Revolución Industrial. Moreno traduce a Rousseau. *El contrato social* alienta las jornadas de Mayo y los ejércitos que la Junta envía al Interior semejan—según la entusiasta



descripción de José Ingenieros— a los de la Revolución Francesa. A fines de 1810, Vicente López y Planes escribe, no el Himno Nacional, sino lo que sigue: “Gloria al grande Balcarce; eterna gloria/ a su legión guerrera/ que enrojécio la espada carnicea/ con sangre de rebeldes”. El espíritu del país de Descartes y Voltaire lleva a nuestros próceres a derrotar al godismo arcaico, reaccionario y a entrar en la modernidad, en la peculiar modernidad periférica a la que accedimos: cambiar la globalización española por la francesa y la inglesa, las grandes naciones del Progreso. Nunca se dudó de este Progreso. No se dudó en ninguno de los países de la marginalidad. Alcanzarían todos la grandeza de los países metropolitanos al solo costo de *complementarse* con ellos.

A partir de 1830 Echeverría regresa de París, trae el romanticismo, se consolida la generación romántica, la librería de Marcos Sastre, el Salón Literario, la Asociación de Mayo. Alberdi escribe el *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho* (1837) y aborda la cuestión del idioma. Estamos en un punto decisivo. La modernidad periférica porteño admiraba el rigor, la decisión, la voluntad de los jacobinos, de Robespierre, de Saint Just. Se habían educado —secretamente, en Chuquisaca, Moreno— leyendo a los Enciclopedistas. Estaban hartos de España, esa nación ajena a la agresividad del espíritu del capitalismo; admiraban a Francia y su gran revolución burguesa, a Inglaterra y su Revolución Industrial. Moreno traduce a Rousseau. *El contrato social* alienta las jornadas de Mayo y los ejércitos que la Junta envía al Interior semejan—según la entusiasta

na— pidieron consejo a los generales expertos en torturar argelinos, en masacar insurgentes. Aquí es imposible soslayar un aporte propio, nuestro, esencial a esta maquinaria del horror. La picana eléctrica la inventa el hijo del poeta Leopoldo Lugones y la aplica ferozmente bajo el gobierno del fascista Uruburu, que duró poco, porque entre nosotros el fascismo (su terror, sobre todo) se realiza por medio de los liberales oligárquicos, los dueños de la tierra. Pero hay algo —una oscura relación de causa y efecto— que es cruelmente insoslayable entre el “poeta nacional” Lugones y su hijo torturador. El padre, en 1924, en Lima, en el Centenario de la batalla de Ayacucho, proclama la llegada de “la hora de la espada”. Y su hijo, en los sótanos lúgubres de las comisarías, en Buenos Aires, inventa la picana eléctrica, “su” espada, el instrumento que él desenhainaba cuando su padre reclama la espada de la “última aristocracia”, el Ejército. Esta relación entre padre poeta e hijo torturador, entre espada como símbolo de lucha gloriosa y picana como realidad sucia de esa lucha, es una metáfora —ineludible, creode la relación entre la racionalidad y el terror.

Vuelvo a Alberdi. Lo habíamos dejado diciendo que “nuestras simpatías con la Francia no son sin causa”. Sigue y explica: “Nuestras instituciones democráticas no son sino una parte de la historia de las ideas francesas. El pensamiento francés envuelve y penetra toda nuestra vida republicana”. No es relevante aquí trazar toda la relación entre los sectores dirigentes argentinos y la cultura francesa. Nuestra oligarquía habla en francés. El viaje a París es el viaje a la centralidad, al origen, al sentido. No, el propósito es otro. La masacre argentina fue salvaje en sus resultados, en su crueldad. Pero fue racional en su aplicación. Nuestros militares no fueron unas bestias incomprensibles, inhumanas. Trajeron el espíritu francés a esta tierra tal como lo trajo Echeverría, el poeta, a partir de 1830. No trajeron el romanticismo, claro. Sino otra faceta, la que necesitaban en 1976. La periodista Marie-Monique Robin le pregunta al general López Aufranc, encargado de interpretar y traducir a la “realidad nacional” la doctrina francesa: “¿Es cierto que los Estados Unidos estaban celosos?” “Claro —responde el general—, querían que los franceses se fueran. Veían con mal ojo el rol de Francia. Pero los americanos no sabían nada de guerra revolucionaria.” Los franceses, sí. De modo que los generales argentinos (en la lucha por defender al Occidente cristiano que hegemonizaba Estados Unidos) recurren al viejo, venerable tutor francés. “La Europa nos pondrá el remo en la mano hasta que aprendamos el arte de la navegación”, dice Sarmiento en *Facundo*. Y el libro (el gran libro de nuestra literatura) se inicia con una anécdota que incluye, decisiva, una frase en francés. Sarmiento huye a Chile perseguido por la “barbarie federal” y escribe “On ne tue point les idées”. Frase que atribuye a Fortoul, que Paul Groussac, un petulante intolerable que dirigía la Biblioteca Nacional y era venerado por su irrefutable origen francés, dice que pertenece a Volney —injurando a Sarmiento como un bárbaro más— y que los federales no entienden, no saben traducir, lo que revela su barbarie: no pertenecen al espíritu de lo nuevo, al republicanismo que Francia expresa y el país debe incorporar. Los generales argentinos entendieron la cuestión incurriendo en la racionalidad instrumental del terror: las ideas se matan porque los hombres son infinitamente exterminables. Ya no es necesario que la Europa nos ponga el remo en la mano, ya aprendimos el arte de la navegación. Ahora lo que hace falta es que el general Bigeard nos entregue su picana y nos inicie en el arte de la tortura, del interrogatorio. De eso que —impecablemente— los masacradores llaman “el trabajo de inteligencia”. Aquí el análisis estremece. Primero: al trabajo de “información” (absolutamente central en la lucha de contrainsurgencia) se le llama “de inteligencia”. Segundo: el trabajo “de inteligencia” radica en el interrogatorio al detenido. Tercero: la metodología del interrogatorio es la tortura, siempre.

La *Dialéctica del Iluminismo* es un libro que Adorno y Horkheimer escriben, exiliados en Santa Monica, Estados Unidos, entre 1940 y 1944. Demuestran que la filosofía de las luces (a través del dominio técnico de la naturaleza) conduce a la racionalidad instrumental, a la planificación de los campos de concentración. El afán por el dominio de la naturaleza se habrá extendido al de los hombres y por fin a su exterminio. En 1940 era inevitable que vieran que un suceso iniciado en Francia (la “culpa” originaría se retrotrae a Descartes) se realiza en Alemania. Pero no necesariamente. También se realiza en Argelia. La “razón instrumental” iluminista lleva a la “razón instrumental” de la “inteligencia” de los paracaidistas torturadores, a Bigeard, a Aussareses. Nosotros, ahí estamos. “El pensamiento francés penetra y envuelve toda nuestra vida republicana”, escribió Juan Bautista. ¿No hay entonces una dialéctica argentina del Iluminismo? ¿No lleva del *Contrato Social*, traducido por Moreno, a la traducción de Bigeard y Aussareses por Díaz Bessone y López Aufranc? La razón instrumental o la racionalidad técnica (por decirlo con Heidegger) no se detendrá

ante nada. Heidegger nada ha escrito sobre las operaciones punitivas, sobre las operaciones de exterminio en —por ejemplo— nuestro país, pero habría dicho que era así como actuaba la técnica capitalista. Habría dicho que ése no era el Progreso. Y hasta posiblemente se hubiese interesado más por los gauchos federales como hombres unidos a la tierra que por los “racionales librecambistas”. Pero Heidegger es el filósofo que dice que el hombre ha olvidado al ser y se ha consagrado a la conquista de los entes y que esta conquista la realiza la razón, la razón del capitalismo en su expresión más despiadada y mercantilista. ¿Cuál es el “progreso” que dejó el colonialismo? ¿Cuál el que dejó el “imperialismo bueno”? Cualquiera nos acusaría de ser “revisionistas históricos”. No, no nos basamos en esos textos que han quedado tan atrás como los libracos liberaloides de, pongamos, Ricardo Levene o Ricardo Rojas. Adorno, Horkheimer, Heidegger y todo el pensamiento filosófico contemporáneo condenan la expansión colonialista (o, en nuestro caso, neocolonialista) por su rapiña y por haber debilitado a estos países en lugar de conducirlos al progreso. Esto es totalmente visible en nuestros días. ¿Quién podría decir en nuestros días que Inglaterra jugó un papel “progresivo” o “progresista” en la Argentina? ¿Quién que seguimos el progreso británico como parte de la historia de las ideas? ¿Quién es todavía incapaz de ver que los planes de las clases ilustradas de Buenos Aires nos dieron un país atrasado, perdedor, marginal, pobre? No hablemos aquí de esa vieja cuestión: si otro camino hubiera sido posible. No importa. Pero seremos claros (junto con muchos de los mejores y más honestos filósofos europeos) en decir *no hubo imperialismo “bueno”*. No lo hubo en ningún lado. Las relaciones entre las metrópolis y las neocolonias sólo beneficiaron a las metrópolis y condenaron a un atraso miserable a las neocolonias. Que algunas —hoy— estén emergiendo (como China, como India) causa pánico en el Occidente colonialista. Las otras siguen balbuceando algunas palabras de autonomía. América latina recién se arriesga a un tibio populismo agredido brutalmente por las clases altas no bien se sienten perjudicadas en algo.

Incluso es parte de ese neocolonialismo que los franceses de Argelia hayan instruido a los genocidas argentinos en tácticas de contrainsurgencia. Es otra vez la razón instrumental, son las luces de Europa. La cultura de Francia en el Plata. Si Mitre, Sarmiento (que lo conocía) y Roca han de haber tenido muy presente al general Bougeaud, sin duda Videla tomó lecciones de los paracaidistas franceses. El y López Aufranc y el resto de la gavilla.

GRÜNER ESCRIBE SOBRE EL “PRÓLOGO” DE SARTRE

Siempre es bueno admirar a alguien. Limar a fondo las envidias, las competencias, reconocer la calidad, la honestidad o el talento cuando uno lo encuentra en otro. Creo que hay —en este momento— en la Argentina algunos intelectuales de mérito que están coincidiendo en ciertas cosas. Voy al punto: siempre leo con agrado los textos de Eduardo Grüner. Salvo algunas referencias a Lacan, algo excesivas tal vez, me sería difícil decir en qué discrepo con él. Coincidimos, en cambio, en algo que nos aleja de la cultura académica, de las modas filosóficas, de la omnipresencia de la *French Theory*. Somos dos bichos raros. Quedan pocos de los nuestros. Creo que somos los últimos sartreanos. O, sin duda, ya que acaso no se pueda ser hoy “sartreano” como tampoco se pueda ser nada salvo un tipo abierto a un mundo preapocalíptico, que se resiste a ser abarcado por “una” filosofía, aunque sea una de lo “múltiple” (que ya estamos hartos de ellas) o una de lo “uno” (que viven en la modalidad del fundamentalismo bélico, norteamericano o islámico, occidental o musulmán). Sin embargo, encuentro en lo que escribe Grüner algo que a mí me pasa: una gran admiración por Sartre. Una lectura apasionada de todos sus textos. Una convicción acerca de su *actualidad*. La “ausencia” de Sartre, la “negación” de Sartre grita su “presencia”. Leí por ahí que Barthes dijo: “Cuando volvamos a pensar en una moral vamos a volver a pensar en Sartre”. Es hora de pensar en una moral. Grüner escribe con fluidez, con claridad, con fuertes convicciones. Tal vez se encuentre menos neuróticamente que yo consagrado a construir una obra “oceánica” casi como homenaje al maestro. Porque él lo hizo así, voy a seguirlo. Porque nunca paró de escribir, de opinar, de comprometerse, de apelar a todos los recursos necesarios para expresarse, trataré de hacer lo mismo, dentro de mis límites. Pero voy a seguirlo. Digo esto porque voy a transcribir largamente un texto de Grüner. Me hubiera gustado escribirlo. Y hasta podría haberlo hecho. Pero sucede que *él ya lo hizo*. Y lo hizo muy bien y lo comparto por completo. De modo que lo que sigue de aquí en más está escrito por Eduardo Grüner. No voy a poner comillas. Es parte de este texto. Empezará a renglón seguido y va a terminar cuando cite la fuente de donde lo tomé. Es así:

A los que –había unos cuantos, y éste es un debate de “los setenta” no terminado de saldarse no comulgábamos ideológicamente, o nos parecía directamente un disparate suicida, con la “política-guerra” de las “formaciones especiales” (por convicciones políticas basadas en la “organización de las masas” y no en las “vanguardias iluminadas”, o por dejos de un eticismo filosófico que nos hacía repugnante el “atentado individual”, o por lo que fuere), ya nos había preocupado, en el pasado inmediato, cierta lectura de un cierto Sartre que hacían ciertos militantes de la izquierda más o menos peronista. Era obvio –aparte de sus innumerables declaraciones o artículos de coyuntura– el caso ya citado del Prólogo a Fanon, que se nos aparecía (...) como un llamado un tanto irreflexivo a la celebración de la libertad (y más: del pasaje a un nuevo estado de humanidad del colonizado, y en esto Sartre parecía seguir casi literalmente a Fanon) mediante la violencia, incluso la “terrorista”, contra el colonizador. Por supuesto: entendíamos, o creíamos entender, perfectamente, porque tratábamos de seguir las enseñanzas del maestro respecto de la puesta en situación, que Sartre hablaba de Argelia –y, por extensión, de todo el África colonial–. Es decir: de un territorio ocupado militarmente por una potencia expoliadora y extranjera, tal como a su manera lo había estado en su momento Francia –la propia potencia colonial que ahora era la ocupante–, y a la que había opuesto la “heroica” Resistencia en la que el propio Sartre (...) había participado. Y ése no era el menor de sus argumentos: el cinismo canalla con el que los adalides de la LibEgFrat no sólo condenaban como victimarios lo que habían glorificado como víctimas, sino que utilizaban ellos mismos el terror, la tortura, los asesinatos clandestinos (solo mucho después, incluso hoy mismo, se “desayunaron” muchos de cuánto tenían que ver esos humanitarios franceses con lo que entonces era nuestro próximo, casi inmediato, futuro). Pero además, para colmo, Sartre era también, precisamente, francés. Tenía que hablar por las víctimas de su propio país, del propio Estado del cual él era citizen, y por lo tanto, de alguna involuntaria manera, cómplice. Eso, necesariamente, redoblabla su virulencia, su elocuencia retórica (proverbial, pero potente hasta lo sublime en el prólogo de marras), su estrategia argumentativa en el elogio, incluso el panegírico, de los resistentes argelinos. Tenía por consiguiente que demostrar, a los gritos si hacía falta, que a los “violentos” del FLN no les habían dejado otra salida. Cosa, por otra parte, no muy difícilmente demostrable, como sucede con harta frecuencia en toda guerra de liberación colonial. Pero, eso era Argelia. Sin embargo, aquellos ciertos militantes de los que hablamos hace un momento leían allí –y no sólo apelando a chistes homofónicos facilongos– Argentina. O sea: aun leyendo a Sartre / Fanon en castellano, traducían: la Argentina también era una “colonia” (“Patria sí”, etcétera), y también estaba “ocupada militarmente” (por el Ejército que de “Nacional” sólo tenía el nombre), que también había torturado y asesinado (ahí estaban Vallese, Pampillón, Jáuregui, todos ellos): para ellos, las referencias comparativas se habían literalizado por fuera de los sesudos análisis políticos, sociológicos, histórico-culturales que procuraban detectar con la mayor precisión posible la diferencia argentina y latinoamericana para pergeñar la mejor estrategia de resistencia, o incluso de “toma del poder”. Y esa lectura de Sartre –lo decimos así porque estamos hablando de Sartre: era por supuesto algo mucho más vasto, de una importancia vital, y no sólo filosófica– nos preocupaba, porque de ella no podía desprenderse otra cosa que el FLN y sus tácticas. La política-guerra, y no la guerra política. (Otra viñeta de época: a fines de 1969, a la salida de otra sempiterna proyección trasnochada de *La batalla de Argelia* en el Lorraine, me encuentro con un compañero de facultad, militante del entonces FEN –sigla sugestivamente cercana a la argelina–, que portaba el infaltable Fanon prologado por Sartre bajo el brazo. Entusiasmado una vez más con el film, me espetó: “¿Viste? ¡Esto es lo que hay que

hacer en la Argentina!” No hice mayor esfuerzo, por intuirlo inútil, de convencerlo de otra cosa. Pero pensé: Sonamos. ¿Esto es lo que hay que hacer? ¿En Argentina? ¿En un país que no es formalmente una colonia ocupada por una potencia extranjera, que no tiene una población de 90% de campesinado paupérrimo como Argelia, donde hay –como lo había entonces– un comparativamente alto nivel de industrialización, donde hay –como la había entonces– una clase obrera fuertemente sindicalizada, con profundísimas tradiciones de lucha organizada? ¿Qué acaba –como acababa entonces– de hacer nada menos que el Cordobazo? Esto puede ser el desastre.) Que se entienda bien: no pretendo, retroactivamente, haber acertado desde el vamos. Mucho menos haber tenido la lucidez premonitrice que tantos, ahora, se autoadjudican en su nuevo entusiasmo de arrepentidos: era, simplemente, una posición política (y lamento, en cierto modo, tener que seguir pensando que entonces fue la más correcta: la otra costó demasiado). Mucho menos pretendo culpar a los que pensaban así entonces –puede ser que tengan sus culpas, y con toda seguridad sus responsabilidades: yo, hoy, no soy quién para exigir cuentas–. (Y también había otras maneras de pensar cierto “sartre-fanonismo” –aun sin nombrar explícitamente esos autores, ni seguirlos puntualmente en sus ideas– que pudieran mantener la diferencia: sin internarnos en análisis, Rozitchner lo ensayó en, por ejemplo, *Ser Judío* o en *Moral Burguesa y Revolución*, Feinmann algo más tarde en, por ejemplo, *Filosofía y Nación*, y así) Y sin duda que esa lectura no era culpa de Sartre: hay que insistir, él, equivocado o no, hablaba de otra “situación”, desde otro lugar. Se podrá decir: sí, pero él no era cualquiera; tenía la obligación de prever que su palabra podía ser, por ejemplo, abusivamente universalizada. Puede ser. Es muy cierto, nadie puede controlar los efectos de lo que escribe, pero tampoco tiene el derecho de desentenderse cuando lo que escribe produce efectos. Eso es éticamente obvio. Al mismo tiempo, no obstante, y recíprocamente, no puede endilgarse al escritor cualquier cosa que uno quiera entender por otras razones que las que están allí escritas. Porque –es lo que pienso hoy– ésa era una mala lectura (y no en el sentido más inofensivo de la “deslectura creativa” de Harold Bloom) de Sartre, incluida la del prólogo a Fanon.

Al prólogo a Fanon puede dársele, no cabe duda, un alcance “universal”: pero está en el método de pensamiento, no en el tema. El “tema”, como siempre en Sartre, está del lado del universal–singular. Argelia (o África, si se quiere extenderlo lo más posible) era allí el componente de la singularidad: servía para hacer la crítica de una falsa universalidad, la de Europa. Al “universalizar” abstractamente –puesto que trasladar Argelia a la Argentina, un país tan diferente, era hacer eso– lo que Sartre decía de Argelia, era traicionarlo sin querer (Eduardo Grüner, Prólogo inédito a *El idiota de la familia*, de Jean Paul Sartre).

FANON Y PERÓN, ¿UN SOLO CORAZÓN?

En suma, el gran error consistía en trasladar mecánicamente “Argelia” a “Argentina”. Sartre había opuesto una singularidad (la del colonizado) a una universalidad (la del colonizador europeo). Y no se equivocaba: el colonialismo siempre presenta sus valores como valores universales. Lo que le entrega al colonizado son los *valores universales* de la civilización. Sartre criticaba este esquema y se ponía del lado de la singularidad, del lado del colonizado. Avanzaba más y decía que, a través de su lucha, el colonizado iba a crear su propia “universalidad”, ya que el Prólogo termina diciendo: “Pero eso, como suele decirse, es otra historia. La historia del hombre. Estoy seguro de que ya se acerca el momento en que nos uniremos a quienes la están haciendo”. O más todavía: que el colonizado –al luchar contra la falsa universalización del colonizador– no sólo crea su propia autonomía, su propia “universalidad”, sino que lucha por una nueva historia, la historia del hombre, y convoca a sus compatriotas franceses a unirse a ella. La histo-

ria, entonces, se escribe en la periferia, se escribe en las luchas de liberación de los pueblos coloniales. Esta “universalidad” –agregamos nosotros– debe tener la “particularidad” de no someter a ninguna otra “particularidad”. Se trataría de crear una nueva forma de la historia en que unas naciones no colonicen a otras. De la liberación de la marginalidad surgiría una historia libre, una historia del hombre. Como vemos, no era demasiado demencial tomar muchos elementos de Sartre/Fanon para el esquema de “lucha antiimperialista” que se proponía en la Argentina y en América latina. Pero Argelia no era Argentina. No era una colonia. Era una neocolonia. Y todo traspaso mecánico de una situación histórica a otra corre serios riesgos. Grüner los señala: 1) Argentina no era una colonia ocupada por una potencia extranjera; 2) No tenía una población del 90% de campesinado en estado de extrema pobreza como Argelia; 3) Argentina tenía entonces un alto nivel de industrialización comparado con la nulidad que exhibía Argelia en ese nivel; 4) Argentina tenía una clase obrera fuertemente sindicalizada, con profundísimas tradiciones de lucha organizada; 5) En Argentina acababa de hacerse el Cordobazo. Una lucha autónoma de la clase obrera ligada a la industria de automóviles, con conciencia de clase, con movilización popular, con sindicatos y líderes combativos.

Esa lucha de la clase obrera cordobesa entroncaba con el peronismo pero no exactamente con su larga tradición. Lo que no advirtió el “entrisimo” de la izquierda peronista es que el pueblo que esperaba y amaba a Perón vivía recordando los años de “la patria de la felicidad”. No era un pueblo combativo. La lucha nunca iba a ser la de un pueblo armado más una guerrilla acompañándolo. Perón no había formado a su pueblo para eso. Lo había formado para ser un pueblo protegido por el estado de bienestar. Y así demostró ser. Los argelinos sufrían una doble humillación distinta de la del pueblo peronista. Una humillación nacional, clasista y racista. Tenían al ejército francés en su territorio. De aquí que incurrieran tanto en el terrorismo (que es la *violencia indiscriminada*). Si ponían una bomba en un bar de franceses sabían que *ahí no había inocentes, porque eran todos franceses*. Y ellos eran enemigos de *todos* los franceses. El guerrillero argelino podía decir: “*todo francés es mi enemigo*”. El guerrillero argentino jamás habría podido decir: “*todo argentino es mi enemigo*”.

Reflexionamos sobre estas cuestiones y sobre Sartre y sobre Fanon porque fueron esenciales lecturas de la militancia revolucionaria de la época. Y esa época fue una de las caras más fascinantes del peronismo. Si Favio, en un film de seis horas, le dedica diez minutos, allá él. Hay una concepción ideológica detrás de eso y ya veremos cuál es. Pero Fanon estaba en manos de todos. Y las palabras “sublimas” de Sartre se leían con devoción. Era difícil, para muchos, leer “el arma de un combatiente es su humanidad” y no exaltarse. Y los textos más terribles, más exasperados y guerreros se leían entre estremecimientos, parecían clarinadas: “Porque, en los primeros momentos de la rebelión, hay que matar: matar a un europeo es matar dos pájaros de un tiro, suprimir a la vez a un opresor y a un oprimido: quedan un hombre muerto y un hombre libre; el superviviente, por primera vez, siente un suelo *nacional* bajo la planta de los pies” (la cursiva es de Sartre). Esto se discutía ardientemente. Tendremos que seguir analizándolo. Por ahora respondamos a la pregunta de este capítulo. Aunque, *formalmente*, Argelia y Argentina o Argelia y América latina, mostraran coincidencias, la equiparación (que tenía como corolario la elección de la lucha armada como método: he aquí la gravedad de la cosa) era peligrosa. En suma, ¿Fanon y Perón un solo corazón? No. Y hasta por *otro* motivo que aún no hemos mencionado. Fanon y Perón no tenían nada, *pero nada* en común. También esto importa. Y mucho.

Continuaremos.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

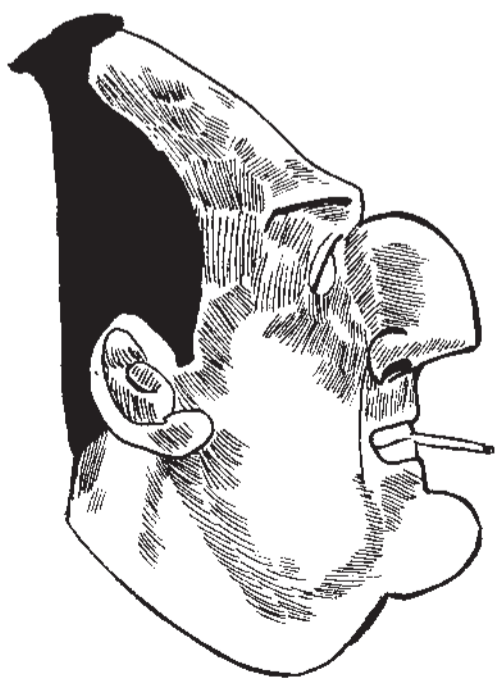
Hacia el primer
regreso de Perón

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

58 Hacia el primer regreso de Perón



EL JUEGO DE MASCARAS

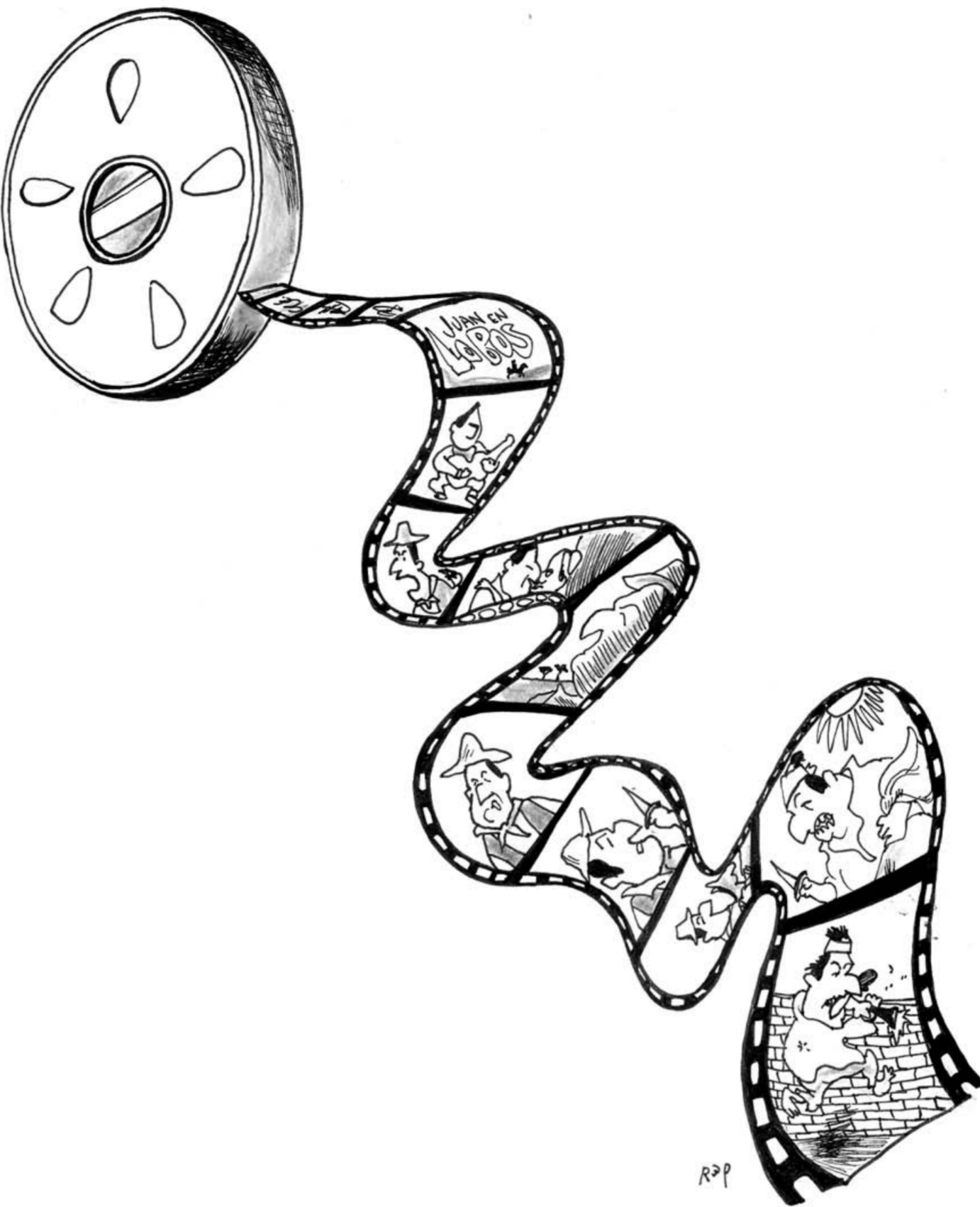
Hemos dicho que Fanon y Perón no tenían similitudes, no había casi nada que los ligara. Para la militancia de los '70 era indudable que sí: Perón era un líder del Tercer Mundo. Perón, además, se había puesto esa máscara. Una de las posibles lecturas de la relación entre Perón y la Jotapé es la de un juego en un baile de máscaras. Yo me pongo la máscara que vos querés de mí. Sabemos que usted, general, nos quiere peronistas: aquí estamos, cantamos la marcha, vengamos a Valle, matamos a Aramburu, hablamos todo el tiempo del pueblo peronista y decimos vivas por usted y juramos morir por usted, como corresponde a buenos peronistas. Ya que así está establecido: no hay nada más peronista que prometer dar la vida por usted, el conductor estratégico. Usamos su lenguaje: táctica, estrategia, cuadros auxiliares de conducción, cuadros medios, bastón de mariscal en la mochila de cada combatiente. Leemos a Clausewitz. Somos –ahora crecidos y militantes– los niños privilegiados de su patria de la felicidad. Somos los autores de esa formidable pintada: “General, sus privilegiados de ayer somos sus combatientes de hoy”. Somos esos pibes de los que usted dijo: “La primera elección la ganamos con los hombres, la segunda con las mujeres, cuando voten los pibes ¡pobre de ellos!” Amamos al pueblo, vamos a las villas, pintamos las casas de chapa, alfabetizamos, organizamos a los que no tienen cómo hacerlo porque no tienen trabajo, compañeros. Militamos en los barrios, nos peleamos con nuestros viejos, con frecuencia les ganamos y los hacemos peronistas (a ellos, que siempre nos hablaron pestes de usted y nos convirtieron, muy a su pesar, por pura torpeza nomás, al culto maldito de adorarlo, de quererlo aquí, en la patria, para que los arruine la fiesta a todos), polemizamos con la izquierda gorila, les robamos las bases a los comunistas, a esos bolches de la *Fede* que ven, desesperados, que se les rajan todos los militantes y se vienen con nosotros, porque, su imbatible glamour de maldito, se nos pega, nos adorna, nos vuelve fascinantes.

Yo, muchachos, sé que ustedes me necesitan combativo y tercermundista. Yo los necesito y no los voy a perder. Porque los sindicalistas tienen demasiados intereses y son parte de cualquier gobierno. No burócratas, traidores. Ustedes están llenos de ideales. Quieren usarme, claro. Los comprendo. Yo también a ustedes. ¿Cómo me quieren? Lo sé: duro y combativo. Bien, entonces digo que con el Che se fue el mejor de los nuestros y les entrego las consignas de una “nueva etapa” que elaboré para ustedes. Tengo que darles manijas y sé cómo hacerlo. A ver, qué les parece: Actualización Doctrinaria, Trasvasamiento Generacional y Socialismo Nacional. Somos un Movimiento de Liberación Nacional del Tercer Mundo. Estamos contra los dos imperialismos: el yanqui y el ruso. Estamos por la liberación nacional de la patria. Ustedes agreguen, también, “social”. Ustedes se ponen esa máscara para mí. Yo me pongo esta para ustedes. Todo va a ir bien. Sospecho que en algún momento nos vamos a tener que sacar las máscaras. Ahí quizás ustedes revelen lo que son: unos marxistas hijos de puta que quieren usarme para implantar en la patria algo que nada tiene que ver con el peronismo. Ahí me saco yo la máscara. Se van a sorprender, muchachos. Yo de gil no tengo nada. Sé que piensan que estoy viejo. Que me voy a morir antes de poder sacarme la máscara que me puse para ustedes y que, entonces, me van a heredar. Son riesgos que hay que correr. Se lo digo a los míos. Sin los muchachos no volvemos. Hay que darles lo que necesitan. ¿Necesitan esta máscara? La van a tener. ¿Y si te morís con esa máscara puesta? Suele preguntarme Isabelita, que, lo sé bien, sólo sabe decir lo que López le ha dicho antes. Entonces me río: ahí se van a tener que joder ustedes y los milicos. No puedo cambiar de máscara antes de estar en suelo argentino. Y los que me van a devolver a la patria son los muchachos. A joderse y a correr el riesgo. Y para redondearlo le digo esa frase que tanto me gusta: “No hay que cambiar de caballo en medio del río”.

¿QUE ES EL “PUEBLO PERONISTA”?

Fanon era un militante de la causa tercermundista y un gran teórico. Pero está la cuestión de la violencia. *Siempre aparece en estos análisis la cuestión de la violencia.* Y hay que remitir este tema al *pueblo peronista*. Todo lo que se hacía fundaba su legitimidad en esa esencia. Toda la militancia actuaba en nombre del pueblo peronista o por el pueblo peronista. Toda la lucha era una lucha de liberación por la clase obrera cuya identidad política era el peronismo. Se dibujó entonces un perfil del *pueblo peronista* que respondiera a los ánimos revolucionarios de la época. Se decía que el pueblo peronista era combativo porque ahí estaba, a la mano, el ejemplo de la *Resistencia*.

También luego se daba un salto al Cordobazo. Esa era la prueba: el pueblo de la lucha del Frigorífico Lisandro de la Torre, el pueblo del Cordobazo. Y se pueden añadir otros momentos de exaltación revolucionaria. O que abonaban esa hipótesis: que el pueblo de Perón era revolucionario. Bien, hemos llegado, no casualmente, a una frase importante: *el pueblo de Perón*. El que diga que el pueblo peronista no era *el pueblo de Perón* no entendié nada, no vivió la época, no conoció a los obreros peronistas o a los trabajadores peronistas rurales. *Eran peronistas de Perón*. Voy a decir algo terrible para algunos. Pero aquí hay que jugarse a fondo en busca de la verdad. Que nunca va a ser una. Pero al menos que nadie se ahorre –a esta altura de los tiempos– el trabajo de buscarla hasta donde ya esté seguro de su ausencia. *El pueblo peronista está más cerca de la interpretación que de él dieron artistas como Daniel Santoro o Leonardo Favio que de la creada por la izquierda peronista, la Tendencia, la Jotapé de las Regionales o, directamente, los Montoneros.* A mí Favio nunca me cayó bien. Y si asegura dar por fin su definitiva versión del “palco de Ezeiza” sería deseable (por esa lucha necesaria en favor de cierta posible *verdad histórica*) que lo haga cuanto antes. Pero Favio –en los '70– era un personaje que me era difícil entender. No me importaba mucho porque era un “famoso”. O era un “actor”. O un “cantante”. O un “director de cine”. A mí me agradaba –a mediados de los '60– escucharlo cantar *Fuiste mía un verano*. O una que refería a los pantalones cortos y esa rueda que llevábamos con un alambre y la hacíamos girar hasta hartarnos. ¡No tenemos juegos nosotros! Otra que videogames. La figurita, los barriletes, los autitos con plastilina. La joda loca. Bué, algo de esto decía la canción de Favio. Para mí, era un huevón más del “mundo del espectáculo”. (Ahora el “mundo del espectáculo” reina y los huevones somos nosotros. La “revolución” fue a parar a manos de Tinelli. Perdón por la franqueza.) Nunca me creí que fuera un genio o un gran director. (En fin, ya escribí sobre esto: ver *Retrato del artista primitivo en Escritos imprudentes II*.) Cierta día, ya cerca del '73, lo veo aparecer en un programa de TV junto a Palito Ortega, que de peronista nada, nada. Palito era Palito y punto. Hubo un huevón del “espectáculo” que buscó acercarse al calor peronista de los tiempos y *no fue Palito*, sino Donald. No Donald el Pato. Sino un cantante que se llamaba Donald. No era un nombre para la época. Y el joven no había leído el libro de Ariel Dorfman y su amigo francés, eso se notaba. También había un miembro de *El Club del Clan* que llevaba por nombre Johnny Tedesco. Fue aniquilado por Palito y sobre todo por el gran artista de gran talento que dio ese grupo: Chico Novarro. (Salud Chico: gloria eterna a tus obras maestras *Algo contigo y Cuenta conmigo* y muchas otras, ¡hasta *El orangután* es inmortal!) Pero cierto día llegó la guerra de Malvinas y Johnny, el Tedesco, vio la posibilidad de retornar a primer plano. ¿Luchábamos contra los ingleses? Bravo: él le daría a la patria un ejemplo de entrega, de fervor. Sacó (o aceptaron sacarle) en los diarios un sueltito que decía: “A partir de ahora el cantante Johnny Tedesco comunica a sus compatriotas que ha decidido llamarse *Juan Tedesco*”. La Thatcher casi frena a los gurkas. Regreso a Donald. Era célebre por una canción bastante pelotuda que, por consiguiente, todo el mundo cantaba: “Las olas y el viento y el frío del mar”. Pero, entre frase y frase, había que decir: “¡Sucundum, sucundum!” La gilada de la época –si uno no hacía alguna piolada que le proponían– te decía: “A vos te falta *sucundum*, flaco”. En las historietas de Isidoro Cañones era posible verlo al insoportable garca de Dante Quinterno bailando la tonadita de Donald y diciendo “Sucundum, sucundum”. Donald, sin embargo, acepta incorporarse a los nuevos tiempos peronistas y se une a Hugo del Carril. El gran Hugo, que terminó bien pobre, andaría detrás de algunos mangos y acepta grabar con el opa vuelaoro (que hasta flequillo gastaba) un tema que se llama: *Compañeros*. Y –muy inspiradamente– dice: “Compañeros, compañeros, compañeros, siempre fuimos compañeros, compañeros, compañeros”. Girri, Perlongher, Pizarnik y Gelman abandonan la poesía. (No quiero lastimar a quien no lo merezca: de *El Club del Clan* salió también Raúl Lavie, un notable cantante de tangos.) Vuelvo a Palito. No, a Favio. De ahí venía. Cierta vez lo veo en un programa de TV. Sería (¿cuál podría ser?) el de Mirtha Legrand. (¡Sólo lo verdaderamente grande perdura en este país!) O el de “La Chona”. Que era la actriz Haydée Padilla. Hacía *Almorzando con la Chona* y su touch de originalidad residía en cerrar cada bloque diciendo “un provechito y volvemos”. ¿Qué tiempos ingenuos, no? Hoy habría que hacer *Almorzando con la Negra Vernacci*. La Negra diría: “Voy a



vomitir toda la mierda que me tuve que comer en este primer bloque y vuelvo”. Así, con ese talento que –si de mujeres hablamos– uno sólo encuentra en una Griselda Gambaro o esa gracia, esa exquisitez que entrega Naomi Watts en cada película que hace. Bien, supongamos que era el programa de Mirtha. Ahí los veo a Palito y Favio. Se los presentaba un poco como antagonistas. Favio era muy peroncho y Palito, qué sé yo, otra cosa. Pero Favio –ante mi genuina estupefacción, dejándome aturrido y hasta algo turulado– se larga a hablar en un idioma que yo desconocía o creía ya parte del pasado. Dice: “Por favor, Palito y yo no tenemos diferencias. Somos gente de paz. ¿A quién hacemos mal tocando, él y yo, la guitarra changa, changa, changa, changa?” *Changa changa* era el sonido de la guitarra. Favio decía *changa changa* y se rasaba, más menos, la panza como si tocara ese instrumento. Y siguió: “Yo soy peronista y él no, pero los dos somos argentinos. Y el general Perón viene para unir a los argentinos. Para que el pueblo vuelva a ser feliz. Para que tenga trabajo, comida, educación. El general vuelve para la felicidad de la patria. El general vuelve para que los argentinos nos demos un gran abrazo de amor. Eso es lo que quiere el pueblo. Y el general lo sabe”. Bien, aquí quería llegar: *Favio tenía más razón que nosotros*. A mí, en ese momento, su discurso me pareció pura melaza fascistoide. Negaba la lucha de clases. Ni hablaba de la lucha del pueblo por la toma del poder. *Ni hablaba del poder*. Sólo hablaba de la felicidad, de la unión de los argentinos y de todo lo que recuperaría el pueblo de Perón con el retorno de su líder. Eso eran –para Leonardo Favio– “las casas peronistas”. Eran lugares de gente de trabajo y de

paz. Eran esos lugares en que –como diría impecablemente Lorenzo Miguel– los peronistas, definiendo qué era serlo, comían tallarines los domingos con la vieja. Casas de gente que no pasaba apuros. Que tenía una vivienda digna (la casa de la vieja o la casa de la familia o la nueva casa del hijo o la hija que se casan y traen al mundo un nuevo gronchito peronista, como genuinos gronchitos eran Palito y Favio, algo que nadie puede negar: lo eran, no eran blanquitos del Nacional Buenos Aires, ni judíos marxistas) un trabajo digno, unas vacaciones dignas y un líder al que amaba. *Esas casas no eran “fortines montoneros”*. Una consigna como “Sánchez, Salustro, al pueblo le da gusto” habría irritado a Favio. ¿Cómo al pueblo le iba a gustar la violencia, la muerte de un trabajador (aunque fuera jerárquico) y de un militar (que Perón lo era)? En esas *casas peronistas* de Favio –que eran, insisto, casas de gente de trabajo y de paz y no fortines de guerra– es donde hay que ubicar la otra gran frase de este tipo de peronismo. La que –como ya dijimos– dijo Lorenzo Miguel: “Ser peronista es comer tallarines los domingos con la vieja”. Favio jamás se acercó a la Jotapé. Siempre tuvo claro su peronismo. Creo que sabía más de Perón que todos nosotros juntos. Sólo eso: *lo conocía*. Después veremos dónde lo ubicó su interpretación. Porque, aunque basada en un conocimiento primario de las bases y de Perón, no era al cabo más que otra –o la primitiva, la más elemental, silvestre– interpretación de un movimiento que había cambiado como todo cambia con los tiempos. Desde este punto de vista, es correcto que Firmenich reivindicó a la Tendencia como legítima hija de Perón. “Le guste o no, somos sus hijos”, dijo varias veces. Pero no sólo de Perón eran hijos. No

sólo de él herederos. Eran herederos de Perón y de Ernesto Guevara. Quiero decir: no exactamente Firmenich, que era “catolicuchi”, sino la enorme masa de los militantes de izquierda que vieron en el peronismo el más que posible giro a la izquierda de un movimiento nacional y popular que llevaba ya –contando desde el '45– 25 años de existencia. Si 25 años atrás se había podido tanto, ahora había que avanzar al calor de los nuevos tiempos. Al calor del Che, de Fanon, de Vietnam, de Ho Chi Minh, de Giap, de Cooke, etc. Era correcto. Pero había algo que no pertenecía a la temporalidad en que la izquierda peronista se incluía. Y atención, esto es complejo. Alguna vez escuché que el Comandante Guevara había fracasado porque no había leído a Althusser. En fin, una exageración. Pero nosotros debimos pensar en Althusser. Al menos quienes lo habíamos leído. Igual era poco lo que habríamos podido conseguir. ¿Qué nos ofrecía Althusser? Algo importante: no hay una temporalidad lineal. No hay una historia lineal. Este fue uno de los grandes errores de la militancia en los '60 y los '70. La Historia no cambia *todo* al mismo tiempo. Hay temporalidades diferenciadas. Eso que está en las *Tesis de Filosofía de la Historia* de Walter Benjamin. Althusser habla de la diferente temporalidad de las esferas de una estructura. Michel Foucault –en un trabajo genial sobre Nietzsche y la genealogía y la historia– destruye la interpretación, propia del marxismo, sobre una historia lineal, que progresa linealmente. Gran parte de su trabajo está dedicado a esto. Sartre –pese a que la *Critica de la razón dialéctica* es la negación de la tesis de la *linealidad necesaria*– cae en ella en el Prólogo a Fanon y fue *ese* texto el que seguimos. Por decirlo concretamente: la clase trabajadora peronista pertenecía a otra temporalidad ideológica que las clases medias nacionalizadas, socialistas. Si hacemos eso que Althusser llamaba *corte sincrónico*, podríamos decir que la radicalización de los sectores medios (y su expresión armada) se insertaba en una distinta línea temporal que la de la clase trabajadora peronista. Creo que esta clase no fue más allá –en muchas cuestiones organizativas, modalidades de lucha y, sobre todo, en la aceptación de la violencia– de la huelga del Lisandro de la Torre. El Cordobazo fue muy escasamente obra de la clase trabajadora peronista y sí de los sectores del sindicalismo de clase cordobés más la militancia de los estudiantes. Ni Tosco ni Salamanca eran peronistas. Rucci (“argentino y peronista”) obscenamente insultaba a Tosco con los insultos del más crudo macartismo: “Zurdo, comunista, marxista, troσκο”. A Rucci elige Perón. Rucci estaba en la misma esfera temporal de la clase trabajadora peronista. Fueron muchos de estos trabajadores los que gritaron a los Montoneros que abandonaban la Plaza el 1º de mayo del '74: “¡Vayansé, zurdos de mierda!” En suma, *no todo cambia al mismo tiempo. La radicalización política de los sectores medios no se correspondió con una radicalización de la clase obrera peronista*. Cuando la clase obrera se radicalizó Perón había muerto, gobernaban Isabel, López Rega y la Triple A. Fue la clase obrera de Villa Constitución. Esa clase obrera fue aplastada por los metalúrgicos de Lorenzo Miguel y todo el aparato criminal del Estado terrorista de Isabel Perón. Era la nueva clase obrera que surgía después de la muerte de Perón. No pensaba en la comunidad organizada, pensaba, combativamente, en defender su autonomía (sin unirse a ningún otro sector social en ningún otro frente “nacional antiimperialista”). Ahí, lo vieron todos, *estaba el peligro verdadero*. Estudiantes (ocurrió en marzo de 1975) esa historia cuidadosamente porque, en lo conceptual, su importancia es decisiva. Es cierto que la quiere copar el ERP. Pero es una huelga. Una huelga –lo hemos dicho sobradamente veces– no es una operación miliciana, no requiere grupos armados *minoritarios*. Requiere bases, organización y dirigentes honestos y combativos. Algunos dirán que se pueden complementar. Que la guerrilla puede “ayudar” a la huelga. Falso de toda falsedad. ¿En qué puede ayudar la guerrilla a un obrero que subvierte el sistema no acudiendo al trabajo? ¿Hay acaso una herramienta más subversiva que suspender la producción? Los fierros no lo van a entender nunca. En un curso que dicté en 2007 aparecieron algunos diciendo que si la guerrilla ponía algunos caños podía colaborar con los huelguistas. Sí, sólo a que se declare ilegal la huelga por apelar a la violencia. Que se llame al Ejército ante un estado de guerra. ¿Cuándo van a entender algunos otaños algo de filosofía política? Piensan con los fierros en la cabeza. Villa Constitución es una huelga de la clase obrera no peronista, revolucionaria. La primera huelga con Perón muerto. No necesita más que eso. *Se perjudica más al capitalismo paralizando la producción que cometiendo la cruelmente inútil imbecilidad de matar policías*. Y si esto no se entiende no se entiende nada.

EL REGRESO DE LA PATRIA DEL “PULQUI”

Volvemos al punto en que estábamos. Dijimos: *La radicalización política de los sectores medios no se correspondió con una radicalización de la clase obrera peronista*. En ese curso agitado y numeroso que –como dije– dicté en 2007 sobre *Qué es el peronismo* todos los que rompían (ya imaginan qué) levantando la mano a cada rato para dar su imprescindible opinión sobre cualquier cosa, lo hacían bajo el pretexto, al parecer inapelable, de: “Yo estaba ahí”. A uno le dije: “¿Y dónde creés que estaba yo? ¿En el living de mi casa?” Significa que *hay hechos históricos sustanciales* en la historia trágica de estos años en los que todos, los que estamos vivos todavía, estuvimos. Entonces, ¿no escucharon a los obreros peronistas gritarles a los Montoneros “zurdos de mierda, troscos, infiltrados”, etc.? Por supuesto. Esto es así. Tan cierto como que la plaza no quedó vacía. Ni siquiera la mitad se fue. Se fue un tercio, que no es poco. Pero no es lo que se pretende. O sea “Aserrín, aserrán, es el pueblo que se va” las pelotas. Al pueblo lo tenía Perón. Y el pueblo quería, como siempre, *carnaval* y no *“asamblea popular”*. ¿O no habíamos escuchado a Hugo del Carril cantar la *visión peronista* del Día del Trabajo? *Jornada de protesta, no*. Ni mártires de Chicago ni ninguna de esas cosas siempre lloronas y macabras de los “zurdos”. Fiesta del peronismo. Fiesta de los trabajadores. Festejo por tener trabajo, casa, aguinaldo, vacaciones, festejo por haber llegado al 53% de participación en el producto bruto, cosa que se veía en la invasión proletaria a Gath y Chaves, en los veraneos, en las comidas de los domingos, en la alegría del fútbol, en los carnavales. Hugo del Carril lo decía claro: “Esta es la fiesta del trabajo/ unidos por el amor de Dios”. La clase trabajadora peronista había permanecido peronista. Era lo que decía Favio. *Es lo que Daniel Santoro pinta*. Santoro tiene rasgos de crueldad en esas imágenes de Evita comiéndose las tripas del Che. No las entiendo. En verdad, entiendo poco. Acepto más de lo que entiendo. Es un gran artista y el film sobre el “Pulqui” es conmovedor. Y sí: ahí está. *El regreso de la patria del “Pulqui”*, *eso quiere el verdadero peronista*. (El “Pulqui” era el avión del primer peronismo.) Con dolor, con rabia, frustrados, como se quiera (total: si a algo hemos tenido que acostumbrarnos es a aceptar los desengaños y las derrotas, pero al menos contemos honestamente nuestra historia), tendremos que admitir que Favio y Santoro tenían y tienen razón: ése, el de ellos, era el pueblo peronista. Por el contrario, la *temporalidad* revolucionaria, que incluía *inevitablemente* la violencia, cabalga en la temporalidad insurreccional de la Revolución Cubana, del cookismo, de la guerrilla vietnamita. El Ejército seguía en la misma esfera temporal gorila del '55: Lanusse. La Marina (como para dejar todo bien claro) revive, en Trelew, el terrorismo de Estado de la matanza de José León Suárez. El único que ha cambiado –¡oh, sorpresas de la historia!– es Aramburu. Pero sólo en busca de una solución pactada que pueda abrir la salida conciliadora. Nada de esto lo quiere ver la Jotapé. Se toman dos deserciones (¡solo dos!) como las de Licastro y Fernández Valoni a modo de signo de una desbandada en el seno del Ejército. Los curas del Tercer Mundo obliteran una adecuada visión de la eternamente reaccionaria Iglesia Católica. La clase media estaba harta de los años de prohibición del peronismo y quería el retorno del líder ausente. O sea, la clase media sí, en efecto, estaba de parte del regreso de Perón. Admiraba a los guerrilleros. Les decía “los muchachos”. Grupos líderes como “el clan Stivel” estaban con Perón. ¡La clase media estaba contra la oligarquía, contra la Sociedad Rural, contra *La Prensa*, contra *La Nación*, contra los militares y a favor de la Juventud Peronista! (*Nota*: Notable, en verdad. Escribo esto en las Navidades de 2008 y sucede todo lo contrario. Faltan los militares. No hay tanques, *pero hay tractores*. Y un señor –que es un poco frontal, un poco rústico digamos– declaró: “No bien volvamos a los rútos no salimos más”. Bué, no voy a perder el tiempo en esto. Pero es interesante ver cómo en el esquema golpista de hoy los agraristas –con sus herramientas de trabajo– podrían reemplazar al antiguo poder militar. Ya que han declarado también que –debido a sus tareas– tienen necesidad de andar siempre armados. En suma, tractores –que algo de tanques tienen– y armas. Más una clase media llevada a la militancia combativa por un periodismo que –como dije– ra Nicolás Casullo– es “el verdadero partido de la derecha”, todo eso sumado ofrece un interesante modelo de “Golpe siglo XXI”. Acaso este país se encuentre más cerca de un choque violento de lo que nos animamos a creer. Ojalá me equivoque. Pero no veo demasiada luzidez ni responsabilidad democrática en los cerebros a-neuronales de los dos carnavalescos dirigentes de la FAA. Ni en el glorioso vicepresidente de las traiciones patrióticas. Ni en ninguno de los periodistas cuyo odio les impide pensar.

El esquema que manejan es simple. ¿Cómo permitir que siga adelante un gobierno conducido por una pareja desde la “intimidad de su alcoba”? Esto me preguntó un periodista que viene del alfonsinismo. Un mediocre que me prometió un reportaje sobre mi libro de filosofía —el que acaba de salir— y terminó, desde luego, preguntándome esa bobería patológica. Le dije: “¿Por qué desde ‘la intimidad de su alcoba’? ¿Qué erótico suena eso, no? ¿No lo pueden haber decidido en el comedor o en la cocina?” Escuché, a través del teléfono (era telefónico el reportaje), las risas de las asistentes del “periodista libre” que hacía las preguntas de sus patrones. Me pareció sugestiva la connotación sexual de ubicar la “decisión” en “la intimidad de la alcoba”. Recordé el texto célebre en que Cané se entrega a la paranoia de proteger a las vírgenes de su clase, inocentes todas, ante el ataque de la chusma ultramarina. Y bueno, es así.)

Sigamos con lo nuestro: sólo los sectores medios y el estudiantado se han unido al peronismo. Todo el resto del establishment sigue donde estaba. Pero —y he aquí lo esencial— las clases medias y el estudiantado sueñan con un proceso político perfectamente diferenciado al de la clase obrera peronista. Sucede que los obreros peronistas no se manifiestan. Esperan a Perón y siguen en sus casas, van a sus trabajos o se reúnen en sus sindicatos. Y los sindicatos exhiben una notable cautela. Insistamos: los sindicatos no arriesgan. ¿Por qué esa cautela? Lógico: no querían arriesgar lo que tenían por una posibilidad como cualquier otra, eso era para ellos el regreso de Perón. Sólo la CGT de Ongaro y los sindicatos de la izquierda cordobesa peleaban contra el régimen. Los otros llevaban años negociando y seguirían así. Ellos podían vivir con Perón o sin Perón. De aquí la bronca que despierta ese paraguas que agarra Rucci para cubrir a Perón. *Lo pone a Perón bajo el paraguas de un movimiento obrero que muy poco había hecho por su retorno.* Se jugó más el anciano cura Hernán Benítez por el regreso de Perón y por recomendarle que no renegara de la guerrilla que los mandamás de los sindicatos. Quienes —una vez de regreso Perón— se arrojan a la lucha contra la militancia juvenil. Con el apoyo franco del líder, que es lo que los autoriza y también los desboca.

“UNA ACCION DESEADA POR TODOS LOS PERONISTAS”

Pero hay una inmensa pequeña burguesía que vive una temporalidad propia. Una temporalidad revolucionaria. A esa pequeña burguesía, que es activa, que es lo que Perón necesita en esta etapa de enfrentamiento al régimen, hay que darle manija. Hay que darle elementos que la entusiasmen. *Hay que darle el Perón que necesita.* En resumen, la situación es la siguiente: lo que se establece entre Perón y los sectores militantes y combatientes de la Argentina es un juego al que podríamos llamar: “Te digo lo que necesitas que te diga”. Buscar inteligir esto a través del dualismo verdad/mentira es absurdo. Estamos hablando de un período de intensa creatividad política. Muy torpemente, un periodista del alfonsinismo (durante los '80) sacó una nota llamada *El malentendido*. Era Pablo Giussani. Todos los radicales de esos años la jugaban de grandes pibas que no se habían tragado las mentiras de Perón. ¿Por qué? Porque ya sus papis les habían advertido que era nazi y malo. En cambio, los jóvenes de la izquierda peronista habían perpetrado un *malentendido*. Creer que Perón era un revolucionario. Mario Wainfeld, en *Unidos*, supo decirlo bien: “Lo que querían decir era que todos habíamos sido unos boludos”. Hay gente que todavía piensa así. Llevando esto al terreno de los desaparecidos queda claro que habían muerto “por boludos”. Así lo decían. Bien, el “enfoque mongui” ya está planteado. Vayamos en busca de algo más serio. Dejamos de lado, como dijimos, el dualismo verdad/mentira. El juego era “Te digo lo que necesitás que te diga”. De parte de la militancia juvenil revolucionaria había otra expresión paralela a ésta: “Decime lo que necesito que me digas; si no, no puedo jugarme la vida por vos. Y si esperás venir sólo por la lucha de los burócratas de los sindicatos

estás liquidado”. Es posible que los militantes de la UES creyeran ciegamente que Perón era un revolucionario socialista. Pero los que estaban en la elaboración de las estrategias o el trazado de las líneas ideológicas *no se planteaban esto*. Perón era un pragmático y habría de ser lo que fuera necesario ser para ganar la batalla. Era entonces necesidad de la militancia llevar las cosas a un estado en que Perón no tuviera más remedio que dar cobertura a una situación revolucionaria si quería volver. *Esa situación revolucionaria era la que se estaba creando*. Perón, a su vez, advertía que su arma más poderosa era la caudalosa militancia juvenil (hecho único en nuestra historia: *nunca se vio un movimiento social y estudiantil tan numeroso, tan desbordante, de jóvenes militando detrás de una misma causa*) y las llamadas *formaciones especiales*, temor obsesivo de los sectores “de orden”, algo que debían detener para que el país pudiera funcionar o corrían el riesgo de que ningún empresario extranjero se instalara en la Argentina, además de la inseguridad de las clases altas y la policía y hasta los cuadros del Ejército, blancos frecuentes de esas *formaciones*. Perón lo sabía: *Si vuelvo, vuelvo montado en esta ola*. La militancia de la izquierda peronista lo sabía: *O lo traemos nosotros o no lo trae nadie*. Creía también: si lo traemos nosotros le vamos a imponer nuestra política. Aquí había una sobrevaloración de la propia lucha y una subvaloración del poder del propio líder, por anciano que estuviese.

Perón hizo su trabajo impecablemente. En agosto de 1972, desde Madrid, envía un *Mensaje a la juventud*. Dice: “Yo no sé si es la insensatez o la ignorancia lo que enseguece a los que usurparon el poder para no comprender a una juventud que no quiere ser un simple número en los cálculos comerciales de los monopolios extranjeros. *Y es una pena que sea necesario que una parte de ella comience a decirlo a tiros, pero también es un aviso serio* (...)”; Esa juventud que ha aprendido a morir por sus ideales es lo único que puede salvar al país en su futuro preñado de acechanzas y peligros (...). Hagan llegar mi recuerdo y mi homenaje a todos los compañeros que han caído, como a los que han sufrido vejámenes y torturas físicas y morales en manos de la canalla entronizada” (Perón, *Mensaje a la juventud*, en *Envido* N° 7, p. 74). Ya en febrero de 1971 había enviado su primera carta a Montoneros. Les decía que en nada habían interferido sus planes. Esta había sido una versión del “partido militar”: que los Montoneros, al matar a Aramburu, habían interferido importantes planes de Perón. Se dejaba traslucir que Perón andaba en algo con Aramburu, versión que, muerto Aramburu, Perón desmiente sin ningún costo: “Estoy completamente de acuerdo y encomio todo lo actuado. Nada puede ser más falso que la afirmación que con ello ustedes estropearon mis planes tácticos *porque nada puede haber en la conducción peronista que pudiera ser interferido por una acción deseada por todos los peronistas*”. La frase es importante: *Una acción deseada por todos los peronistas*. Este *deseo peronista de la muerte de Aramburu* es lo que fortalecerá siempre la tesis del montonerismo de los comienzos acerca de visualizar esa acción como parte de la “justicia popular”. Ese *deseo* y la situación de profunda ilegalidad institucional que ya hemos exhaustivamente analizado. Lo verdadero es que la frase de Perón revela el acierto de Montoneros en la elección de “la muerte” que necesitaban para aparecer ante el pueblo peronista como los que venían a cumplir con “una acción deseada por todos los peronistas”. Esta frase de Perón era, para ellos, un respaldo poderoso. Más adelante, Perón les entrega unos consejos a propósito de las Fuerzas Armadas. ¿Eran atinados? Veamos: 1) “La mayoría de los suboficiales son nuestros”. 2) 20% de la oficialidad es favorable al campo popular, 20% no. El resto es indiferente. 3) El 60% restante es también indiferente. Es “legalista”, pero su legalidad radica en “servir al que gana”. Si vamos ganando “podremos contar con ellos”. Pareciera ser demasiado optimista este encuadre de Perón sobre la situación de las FF.AA. ¿Qué lejos estaban todos de imaginar al *monstruo* que en esas entrañas se estaba gestando!

ACTUALIZACION DOCTRINARIA/ TRASVASAMIENTO GENERACIONAL/ SOCIALISMO NACIONAL

Pero la verdadera “manija” que Perón les dará a sus muchachos revolucionarios será una operación cuidadosamente planeada y realizada. Es la que lleva a cabo el Grupo Cine Liberación en Madrid entre junio y octubre de 1971. Es el film de Octavio Getino y Fernando “Pino” Solanas. El proyecto —según se decía entre los militantes— era “ir a sacarle frases duras al Viejo”. Veremos qué dijo el Viejo. Qué delicado, inteligente trabajo de “organización” del trabajo hicieron Solanas y Getino, sobre todo por medio del tituleaje de los temas. También algunos militantes —que no estaban en contra sino que decían esto casi admirativamente— ponderaban ese tituleaje porque a veces decía o “lo que el Viejo no había dicho” o “le daba una orientación de izquierda a lo que el Viejo decía”. Como fuere, el Viejo se despachó con todo. El film fue visto masivamente por la militancia y llevó por título el famoso que casi todos conocen: *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*. Desarrollaba los tres temas centrales que Perón había elaborado para su ala izquierda: *Actualización doctrinaria, trasvasamiento generacional y socialismo nacional*. En el discurso del 21 de junio de 1973, al día siguiente de la tragedia de Ezeiza, cuando Perón dijo: “Nosotros somos justicialistas (...) No creo que haya nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina y a nuestra ideología. Somos lo que las veinte verdades dicen”, muchos entendieron que a la *actualización doctrinaria* se le iban a tener que meter sin hesitación alguna en el más profundo socavón de sus culos revolucionarios, y, si entraban, también ahí habrían de introducir al *trasvasamiento* y al *socialismo nacional*. ¿Pensó en serio Perón que un freno tan brutal habría de ser posible? ¿Qué creía, que venía, pegaba cuatro gritos y las esperanzas, los años de lucha, los muertos, todo se iba a tirar por la ventana? “Veán, muchachos, no se los dije porque quería volver. Pero, de socialismo nada, eh. Lo único que puedo ofrecerles es un proyecto manejado en lo económico por la pequeña y la mediana burguesía, lo sindical por esa burocracia que no movió un dedo para que yo volviera y en la conducción yo, por supuesto yo, como siempre yo. A eso le pongo el nombre de *pacto social*. Y llamo a la unidad de todos los argentinos. Ustedes esperen. Gracias por los servicios prestados.” Pero esto —que vamos a desarrollar hasta el extremo de la trágica y sangrienta comedia que fue, porque sin duda fue el más macabro de los chistes— sería recién en 1973. Entre junio y octubre de 1971, Perón ofrece a sus militantes sus mejores frases, sus más fervorosas justificaciones de la violencia. Y esas tres categorías que tan bien sonaban: actualización doctrinaria, trasvasamiento generacional, socialismo nacional. Las analizaremos a fondo. Ahora, ¿no hay algo que no pareciera funcionar tan *eficazmente* en la conducción del “conductor genial”? ¿Era necesario ofrecer *tanto* si se corría el riesgo de luego tener que quitarlo *todo*? O también: si *tanto* se había ofrecido, ¿qué justificaba sacarlo *todo*? ¿No era una amputación exagerada, impolítica, no había otro camino más moderado, integrador, *político*? Para los fachos cavernícolas sedientos de sangre que rodeaban al líder todo era una fiesta. Pero se suponía que Perón era el sabio, el “Padre Eterno”, que sabía conducir el desorden. Aquí no condujo el desorden. Directamente le cortó la cabeza a una de sus alas. Así le fue. Así nos fue. Como sea, recordemos: aquí no hay santos ni herejes. Hay una infinita cantidad de gente que se equivoca porque cree tener la verdad. Eso es lo que transforma en *tragedia* al *gran relato* peronista. Esperando que esa tragedia devorara a sus protagonistas estaban los carniceros, los matarifes. Todo llevaba hacia ellos. Todos parecían hacer lo necesario como para entregarles el país en bandeja a los más grandes asesinos de su *sangrienta historia*.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

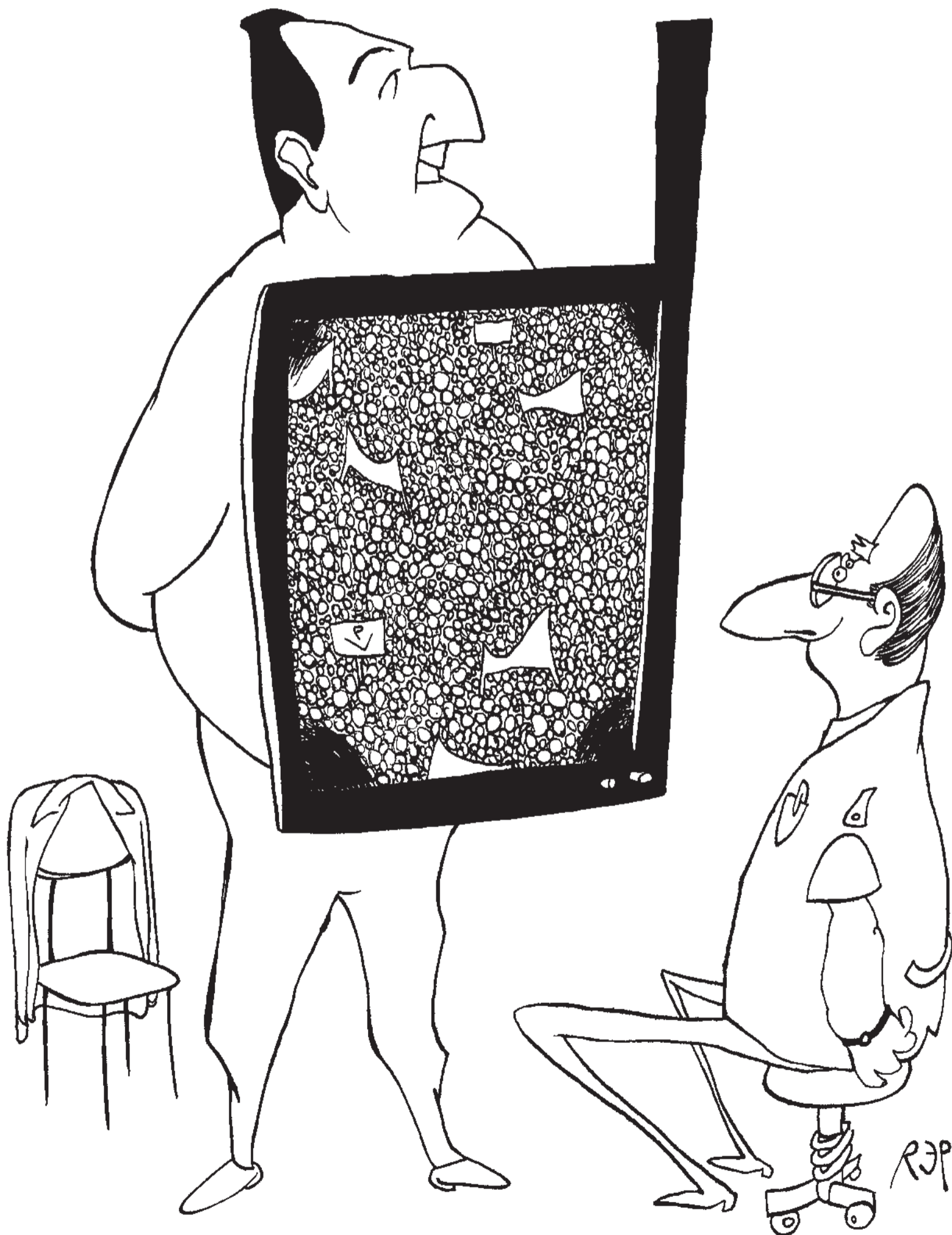
Actualización política y doctrinaria para la toma del poder

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

59 “Actualización política y doctrinaria para la toma del poder”



HEIDEGGER Y PERÓN, FRIBURGO Y MADRID

La izquierda peronista no se desviaba por leer los textos de Perón. Los textos doctrinarios. Menos aún los de algún otro viejo “teórico” del Justicialismo tipo Raúl Mendé. De Perón tenía suficiente con las cartas que llegaban. O con las fuentes autorizadas de los popes de la “corriente nacional”. No había documento de la JP que no nombrara a Jauretche, Hernández Arregui, Scalabrini Ortiz, Puiggrós, José María Rosa o Jorge Abelardo Ramos. Pero del general no sabían un pito. Habían mirado un poco *La hora de los pueblos*. Y no mucho más. La bibliografía era otra. Lenin, Marx, Fanon, Guevara, Giap, etc. Era necesario divulgar la palabra del líder. Casi nadie había leído el llamado “Manual de Conducción”, que, además, no estaba por ninguna parte. En Platero, una librería de la calle Talcahuano, yo me conseguí la edición original de *Conducción política* y me la devoré con sumo interés. Era de 1951. Clases que Perón había dado en la Escuela Superior Peronista.

Había, sin embargo, encuadramientos que exhibían una fuerte “formación doctrinaria”. Las huestes del Gallego Álvarez eran brillantes en esos aspectos. Los *Demetrios* también. El *FEN*, de Roberto Grabois, un poco menos. Pero *Guardia de Hierro* —el encuadramiento que lideraba Álvarez— tenía una solidez doctrinaria que la tornaba invencible. Con el paso de los años (y con el horror que fomentó el alfonsinismo a ciertos meros nombres del peronismo de los ’70) pasó a creerse que Guardia era no menos que las SA o las SS. Falsedad total. Eran ortodoxos. No estaban con la violencia, pero tampoco en contra. Decían algo interesante: “El guerrillero no puede hacer la tarea de adoc-trinamiento porque está demasiado preocupado por la seguridad. Eso corresponde a nosotros”. Manejaban dos textos: *Conducción política* y, sobre todo, *La comunidad organizada*, la ponencia de Perón en el Congreso de Filosofía de Mendoza escrita por Nimío de Anquín, un tomista arcaico y conservador (lo cual es un pleonismo: ser tomista es ya ser arcaico y ya ser conservador), y por, se dice, Carlos Astrada, algo que no me parece posible pues Astrada era un tipo inteligente, lo necesario al menos como para no haber metido mano en ese fárrago que leyó Perón, en que se citaban todos los grandes nombres de la filosofía, de Platón a Heidegger. Como sea, los de Guardia de Hierro se devoraban *La comunidad organizada*. Para nosotros era hojarasca del pasado. “*La comunidad organizada* —solíamos decir— no dice más allá de lo que dice su título: que hay que organizar la comunidad.” De todos modos, para un “repblicano” la palabra “comunidad” tiene un perfume fascistoide que lo desagrada por completo. Para nosotros era una pavada. Pero, insisto, la gente de Alejandro “Gallego” Álvarez se sabía el texto de memoria. El “Gallego” Álvarez era un personaje célebre pero secreto de la época. Yo no lo vi nunca. Se dice que todavía transita los caminos de este mundo, incluso los de este país. “Guardia de Hierro” se puso al servicio de la ortodoxia peronista cuando volvió Perón y se dio la lucha ideológica contra la “infiltración marxista”. Fueron los principales animadores de un Congreso ideológico que se organizó hacia mediados de 1973 en el Teatro San Martín y que tuvo por gran figura a Amelia Podetti, una mujer de gran talento de la que ya hablaré.

Formaban parte de Guardia los *peronistas heideggerianos*. Algunos de cuyos nombres me guardaré. Pero eran tipos sólidos, profesores de filosofía y antimarxistas, desde Perón y desde Heidegger. Algunos lo saben, la gran mayoría no, pero Heidegger fue el primer teórico de la Tercera Posición. De aquí que los profesores heideggerianos de Guardia de Hierro lo asumieran. Heidegger y Perón, un solo corazón. Estos heideggerianos de Guardia ni se molestaban por prestarle alguna atención a Fanon. La cosa era otra. Ojalá no se aburran con estos temas porque son centrales para entender la época y dudo que sean conocidos por los laboriosos periodistas que se ocupan de ella. Pero Guardia de Hierro movía muchos militantes y muchos de los que luego hicieron carrera política durante la democracia vinieron de ahí. Negaban la teoría de la vanguardia armada. Aceptaban la violencia en tanto la aceptara el Conductor, pero sus libros y su interpretación del peronismo nada tenían que ver con el marxismo. Incluso habían elaborado una consigna para oponer a la de la izquierda que afirmaba que Evita sería Montonera si viviera, una consigna de enorme arraigo entre la JP que implicaba una glorificación de la vanguardia armada: *Evita, al ser la más*

pasional y la más decidida en la lucha, estaría, si viviera, en el lugar más arriesgado de ella. O sea, sería Montonera. “Guardia” respondía con una consigna poco inspirada, algo larga, pero conceptualmente clara: *Evita, Evita vive! en la revolución! Evita es peronista! y está junto a Perón*. Señalaba bien que Evita no estaría combatiendo en la Argentina en tanto Perón negociaba desde Madrid. Que el peronismo era un Movimiento y no tenía “vanguardias”. El concepto de “vanguardia” no era peronista. Perón podría haber dicho: el que fija las grandes líneas estratégicas es el conductor. ¿No es eso la vanguardia? Lo vemos mejor en *Actualización política*, etc.

Volvamos a los heideggerianos de “Guardia”. Era duro discutir con ellos. Sólidos en filosofía, grandes lectores de Heidegger, habían encontrado en la *Introducción a la metafísica* del filósofo de la Selva Negra la conexión indiscutible con el peronismo. Heidegger dicta ese curso en 1935. Ya no es rector de la Universidad de Friburgo. Pero se presenta ante los alumnos y les habla de los destinos trascendentes de la Alemania de ese momento histórico. Habermas dirá (en 1953) que Heidegger no les decía nada distinto a lo que luego les exigirían como oficiales. El texto “peronista” de Heidegger era el siguiente: “Esta Europa, en atroz ceguera y siempre a punto de apuñalarse a sí misma, yace hoy bajo la gran tenaza formada entre Rusia, por un lado, y América, por el otro. Rusia y América, metafísicamente vistas, son la misma cosa: la misma furia desesperada de la técnica desencadenada y de la organización abstracta del hombre normal” (Heidegger, *Introducción a la metafísica*, Nova, Buenos Aires, 1959, p. 75. No sé si debiera decir esto, pero uno dice tantas cosas que ya ignora cuáles pueden caer bien o mal. Acaso ésta pueda ser útil. Los 55 fascículos de filosofía que —tan laboriosamente escritos como éstos— publiqué en este diario de locos fantásticos que aceptaron la empresa forman hoy un voluminoso y no barato libro. Se llama como se llamaron los fascículos: *La filosofía y el barro de la historia*. Son 814 páginas. Como dije, no es barato. Pero piensen en cuántas huevadas gasta uno la guita. Por ejemplo: en comprar un ejemplar de la revista *Gente* con *Los personajes del año*. Uno mira eso y se quiere morir. No es la Biblia junto al calefón porque ahí no hay ninguna Biblia. El que se mete en esa foto se mete en la ética y la estética del calefón. Pero bueno: yo ya ni la miro. Un actor amigo me decía: “Cada vez que la miro tengo que tachar la mitad de mi agenda de teléfonos”. Bueno, si no compran esa basura y alguna otra, ya está. Se compran mi libro de filosofía. No tendrán a Miguens, Buzzi, De Angeli y las infatigables musas de la patria, Legrand y Giménez, pero se van a encontrar con Foucault, Sartre, Heidegger, Hegel, Deleuze y Baudrillard. No creo que se arrepientan. Y lo juro: no quiero vender más libros. Sólo desearía que la muchedumbre de la patria, engañada, manipulada, sofocada su inteligencia por los culos y las tetas del embrutecimiento, emergiera un poco, olfateara que hay otra cosa, y que vale la pena buscarla.) Como vemos, este Heidegger de 1935, que, en la Universidad de Friburgo, habla de una Alemania atezada por la Unión Soviética y Estados Unidos, es un precursor del Perón de la Tercera Posición, de la teoría de los dos imperialismos. Los filósofos de “Guardia” le agregaban luego otros textos de Heidegger a éste y eran imbatibles en ciertas discusiones doctrinarias. También los *Demetrios* eran doctrinariamente sólidos. Pero un poco monguis. A los dos “Demetrios” (era difícil saber quiénes eran) los encontraron boleteados dentro de un auto en plena época de la Triple A. “Arreglo de cuentas”, se dijo. El “Gallego” Álvarez también era inhallable. Yo nunca lo conocí. Pero “Guardia” era el encuadramiento más sólido de los que se diferenciaban de esa Jotapé que luego fue la Tendencia. No eran cookistas. Una diferencia esencial. Cierta vez le dije a Amelia Podetti: “Cooke es, para mí, un ideólogo fundamental del peronismo”. Hosca, seca, pero aun así sonriente, con una sonrisa que te hería, dijo: “El único ideólogo del peronismo es Perón”. Siguiendo este apotegma (palabra abusivamente utilizada por Perón) es que Solanas y Getino viajan a Madrid y filman *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*.



ATENCIÓN, HABLA EL GENERAL PERÓN

Empecemos. Perón —de movida— se manda una frase, por decirle de algún modo, desmoralizante. Sucede que fue sincero. Y no se trataba de eso. Se trataba de que hablara para las bases combatientes del movimiento. Dice: “La concepción justicialista que nace en 1945 es una concepción simple con una base filosófica firme, y que obedece a un concepto cristiano y humanista de la política”. ¿Cómo? ¿Qué hacemos con eso? ¿Qué hacen los militantes de las fábricas, los jóvenes que hacen trabajo barrial, los universitarios, las comisiones internas de los hospitales? ¿Qué somos? Cristianos y humanistas. ¿Eso qué quiere decir en la época de las revoluciones, del nacionalismo popular y revolucionario, del antiimperialismo, del Tercer Mundo? Perón (ya en pleno enfrentamiento con la Jotapé) va a repetir esta fórmula en uno de esos discursos (muchos, en verdad) que dio durante 1973 en la CGT y que pronto tendremos el placer de analizar. (Honestamente: nada de lo que pasa en 1973 le produce a uno mucho placer. Más bien ganas de llorar.) Pero desde la CGT —para enfrentar la concepción “trotsca” del peronismo que denunciaban los sindicalistas con Rucci a la cabeza— Perón dijo que nadie se llamara a engaño, que el justicialismo era un movimiento cristiano y humanista, eso y ninguna otra cosa. En las siguientes movilizaciones la Jotapé largó una consigna muy jodona y muy buena: *No somos troskos no somos comunistas! somos cristianos! cristianos y humanistas*. ¡La cara que habrán puesto Solanas y Getino cuando el Viejo empieza decir sus frases “duras” con esta huevada del humanismo cristiano! ¿Mejora? Veamos: “Entonces es necesario que ofrezcamos a los pueblos la posibilidad de que trabajen felices (...) Pueblos felices, trabajando por la grandeza de un mundo futuro, pero sin sacrificios y sin dolor. Que eso es lo humano, que eso es lo natural, y que es también lo científico”. Lo humano. Lo natural. Y lo científico. Perón mezclaba todo. Cuando quería hablar sin decir nada no había quien lo superara. Supongamos que, hasta aquí, está calentando los motores. Ahora habla de la tercera posición. “Entonces debe haber una tercera posición que es la que concibe el justicialismo, donde el hombre, en una comunidad que se realiza, pueda también realizarse como ente humano. Esa es la verdadera concepción justicialista que venimos expresando desde hace 25 años.” La frase que propone la realización del hombre dentro de la comunidad Perón la toma de Clausewitz, que la toma de Hegel. La comunidad en la que el hombre se realiza es, para Hegel, el Estado. Clausewitz lo sigue. Y Perón elabora una buena frase: *Nadie se realiza en una comunidad que no se realiza*. Ojalá fuese así, pero el capitalismo (más aún: el neoliberalismo post-Muro) prueba que en la comunidad no se realiza nadie salvo unos pocos que acumulan tremendas riquezas y no les importa si la comunidad se realiza o no. Porque no quieren una comunidad. O sí: pero la quieren para rapiñarla. Las comunidades —tal como hoy se nos presentan— se forman por una casta de factores de enorme poder que vampirizan a la comunidad sin importarle su realización o no. Para esos poderes no hay comunidad. Sólo hay territorios que saquear. Pero en el momento en que Perón habla la idea de nación y de Estado son muy fuertes y él quiere decir que un Estado debe garantizar la posibilidad de que todos se realicen en él. Perón era un político genuinamente populista. Lo fue siempre. Lo que su populismo se propone es la humanización del capital, no su eliminación. Es un keynesiano sincero. Un distribucionista convencido. Seguimos leyéndolo. El título que ponen S y G (Solanas y Getino) es ahora: *El antiimperialismo del Tercer Mundo*. Aquí Perón les da un poco el gusto. Dice: “Tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes, lógicamente el Tercer Mundo está en la Tercera Posición”. No dejen de pasar esa frase: *Tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes*. ¡La tenaza heideggeriana! Perón y Heidegger, un solo corazón. Algún gorila melancólico, de esos que todavía le dan manija a la cuestión del nazismo, dirá: “No en vano Heidegger fue nazi, como Perón”. No perdamos tiempo en esto. La cosa va más allá. Heidegger decía: “Esta Europa, en atroz ceguera y siempre a punto de apuñalarse a sí misma, yace hoy bajo la gran tenaza formada entre Rusia, por un lado, y

América, por el otro”. Europa es, para el genial autor de *Ser y tiempo*, Alemania, la razón más centralmente ubicada de Occidente. Ocupa su mismo centro. La nación que ha heredado a los griegos. En nosotros, dice, “el pasado es aún”. Grecia late en nosotros. Debemos encarnar su grandeza porque ella ya ha pasado por sobre nosotros, es ahora nuestra meta. Este genial trazado del eje Atenas-Berlín sólo Heidegger pudo hacerlo tan brillantemente. No obstante, Perón también logra lucirse. Al vuelo atrapa el concepto de moda: el *Tercer Mundo*. Y dice: *Lo inventamos nosotros, los justicialistas*. ¡La Tercera Posición ya era el Tercer Mundo! ¡Gran jugada ideológica! Si hasta se torna creíble. ¿Por qué no? ¿O no se opuso Perón a “los dos imperialismos”. Lo mismo ahora.

Luego plantea una consigna que a él, al menos, le agrada mucho: la del *Continentalismo*. Dice: “Ahora ustedes vivirán la etapa del Continentalismo, y es posible que sus nietos y sus bisnietos lleguen a la futura y última integración, que es el *universalismo* como aspiración de una humanidad realizada”. ¿Qué gansada era ésta? ¿Para qué quería la Jotapé el Universalismo? General, queremos la lucha de clases, la señalización del enemigo: las corporaciones financieras, los terratenientes, la camarilla militar, la Iglesia. ¿Por qué mier-con perdón-da nos habla del Universalismo? Pero era así: Perón solía irse a los caños. De pronto, sin embargo, descendiendo hacia la historia. ¡Se pone revisionista! S y G acercan su Cámara, ansiosos. Vamos, que ya viene lo bueno. “Nosotros, colonia española, pasamos a ser colonia inglesa”. ¡El Viejo había leído a don Pepe Rosa! Sigue: “Por eso en la Argentina ha habido una *línea anglosajona* y una *línea hispánica*. La línea hispánica fue la que siguió con la idea independentista, la otra es la línea colonial”. Hum, ya se está por ir otra vez a los caños. ¿Qué es esto de la “línea hispánica”? ¿No se le habrá pegado de estar tanto tiempo tan cerca de Franco? “Y en nuestro país la línea nuestra es la línea, diremos, de la Primera Junta, que era independentista. De Rosas que defendió eso, de Yrigoyen, que fue otro hombre que defendió eso. Y de Perón. Todos los demás gobiernos argentinos han pertenecido a la línea anglosajona y la han servido de una manera directa o indirecta”. A ver, ¿qué se podía sacar de aquí? La línea *Rosas, Yrigoyen, Perón*. Lástima que el Viejo no mencionó a San Martín. Pero ahí está *la línea nacional*: Rosas, Yrigoyen, Perón. Sin embargo, ¡la Primera Junta? ¿Cómo va a estar la Primera Junta dentro de la línea hispánica si Moreno y Castelli y Belgrano los rajaron a patadas a los gallegos? Y bueno, será una genialidad del Viejo. A seguir. Se manda su célebre frase: “El año dos mil nos encontrará unidos o dominados”. Es buena. Marca un punto para la lucha. Hay que ganar antes del dos mil. Y sólo se gana con la Unidad Latinoamericana. Cuando Perón vuelve —Ezeiza— se hace correr una bola: durante los primeros días el general se consagrará al Continentalismo, a la unidad de América Latina. Eso lo decía Cámpora todo el tiempo. Y por medio de Cámpora, los Montoneros. Lógico: se lo querían sacar de encima. Vaya, general, haga la Unidad de América Latina así nosotros manejamos tranquilos el país. No era posible la política que convocaba primariamente al Tío, pero el buenazo del Tío estaba jugado con los Montoneros, con la Jotapé, de modo que no le disgustaba el proyecto. Además, creía sinceramente en él. Perón se lo había hecho creer. Y no porque el Tío fuese un ingenio, sino porque Perón seguía siendo capaz de convencer a cualquiera de cualquier cosa. Del Continentalismo había hablado lo necesario como para que cualquiera se lo comprara. Era un producto medio absurdo: un político que apenas ha conseguido volver a su país ahora se va a encargar de unir a América Latina. Esto lo ponía por encima de todos. Hablaba de un no-dicho pero sí-dicho liderazgo continental. Pero, ¿quién iba a discutirle algo a Perón? También se le daba por hablar de la ecología. Para nosotros, en 1970, la ecología remitía más a los enanitos de jardín que a la revolución. Un día, sin embargo, entro en el Departamento de Filosofía y encuentro a uno de los genios de Guardia de Hierro leyéndose un libraco de ecología, “porque el general lo dice”. Se lucía el Gallego Alvarez con la ortodoxia mongoloide. Para la Jotapé la ecología era la Sierra Maestra y eran un montón de plantas abundantes y húmedas que habían reventado los pulmones del Che en Bolivia. O sea, la ecología era reaccionaria. O no era nada. Era una de esas huevadas con las que rompía Perón. “Ojo, mirá que el Viejo vive en Europa. Debe saber mucho sobre cómo viene la mano en algunas cosas”. La ecología modernizaba a Perón. Tontería: la Jotapé ardía por escucharlo hablar del socialismo, del poder, de la revolución latinoamericana.

¿QUÉ ES LO QUE DEFINE A UNA PERSONA COMO PERONISTA?

A esa tarea siguen consagrados Solanas y Getino. Le preguntan y le preguntan y las respuestas del Viejo nunca resultan del todo duras. Cuando habla del “Movimiento Justicialista” es claro y transparente: “La única fuerza cívica que conserva su estructura y su potencia es el peronismo y dentro de él la clase trabajadora. Estas fuerzas representan el eje del movimiento revolucionario nacional”. Aquí está todo. Perón no menta *tanto*. Sin duda esas cartas a la Juventud o a las formaciones especiales o el lamento ante la muerte del Che (“se fue el mejor de nosotros”) eran marcadamente tácticas, decían lo que él tenía que decir para tener de su lado a los combativos. Pero en el film de Solanas y Getino *Perón apenas si va algo más allá de “Conducción política”*. Son tantas las frases que repite de sus viejas clases de 1951 que es lícito preguntarse si leyó algo más en la soledad del exilio. Clausewitz, Licurgo, Napoleón y sus propios apotegmas. Observemos que ha hablado del *eje del movimiento de la revolución nacional*. No es la militancia juvenil. Mucho menos las formaciones especiales. *Es el peronismo*. Así, en totalidad, como (recorrimos otra vez a la fórmula de Laclau) gran referente vacío. Y “dentro de él” el único contenido que admite es “la clase trabajadora”. Solanas y Getino formulan la pregunta del millón. Lo sigue siendo. Todavía hoy (hoy, luego de tantos años y tantas idas y vueltas, menos que nunca) no tiene respuesta. Preguntan: *¿Pero, ¿qué es lo que define hoy, en la Argentina, a una persona como peronista?* Perón va a dar su respuesta. Hay, sin embargo, que reconocer. “Algo” debe definir a una persona o a una determinada política como “peronista” porque, de lo contrario, serían vanos los enconos de tantos antiperonistas como han florecido en los últimos años. Hay gente que ha vivido odiando al peronismo. Alguien que vive odiando otra cosa de la que él es hace de ella el sentido de su existencia, o uno de sus principales sentidos. Hipótesis de trabajo: para saber qué es el peronismo mejor preguntarles a los antiperonistas que a los peronistas. Magdalena Ruiz Guíñazú, Beatriz Sarlo, Morales Solá, Sebreli podrían tal vez decir más sobre el peronismo que aquellos que, sencillamente, adhieren a él. Por el momento, veamos qué dice Perón. Adelanto algo: es la indiferenciación misma. Lo que esencialmente dijo Perón del peronismo es que era un movimiento ni sectario ni excluyente. Un *movimiento* no es un *partido*. Un *movimiento* es una totalidad. Un *partido* es una particularidad en un régimen republicano-democrático de particularidades que se expresan por medio de las instituciones. (Observen qué bien conozco el verso republicano. ¡Qué bien les vendría si me pusiera en venta! Sin embargo, soy un adversario que a veces cultiva las buenas maneras. El conocimiento profundo que tengo de su ideología y su historia me ha permitido saber que son casi invencibles y que nuestra tarea será, al menos, la de molestarlos. El mundo es irredimible porque es de ellos y nosotros sólo podremos conseguir tornarlo algo menos brutal.) La idea de *movimiento* en tanto *totalidad* permite la ausencia de la *exclusión*. Una totalidad no excluye nada, incluye todo. Al entrar en la totalidad, lo que se incluye no pierde el sentido que tenía en tanto particularidad, pero ahora lo tiene como particularidad dentro de una totalidad que la redefine constantemente. Cada una de las particularidades se relaciona con las otras por mediación de la totalidad. Y la totalidad, que totaliza a todas, es siempre más que la mera suma de sus particularidades. Pero en el Movimiento Peronista hay una retotalización que está afuera de la totalidad. Esta retotalización o totalización totalizadora es la que hace el líder del Movimiento. *El que en definitiva totaliza es Perón*. Los 15.000 kilómetros de distancia que su liderazgo mantuvo con el terreno de las operaciones permitió esta totalización totalizadora o totalización de la totalización (en tanto el líder totaliza a esa totalidad

que es el Movimiento) que dio a Perón el control total del Movimiento. *La distancia le evitó el desgaste de la historicidad*. La imagen de Perón le estaba sustraída al país. *Apareció por primera vez en los kioscos de revistas cuando se permitió exhibir un ejemplar de la revista “Las Bases”*. Recuerdo la sorpresa de muchos: “¡Qué viejo que está!” Otros descubrían sus manchas y sus marcas de viruela. Perón empezaba a historizarse. Levemente. Pero tenía ahora cierto compromiso con lo real. No lo tuvo hasta Ezeiza. Desde lejos, desde los 15.000 kilómetros, podía ejercer en plenitud su teoría de la *conducción de lo heterogéneo o del desorden*.

Volvamos a la pregunta de Solanas y Getino: *¿Qué es lo que define hoy a una persona como peronista?* La respuesta de Perón es formidable. Si alguien quiere entender qué es el peronismo o por qué el peronismo ha sido y es así, preste atención: “En eso (dice Perón) no hay que extremar la cosa, el Movimiento Peronista jamás ha sido ni excluyente ni sectario. Nuestro Movimiento, por ser de una tercera posición, es un movimiento de gran amplitud, ése es el peronismo”. La lógica de la frase es de una inexactitud fenomenal. Porque sucede todo lo contrario. A ver, con permiso, general, veamos: el peronismo expresaba una *tercera posición* porque estaba opuesto a los dos imperialismos dominantes. No formaba parte del imperialismo soviético. No formaba parte del imperialismo yanqui. Lo que queda, en lugar de ser de una gran amplitud, es simplemente lo que los dos imperialismos han dejado como resto. Somos la *tercera posición* porque no somos ni la *primera* ni la *segunda*. Al ser la *primera* y la *segunda* los dos grandes imperialismos... ¿qué es lo que queda? No pareciera poder ser mucho. Queda lo que los dos imperialismos no se han preocupado por conquistar. Pero esto no amedrenta a Perón. Sigue con gran empuje: “Ahora, dentro de la acción política que se desarrolla todos los días, vemos mucha gente que proviene de otros sectores políticos, que pueden ser del comunismo o pueden ser del conservadurismo. Porque de todo hay en la huerta del señor. Por aquí han pasado las más diversas tendencias, yo a todas les digo exactamente lo mismo: vean señores, cuando nosotros formamos el justicialismo vinieron hombres conservadores como el doctor Remorino (era secretario de Julito Roca, así que imagínese, el riñón de la oligarquía) y fue un gran peronista, un buen servidor y un gran peronista. Del otro lado vinieron sectores socialistas, como Bramuglia, como Borlenghi, como, en fin, un montón. Y también del comunismo y todos esos hombres han demostrado a lo largo de estos años que han sido buenos peronistas (...) En este sentido, el Movimiento Justicialista, para ser realmente justicialista, debe admitir que todos los hombres pueden ser buenos, y que todos pueden tener razón, e incorporarlos a servir al Movimiento”. Luego desliza esas frases regocijantes de Viejo Vizcacha que eran parte de su encanto, de la seducción que sabía ejercer sobre las personas: “El bruto es siempre peor que el malo, porque el malo suele tener remedio, el bruto no. He visto malos que se han vuelto buenos; jamás un bruto que se haya vuelto inteligente”. Poco más adelante dice algo muy claro: “Las pasiones y los intereses individuales son los que desvían y deforman la actuación peronista”. La *pasión individual* no se integra como particularidad dentro de la estructura totalizadora del Movimiento. La *pasión individual* lleva a querer imponer la propia particularidad como *verdad* del Movimiento. Una *sola* particularidad quiere totalizar. Al querer totalizar se propone hegemonizar a las otras, dominarlas. Imponerles su propia concepción como concepción totalizadora del Movimiento. Sale del juego de las partes entre sí y de las partes con el todo. Su parte, sometiendo a las otras, quiere ser el todo. Al serlo, se enfrentará a la instancia totalizadora final o a la totalización totalizadora que es la que realiza el líder, ya que todas las totalizaciones remiten a la totalización final del líder, que para eso lo es. De aquí que las “pasiones y los intereses individua-

les” sean la subversión misma del *todo movimiento*. Esto fue lo que intentaron los Montoneros. Cuando una parcialidad quiere ejercer la totalización le está discutiendo al líder nada menos que la conducción del Movimiento. *Conducción/ conducción/ Montoneros y Perón*. Para colmo, las imposiciones de la “rima” llevaban a anteponer el nombre de Montoneros al de Perón. Un agravio.

FIRMENICH Y GALIMBERTI MEAN A PERÓN

Pero esto que ha dicho Perón es el estilo de conducción peronista. El conductor estratégico establece las grandes líneas tácticas. No se mete en la conducción táctica a menos que sea necesario. Por ejemplo: cuando se forman dos bandos peronistas. Pero el peronismo, al ser un Movimiento, al aceptar la más amplia diversidad *por tener un líder que, en última instancia, podrá decidir en bien del conjunto*, puede (y hasta debe para *ser lo que es*) integrar todo tipo de personajes. Muchos durante estos días se desgarran las vestiduras por la incorporación del carapintado Aldo Rico al Frente de la Victoria. Me han dicho que Kirchner se reunió con los intelectuales de Carta Abierta para explicar la decisión. No es necesario. ¿Qué hizo? Hizo peronismo. En 2003 (hace siglos) yo le decía a Kirchner que no se definiera como peronista, que no tomara la jefatura del partido, que creara algo nuevo, un partido de centroizquierda. No lo hizo, y posiblemente no haya podido. Hizo política impecablemente peronista. Se quedó con el aparato, con la presidencia del partido y ahora lo tiene a Aldo Rico. ¿Justificarse? Puede recurrir a cien ejemplos de Perón. Para neutralizar a Rico pondrá a otro. Perón se reía de estas cosas. Durante su primer regreso ofrece una conferencia de prensa por televisión. Memorable. Un periodista le pregunta: “El general Lanusse dice que reza el Padrenuestro todas las noches. ¿Y usted?” Perón lo mira de un modo inolvidable, como si le preguntara: “¿A dónde me querés llevar, boludo?” Y le contesta: “¡Sí! ¿Por qué no?” Por qué no. Total, ¿de qué merda sirve rezar el Padrenuestro? Eso que lo haga el chupacirios de Lanusse. Luego, otro periodista le pregunta: “¿Qué opinión le merece John William Cooke?” Perón: “Era un eminente argentino”. Había un par de peronistas de izquierda conmigo: “¡Bien!”, exclamaron. En seguida: “Algunos dicen que era muy izquierdista. Pero tuvimos otros que eran muy derechistas, como el doctor Remorino”. “Otra vez nos cagó”, dicen los pibes de la Jotapé. Pero la hora de las definiciones tajantes llegará para el líder. Lo veremos elegir y elegir con saña, gente de lo peor, asesinos profesionales. Todavía falta. Será cuando esa parte que se niega a ser parte y quiere ser todo (los Montoneros) le discuta la conducción. La actitud de Perón no será la del Padre eterno. La de los Montoneros no le irá a la zaga en agresividad. Seguramente tuvieron una alta responsabilidad en el pronto desgaste de la salud del líder. De modo que nos atreveremos a una reformulación de ese chiste que contamos: que Firmenich y Quieto están enterrados, aparece Perón y mea sobre sus tumbas. Se va. Al rato, desde las tumbas se oye: “Che, Quieto”. “Qué.” “¿No te dije que el Viejo no nos iba a cagar?” El escenario es ahora otro. Perón es el que yace bajo tierra. Vienen Firmenich y Galimberti y le recontraean la tumba. Al tener próstatas jóvenes –y no la próstata ya averiada del Viejo– los orines surgen con mayor intensidad. Después se van. Un momento de quietud. Silencio. Luego se oye la voz de Perón: “Siempre supe que los Montoneros no me iban a cagar”. La posibilidad de *los dos chistes* marca el sentido profundo de la tragedia. Uno de los temas que más vamos a tratar a partir de los sucesos de Ezeiza es el de la *verdad*. ¿Quién tenía la verdad? ¿Dónde estaba la verdad? Y por último: *¿qué es la verdad?*

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

Trelew,
la prefiguración
de lo por venir

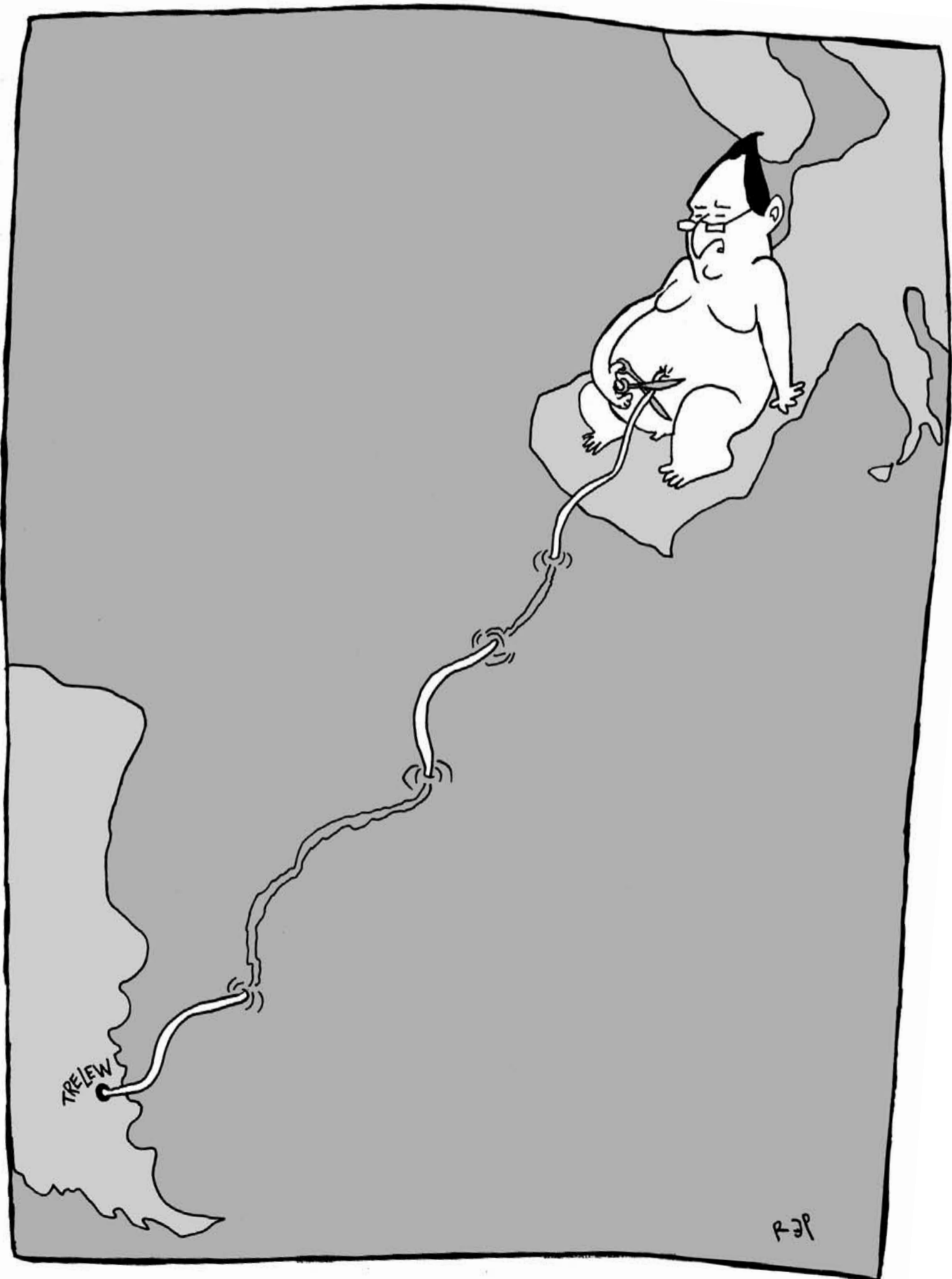
IV Domingo 4 de enero de 2009

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

60 Trelew, la prefiguración de lo porvenir



EL “MOVIMENTISMO”

Perón no cesa de hablar. Es un torrente de palabras. No duda ante ninguna pregunta. ¡Por supuesto! Se conoce ese Evangelio desde hace largas décadas. Para ser claros: *Perón, en “Actualización política y doctrinaria para la toma del poder” no dice nada esencial que no haya dicho en “Conducción política”*. Su propuesta no pasa de la vieja propuesta —que figuraba ya en las *Veinte Verdades del Justicialismo*— acerca de “humanizar el capital”. Siempre que sus entrevistadores le preguntan por el socialismo, él responde, ante todo, “¡Natural!” o “¡Naturalmente!” Luego resuelve la cosa muy fácil: *El justicialismo es socialista porque pivotea sobre la justicia social*. Si S y G preguntan por la eliminación de la explotación capitalista, Perón responde que en la *comunidad organizada* no habrá explotación porque todos trabajan para la comunidad, obreros y capitalistas. Se elimina el egoísmo del capital. Y se elimina el sometimiento del individuo al Estado marxista. ¿Qué queda ahí? La Tercera Posición. Una comunidad justa en la que todos realizan. En que la economía se pone al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la economía. S y G se formulan ciertas preguntas más irritativas: “Pero, la economía, general, ¿en manos de quién está, en manos del pueblo o en manos de la burguesía capitalista?” Perón también tiene una respuesta para eso. La economía está en manos del Estado. El Estado administra y establece el equilibrio. Ese equilibrio es el de la comunidad. Los patrones no tienen que ganar tanto. Los obreros tienen que ganar más y sentir que el Estado los protege. “Pero, general, ¿ése es el socialismo nacional?” “¡Naturalmente! Porque es el socialismo nuestro. No es el socialismo del mujik soviético sino el de nuestros paisanos. Son cosas distintas. Nuestro socialismo tiene que ser argentino. Y el socialismo es nacional por ese motivo. Es nacional porque es justicialista. Porque responde a la justicia social. A que el obrero sienta que debe esforzarse en su trabajo pero que nadie lo esclaviza. A que el capitalista gane lo suyo y ceda el resto al Estado para que éste haga las obras que beneficiarán a todos. Nosotros, no lo olviden, estamos tan lejos de uno como del otro de los imperialismos dominantes.” Es un *diálogo de sordos*. S y G quieren que Perón les diga que el socialismo nacional implica expropiar a las clases explotadoras, a los grandes terratenientes, a las empresas multinacionales. Hacer un gobierno con hegemonía obrera, popular, nacional y revolucionaria. Perón a todo eso les dice, ante todo, “¡Natural!” y después les larga las concepciones de siempre: *El peronismo es la humanización del capital. Una concepción simple, cristiana y humanista de la vida*. Scalabrini Ortiz, en un esfuerzo imaginativo, dijo que “humanizar el capital” era proponer destruirlo porque el capitalismo era “inhumano”. No, para Perón el capitalismo puede humanizarse. La *humanización del capital es la comunidad organizada*. Perón dice todo esto con gran fluidez. Y le gusta tanto escucharse hablar que cuando redondea una frase con precisión sonrío. Todo el tiempo dice: “Todo esto es muy sencillo, señores”. Gusta citar a Mao Tsé Tung. No ve en el líder chino a un burócrata soviético, sino a un compañero de los países que deben hacer su liberación nacional. Su opción por China en lugar de la URSS es clarísima. “Dice Mao Tsé Tung que el que lucha contra un compañero es que se ha pasado al bando contrario.”

Es de alta relevancia que veamos cómo concibe Perón la *unidad* del Movimiento Peronista. ¿Lo podrá hacer una vez que arribe a la patria? Para él no puede haber contradicciones internas: “El que defiende un ideal no puede tener controversias con otro que defiende el mismo ideal (...) por eso

el justicialismo creó un apotegma que dice *para un peronista no puede ni debe haber nada mejor que otro peronista*. Entonces, ¿cómo es posible que un señor que está en la misma lucha esté luchando contra otro peronista cuando tiene un enemigo contra quien naturalmente debe luchar! (...) de manera que no hay que mirar al costado para ver qué hace el compañero, hay que mirar al frente para ver qué hace el enemigo (...) Todos están luchando por lo mismo, porque el dispositivo de la lucha táctica necesita estar articulado: *unos están en una acción contemplativa, otros están en una acción de superficie, otros están en una acción violenta y activa, otros se están preparando para la futura acción con estudios tecnológicos, etc. Cada uno de ellos está trabajando por lo mismo*” (Todas las cursivas son nuestras, JPF). Esto no les decía *nada* a los que Solanas y Getino querían destinar el film. Era sencillamente la vieja mezcuzca que nucleaba a todos en un Movimiento (“ni sectario ni excluyente”) en manos de una conducción estratégica que les daba unidad a los proyectos antagónicos que podían existir en él. El peronismo estaba lleno de contradicciones irresolubles ya en 1971, fecha del reportaje filmico a Perón, y esas contradicciones, aunque el Mago de la Historia creyera que serían arcilla fácil en sus manos, no lo serían. Acaso en 1971 se sintiera fuerte como acometer esa tarea de unidad. *Pero los antagonismos de 1971 eran mucho más poderosos que los de los dos primeros gobiernos peronistas*. No hubo *formaciones especiales* entre 1946 y 1955. No tantos habían dado su vida por la causa de Perón. Nadie se sentía autorizado a pasarle ninguna cuenta. Nadie podía decir: *Pusimos la sangre y los muertos, somos los que más poder merecemos*. La ecuación: *sangre por poder* sólo la plantearían los Montoneros. Víctimas también de una soberbia que los llevaba a una equivocación mortal: “A Perón lo trajimos nosotros”. Hagamos una pregunta incómoda: ¿y si se demostrara que a Perón lo trajo más Lanusse y el Ejército dialoguista que la lucha de la guerrilla? ¿Y si lo trajo justamente para eso: para que frenara a esas formaciones especiales que tanto había alentado? Todavía Lanusse creía que Perón (al que odiaba y al que murió odiando, como a todo el peronismo: “Tengo para mí que no se puede ser peronista y buena persona”) podría frenar a los muchachos de los fierros con un costo bajo. Y si no los frenaba se arruinaría, naufragaría en su fracaso. El almirante Mayorga, por el contrario, hombre ligado al espíritu de las soluciones tipo Trelew, habría deseado barrer a la guerrilla y entregar luego el gobierno. Lo dirá, como veremos, en el entierro de Hermes Quijada, el “explicador” de la masacre al que nadie creyó una palabra de lo que dijo. Notable: su explicación de la masacre no hizo más que confirmarla.

AL ENEMIGO, NI JUSTICIA

Perón, por fin, otorga algo. Una frase desdichada que —sin embargo— es festejada con vítores por parte de los jóvenes cuando ven el film de S y G. La pregunta es: “¿Cómo identificamos al aliado y al enemigo?” Perón dice: “Bueno, un aliado es el que trabaja por la misma causa que trabajamos nosotros. También lo dice Mao: ‘Lo pri-



mero que el hombre ha de discernir cuando conduce es establecer, claramente, cuáles son sus amigos y sus enemigos. Y esto ya *no lo dice Mao. Lo digo yo: al amigo todo, al enemigo ni justicia*”. Algunos niegan que Perón haya dicho esta frase. Pavadas de programas televisivos. Una vez mencioné en uno que Sarmiento había dicho algo que notoriamente dijo: “No ahorré sangre de gauchos. Es lo único de humano que tienen esos bípedos”. Y algún otario que andaba por ahí, un “invitado a dialogar”, dijo: “Esa es una frase sacada de contexto”. Dale que va. Así se fabrican un Sarmiento-*Billiken* que no sirve para entender nada. (No hay que ir a programas de TV y menos a “debatir” con cualquier mongui que invitan. Mejor estar en casa y escribir. No queda tiempo para perder.) En *Mi defensa*, texto escrito durante su exilio en Chile en 1843, este gigante escribe: “Ya he mostrado al público mi faz literaria; vea ahora mi fisonomía política; ¡verá al militar, al asesino!” (Sarmiento, *Civilización y Barbarie*, Prólogo de Alberto Palcos, El Ateneo, Buenos Aires, 1952, p. 552). Si uno cita estas cosas, algunos nabos, de los que está llena la cultura oficial, lo acusan de “revisionista”. Mediocres, yo los acuso de traidores a Sarmiento, de reducir su grandeza, de jibarizarlo como el “educador”, el “maestro del aula”. Ese titán era más que eso. Pero bueno: sigamos con lo nuestro. Perón, en efecto, dice la frase fuerte que buscaban Solanas y Getino. Y para aquellos que aún buscan disculparlo diciendo que la frase es de Mao, pues no, señores: el mismo Perón aclara que es suya. Porque, el que dice algo así, tiene motivos para sentirse orgulloso de eso. No es una frase como cualquier otra. *Es una frase poderosa*. Es una consigna brutal. Exige violencia y crueldad y la alienta por su forma breve, por su expresión directa, algo así como un balazo, como sacar el revólver y hacer fuego. *Al amigo todo, al enemigo ni justicia*. La Jotapé vivaba este momento del film. Lejos estaba de sospechar que esa frase volvería sobre ella, les sería aplicada a sus desdichados militantes, a los cautivos del horror militar. A comienzos de 1977, en medio del desamparo, de la indefensión absoluta, un compañero me dice: “Hay que lograr por lo menos que se aplique la justicia burguesa”. No le dije nada. Estaba demasiado abatido. Debí decirle: ¿ahora pedís la justicia burguesa?, ¿no era esa justicia la del Estado burgués capitalista?, ¿no era la justicia que expresaba los intereses de una clase?, ¿una clase adueñada de un Estado al que había que derrocar y llevar al socialismo? Y peor: ¿ahora pedís justicia? ¿Vos, que gritabas “Bravo, general” cuando el Viejo se mandaba esa atrocidad de “al enemigo ni justicia”? Bueno, compañero, hay que joderse: estos milicos asesinos están haciendo exactamente lo que Perón recomendó a la muchachos: “Al amigo todo, al enemigo ni justicia”. Y, en efecto, nos

jodimos todos. Esa frase, además, hace de la guerra un acto de masacre. Si no rige una “justicia de guerra” para los prisioneros esto significa la consagración de la orden más terrible de todas las guerras: “No tomar prisioneros”. O sea, la matanza extrema. Perón comete una irresponsabilidad imperdonable al ofrecer al Movimiento ese apotegma (como él gustaba decirles a sus frases “trascendentes”). La Triple A, el C. de O., la CNU, los “verdes” de los sindicatos, Osinde, Villar, fueron los asesinos desmadrados que aplicaron el apotegma. Porque la guerrilla no incurrió (salvo un par de ejemplos desdichados) en las brutalidades de los escuadrones de la muerte. Atar con alambres de púa a los que habrían de matar, torturarlos y después fusilarlos con ochenta y un balazos como a Atilio López. Cuando llegue el momento haremos un análisis de importancia: cómo trató la guerrilla a sus víctimas y cómo las trataron los militares. Ninguna organización armada empaló a nadie ni lo cocinó vivo ni la tortura figuraba entre sus métodos. Este es un *punto esencial* para negar de plano la teoría de los dos demonios. El dolor aplicado al otro, pasado un punto, da un salto cualitativo: se transforma en eso que Walsh llamará la “tortura metafísica”. No hubo dos demonios tampoco en eso: ese demonio habitó sobre todo en la ESMA y en todos los otros campos de detención. Lo digo ahora, anticipándome, para los que suponen que mis críticas a la violencia (contra la cual, en efecto, estoy, y a las organizaciones armadas) me puede velar la visión crítica y caer en la teoría de los dos demonios. Hubo uno solo. En rigor, el de siempre. El que mencionó hace poco un ruralista torpe o ingenuo o demasiado sincero: el Ejército, la Iglesia y la oligarquía, las clases que dominaron el país, las que lo dominan. “Eso me enseñó mi maestra de Historia”, dijo el sincero agro-dirigente. Claro que te enseñó eso. Y a ella le enseñaron que eso te tenía que enseñar. Y vos lo aprendiste con entusiasmo. Porque, antes de que te lo enseñaran, ya creías en eso. Siempre ganaron. Siempre fueron el verdadero poder de este país. Cuando una generación —con errores, torpezas o ingenuidades, pero con una gran valentía y sincera entrega a la causa de los humildes y del país— se les enfrentó en serio, la masacraron con una impiedad que debía servir de enseñanza a todas las por venir.

Volvemos a la frase de Perón. Además, ¿cómo la dice! Con una convicción, con una firmeza temibles. Y cuando emite el durísimo “ni justicia” quiebra la boca en un gesto desdeñoso que no le impide mostrar los dientes. “Ni justicia” se llevó a cabo por medio de la política de las desapariciones. Así como el “cinco por uno” se transformó en “cincuenta por uno”. Las otras frases de Perón sobre la violencia no tienen la misma fuerza, no hay en ellas un elemento de crueldad. “La violencia de arriba genera la violencia de abajo” es una frase justa, perfecta para definir lo que ocurrió en la Argentina desde el golpe del ‘55 en adelante. Lo hemos desarrollado largamente. Y “a la violencia responderemos con una violencia mayor” es una frase de manual de estrategia militar, muy a lo Clausewitz. Es el *ni justicia* lo que marca el grado de latente fiereza, la exigencia de crueldad que hay en esa frase estremecedora. (Algunos filósofos utilizan este verbo —estremecer— para calificar algunas frases de Nietzsche. Hablan, así, de las *frases estremecedoras* de Nietzsche. Hay también unas cuantas frases estremecedoras de Perón. No las ignoraron nunca sus enemigos. Cuando veamos un largo texto que publicó en los diarios la Comisión de Homenaje a la Revolución Libertadora hacia 1973, en plena campaña electoral, cíatremos algunas. Como sea, ese informe anti-Perón sirve más para condenar a los obstinados gorilas que lo pergeñaron que a Perón, a quien llegan a acusar... de

haberse acostado con el boxeador *african-american* (o sea, negro, escupamos sobre lo políticamente correcto) Archie Moore. Sería divertido que Perón respondiera con ese giro suyo habitual y sarcástico: “Sí, ¿por qué no?” Hoy se ganaría muchísimos votos. Queda claro, supongo, que Perón ha sido superior a todos sus adversarios. No necesitaba demasiado para eso. Él mismo lo decía (lo dijo muchas veces): “No es que nosotros hayamos sido buenos, los otros fueron peores”. Que está tomado de una frase formidable –un refrán español– que él también cita: “Detrás de ti vendrán los que bueno te harán”.)

TODOS SON IGUALES EN LA LUCHA

Solanas y Getino llevan la cosa con inteligencia. Sucede que a este Viejo zorro (más Vizcacha que Fierro) no se le gana de ninguna manera. Le preguntan por la solidaridad que se les debe a “aquellos compañeros que están realizando una lucha activa y armada”. Perón da una respuesta formidable. No había más que leer esto sin anteojeras para darse cuenta de lo que pensaba. Responde que sí, que naturalmente hay que ser solidarios con “esa gente que se está sacrificando”, pero que *todos los peronistas* luchan en todas partes, en el puesto que sea. “Nosotros (dice con total transparencia) somos solidarios con todos los que están en el dispositivo luchando cada uno a su manera, porque aquí cada uno lucha de acuerdo a las condiciones que tiene para luchar (...) Para nosotros, todos los que luchan contra los enemigos de nuestro país son nuestros amigos”.

Esta es la concepción que Perón tiene del Movimiento. Esto es lo que muchos encuadramientos de la juventud discutieron con los que ponían a la lucha armada como vanguardia de la lucha. El slogan “Si Evita viviera sería Montonera” era agresivo hasta con el propio Perón. ¿Por qué habría Evita de ser Montonera? Hay, aquí, una concepción vanguardista que se antepone al Movimiento. *No todas las luchas son iguales*. Hay una que es la más riesgosa y en ella están los más comprometidos. Hay un plano de superioridad que se basa en el riesgo, en la sangre, en la decisión de perder la vida y hasta en la dura decisión de matar. De aquí que la vanguardia se asuma como vanguardia armada. Durante los años en que las formaciones especiales empiezan a actuar ya hay montones de teóricos que explican la consigna sobre el montonismo de Evita diciendo que, si viviera, *estaría en el lugar más arriesgado de la lucha*. Los Montoneros se apropiaron de la Jotapé no sólo por su enlace con Galimberti. Había una *fascinación* por la lucha armada. Siempre me pareció peligrosa. Nunca la compartí. Pero era imposible luchar contra ella. Perón no pudo ser más claro y lo dijo muchas veces: el peronismo enfrentaba al régimen como Movimiento de Liberación Nacional. Dentro de ese Movimiento estaban las *formaciones especiales*. Notemos que él las bautizó así y les puso *especiales*. Eran atípicas. Tenían gran importancia porque había que golpear al régimen por todas partes, en todo lugar donde le doliera. *Pero esa era la tarea de todo el Movimiento*. Perón nunca admitió la vanguardia. La noción de “vanguardia” negaba su concepción del liderazgo. De aquí que cuando le preguntan por su solidaridad con quienes están en la *lucha armada* él dice: “Sí, cómo no. Claro que vamos a ser solidarios con ellos”. Pero en seguida aclara: “Nosotros somos solidarios con todos los peronistas”. Para Perón es tan importante un dirigente sindical como un guerrillero. Incluso un dirigente sindical dialoguista, conciliador. Porque el Movimiento *también* tiene que dialogar. Él lo necesita tanto a Rucci como necesita a los Montoneros. Rucci fue mucho más vivo: *jamás le discutió la conducción, jamás quiso compartirla con él*. Más coherente era

el ERP. Cualquiera podía comprender cómo interpretaba Perón al Movimiento. *Si había alguien que fuera movimientista, ése era Perón*. El ERP, entonces, se abre del peronismo. No queremos someternos a la conducción de un líder burgués. No queremos compartir un espacio –el del Movimiento Peronista– con burócratas, burgueses y traidores. Los Montoneros tenían que saber que la política del *entrismo* tenía un costo: ser parte del Movimiento Justicialista y acatar la conducción de Perón. Dudo que no lo hayan entendido. Pensaban que podrían generar los hechos revolucionarios que lograran un giro en Perón. También hay que tomar en cuenta que nunca crecieron de la soberbia necesaria como para creer que podrían imponerle al viejo líder la necesidad de compartir la conducción con ellos. La idea de apoderarse de Perón y ponerlo tras la causa montonera es esencial al tipo de conducción que estableció Firmenich. Montoneros sobrevaloraba excesivamente el papel de la lucha armada en el país y los réditos que de ella obtendrá no bien el peronismo llegue al poder. Perón no piensa lo mismo. Para Perón es el Movimiento en totalidad el que marcha hacia la toma del poder. *Todos son iguales en la lucha*. No hay peronistas privilegiados. Todos los que forman parte del Movimiento tienen un lugar en la lucha. Y todo ese complejo lleno de contradictorios que es el Movimiento Peronista tiene un conductor. El conductor realiza la síntesis. Todos pueden estar en el Movimiento, pero lo esencial para poder hacerlo es aceptar la conducción de Perón. *Un movimiento no tiene vanguardia*. Para Perón, no hay un lugar privilegiado de la lucha. *El mayor riesgo que corren algunas de las partes no implica superioridad sobre ninguna de las otras en tanto todas son necesarias*. Montoneros nunca lo creyó así. La Jotapé (sobre todo cuando se transforma en Tendencia Revolucionaria) tampoco. Esa autodenominación fue equivocada. Llevaba en sí la propuesta de la alternativa independiente. Afirmarse como Tendencia Revolucionaria implicaba marcar una superioridad sobre los otros sectores del Movimiento. Era un grave error conceptual y un pecado de soberbia. Era, también, desconocer a Perón y hasta ponerse afuera de la historia del peronismo. *Siempre fueron los sindicatos la columna vertebral del Movimiento*. La Columna Vertebral es más importante que la Tendencia Revolucionaria. Sin su Columna Vertebral el Movimiento se derrumba. Una “tendencia” puede diluirse, desaparecer. Una “columna vertebral” nunca. Jamás Perón dejó de decir que los sindicatos seguían siendo la “columna vertebral”. Jamás dijo que la “tendencia revolucionaria” era la vanguardia. Pese a todos los elogios que tácticamente arrojó sobre la “juventud maravillosa” nunca dejó de señalar que la estructura del Movimiento era la que él había pensado desde siempre. *El movimiento entendido como un todo en el que todas las partes, en tanto cumplen una función necesaria, son iguales, valen lo mismo, ninguna puede ser privilegiada por sobre otra*. No bien la Jotapé se define como “tendencia” se define como “alternativista”. Se pone fuera del esquema del Movimiento, tan celosamente custodiado por Perón.

LA MASACRE DE TRELEW

En agosto de 1972 se produce un hecho macabro, imperdonable. En Trelew, en la base Almirante Zar, son asesinados dieciséis guerrilleros. Los matan sus guardiacárceles por órdenes sin duda emanadas de los altos mandos de la Marina. Dentro del esquema interpretativo de la época el hecho avala la teoría de la guerrilla como lugar de máximo riesgo. Pero, más allá de esto, el horror está en que prefigura la metodología criminal que habrán de seguir los militares argentinos a partir del golpe de 1976. No se juzga a

nadie. A los guerrilleros se los mata. Aquí, en Trelew, al menos entregan los cadáveres. Todavía no estaba perfeccionado el sistema de las desapariciones ni existía el poder para aplicarlo. Los muertos son: Carlos Heriberto Astudillo (FAR), 28 años; Rubén Pedro Bonet (ERP), 30 años; Eduardo Adolfo Capello (ERP), 24 años; Mario Emilio Delfino (ERP), 29 años; Alberto Carlos del Rey (ERP), 26 años; Alfredo Elías Kohon (FAR), 27 años; Clarisa Rosa Lea Place (ERP), 24 años; Susana Lesgart (Montoneros), 22 años; José Ricardo Mena (ERP), 20 años; Miguel Ángel Pólit (ERP), 21 años; Mariano Pujadas (Montoneros), 24 años; María Ángela Sabelli (FAR), 23 años; Ana María Villarreal de Santucho (ERP), 36 años; Humberto Segundo Suárez (ERP), 23 años; Humberto Adrián Toschi (ERP), 26 años; Jorge Alejandro Ulla (ERP), 28 años (Ver: Tomás Eloy Martínez, *La pasión según Trelew*, Aguilar, Buenos Aires, 2004).

¿Quién decidió la masacre de Trelew? Lanusse no la condenó, pero no fue una decisión suya. Tampoco de su ministro del Interior, Arturo Mor Roig. Fue una decisión de la Marina. El contraalmirante Hermes Quijada tratará de explicar los hechos, patéticamente. Cada cosa que decía tornaba más evidente la realidad de la masacre. El ERP 22 de Agosto lo asesina el 30 de abril de 1973 y el asesinato sirve para que los militares más duros cuestionen la entrega del poder. Cámpora deberá asumir el 25 de mayo. En el sepelio de Hermes Quijada, un personaje del ala más dura de la Marina (si es que puede hablarse de algo así, la Marina Argentina no tuvo jamás ala blanda), el almirante Mayorga (vigente aún durante estos días como fervoroso reivindicador de los horrores de la dictadura, condenados por toda la cultura occidental, por sus mejores teóricos, sumados incluso a los grandes genocidios del siglo XX, por Primo Levi, por ejemplo, nada menos) dice que es muy difícil resistir la tentación de “ordenar el país y después entregarlo”. De modo que Mayorga debe saber muy bien cómo se hizo lo de Trelew. Era el modo en que él y los suyos pensaban “ordenar el país”. Era, sin más, enfrentar en serio a la guerrilla. El Ejército aún no lo había hecho. La Marina, en Trelew, señala el camino. Para ellos, habría sido deseable hacer antes esa limpieza a fondo y después ver a quién le entregaban el país. Pero aún no podían. La apuesta de Lanusse era más inteligente: que se ocupara Perón. Apostar a su fracaso, a su desgaste, a su muerte y, entonces sí, ordenar el país. Sin embargo, Lanusse nunca habría ordenado el país como Mayorga y Massera. Fue el único militar de alto rango y prestigio presidencial que se enfrentó a las huestes de Videla. “Detenciones, señores. No secuestros.” Esta frase trascendió en el país aterrorizado de 1976. Se la había dicho Lanusse a la Junta Militar. Lo agredieron fieramente. La revista *Cabildo* publicó una foto suya abrazándose con Allende, en Chile. Secuestraron a su ex secretario de prensa Edgardo Sajón, que jamás apareció. Persiguieron a otros de su entorno. Curiosa figura la de Lanusse. Fanático antiperonista, se opuso sin embargo a la macabra metodología de un Ejército que ya no era el que él había presidido, o el que él deseaba. “Detenciones, señores. No secuestros.” Esto eliminaba la metodología de la desaparición, esencial para Videla y los suyos. Para Massera. Para la Marina, con su línea impecable de operar: bombardeo del 16 de junio, Trelew, la ESMA. Por eso conjeturo –aun cuando sé que muchos se van a oponer– que, si bien Trelew ocurre bajo el gobierno de Lanusse, es algo que la Marina le hace para entorpecer su línea conciliadora con el peronismo. Seguiremos tratando el tema.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

El paraguas de Rucci como concepto

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

61 El paraguas de Rucci como concepto



TRELEW, LA EXPLICACIÓN DE LA MASACRE

Trelew es un escándalo. Todo el país reacciona con indignación. Lo que se dice desde los distintos sectores es: así no. Eso es un asesinato en masa. Los militares ofrecen una inmediata explicación. Nadie les cree. La “explicación” corre a cargo del contraalmirante Hermes Quijada, que hasta acude a un pizarrón para demostrar lo indemostrable. El ERP 22, un desgajamiento del ERP, se cobrará la vida de este marino en 1973. Precisamente el 30 de abril de 1973. Una fecha excepcionalmente oportuna para que todo se pudriera bien podrido y entonces se abrieran las puertas de una “situación revolucionaria”. Pensemos que Cámpora gana las elecciones el 11 de marzo. Que los militares tienen que entregar el gobierno el 25 de mayo. ¿Qué mejor fecha que el 30 de abril para boletear a un ex jefe del estado mayor conjunto? Ahora es posible acariciar esa utopía: que no haya traslado del gobierno. Que los militares se enfurezcan, no lo entreguen y las masas salgan a las calles a hacer la revolución. Los militares estuvieron a punto de darle el gusto al ERP 22. Se alimentan mutuamente. Los que no querían entregar el gobierno brindaron con champagne la noche del asesinato de Hermes Quijada. Lo enterraron en medio de amenazas terribles. La más poderosa fue la del almirante Horacio Mayorga, de la línea más feroz de la Marina. Dijo: “Cuesta mucho resistir la tentación de ordenar antes el país y entregarlo después”. O sea, la ESMA ahora. No perdamos tiempo. Basta de joder con Perón. Ese viejo no va a arreglar. El Ejército en pleno puede liquidar a todos estos guerrilleros y a toda esta ola subversiva en poco tiempo. Lo que proponía Mayorga –al fin y al cabo– era sólo adelantar en unos meses el golpe de Chile. El ERP 22 le facilita el juego. ¿Que Hermes Quijada no era precisamente una buena persona? ¿Que, sin duda, había tenido responsabilidad en la masacre de Trelew? ¿Y eso qué significaba? El pueblo había votado. El justicialismo había ganado limpiamente el gobierno en las urnas. Se esperaba –entre dudas, con incertidumbres– la entrega del gobierno. ¡Y estos heroicos centuriones acribillan a un tipo porque fue el que “explicó” la masacre de Trelew! Pero el motivo era otro: que no se entregara el gobierno. Que no se instalara la “democracia burguesa”. El mismo, el exacto motivo del almirante Mayorga. Se logra algo más: Lanusse y la Junta de Comandantes en Jefe declaran “zonas de emergencia”. Nada menos que Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe, Tucumán y Mendoza. ¡Establecen consejos de guerra y juicios sumarios! A pocos días del triunfo peronista en las urnas. A pocos días de entregar el gobierno. Si analizamos lo que metodológicamente buscaba la guerrilla es lo que busca en sus peores momentos de enajenación política: que nada se estabilice institucionalmente, que las contradicciones de clase se tornen visibles, que las Fuerzas Armadas sigan reprimiendo para que el pueblo vea a su verdadero enemigo en acción, sin la careta democrática. De aquí en más, esta enajenación de las guerrillas (enajenación respecto de las masas, sus intereses y sus opciones, las cuales las guerrillas suelen desconocer por completo) se irá acentuando. “Vamos a obligarlos a sacarse la careta”. Cuando los militares se la sacan matan a todos: a los combatientes armados, a sus familiares, a sus amigos, a los sindicalistas y a cualquier perezil que ande por ahí. Pero eso sí: se ha demostrado que no son democráticos. Que usaban una careta. Lo que indigna de esa acción militiana del ERP 22 es que se trata de la negación absoluta de lo que la mayoría del pueblo esperaba en ese momento. Se esperaba la entrega del gobierno. Se habían ganado las elecciones. No importa lo que vino después. Todos sabemos lo que vino después. En ese momento nadie lo sabía. Se vivía en medio de una esperanza. Y esa esperanza era principalmen-



te de los sectores humildes. De los obreros, de los villeros, de las clases medias bajas. Con Cámpora en el Gobierno regresaría Perón. Ése era el sueño. No más balas y más muertos.

Lo de Trelew fue, sin duda, un asesinato en masa. “El 15 de agosto (escribe Jorge Luis Bernetti) se produce la evasión, de la cárcel de Rawson, de presos de las organizaciones Montoneros, FAR y ERP, con la toma del aeropuerto de Trelew, la captura de un avión y el exilio a Chile de 10 integrantes de aquellos grupos armados. Una semana después, el país se estremece cuando el 22 los fugados que se habían rendido a las autoridades en el aeropuerto de Rawson, son ametrallados en la base Naval Almirante Zar: 16 guerrilleros son muertos y tres gravemente heridos. Una gran cantidad de organizaciones populares y sindicales plantearon sus dudas o su franco rechazo por la explicación brindada por el Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas” (revista *Envido*, octubre de 1972, pag. 61. La nota está firmada como “Claudio Ramírez”, seudónimo que Bernetti usaba para escribir en nuestra revista y no perder el puesto en *Panorama*. Espero no equivocarme. Para nosotros era un honor que un periodista como Jorge nos escribiera las notas de *actualidad*).

“Los minutos de terror se avecinaban en la Base Almirante Zar de Trelew. Eran las 3.30 de la madrugada del 22 de agosto cuando se les impartió a los prisioneros una orden insólita: salir de sus celdas con la vista fija en el piso y detenerse ante la puerta de cada uno de sus calabozos en dos hileras. ‘El mentón contra el pecho! ¡La mirada en el suelo!’, gritó el capitán Sosa.

“Por sus cabezas pueden haber pasado muchas con-

jeturas, pero seguramente ninguna se acercaba a lo que ocurrió segundos después. De forma imprevista los uniformados comenzaron a disparar sus ametralladoras. La balacera duró 20 minutos. Los presos, indefensos, nada podían hacer frente a las balas militares. Los cuerpos caían de a uno. Algunos, aún con vida, se retorcieron de dolor en el suelo del penal; Sosa y compañía no dudaban en darles el tiro de gracia en la nuca. Entre los gritos de los heridos y moribundos, Jorge Alejandro Ulla alcanzó a gritar a los militares ‘hijos de puta’, antes de ser rematado. María Antonia Berger escribió en la pared de la celda con su propia sangre *lomje* (libres o muertos, jamás esclavos)” (Christian Petralito, Alberto Alderete, *Trelew*, Nuestra América, 2007, p. 65.). Los libros sobre Trelew que deben leerse son el que acabo de citar, el de Humberto Costantini, *Libro de Trelew*, y el de Tomás Eloy Martínez, *La pasión según Trelew*. Tomás presentó este libro en 1973, en plena campaña electoral de Perón-Perón. Una etapa de momentánea elasticidad. Me llamó la atención que un periodista tan exitoso se metiera en un lío tan comprometido. Además, no tenía trayectoria militante en la izquierda peronista ni en la marxista. Y en la foto que exhibía *La Opinión* se lo veía con una barba intempestiva. Más allá de esto o más acá, el libro es excelente, está tan bien escrito como sólo Tomás y algunos otros pueden escribir en este país y le costó lo que sin duda habría de costarle: persecución y exilio.

UN BUEN POLICÍA

Trelew se transformó en un símbolo de la venganza. Los faenadores del ‘76 no dejaron vivo a uno que se hubiera expresado elogiosamente sobre los mártires o

condenatoriamente sobre los asesinos. Mataron a los que hicieron obras de teatro. A los que simplemente, en un reportaje, mencionaron condenatoriamente el hecho. “¿Dijiste algo contra la matanza de Trelew? Rajate, hermano. Eso solo cuesta la vida”. ¿Por qué? ¿Por qué esa saña? Porque condenar Trelew era condenar la metodología que, ahí, ya se decidió para combatir a la guerrilla no bien se diera la oportunidad, que los militares veían cerca dada la edad de Perón y las líneas terriblemente antagónicas dentro del justicialismo. Trelew, entre los militantes y entre la guerrilla, no fue la feroz advertencia que debió haber sido. Era sólo un acto de barbarie de la Marina. Uno más. Expresaba, es cierto, “El carácter desafiante, la soberbia represiva de los altos mandos, la técnica de la ‘masacre disuasora’” (*Envido, Ibid.*, p. 4 de la sección *Situación*, casi siempre brillantemente escrita por Horacio González). Pero todo eso habría de ser controlado apenas el pueblo llegara al poder y el General Perón a la patria. Hubo bronca con lo de Trelew, pero no hubo miedo. O muy poco. Se enfrentaba a un enemigo cruel, brutal. Pero las fuerzas propias eran tantas que lo dominarían fácilmente. Por fin, Trelew fue conceptualizado como un acto de *desesperación* de la Marina reaccionaria. Para algunos exaltados: la declaración de la guerra civil. Yo estaba en Córdoba, en la oficina de un defensor de presos políticos. Ahí nos enteramos los dos. El tipo empezó a dar zancadas por el escritorio y aullaba: “¡Esto es la guerra civil!” Seguía: “Basta, basta”. Y de pronto larga la frase de Ghioldi: “Se acabó la leche de la clemencia”. Le di los números de *Envido* que le había llevado y partí de regreso a Buenos Aires. Todos concordaban en que ése no era el camino.

Los muertos de Trelew fueron velados en la sede del Partido Justicialista. Pero el sanguinario, el brutal comisario Alberto Villar arrasó la puerta ¡con una tanqueta! Cagó a palos a todo el mundo. Familiares, madres, ancianos, jóvenes. Se llevó los féretros y desapareció. Este señor —*el tipo que hizo esta bestialidad*— fue nombrado por Perón al frente de la Policía Federal en 1974. Cuando le objetaron la medida dijo: “¡Pero es un buen policía!”

Se hacen actos importantes. Uno, memorable, en el Sindicato de Prensa. Para honrar la memoria de Emilio Jáuregui. Cada uno estaba por una revista. Rodolfo Walsh por el periódico de la CGT de los Argentinos. José Ricardo Eliashev por *Nuevo Hombre*, que dirigía Silvio Frondizi, publicación muy ligada al ERP. Alguno más que olvidé. Y Horacio González por *Envido*. Eliashev dijo algo patético y trágicamente divertido: “A los de *Nuevo Hombre* ya nos amenazaron, nos pusieron varias bombas. No sé, sólo falta que nos maten!”. Por supuesto: sólo eso faltaba. Y eso pensaban hacer. Walsh estaba como hundido en su silla. Malhumorado, rojo como si tuviera 30 de presión. Dijo dos o tres cosas y al diablo. Horacio estuvo formidable y fue el único que evocó a Jáuregui y reflexionó sobre la decisión última del militante: poner en riesgo su vida. Apareció alguien de la revista *La Comuna* y anunció la adhesión “del intelectual David Viñas”. Hubo varias bromas. “¡Pobre Viñas, si se entra que lo definieron como un intelectual lo mata al salame éste.” ¿Intelectuales? No, todos debíamos ser militantes. Soldados de la causa nacional y popular. El tipo debió decir “del militante David Viñas”. No “del intelectual”. “Intelectual” no daba riesgo, no daba compromiso, no daba militancia. Daba Torre de Marfil. Lejanía, demasiados libros y poca praxis. Así eran los tiempos. Ahora, que estamos a punto de ver el encandilamiento con la guerrilla y con las armas lo entenderemos mejor.

Los que ya dábamos charlas o éramos profesores aliados de la JUP no nos privábamos de la petulancia de los años jóvenes. Cierta vez llego a un sindicato —no recuerdo cuál— y saludo a los compañeros, todos más jóvenes que yo, y me dispongo a empezar la charla. Alguien me dice: “En la otra sala está Hernández Arregui”. Me doy vuelta y leo una placa de bronce que identifica la sala: *Sala para jubilados*. Me río y digo:

“Está bien, déjenlo ahí”. ¡Insoportable! Pero era así. La juventud, en sí, era un valor. Se hablaba de los fundadores de la corriente nacional y se nombraba a los de siempre. A Hernández Arregui, Puiggrós, Jauretche, Scalabrini, etc. Pero uno ya los había dejado atrás. Siempre respeté a Cooke. A Milcíades. Y siempre recomendé *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* del Colorado Ramos. Pero poca bola a los demás. Sin embargo... ¡Ah, sin embargo! Había otros, que no la jugaban de teóricos, y nos barrían alevosamente. No había nada que pudiera igualarlos. Ni la mejor de las charlas sobre metodología revolucionaria. O sobre la cuestión nacional y social. O sobre el Estado y la lucha de clases. O sobre las contradicciones internas del concepto de “Pueblo”. Esta vez sí recuerdo dónde era: la Facultad de Arquitectura. Llego y tengo que subir a un escenario. Me presenta un pibe que termina con el consabido: “Si Evita viviera sería Montonera, compañeros”. Y todos aplaudían. Era la perfecta forma de redondear cualquier discurso cuando a alguien se le acababa el rollo. Decía eso y listo, cerraba y lo aplaudían. El otro era: “Porque luchamos por el regreso del general Perón y el triunfo de la Patria Justa, Libre y Soberana, ¡la Patria Socialista, compañeros!” Aplausos y se acabó, el fiato zafaba. No me pasó eso aquella noche en Arquitectura. Primero, porque yo no decía esas consignas. Eran más para los pibes. Y segundo, porque había algo contra lo cual ninguno de nosotros, los tipos de superficie, podía competir: la lucha armada. Doy mi charla. Hasta tenía puesto mi sacón de cuero marrón, que me hacía sentir bravo, comprometido. Hablo y hablo y nada. Termino. Algunos aplausos. Nada mal. Pero nada del otro mundo. Ahí nomás. Le pregunto a uno de los que me invitó: “Che, qué tibios estuvieron. ¿Me mandé alguna cagada?” “No, pero, qué querés, flaco. El jueves pasado estuvo Paco Urondo. Y durante una hora y media les explicó a los

pibes cómo se carga un rifle. Una metralleta. Cómo cargás una pistola. Cómo se limpia. Dónde te la guardas cuando salís a la calle. Comprendelos a los compañeros. No es que no les interese lo que les dijiste, pero ¡no vas a comparar!” No hace mucho, en Canal 7, le dedican un programa. La gacetilla decía: “Paco Urondo, el hombre que encontró para el poema el arma de la palabra justa”. (Cito de memoria, pero era casi así.) Contra esa fascinación nada se podía. Al año siguiente, lo vuelvo a ver a Paco. Fue en la concentración en Avenida Maipú para “romper el cerco del Brujo López Rega”. Tenía puesto un sobretodo y parecía como si hubiera engordado 15 kilos. Sonreía con su irresistible sonrisa, andaba con ese bigotazo amarronado que era como un uniforme y estaba paradito, quieto. No parecía con ánimos de caminar mucho, o de poder hacerlo. Los pibes, con admiración, decían: “Míralo, míralo, ¡sabés la de fierros que debe tener abajo de ese sobretodo!”. Tal vez siga siendo algo inexplicable la facilidad con que las Orgas (sobre todo Montoneros) se adueñaron de la Jotapé, pero no tanto. Este enamoramiento con la lucha armada. Esta admiración por sus combatientes. Considerarlas “el lugar más riesgoso de la lucha” y, por tanto, el más privilegiado, ése en que la vida más se arriesgaba, tuvo mucho que ver. También concebir la militancia como esa forma de vida que exige los extremos, dar la vida. Si morir es la forma extrema, perfecta, inapelable del ser del militante, los que más arriesgan la vida son quienes merecen ser la vanguardia.

De aquí que las otras expresiones del Movimiento fueran despreciadas. Su estamento político. Y su estamento sindical. La CGT era la traición. Sus dirigentes, lejos de arriesgar la vida, robaban, engañaban a los obreros, negociaban con los patrones, eran parte del capitalismo corrupto y entreguista. Y el pueblo era esa entidad amada, en nombre de la que todo se hacía. Y



que era —y esto es muy importante— valor de verdad. La concepción del pueblo como valor de verdad —una característica típica de los movimientos populistas— era constitutiva del espíritu y la teoría de la izquierda peronista. El populismo había nacido en Rusia y el ruso Herzen, *padre del populismo*, fue su creador. La palabra, en ruso, se lee: *narodnichestvo* y proviene de *narod*. O sea, *pueblo*. Entre los jóvenes de los '70 no se da con las características de misticismo y religiosidad profundos con que se da en Rusia. Ni con los aditamentos raciales, de sangre y de tierra con que se da en Alemania. De aquí que compararlos mecánicamente carezca de sentido y hasta de honestidad. La entidad “populista” que privó en la Argentina de fines de los sesenta y comienzos de los setenta fue algo a lo que se llamó: *pueblo peronista*. Este pueblo se caracterizaba por su despojamiento. Se le había quitado lo esencial. Su participación en la riqueza de la patria. Su amada virgen, su santa, su compañera, su guía, su adorada Eva Perón. Y su líder. Su palabra se expresaba en el modo de la pasividad. Era un todo. Era el “pueblo peronista” y su palabra tenía valor de verdad. Todo lo que debía hacerse se debía hacer en su nombre. Todos lo representaban. “Lo mejor que tenemos es el pueblo”. “Defendemos un solo interés: el del pueblo”. Con claridad, con dureza, la juventud siempre aclaró que “el pueblo” no eran “todos”. Que había, interna a la “cuestión nacional”, una “cuestión social” y que una no se resolvía sin la otra. O sea (y que quede claro para los que nunca lo entienden), la cuestión nacional no estaba destinada a oscurecer la cuestión social. Este populismo revolucionario tenía muy claro que el imperialismo sólo podía dominar al país por su complicidad con su aliado interno: la oligarquía y todos los sectores aliados a ella. La Iglesia preconciliar y el Ejército. La liberación nacional y social de la patria era una y la misma: no existía una sin la otra. Esto lo sostenía la Jotapé. No lo sostenían los sindicatos. Ahí se hablaba de la “liberación nacional”. Tampoco Perón hablaba de “*la liberación nacional y social de la patria*”. Nunca. Perón siempre habló de la “liberación de los dos imperialismos dominantes”. Lo cual era una falacia. Porque la Argentina no dependía del “imperialismo soviético”. Dependía del norteamericano. Motivo por el cual a veces Perón sólo decía “el imperialismo norteamericano”. Pero su fórmula conceptual era “los dos imperialismos”. De ella salía la vieja idea de la Tercera Posición de la que, muy oportunamente, Perón extraía la del Tercer Mundo que, de ese modo, terminaba por haber sido inventada por él.

Lo más que consiguen sacarle Solanas y Getino al Conductor es la idea del socialismo nacional, que Perón había embarrado seriamente al decir que él, en su viaje por Europa a fines de los '40, había encontrado en Italia y Alemania. Encontré, dijo, “formas de socialismo nacional”. Los jóvenes se querían morir. Los que buscábamos el *aggiornamento* del peronismo nos queríamos morir. Además, cuando Perón hablaba del socialismo nacional, hablaba siempre de la justicia social. Creo que le gustaba jugar al pícaro. Acaso cuando se iban los jóvenes cineastas les dijera a Isabelita o a López: “Estos me quieren hacer decir frases marxistas. Me quieren hacer hablar como Castro. Van a tener que esperar sentados”. Si Pino Solanas (con loable empe-

ño patriótico y, en rigor, poniendo lo mejor de sí) le preguntaba por el socialismo nacional, Perón, casi siempre luego de ese “¡Natural!” que ahora interpretaremos, decía: “Nuestro Movimiento, en ese sentido, es mucho más simple, es indudablemente de base socialista. ¿Por qué? Porque pivotea sobre la justicia social, que es la base de toda nuestra promoción revolucionaria”. ¡General, eso casi es lo que decía Esteban Echeverría en el *Dogma Socialista*, de 1838! “Mucho tiempo hace que andamos como todos en busca de una luz de criterio socialista (...) Un pueblo que esclaviza su inteligencia a la inteligencia de otro pueblo es estúpido y sacrilego (...) *Todo privilegio es un atentado a la igualdad*” (Esteban Echeverría, *Dogma Socialista y otras páginas políticas*, Estrada, Buenos Aires, pp. 100/116/119. Las cursivas son de Echeverría). General, lo que Solanas le pregunta es si el socialismo nacional es, por lo menos, *elementalmente* socialista. Es decir, si va a hacer una reforma en el régimen de propiedad de la tierra. Si va a intervenir decididamente en el régimen bancario. Si va a avanzar en la expropiación de las riquezas abusivas. Sabemos de memoria que el peronismo pivotea sobre la justicia social. Pero una cosa es la justicia social entendida como una redistribución más piadosa del ingreso en beneficio de los pobres. Y otra es la justicia social de la que habla Echeverría: “Todo privilegio es un atentado a la igualdad”. ¡Y eso que Echeverría pertenece por completo a lo que usted llama “tradicción anglosajona” de nuestra historia! Y él, ese liberal amigo de Lavalle y los franceses, larga frases más duras que las suyas. “No hay caso”, me decía Miguel. “No larga nada el Viejo.” El Viejo daba más manija en las cartas y en las cintas grabadas. Y a las formaciones especiales nunca les dijo: “Cautela”. No, el mensaje fue claro: “Sigán dando, muchachos”. Pero, en el plano teórico, Perón nunca fue más allá de sí mismo. De *Conducción política*. Un par de frases altisonantes, sólo eso.

LOS TEÓRICOS DE LAS CÁTEDRAS NACIONALES

Los teóricos de las Cátedras Nacionales tuvieron más influencia en el ámbito de la militancia. La misión era tironear para la izquierda las frases del Viejo. Pero mucho más también. Y aquí me voy a permitir expresar una sorpresa que hace años me domina. Que los socialdemócratas anti-peronistas del Club Socialista hayan ignorado por completo a las Cátedras Nacionales y a las revistas *Envío* y *Antropología del Tercer Mundo* se puede llegar a entender. Hicieron cosas peores. Pero que los nuevos periodistas que se lanzan a investigar los '70 no hayan encontrado todavía esas dos revistas que bajaron línea durante años decisivos es inexplicable. Larraquy trabaja muy bien en su *López Rega*, que se ve documentado. Y Lucas Lanusse (que se jacta de haber leído *todo* sobre los '70) traza un buen retrato de la Iglesia militante en *Cristo revolucionario*. Pero lo incluye a Domingo Bresci e ignora que una de las principales tareas militantes que hizo Domingo la hizo con nosotros, los pendejos “inteligentes” de *Envío*. Domingo era nuestro Sacerdote del Tercer Mundo. No voy a hablar de él ahora porque

le tengo reservado un lugar de importancia en esta historia, a él y a sus compañeros. Bueno, el que no pasó por encima *nada de eso* fue Richard Gillespie, a quien Lanusse da por “superado”. (Ojo: Lucas Lanusse es un tipo de primera. Nada serio con él.) Gillespie se leyó toda la colección de *Envío*, de *Antropología del Tercer Mundo* y hasta cita mi primer libro, de 1974, *El peronismo y la primacía de la política*. Que, por supuesto, es un libro peronista. Más exactamente: un libro Jotapé. Y fue escrito al calor de los hechos. Se edita en 1974 (lo edita Miguel) pero sus materiales van del '71 al '73. Lo escribí entre mis 27 y mis 29 años. Más escrito “al calor de los hechos” imposible. Gillespie lo toma en cuenta para mostrar cómo tratábamos de manipular las frases licuadas que mandaba el Viejo. (¡Que hasta cita a Confucio! ¡Citarle a Confucio a la juventud peronista!) Cito a Gillespie: “Ante la vaguedad de sus ideas sobre el significado del ‘socialismo nacional’, algunos, de acuerdo con José Pablo Feinmann, creían que tal tendencia y el justicialismo eran ‘conceptos equivalentes’; que no se trataba de una Cuarta Bandera del Justicialismo, sino de la ‘síntesis más profunda del proyecto político de poder popular que animó al peronismo desde sus orígenes” (Gillespie, *Ibid.*, p. 100). Se trataba de demostrar que socialismo nacional implicaba poder popular. En suma, injerencia creciente del pueblo en los mecanismos del Estado. Gillespie, con razón, dice: “Todos ellos, sin embargo, crearon un Perón a su propia imagen y semejanza” (*Ibid.*, p. 100). Por supuesto. También cita (sólo Gillespie los cita y fue un libro fundamental, ¿qué les pasa a los ensayistas argentinos?) el libro *Peronismo: antecedentes y gobierno* de Juan Pablo Franco y Fernando Alvarez, editado por *Cuadernos de Antropología del Tercer Mundo*. Y de Juan Pablo Franco: *Notas para una historia del peronismo*, un suplemento que publicó *Envío* en junio de 1971. El libro de Franco y Alvarez (*Peronismo: antecedentes y gobierno*) fue fundamental para los militantes. Era el respondedor del peronismo. Todos los puntos que los gorilas señalaban Franco y Alvarez los respondían. De ahí sacaban las respuestas los militantes y ganaban las discusiones. En esa época demostrar que Perón había desarrollado o no la industria pesada era una cuestión de vida o muerte. ¿Por qué no hizo la Reforma Agraria? Fue gatopardista, fue nacionalista burgués, fue bonapartista, fue... Alvarez y Franco respondían todo. Era una tarea abrumadora inventarlo al peronismo. Pero la Jotapé tenía que poder ponerse esa máscara. Cuando (hacia 1967) emergí de las páginas de *El Capital* o de *Lire Le Capital* (de Althusser, no traducido aún) pregunté: “¿Dónde está nuestro proletariado británico?” Me dijeron: “No tenemos proletariado británico aquí”. “¿Qué tenemos?” “Lo tenemos a Perón y a sus negros, que lo aman.” “Bueno, ¡seamos peronistas!” *La izquierda peronista fue todo lo peronista que pudo ser. Y Perón fue todo lo socialista que le pareció necesario*. Pero no eran uno para el otro. En algún momento eso habría de estallar. Alguien se sacaría la máscara. Perón, en su discurso del 21 de junio de 1974, al día siguiente de Ezeiza, se la arrancó de un tirón. “¡Este soy yo, imberbes! Soy lo que las 20 verdades peronistas dicen.” Al día siguiente, aún aturdida, la juventud se preguntaba: “¿Qué mierda son las 20 verdades peronistas?”. Entre otras cosas, eran el paraguas de Rucci. El sindicalismo (la columna vertebral) custodiando al líder del Movimiento.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

El Día de la Militancia

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

62 El Día de la Militancia



ACTUALIZACIÓN, TRASVASAMIENTO, SOCIALISMO NACIONAL

Si bien es cierto que Perón acomoda a su visión ancestral del peronismo los conceptos nuevos que le tiran Solanas y Getino —o que elaboran en colaboración con él—, no lo es menos que toman vida propia en la palabra y la escritura de los militantes. Quiero decir: si Perón dice del socialismo nacional poco o nada que pueda unirlo con algún rigor al socialismo (menos aún al socialismo que la Revolución Cubana, como *acontecimiento* fundante, echa a rodar por América latina), la militancia revolucionaria sabe que el concepto es para ella. *Socialismo nacional* es claramente un socialismo que debe crearse a partir de la lucha de quienes están contra el imperialismo y sus aliados internos. No es el socialismo soviético. Al ser latinoamericano, está cerca del socialismo de Cuba. Al ser tercermundista forma parte de los movimientos de liberación del Tercer Mundo. Walsh (en *Quién mató a Rosendo*) lo pone en boca de uno de sus personajes: el peronismo es “un movimiento de liberación”. Además, la juventud traducía las cosas que largaba el Viejo al lenguaje que requería su militancia. Socialismo nacional podía transformarse sencillamente en “socialismo” sin que nadie se opusiera. De hecho lo expresa la célebre consigna: “Perón, Evita, la patria socialista”. Luego, el desengaño la transformará en “Perón evita la patria socialista”. Aunque, para expresar desengaños, la mejor habrá de ser una que ya se pinta hacia fines del '73: *Volvé Lanusse, te perdonamos*. Era tan divertida como dolorosa. (Nota: Porque hay algo que acaso sea el momento de decir: hay gente que se divierte con esta tragedia. Gente para la cual se trató de una comedia entre una generación de jóvenes pelotudos y un viejo hijo de puta, del que esos jóvenes, de puro pelotudos, nunca averiguaron cómo había sido en el pasado. Cierta vez, en la redacción de *Clarín*, me crucé con el notable dibujante Hermenegildo Sábat y le di un ejemplar de mi libro *López Rega, la cara oscura de Perón*. Sería el año '87, fecha en que ese libro se publicó. El libro aborda una serie de cuestiones decididamente trágicas. Ezeiza, la Triple A, López Rega, la muerte de Perón, en fin: todo el descalabro del peronismo a partir del 20 de junio de 1973. Poco después me cruzo de nuevo con Sábat y le pregunto qué le pareció el libro. “Ah, sí —dice—, me divertí muchísimo.” “¿Te divertiste?” Me hablaba y sonreía, como alguien que recuerda un buen chiste. “Sí, me reí muchísimo.” Me despedí de él y me fui algo turbado, confundido. Caramba, me decía, ese libro cuenta una tragedia. Después me dijeron que Sábat era muy antiperonista. Pero, ¿tanto? También me dijeron que no se lo puede ni debe criticar. Diga lo que diga. Porque es muy talentoso. Caramba, Heidegger fue un genio y muchos perseveran en decir que fue nazi. Pero está bien, acepto. Me alegra haberle hecho pasar un momento divertido al maestro. Me sucedió (no exactamente igual) otras veces. Con un director de cine. Era radical y odiaba al peronismo por algo que el peronismo le había hecho a su viejo. Había sido, en efecto, una injusticia, una afrenta. De todos modos, uno no puede tomar una posición política propia por algo que le pasó a su viejo. Tal vez debiera tener en cuenta (o poner en la balanza para darle un fundamento más serio a su decisión) qué le pasó al resto del país. La cuestión es que —cierta vez— estoy con este cineasta cenando en Chiquilín y hablando del guión sobre un film que íbamos a hacer y no se hizo. De pronto sale el tema de la represión y los desaparecidos. De pronto el tipo dice: “Pobres pibes éstos, ¿no? Morir por boludos. Por Perón. Por no haberse calentado en averiguar que ese hijo de puta era un nazi”. Estas cosas son habituales. Y son dolorosas. En la Argentina se muere sin gloria. Son muchos los que piensan que los jóvenes peronistas del '70 fueron unos pelotudos que no sabían nada de Perón. Como saben ellos, los que dicen eso. Porque ellos sí saben qué fue Perón. Lo supieron siempre. Fue un facho. En general son radicales los que piensan así. La derecha-derecha no

piensa que fueron unos boludos. Al menos, los toman más en serio: fueron el “foco marxista” que denunció en mayo de 1973 el general Sánchez de Bustamante. Hay cosas de las que los radicales no se curarán nunca. Como los peronistas, desde luego. Pero los radicales se creen algo así como los dueños de la democracia y las instituciones y grandes enemigos del fascismo. Que, en la Argentina, es el peronismo. Y esos boludos de los '70 quieren hacer de ese viejo facho un socialista. Qué boludos, ¿no? “Me divertí mucho.” Claro: ¿algo puede ser más divertido que la historia de un viejo fascista y de unos jóvenes idiotas que lo siguen como si fuera Lenin? Sólo esto: ¿por qué los mataron entonces? ¿Tan peligrosos son los boludos? ¿Por qué esa masacre? ¿Para qué matar 30.000 boludos en lugar de 30.000 radicales piolas enemigos del fascismo? Pero es así: en la Argentina se muere sin gloria. El líder que esos jóvenes levantaban —al margen de lo que antes hubiera sido— era un anciano rodeado de un círculo siniestro. La Conducción “revolucionaria” a la que muchos adherían era lamentable, demencial, los mandó a morir bajo estrategias y tácticas terriblemente equivocadas, sólo posibles por un iluminismo inhumano, por un desdén inmenso por la vida de sus militantes. Cuando uno mira la foto en que Salvador Allende se prepara a vender cara su vida, a defender su causa hasta el fin, en La Moneda, al frente de los pocos que ya quedan a su lado, el respeto lo invade, la envidia también. ¡Qué digno ha de haber sido luchar y hasta morir con un hombre como ése! Los pibes de Malvinas, lo mismo. Fueron a una guerra que no entendían. Los maltrataron, los estaquearon sus propios jefes. Los ingleses los cazaron como a liebres. Al volver, *no los esperaba nadie*. Hoy, ya son tantos los que se han suicidado desde entonces como los que murieron en las islas. Se muere sin gloria en la Argentina. Para colmo, después vienen los lúcidos, los que se las saben todas, y a los que murieron les dicen boludos, ingenuos, o se callan, o se ríen.) Seguimos: si el socialismo nacional se leía como la lucha por la toma del poder era claro que la consigna había sido radicalizada. *En ningún momento de “Actualización política y doctrinaria para la toma del poder” Perón habla de quitarle el poder a la burguesía*. De establecer un gobierno basado en la clase obrera. De llevar a los obreros a la toma del poder. El socialismo se inventó para eso. Para que la clase obrera dejara de ser la clase explotada por el capitalista y se adueñara del poder. Para eso era necesaria una dictadura y un férreo control del Estado y el Partido, que expresaban los intereses de los obreros revolucionarios. Se podía hacer ahora o paulatinamente pero —por más nacional que sea— el socialismo no puede prescindir de un decisivo traslado del poder desde las clases dominantes hacia las dominadas. Pero no por eso dejaba de recibirse con beneplácito un concepto como el de “socialismo nacional”. Al cabo, el Viejo tiene que decir “eso” para no asustar tanto. Una vez con la manija en la mano la historia va a ser otra. El *trasvasamiento generacional* se complementaba con el socialismo. Como muchas veces dijo Perón “no era tirar todos los días un viejo por la ventana”, pero una aceptación de un evolucionismo biológico necesario. Los jóvenes debían reemplazar a los viejos. Con lo cual Perón les decía a los militantes que —poco a poco o no tanto— el Movimiento quedaría en sus manos. Son los jóvenes los que tienen que realizar el socialismo, a secas o nacional. Todo era parte de un juego de “dar manija”. Era el momento del “ala dura”. Había que golpear a los milicos. Y Perón sabía que eso no lo iban a hacer los sindicatos. Ni los políticos. Los sindicatos tenían que cuidar lo suyo y no podían arriesgarse en una lucha incierta. Desde Onganía que venían negociando con esta llamada “Revolución Argentina” y lo *seguirían haciendo siempre que fuera necesario*. Para jugar a la rebeldía estaba la CGT de Ongaro, que todo el tiempo hablaba de los “traidores”. Los sindicatos eran factores de poder. Tenían que asegurarles muchas cosas a los obreros y no era cuestión de perderlas si a Perón se le ocurría no volver porque sí nomás o porque estiró la pata, cosa que todos siempre tenían muy en cuenta. Del

trasvasamiento generacional se pasaba a la *actualización doctrinaria*. Era otra bandera que el Viejo les daba a los jóvenes. Claro que sí, ¡hay que actualizar la doctrina! Los nuevos tiempos lo exigen. El mundo ha cambiado. Todos sabemos que marcha hacia el socialismo. ¿Cómo nos vamos a quedar en las 20 verdades? Eso era para la década del '40. Estuvo perfecto pero quedó atrás. Ahora, actualizar la doctrina. Que era un trámite muy sencillo. Era pasar del peronismo distributivo y nacional y popular de los '40 y los '50 al peronismo de hoy, el peronismo tercermundista, el peronismo que requiere la América latina de la Revolución Cubana. Todo estaba claro. Todo armonizaba. Todo era para la “juventud maravillosa”. *Trasvasamiento generacional*: los jóvenes son la vanguardia. *Actualización doctrinaria*: al ser los jóvenes —precisamente— la vanguardia del Movimiento hay que actualizar la doctrina, *aggiornarla*. Una doctrina joven para una generación joven. *Socialismo nacional*: es el resultado del encadenamiento conceptual. Si los jóvenes (*trasvasamiento*) actualizan la doctrina (*actualización doctrinaria*) inevitablemente lo harán llevando la doctrina peronista al socialismo (*socialismo nacional*).

“SI LA JUVENTUD NO SALVA ESTO, NO LO SALVA NADIE”

A un par de meses de las elecciones del 11 de marzo del '73, Perón dará un reportaje incendiario a *Mayoría*, periódico que había sido casi fundado para la campaña electoral y que dirigía Marcelo Sánchez Sorondo. El momento es así: las elecciones no están aseguradas, Perón quiere golpear al gobierno de Lanusse, irritarlo. Adelanta, entonces, sus piezas duras. Nunca, como en este reportaje, le dio toda la manija a la juventud. “O ellos llaman a elecciones o provocan una guerra civil”, decía Perón. Y aclaraba que una guerra civil “es lo peor que puede pasar, pero también suele ser el único y último remedio”. No se puede amenazar con una guerra civil y no adelantar las tropas más temidas por el enemigo. Perón, además, sabe que se está por largar la campaña electoral y sabe también que quienes realmente lo harán serán los jóvenes. De modo que todo el peso de la tarea lo pone ahí: “O la juventud toma esto en sus manos y lo arregla, aunque sea a patadas, pero lo arregla, o no se lo va a arreglar nadie”. No dice: “No lo arregla nadie”. Dice: “No se lo va a arreglar nadie”. Que significa: “Esto hay que arreglarlo para ustedes. Y son ustedes quienes lo tienen que arreglar”. Luego es todavía más claro: “*Los viejos no van a arreglar esto; los viejos no están en la evolución. Es un mundo que cambia, y los muchachos tienen razón. Y si tienen razón hay que dársela y hay que darles el gobierno (...)* Si la juventud no salva esto, no lo salva nadie” (*Mayoría*, 11 de enero de 1973, las cursivas nos pertenecen). Cinco meses después, en junio de ese año, la juventud pasará a ser la “juventud cuestionada” y los peronistas tienen que volver a la conducción del movimiento y “somos lo que las veinte verdades peronistas dicen”. “Usted es uno de los tantos otarios que andan por ahí, mi amigo”, diría el general. Es un giro muy lindo que usa en *Conducción política*: “La otra vez vino a verme un otario. Uno de los tantos otarios que andan por ahí”. Creemos que nos diría eso. Y también: “¿Qué pretende? Yo digo lo que hay que decir en el momento que hay que decirlo. Cuando le tiré a Lanusse con ‘los muchachos’ por la cabeza necesitaba presionarlo. Y a fondo. Usted sabe que en enero de 1973 decir ‘los muchachos’ era más que decir sencillamente ‘la juventud’. ‘Los muchachos’ se les decía a los de las *formaciones especiales*. Había que golpear y lo hice. Conseguí resultados inmediatos. ¡Otra vez los imbéciles me prohibieron! El Comité Federal de Radiodifusión prohibió que se propagara mi palabra por cualquier medio: radio, televisión, gráfico. En la otra situación que usted menciona ¡el país había cambiado por completo! Eramos gobierno y teníamos que ordenar la patria. Un país no se ordena con los duros. Hay que negociar, hay que hablar, hay que unir. ‘Los muchachos’ no servían para eso. Si el ataque frontal terminó usted retrocede esa pieza. Y avanza otras. ‘Los muchachos’ no supieron entenderlo. Y eso que yo lo dije claro: ni apresurados ni retardatarios. Todo en su medida y armoniosamente”. El

reportaje de *Mayoría* sacudió al país. Lanusse aprovechó para —según creía— asustar a la gente: “Van a gobernar Perón y la Juventud Peronista”. O sea, un viejo y la subversión. Pero no asustó a nadie. El país estaba con el peronismo y la clase media amaba a la juventud. Todos los jóvenes se metían en la Jotapé. Los otros partidos perdían afiliados a patadas. La historia iba por otro lado. Ser joven era ser Jotapé. Un tipo que conozco —que deambula entre la política, los medios, los libros, sin cerrar nunca en nada pero siempre entretenido—, sin preocuparse por su homofobia, suele decir: “Hoy, si un hijo te sale rebelde se te hace puto. En los ’70 se te hacía montonero”. Cierta o no, la juventud peronista era un imán. Parecía incontenible. Su propio entusiasmo la hacía ser vista así. ¿Dónde está el fervor, el fuego, el compromiso, lo nuevo, el riesgo? Estaba en la Jotapé. En el ’73 yo vivía en un lindo departamento de la calle Virrey Loreto. Cierta noche, en una reunión del Consejo de Redacción de *Envío*, oímos unos cánticos atronadores. Salimos al balcón. Sería enero o febrero del ’73. La campaña electoral. La noche era cálida, con brisa, con luna, con todo. No sabíamos de dónde, pero de algún lado nos llegaba un coro enorme de voces de muchachos y de chicas que cantaban las estrofas Jotapé de la marcha peronista: “Ayer fue la Resistencia/ Hoy Montoneros y FAR/ Y mañana el pueblo entero/ en la lucha popular”. ¿Quién iba a detener eso? ¿Quién podía negarse al deseo de ser parte de esa fiesta? “Si Perón y Evita, en los cincuenta, hubieran tenido este respaldo masivo de la juventud no los paraba nadie”, me comentó acaso esa misma noche una socióloga brillante, una mujer de una inteligencia privilegiada. Puedo jurar, sin duda alguna, que era diez veces más inteligente que el cineasta que me dijo: “Murieron por boludos”. O por no saber que el Viejo había sido y era nazi. Ella sabía de sobra quién había sido el Viejo. Pero lo que estaba pasando iba más allá de eso. No importaba qué era o no era el Viejo. El fervor revolucionario de toda una generación de jóvenes, un fervor que encontraba su cohesión en torno del peronismo, que el peronismo y el líder prohibido, y las masas postergadas, y la torpeza de la Argentina gorila, conservadora, reaccionaria y macartista, habían nucleado, habían dado forma de rebeldía, habían transformado en descontento revolucionario, en ambición de una sociedad más justa, esto era lo que importaba. Cuando se les reprocha a los jóvenes del ’70 no haber averiguado si Perón era o no nazi

(un reproche que hasta una mujer inteligente como Alicia Dujovne Ortiz hace en su libro sobre Eva Perón) es porque se desconoce la interioridad del fenómeno. La juventud se sentía protagonista. Sentía que era parte de la historia y hasta que la estaba haciendo. Se burlaba de la bronca de sus viejos. De sus consejos llenos de sabiduría gorilona sobre “lo que de verdad fue el peronismo y vos no sabés porque sos muy joven”. Ni les importaba saberlo. O tenían mejores lugares donde averiguarlo. La plenitud estaba ahí. Era irresistible. Había que ser parte de ella. De aquí que mi amiga socióloga estuviera metida en eso. No por boluda, sino por buscar los caminos de la vitalidad histórica. Sí, todo se fue a la mierda. Pero, ¿hay algo que no se haya ido a la mierda en este país? ¿Hay algo que no se haya ido a la mierda en el mundo? Sí, mi amiga está muerta. Nunca estuvo en la guerrilla, pero dio clases en la Universidad del Sur, en Bahía Blanca, y los matarifes del general Vilas la mataron. Habrá sido porque le descubrieron uno o dos libros de Marx en la bibliografía de la materia que dictaba. Sí, el cineasta que dice que todos fueron “unos boludos” está vivo. ¿Saben algo? Es un viejo boludo. No hizo una buena en su vida. Hará una o dos películas malas todavía. En medio del resentimiento y la amargura porque —para colmo— lo agarró esta ola de directores-autores-jóvenes-geniales. Que se joda. Y después de esas dos películas se va a morir. Como vivió: como un boludo. Pero zafó de todas. No se metió en ninguna. Tal vez, un poco, en la más obvia: el alfonsinismo del ’84. Pasó por la vida sin dejar la más mínima huella. Tampoco la vida trazó en él una marca. Pero era un piola bárbaro. Se las sabía todas. No como esos boludos que se hicieron matar por nada. Como mi amiga socióloga: ¡morir por meter dos libros de Marx en la bibliografía! A quién se le ocurre. Y algo más: la matanza fue tan descontrolada, la sed de venganza tan impiadosa, tan enorme la necesidad del “castigo ejemplar”, tan deliberado el plan de introyectar el terror en la sociedad para dominarla durante décadas, tan asesinas las bandas que ejercieron la represión, que miles, miles de jóvenes y obreros y profesionales e intelectuales murieron por nada. Porque no habían hecho nada. Nada como para morir. Nada para morir, además, como murieron. Porque no debieron haber muerto. Murieron víctimas de un delirio represivo, de una matanza paranoica, de una locura de muerte y de crueldad que se desató desde el poder. Entre los aterrados que permanecían en el país, o porque aún no se

habían exiliado, o porque no podían hacerlo o porque no querían, solían hacerse cautelosas reuniones para evaluar la seguridad. Nunca se llegaba a ninguna conclusión. Sólo a una: se mataba a mansalva. La frase que se decía era: “A cualquiera por cualquier cosa”. Nadie esperaba algo así. Ninguna juventud pagó más caras sus rebeldías. Si aceptamos eso que se dice, que siempre se paga un precio por los pecados de juventud, el precio que pagaron los jóvenes del ’70 fue —cuanto menos— demasiado alto. Seguramente pecaron demasiado, se excedieron en sus pecados. Pecaron, antes que como jóvenes, como sujetos, como protagonistas de un cambio histórico, revolucionario. Y eso, los padres terribles de este país de orden lo castigaron hasta más allá del horror.

“SÁNCHEZ, SALLUSTRO, AL PUEBLO LE DA GUSTO”

Con el empuje de las palabras fuertes del Viejo en *Mayoría*, Galimberti se anima a una declaración que, sin duda, estaba destinada a herir a los otros sectores del Movimiento: “La Juventud Peronista está dando en este momento una política para el conjunto del Movimiento”. Fue el momento de mayor romance entre el Viejo y la juventud: la campaña electoral de febrero de 1973. Fue un febrero inolvidable: todos eran jóvenes y el futuro esperaba por ellos, los requería. Había que ganar las elecciones, ocupar el gobierno y empezar la revolución. José María Rosa —que tenía asegurado el Ministerio de Educación y que, desde luego, no lo tuvo— decía exultante: “Apenas asuma mandamos un barco a Southampton y lo traemos al Restaurador”. Cada uno imaginaba su mejor futuro. Cada uno imaginaba lo que no habría de tener. Lo “mejor” —en la Argentina de comienzos del ’73— no pertenecía al futuro. Estaba en el presente. Y no volvería a estar en ninguna otra parte.

El año ’72 se define por la pulseada entre Perón y Lanusse. Cierta es que poner dos nombres fuertes para encerrar una época tan sobredeterminada la empobrece. Estaban llenos de sujetos actuantes esos meses. Había un exceso de historicidad. Todos sentían *el peso de la coyuntura*. ¿Cómo podría definirse esto? No hay quien no conozca esa sensación. Sobre todo en un país tan agitado como la Argentina. Es levantarse cada mañana y sentir que ese día no va a terminar sin que pase algo inesperado. Un hecho o muchos. Sentir que todas las fraguas desbordan fuego. Sentir, también, que todo lo desborda a uno. Que miles de cosas



—que pueden afectarlo seriamente— están fuera de su alcance o de su conocimiento. Y del de todos. Que hay demasiados sujetos. Demasiadas praxis diferenciadas. El 10 de abril de ese 1972 volvía al hotel, en Córdoba, cansado, con mi attaché (que me había sacado un callo en la palma de la mano y provocaba las cargadas de mi hermano y socio: “¡Al fin sos un trabajador!”) y miro, como siempre, los diarios y las revistas de los kioscos. Leo: “Fueron asesinados el general Sánchez y el empresario Sallustro”. No me alegraban para nada esas noticias. O pensaba: “Los milicos no negocian más y salen a meter bala por todo el país”. O que se venía una guerra civil y que todas nuestras discusiones sobre la movilización y la organización popular, sobre la política de masas, sobre el *entrismo* en el movimiento peronista para trabajar desde adentro, desde las convicciones reales de la clase obrera, se iban al diablo. Habían sido por completo inútiles.

La tapa de *Gente* era catastrófica. Los títulos gigantescos del diario *Córdoba* aterraban. Nadie decía nada. Los de los kioscos voceaban las noticias. En un mismo día. Por qué. Oberdan Guillermo Sallustro fue secuestrado por el ERP el 21 de marzo. Era el gerente general de Fiat Concord. “El capo de la Fiat.” Casi nada. Lo tenían en cautiverio y negociaban. Ese 10 de abril la policía encuentra el lugar en que lo guardan. Hay un tiroteo infernal. Hay, también, dos versiones. Una: los del ERP, al huir del lugar, le pegan un tiro a Sallustro para que no lo recuperen vivo. Otra: son tantos los balazos que arroja la policía que son ellos mismos los que matan a Sallustro. Días antes, el segundo de Sallustro, el que lo sucede en la conducción de la Fiat, les habla a los del ERP en medio de un reportaje que le hace la televisión. El hombre sorprende porque era un reportaje a él. Y de pronto empieza a hablarles a los secuestradores. “Si ustedes luchan contra el fascismo —dice—, tienen que saber que Oberdan Sallustro y yo también lo hicimos. Fuimos *partisanos*. Luchamos para echar a los nazis de Italia.” Inútil esfuerzo. Cualquier militante del ERP le habría dicho: “Sí, pero ahora son dos capitalistas de mierda que se afanan la gaita de nuestro país”. Boleta. En cuanto a Sánchez no cabe duda de que el hombre no habrá sido un custodio de los derechos humanos. Era el comandante del Segundo Cuerpo de Ejército en Rosario. Se lo había visto un par de veces por la TV haciendo declaraciones durísimas. Ese hombre estaba lleno de odio. Se lo acusaba de dar autorización a torturas de presos políticos o de participar en ellas. Pero responderle borrándolo del mapa era llevarlo todo al terreno de las armas. Echaba a perder el trabajo de base porque siempre había represalias. Cierta vez, Miguel Hurst, en una reunión, comenta: “Ayer, en la Unidad Básica de Palermo, bien de noche, unos tipos trataron de levantar la cortina metálica y entrar. Qué macana”. “¿Por qué? —dijo otro—, tenemos que estar preparados. Contestar”. “Sí —le dijo Miguel—, pero eso es la guerra y nosotros estamos con el laburo de base. En la guerra las bases se retraen. Y el peronismo siempre fue un movimiento de masas. No un ejército.” Esto no tenían por qué compartirlo los del ERP. Y no lo compartían. Ellos no hacían trabajo de base. Tenían cierta estructura de superficie, pero la militancia barrial, sindical, universitaria, etc., no era lo de ellos. De aquí que fuera una paradoja que se llamaran a sí mismos Ejército Revolucionario del Pueblo. ¿De qué pueblo? Respuesta: una vanguardia armada, una estructura militarista actúa por afuera del pueblo. Insertarse en el pueblo es lo propio del populismo. Eso lo hacen los Montoneros con el peronismo. Porque son populistas. Nacionalistas burgueses. ¿Cómo usaban esto los del ERP y la izquierda antiperonista en general! En muchas unidades básicas de la Jotapé se planteaba la cuestión una y otra vez: “Vino un tipo de la izquierda y nos dijo que el peronismo no era revolucionario. Que era un movimiento nacionalista burgués. Nadie supo qué decirle”. Hasta una vez me lo dijo un pibe salteño, fuera de la ciudad, preocupado, casi angustiado, sin saber qué respuesta tenía eso. ¿Si los habremos puteado! Se metían

entre los militantes y les decían un par de estas frasecitas y casi los arruinaban o los llenaban de amargura. “Nacionalismo burgués.” “Conciliación de clases.” “Bonapartismo.” “Populismo de transclase.” “Populismo demagógico y manipulador.” “Heteronomía de la conciencia obrera.” Todo esto eran capaces de decírselo a unos pibes salteños para llenarles la cabeza de confusiones y escupirles el asado.

Lanusse le pide a Perón que condene los asesinatos de Sánchez y Sallustro. Se lo pide, en Madrid, el embajador Rojas Silveyra. Perón, ni loco. “Los muchachos que sigan dando.” Esto, luego, se le volverá en contra. Al menos mucha gente se lo echará en cara. Es cuando tenga sus enfrentamientos con las guerrillas: “¡Ah, él les dio alas, ahora que no se queje! Los hubiera parado antes”. ¿Podía Perón desautorizar a las guerrillas, aun a la del ERP? Difícil. Era muy probable que el temible general Sánchez fuera un torturador de presos políticos. Los abogados de esos presos habían hecho las correspondientes denuncias y Lanusse no podía alegar desconocerlas. ¿Por qué no lo destituyó en un acto claro, ejemplar? Lanusse estaba al frente del país. No podía presentarse como víctima de cosas atroces que hacían los otros. Sánchez torturaba y los marinos de Trelew cometían una masacre. Perón podría haberle dicho: ¿Por qué no condena usted lo de Trelew? ¿Por qué no releva a los marinos de la base Almirante Zar? ¿Por qué no pone preso al capitán Sosa? Así que Perón no condena lo de Sánchez ni lo de Sallustro. Están dentro de su ajedrez. Se sabe: “los muchachos” golpean duro. Aunque en este caso los muchachos hayan sido los del ERP, que no reconocían ni locos ser sus muchachos. Sin embargo, *era Perón el que capitalizaba sus acciones*. Era Perón el que se presentaba ante el régimen como la garantía para frenar a la guerrilla. “A la violencia se la combate con la justicia social”, había dicho con mucho tino. Pero esto significaba algo evidente: *A la violencia se la frena conmigo*. Él era la justicia social. De esta forma, cada acto de los “troskos” antiperonistas del ERP jugaba *objetivamente* a favor del esquema de Perón. *Lo fortalecía*. “Denle duro, muchachos. El que recoge las fichas soy yo.” La alternativa del ERP era terrible: o suspender las acciones armadas o servir al ajedrez de Perón, ser funcionales a él. Difícil que esto se le haya escapado a Santucho, pero es evidente que decidió pagar ese costo. No tenía otra.

Perón no podía desautorizar a las formaciones especiales. ¿Cómo habría de hacerlo si los militantes de la Jotapé quedaban deslumbrados por sus acciones? Eran tiempos de violencia. La lucha armada tenía —sobre todo a través del Che— un aura romántica. La estética del fusil. Después de las muertes del general Sánchez y de Oberdan Sallustro, en los actos masivos de la juventud se canta una consigna abiertamente dura. Sobre todo se la canta en el de la Federación de Box, del 9 de junio, fecha recordatoria de los asesinatos de José León Suárez. La consigna es: “Sánchez, Sallustro, al pueblo le da gusto”. Y hay otra (en la que se toma al teniente Azúa, también liquidado durante ese año): “Sánchez, Azúa, la lucha continúa”. ¿Cómo iba Perón a desautorizar a las formaciones especiales si le informaban que entre ocho y diez mil jóvenes habían voceado esa consigna en la Federación de Box?

HERNÁN BENÍTEZ: “PERÓN NO DEBE CONDENAR A LA GUERRILLA”

Durante esos días los de *Envío* nos reunimos con el padre Hernán Benítez. Había sido el confesor de Eva Perón. El que ofició la última misa por su recuperación... junto a Virgilio Filippo, el que escribía los libelos paranoicos contra la hidra del comunismo internacional. Benítez dijo una hermosa oración en el sepelio de Fernando Abal Medina. Estaba jugado a favor de la juventud. Era ya un hombre viejo pero tenía una energía espléndida: “Va a hacer muy mal Perón si condena a la guerrilla”, nos dijo claramente. “Esos muchachos son lo más puro que tenemos y los que más luchan por el pueblo.” En el sepelio de Fernando Abal su

enfoque había sido ajustado y sensible: un país que había acorralado a su pueblo, que lo había perseguido, hambreado, no había hecho sino conseguir la rebelión de sus mejores hijos. Eran los hijos de los gorilas del '55. “Estos jóvenes (dice en un testimonio que recoge Norberto Galasso) sienten, con una fuerza que no sentimos los viejos, la monstruosidad de que un quince por ciento posea más bienes que el ochenta y cinco por ciento restante. Viven en un estado de indignación y de irritación (...) Por eso son fervorosos del socialismo. No por fe en el sistema sino por castigar con él a sus padres individualistas. Por eso ven con buenos ojos al peronismo Y *reaccionan en contra de las pestes oídas contra él* (...) Esos jóvenes presenciaron el regocijo exultante de la oligarquía en el festín de sangre de junio del '56” (Galasso, *Ibid.*, p. 1110, tomo II). Era un viejo apasionado, un cura hermoso. Se ven pocos de esos. Hoy, casi ninguno. Pero hoy —para qué negarlo— de todo lo bueno se ve poco. Entre tantas cosas que ya no hay no hay un cura como Hernán Benítez. De pronto nos dice: “Leo mucho a Rodolfo Puiggrós. ¿Lo leen ustedes?” Le decimos que sí, que por supuesto. Admirativo, dice: “¿Qué hombre ése!, ¿no? ¿La chorrera de libros que ha escrito!” Esa frase de Benítez me marcó. ¿No es hermoso que se le agradezca a un escritor haber escrito una “chorrera” de libros? ¿Qué se quiere decir con eso? Lo que Benítez le reconocía a Puiggrós: que el tipo había sido generoso con sus lectores, que se había arriesgado, que algunos de sus tantos libros serían mejores que otros, que algunos serían mediocres y otros decididamente formidables o malos o apenas buenos, pero que el tipo seguía dándole a su oficio de escritor. Oficio que consiste, precisamente, en eso: *en escribir*. Además, era fantástico que un cura admirara a un escritor marxista. Era un símbolo de los tiempos. Aún no hemos hablado del diálogo entre marxistas y católicos. Pero habrá que hacerlo. Fue importante. De ahí salen los Sacerdotes del Tercer Mundo. Y nosotros tuvimos en *Envío* a uno excepcional: Domingo Bresci. Al que quiero y admiro desde el día en que lo conocí. Nadie me pareció más cercano a la santidad que él, que Domingo. Durante la dictadura, la revista *Para Ti*, de Editorial Atlántida, lo denunció con nombre y apellido. Aquí, en esta parroquia, da misa un cura subversivo. Ya hablaremos de Domingo. Se puede consultar el libro de Lucas Lanusse: *Cristo revolucionario, la Iglesia militante*, Vergara, Buenos Aires, 2007. Hay un largo capítulo dedicado a Domingo.

Ya estamos cerca del 17 de noviembre de 1972, el *Día de la Militancia*. El del primer regreso de Perón, que fue muy lindo, no como el otro, el de la espantosa memoria. Antes habrá que analizar el discurso de Lanusse en el Colegio Militar, el 27 de julio, ante mil uniformados. De donde saldrá la frase sarcástica: “Los mil afiliados del Partido Militar”. El acto en Nueva Chicago y el espectacular discurso de Rodolfo Ortega Peña. Y luego, el primer regreso del Viejo.

“José.” “¿Qué hacés, Miguel.” “¿Sos boludo o te hacés?” “No me jodás, Miguel. Recién llego a mi casa. Catorce horas en tren. No pegué un ojo. Estoy fundido. Ni un paso puedo dar.” “Oíme.” “Sí.” “Vuelve Perón, flaco.”

—Vuelve Perón, flaco —dice Miguel.

Yo era flaco en 1972. Y Miguel estaba vivo. Y sí, carajo, volvía Perón.

—¿Dónde nos vemos? —pregunté.

—En ninguna parte —dice—. Vos andá a buscarlo a Domingo. Está en su parroquia con cuatro curas más. Después nos buscan a nosotros.

Me dio una dirección. Me metí en el Renault 12 y fui en busca de Domingo Bresci y los otros curas del Tercer Mundo. Creo que no fuimos muy heroicos ese 17 de noviembre. Al menos —cuando me llamó a la noche— Miguel me recontraputeó. Creo que no es por Domingo ni por mí ni por los otros cuatro curitas del Tercer Mundo que le dicen el Día de la Militancia. Pero la pasamos muy bien.

Colaboración:

Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO
DOMINGO

“Buenos días, General,
su custodia personal”

IV Domingo 25 de enero de 2009